

Las costumbres
y el amor en
la antigua Roma



Herbert Lewandowski

HERBERT LEWANDOWSKI

Las costumbres y el amor en la antigua Roma

Una aproximación a las formas de comportamiento
en la antigüedad

CIRCULO DE LECTORES

Título del original alemán,
Römische Sittengeschichte
Traducción, Ediciones Corona
Cubierta, Yzquierdo

Círculo de Lectores
Barcelona, Valencia, 344
1 2 3 4 5 6 7 8 9 2 7 0 9

Edición especial para Círculo de Lectores
por cortesía de Hans E. Günther Verlag

© Hans E. Günther Verlag Stuttgart 1964
© Ediciones Corona sobre la traducción
Depósito legal B. 24211-1972
Compuesto en Diethelm 9
Impreso y encuadernado por
Printer, industria gráfica, sa
Tuset, 19, Barcelona
Printed in Spain

1972

INDICE DE MATERIAS

7 Prólogo

13 ¿Se desmoronó el mundo de la antigüedad a casua de la corrupción de sus costumbres?

Roma, monárquica, 14 · Roma, república, 17 · Julio César: el primero de los césares, 26 · Cleopatra y los escándalos de los tiempos antiguos, 32 · Actos reprobables de la vida de Augusto, 51 · Los escándalos en torno a Tiberio, 55 · La transformación de Calígula de bienhechor en loco, 62 · La extraña época de Claudio, 65 · Nerón, otra incógnita de la historia, 69 · ¿Contribuyó el lujo a la decadencia de Roma? 77 · ¿Qué comían los romanos? 83 · Trajes y joyas, 88 · Las viviendas de los antiguos, 91 · Las quintas rurales, 95 · La decoración interior de las viviendas, 98 · Tráfico y lujo de esclavos, 100 · Entierros y cementerios de lujo, 101 · Resultado de nuestra comparación, 105

107 Costumbres y vicios de la corte imperial

Un día en la corte de Domiciano, 109 · Un día en la corte de Adriano, 114 · Un día en la corte de Marco Aurelio, 119 · Un día en la corte del emperador Juliano, 127 · Generalidades sobre la corte imperial, 134 · Matrimonios morganáticos, 138 · El matriarcado en la antigua Roma, 141 · Consejeros, médicos y astrólogos reales, 147 · Los amigos del emperador, 149 · Literatos y artistas de la corte imperial, 152 · Los banquetes, 156 · Bailarines, comediantes y pajes de la corte, 159

165 Damas, damiselas y rameras

Livia, 165 · Julia la Mayor, 165 · Julia la Menor, 172 · Agripina la Mayor, 174 · Agripina la Joven, 176 · Mesalina, 179 · La in-

fancia de las muchachas romanas, 189 · Matrimonios prematuros, 192 · Costumbres nupciales, 195 · Matrimonios aparentes, 199 · Damiselas y ramera, 201 · La fiebre de los divorcios, 204 · La influencia de la esclavitud sobre las costumbres, 207 · La influencia de los espectáculos, 209 · La influencia de los banquetes, 214 · La moda, 216 · La emancipación femenina, 218 · Las mujeres y la religión, 224 · Supersticiones y brujerías, 230 · Lápidas conmemorativas en los sepulcros femeninos, 232

235 Los juegos, punto central de la vida romana

La magnificencia de los espectáculos, 237 · Carreras de carros y de caballos, 239 · Las luchas, 258 · Lucha de animales, mantanzas y combates en la arena, 265 · El arte dramático en la antigua Roma, 273

281 *Vita sexualis romanorum*

La veneración de Venus y Roma, 282 · Diferencia entre los amuletos antiguos y los modernos, 287 · El hermafrodita escamoteado en las historias del arte, 291 · El matrimonio en la Roma antigua, 296 · La importancia de la prostitución, 298 · La nación más limpia del mundo, 305 · ¿Existieron ya las enfermedades venéreas? 308 · Resumen, 309

313 ¿Qué nos enseña la decadencia del imperio romano?

Nerva, Trajano y Adriano, 314 · Los antoninos: Antonio Pío y Marco Aurelio, 316 · El itinerario de Roma hacia el siglo IV, 318 · Julia Domna y Julia Maesa, 320 · Los tiempos horribles constelados de emperadores, 323 · El gobierno de Diocleciano, 325 · Constantino, entre el paganismo y el cristianismo, 330 · El camino de Roma después de la muerte de Constantino, 334 · Los verdaderos motivos del desmoronamiento, 341

359 Índice

PRÓLOGO

Anselmo Feuerbach censuraba al visitante medio de Roma “que se enfrenta con una civilización milenaria, de suma importancia histórica, y se contenta con el superficial placer de satisfacerse con la para él avasalladora seguridad de sus someras comprensiones”.

Sin embargo, lo cierto es que al menos tres alemanes escribieron durante el siglo pasado sendas obras que todavía hoy conservan suma importancia para el conocimiento de esta civilización; me refiero a la “Historia de Roma”, de Mommsen; la obra del mismo título, de Gregorovius, y la “Historia de las costumbres de Roma”, de Ludwig Friedlaender; y aún pudieran añadirse, a estas tres obras básicas, algunas otras también debidas a investigadores e historiadores alemanes, tales como la “Guía a través de las colecciones públicas de la antigüedad clásica romana”, editada por vez primera en 1912, y después en tres sucesivas ediciones, y de la cual ahora el Instituto Arqueológico de Roma prepara una nueva edición de la que ya ha sido publicado el tomo “La colección papal en el Vaticano y en Letrán”. Su autor fue Wolfgang Helbig.

No me equivoco al afirmar que nuestros tiempos constatan un aumento de interés por la antigüedad. Pese a que hayamos hecho enormes progresos desde el punto de vista técnico, hasta el extremo de que una red ferroviaria enlaza todos los países de Europa, las autopistas son cada vez mejores, los aviones unen los continentes, que antaño sólo podían ser alcanzados mediante viajes marítimos bastante peligrosos, y que llegaban a durar meses enteros; cuando la televisión incluso nos permite presenciar los asesinatos políticos de otros países (como en el caso del asesinato de Lee Oswald por Ruby); cuando hemos alcanzado inmensos avances en la medicina, a través

de la cirugía cardíaca, los rayos X, la penicilina y millares de otros procedimientos, si enfocamos las cosas desde un punto de vista político y moral, no estamos en condiciones de afirmar que hayamos avanzado ni un paso más que las civilizaciones antiguas, e incluso nos ha de doler constatar que, al menos en lo que respecta a determinados aspectos, como veremos, hemos retrocedido.

Muchos estados actuales están dominados por dictadores y por regímenes militares que basan sus directrices en los mismos métodos de la antigua Roma; los parlamentos se han convertido, en muchos países, en una simple sombra-institucional, al igual que sucedió entonces con el senado, y es evidente que los asesinatos políticos siguen cometiéndose aquí y allá con suma frecuencia.

Cuando, hace poco, fue aprovechado el comienzo de las semanas festivas munitenses para la reapertura del teatro nacional, coincidiendo con la noticia del asesinato del presidente Kennedy, que causó un gran impacto mundial, un periodista dijo atinadamente:

—¡Deberíamos representar el “Julio César”!

Palabras que, de hecho, nos señalan un paralelismo de terrorífica evidencia. Por otro lado, tampoco podemos negar que la antigüedad aparece ante los ojos de muchos bajo una luz deslumbrante, atrayente. Entonces todavía no existían los automóviles, por lo que el veneno apestoso que exhalan sus tubos de escape no envolvía como un maléfico halo las calles de las ciudades; y los hombres no estaban tan frecuentemente amenazados de morir en accidente, peligro que hoy nos acecha cotidianamente.

Entonces, tanto la arquitectura como la escultura alcanzaron un punto tan supremo, que todavía no hemos podido igualarlo. Los intentos de plasmar, aquí o allá, un retazo del mundo antiguo —el ideal de los arquitectos clásicos— despiertan el asombro y la admiración, como la “Madeleine”, de París, que corresponde exactamente a las líneas de un templo griego o romano; el “Arc de triomphe”, con el modelo de los arcos de triunfo antiguos; el “Propileo”, de Munich, en donde parece haber renacido algo del Partenón antiguo; o el parlamento de Viena, cuya monumental estructura puede modestamente

suplir un viaje a Grecia al que sea concienzudo observador, porque aquí hallará una arquitectura completa y en Grecia sólo, de cuando en cuando, un par de columnas entre ruinas. La Roma antigua también se nos aparece como una ciudad en la que imperaba la alegría de vivir, el goce amplio de los días alegres, y en la que los hombres no reprimían hasta el absurdo, como ahora, su sensualidad innata, por directrices reflexivas o antinaturales. Por eso, una obra como la "Historia de las costumbres de Roma", de Friedlaender, conserva el poder de interesarnos. Este libro todavía es considerado, cien años después de su publicación, como la "fuente" de la historia costumbrista de Roma, en el que me he inspirado en más de una ocasión.

No obstante, el estilo difuso del erudito Friedlaender, su inclinación al estudio de regiones poco significativas y muy remotas, que tienen poca conexión con el costumbrismo de Roma, y, además, sus apuntes sobre temas lejanamente relacionados con el centro capital de nuestra investigación, me han inducido a que efectúe las citas de esa obra, de modo extractado, ciñéndome a la mejor y más fluida utilización de su material, en interés del lector moderno.

Cuando hago mención a las exposiciones de Friedlaender, empleo como base la edición publicada en 1901, pero la expongo recopilada, recortada y concentrada, para componer una lectura más excitante.

Junto a las grandes obras citadas de eruditos alemanes, que nos exponen la visión de épocas completas, se han publicado en los últimos tiempos muchas monografías que versan sobre césares aislados; en su mayoría se deben a autores ingleses o franceses, y algunas, a las plumas de escritores italianos y españoles. Muchos son los que han escrito sobre Augusto, cuyo busto inspiró los versos del poeta inglés Robert Browning: "Como dos estrellas miran los ojos del dominador / hablaba la boca de delgados labios pese a que calló."

Una biografía de Augusto, debida a la pluma de lord Tweedsmuir, se me aparece como particularmente interesante. El español Gregorio Marañón, al que también debemos agradecer sus interesantísimos trabajos sexológicos, vio a Tiberio como al hijo del resentimiento. En Alemania, Schaefer también ha

dedicado una monografía a Tiberio: "Tiberio y su tiempo, bajo la luz de la tradición de Velejo Patérculo" (Halle 1912), y en Dinamarca, Tuxen dedicó a ese emperador un importante estudio. Nerón ha encontrado en Georges Roux a un intérprete indulgente. Robert von Ranke Graves nos ha presentado al emperador Claudio, en una autobiografía ficticia, que nos permite trabar amistad íntima con este César. Margarita Yourcenar también ha publicado las fingidas "Memorias de Adriano".

Esta sucinta mención de unas cuantas obras de las más significativas, nos proporciona una corta idea de la literatura biográfica sobre la época romana, tan vasta, que resulta imposible hacerle justicia, ni aun en el caso de que nos limitásemos a la simple enumeración de sus títulos.

Mediante la conexión armónica de imagen y texto, el autor de la presente obra ha creído encontrar un sistema expositivo que puede proporcionar al hombre moderno una visión del espíritu que prevaleció en el mundo antiguo desaparecido.

Para finalizar, permítanse unas cuantas palabras *pro domo*: en el segundo tomo de los escritos de Walter F. Otto, se dice:

"Los estudiosos no consideran la antigüedad como problema de una sola época, ni de un hombre, sino de muchos cerebros, caracteres y destinos. Y quien desee imponerse el deber de representar la imagen de la antigüedad, tal y como fue, comprobará que recibe la llamada unísona de todas las fuerzas vivas de ese tiempo."

Yo sentí esa "llamada", por lo que quise representarme "la imagen de la antigüedad", tal y como la veo desde un punto de vista personal. Como es de suponer, tuve en cuenta que otros sacarían otras conclusiones y presentarían otra clase de exposiciones, por lo que me limito a ofrecer las mías como un discreto tributo, con el fin de exponer la forma en que se me presentan los acontecimientos, desde el punto de vista de la psicología moderna y de los actuales conocimientos científico-sexuales. También se me ofrece ahora la oportunidad de hacer referencia a las ilustraciones de este libro, a las que han contribuido un gran número de museos e institutos que considero como los celadores de obras artísticas de un indiscutible valor,

que en la mayoría de los casos son insustituibles por su rareza. El instituto arqueológico de Roma, nos ha ofrecido algunas reproducciones para completar nuestro trabajo. No me cabe duda de que, algunos, incluso llegarán a sorprenderse al ver esa ilustración, porque la mayoría de los libros de arte no acostumbran a presentarnos la imagen de figura mitológica tan significativa.

De todas formas, el autor espera que muchos lectores, una vez hayan profundizado en la Roma antigua, lleguen a la misma conclusión de Sigmund Freud, que aceptó: "Los estudios sobre las civilizaciones de la antigüedad, se han convertido en un gran consuelo en medio de las luchas de la vida actual.

Ginebra, enero de 1964.

Dr. Herbert Lewandowski

¿SE DESMORONÓ EL MUNDO DE LA ANTIGÜEDAD A CAUSA DE LA CORRUPCIÓN DE SUS COSTUMBRES?

Lo existente sólo es comprensible a través del conocimiento de su formación. La realidad de la Roma imperial sólo puede ser comprendida a través del conocimiento de los acontecimientos que la precedieron.

Roma debe su nombre a Rómulo, que creció junto a su gemelo Remo, siendo amamantados, ambos, por una loba. Sin embargo, esta leyenda podría haberse basado en una equivocación, puesto que *lupa* es el nombre que se daba a las prostitutas, por lo que los burdeles también son conocidos con el nombre de "lupanares", y si partimos de esta segunda conjetura, no nos cabe más remedio que aceptar que el comienzo de la historia de nuestra Europa occidental no se cimenta en un animal, sino en una mujer de, según nuestras concepciones, mala vida, lo que nos brinda motivo para corregir a toda prisa nuestras ideas morales.

Rómulo y Remo fueron, los dos, aspirantes al trono de Alba Longa, pero estaban decididos a fundar su propio reino. Eligieron el lugar de él en la Roma actual y se pusieron de acuerdo en distinguir a la nueva ciudad con el nombre de aquél de los dos que viera más pájaros. Como Rómulo vio más pájaros que Remo, la nueva ciudad recibió el nombre de Roma, en vez de ser nombrada Rema. Cavaron un hondo surco en torno a la zona de tierra elegida, unciendo al arado un buey y una yegua blancos. Luego, levantaron una muralla y juraron que darían muerte a todo aquel que se atreviera a derrumbarla.

Remo sentía, al parecer, un cierto rencor porque la ciudad no llevaba su nombre, y dio una patada a la débil muralla, de la que varias piedras cayeron al suelo. El hecho originó una disputa entre los gemelos, que terminó con el asesinato de

Remo. Basándonos en lo que acabamos de exponer, comprobamos que los principios de la historia de Roma no sólo se cimentan en una loba (o en una prostituta), sino también en un asesinato, y como los comienzos malos engendran maldad, no hemos prescindido de los asesinatos hasta la actualidad. ¡Ni siquiera después de 1 900 años de cristianismo! Pero entonces el camino hasta el cristianismo estaba muy lejano todavía. Los romanos contaban su tiempo *ab urbe condita*, es decir, a partir de la fundación de la ciudad, que tuvo lugar el 21 de abril de 753 antes de Jesucristo.

Cuando Cayo Julio César hubo conquistado toda la Galia, y su rival Pompeyo se configuró como protector de Cleopatra y su hermano Ptolomeo, hechos que sucedieron en el año 51 antes de Jesucristo, Roma tenía ya tras de sí setecientos años de antigüedad y de historia.

Podemos hacernos una idea de lo que ello significa si nos fijamos en que Munich, fundada en 1158 por Enrique el León, cuenta ahora con ochocientos años de historia.

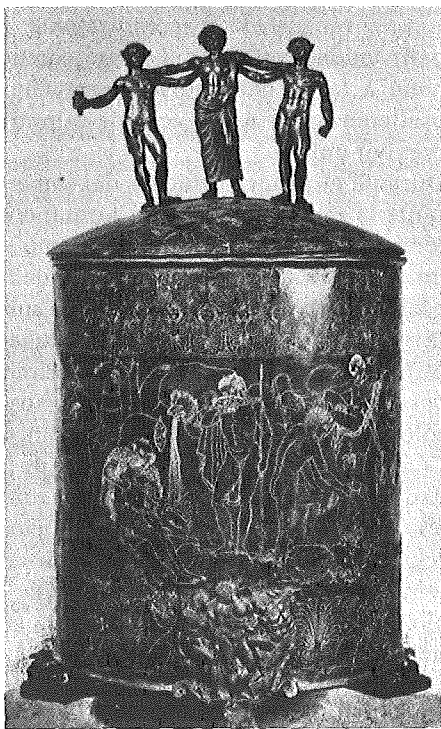
Roma monárquica

Naturalmente, durante el tiempo transcurrido entre Rómulo y César se produjeron un sinnúmero de acontecimientos. En un principio, los romanos se enfrentaron con un pueblo poderoso, finamente civilizado, que habitaba muy cerca de ellos: los etruscos. A causa del exterminio radical que los romanos infligieron a ese pueblo y a su civilización, no sabemos mucho sobre ella, pero se ha comprobado que los etruscos construyeron calles, distribuyeron sus cloacas y edificaron construcciones defensivas. Su arte posee características joviales.

No se asustaban ante ciertas reproducciones que nosotros podríamos considerar pornográficas, y sus tumbas están adornadas con representaciones de carácter sexual, que probablemente tienen un significado religioso. Sus doce ciudades formaban estados, independientes entre sí, pero controlados por la hegemonía de Tarquinia.

La hegemonía es una invención griega y el imperialismo un descubrimiento romano, y acerca de ellos el psicólogo-social

suizo, Adrien Turel, escribe sobre la diferencia de esos dos principios directivos: "Hegemonía no es sólo una palabra griega, sino que también es la característica de la tragedia histórica griega. Imperium no es sólo una palabra latina, sino también la característica de la carencia de sentido formativo y de la brutalidad con que los romanos pisotearon las diversas civilizaciones del Mediterráneo e impusieron su pax." Hegemonía es, por lo tanto, la expresión de una gran tragedia histórica. Se originó en los tiempos antes de Alejandro el Grande gracias al hecho de que los estados griegos, pese a estar acerbamente enemistados, no se habían destruido entre sí. Los romanos, pueblo especialmente práctico, debieron de estudiar a fondo los resultados obtenidos por los griegos con sus métodos políticos, y prestar una atención primordial a los dos aspectos de la relación entre estados, con miras a su propia



*Joyero etrusco; S. IV
a. JC; Villa Giulia,
Roma*

política. Y puesto que obtuvieron la conclusión, en forma clara y definitiva, de que la hegemonía sucesiva de las ciudades-estados afectaba al estímulo del desarrollo del poder, sustituyeron el concepto "hegemonía" por el de "imperium". "Imperium" significa fundamentalmente el aniquilamiento de cualquier clase de competencia política. Y a través del imperium se logró la "pax romana", puesto que los romanos aplastaron las civilizaciones de sus precedentes pueblos latinos: samnitas, sabinos, etruscos, cartagineses más tarde... Los exterminaron, y sólo aceptaron sus invenciones si les era posible aprovechar sus rendimientos a mayor gloria de Roma.

Para Turel, por tanto, las catástrofes griegas y etruscas tuvieron su origen en sus bien intencionadas "hegemonías".

A conclusión similar llega Indro Montanelli en su "Historia de Roma", ya que al referirse a la civilización etrusca dice: Las doce ciudades-estados, de exiguas dimensiones, se dejaron vencer aislada y sucesivamente, prefiriéndolo así a combatir unidas contra el enemigo común. Su diplomacia se asemeja a la de determinados pequeños estados europeos, que prefieren morir en su cerrada e inútil independencia, que sobrevivir unidos."

Durante el primer centenio del imperio romano, es decir, durante la época de los reyes tarquíneos, Roma se comportó en forma relativamente humana. Como es de suponer, hemos de imaginarnos a los romanos de aquellos tiempos como gentes básicamente primitivas. Hasta que subió al trono el tercer rey, la mayoría de la población estaba compuesta por pequeños campesinos, y la economía era primordialmente agraria. Las personas cohabitaban con sus rebaños en chozas de barro, que sólo tenían una puerta y una estrecha ventana.

Cuando habían pasado 245 años de la fundación de la ciudad, Roma se convirtió en una república. A partir de ese año, 510 a. de J. C., todos los edificios gubernamentales de la república romana ostentaban la inscripción de las siguientes letras: S.P.Q.R. —*Senatus Populusque Romanus* (senado y pueblo romano)— ¡Cosa que continúa subsistiendo en la actualidad!

Los cuatro siglos y medio durante los que la república romana extendió sus fronteras a muchas millas de distancia de los

confines de Italia están impregnados de una espantosa crueldad. La forma en que Roma atacaba a sus enemigos ha de ser considerada como un oprobio para la civilización, si la consideramos desde nuestro punto de vista actual. Lord Tweedsmuir escribe en su "Biografía de Augusto": "La lucha a vida o muerte fue convertida por Roma en un acto de crueldad y de inhumanidad. Los romanos de aquellos tiempos seguramente no consideraron los actos de los triunviros más bárbaros que otros acontecimientos de esa época, o los del pasado reciente, tales como el asesinato de los Gracos, las proscripciones por Sila, la carnicería pública de seis mil samnitas a lo largo de la carretera de Capua, la crucifixión de seis mil gladiadores fieles a Espartaco..."

Por lo tanto, en los tiempos de su florecimiento político, los romanos ya se habían convertido en un pueblo guerrero, fuerte y cruel, que ni siquiera se arredraba ante la aniquilación de mujeres y niños (como, por ejemplo, en la destrucción de Cartago o en el asesinato infantil betlemita).

No debemos pasar por alto esos hechos; los romanos, en los tiempos de su floreciente civilización, en los cinco siglos de su época imperial, se complacían en presenciar los sangrientos espectáculos que se les ofrecían en las arenas de sus circos.

Roma, república

Si echamos un vistazo a la trayectoria que parte de la república del año 494 y termina con el gobierno de César, comprobaremos que Roma había perdido para entonces casi todo cuanto poseía dieciséis años después de la implantación de la república y empezaba a correr el grave peligro de convertirse en un simple pueblo. Ese mismo año de 494 iniciaron la guerra las tribus itálicas de los volscos y de los ecuos, y los plebeyos de Roma, que sufrían una situación política lamentable, se negaron a seguir combatiendo como soldados.

El senado se avino en la contingencia, tras una larga resistencia, a decretar una remisión de deudas a los plebeyos, confiéndoles el derecho de elegir tribunos populares. La guerra contra los volscos y los ecuos duró sesenta años y, durante su

transcurso, Mario Coriolano se hizo el cabecilla de los volscos y los condujo hasta las mismas puertas de Roma, que no llegó a ocupar porque prestó oídos a las súplicas de su anciana madre y de su esposa. Mientras se celebraban los combates se produjo un levantamiento en Veyes. Roma nombró a un dictador, Marco Furio Camilo, que implantó la costumbre de pagar un sueldo a la tropa; tras una ocupación de diez años, la ciudad de Veyes fue demolida y sus habitantes deportados a Roma en calidad de esclavos.

Siguieron luego las guerras contra los samnitas, que también duraron alrededor de sesenta años y finalizaron con el sometimiento absoluto de los samnitas, reducidos a esclavitud.

Roma otorgaba poca indulgencia a sus vencidos, lo que le facilitaba el desarrollo de su pensamiento "imperial". Se fundó en este tiempo una jerarquía de funcionarios; los empleados del gobierno eran elegidos para desempeñar su cargo durante un corto espacio de tiempo. Un dictador sólo alcanzaba el poder militar y civil más elevado en las épocas de penurias y dificultades. Se consiguió un entendimiento social, total y absoluto con los plebeyos.

El camino hacia el poderío mundial estaba, todavía, muy lejano. Ante todo, Roma tenía que enfrentarse con una gran potencia que le impedía la expansión: Cartago. Este gran reino había sido fundado por los fenicios, pueblo semita que se dedicaba fundamentalmente al comercio naval, pero que no desdénaba cultivar sus tierras. Mago, el mayor conocedor de economía agraria de los tiempos antiguos, era un cartaginés. Los cartagineses desarrollaron un sistema financiero y económico-agrario que puede ser considerado como el más avanzado de su época. Los romanos se sirvieron en un principio de los animales, empleándolos como dinero y, por lo tanto, como medio de pago. Más tarde, al utilizar las monedas, las llamaron *pecunia*, palabra que proviene de *pecus* (ganado). El nombre latino que se daba al dinero significa, pues, algo parecido a "bestialidad". Los romanos comenzaron por emplear como monedas trozos de cobre de una libra, a los que bautizaron con el nombre de "as".

Pronto la ciudad se vio obligada a desvalorizarlo en cinco sextos para poder enfrentarse con los gastos de la primera gue-

rra púnica. Todos los ciudadanos se desprendieron de sus monedas de cobre, el estado las dividió en seis partes y devolvió a su antiguo propietario una sexta parte de su primitiva moneda. En cambio, Cartago estaba tan evolucionada en los asuntos económicos, que disponía de billetes bancarios extendidos en tiras de cuero, cuyo valor se marcaba en ellos con cifras. En todo el Mediterráneo el dinero cartaginés tenía una valoración idéntica y aceptación análoga a la que tenía hace cien años el tálero teresiano en el Africa del Norte. Y, finalmente, el valor del dinero cartaginés estaba garantizado por el oro que se guardaba en las cajas del estado, en Cartago. No puede decirse que los cartagineses amenazasen Roma, sino que los romanos veían obstaculizada su expansión por la existencia de Cartago. Pese a que la fuerza y el espíritu militar no estuvieran muy desarrollados en Cartago, los cartagineses poseían una tropa, la mayor parte de ella formada por mercenarios, que cosecharon muchos éxitos en la lucha contra Roma, puesto que Cartago contaba con estrategias geniales, tales como Aníbal, Amílcar y Asdrúbal, que se pueden considerar los mejores generales antiguos. Cartago fue, por otra parte, la potencia marítima más poderosa de su tiempo.

En la segunda guerra púnica, Aníbal llevó el combate hasta el suelo italiano. Traspasó los Alpes con sus elefantes, y empujó a los romanos a una trampa que les tendió en el lago Trasimeno, de la que muy pocos escaparon. Cuando la noticia de semejante derrota llegó a Roma, el pretor Marco la participó a su pueblo de forma análoga a la que empleó Churchill en nuestros tiempos, para informar sobre las derrotas inglesas:

“Hemos sido derrotados en una gran batalla. La situación es grave.”

Cuatro veces consecutivas derrotó Aníbal a los romanos en su propio país. Obtuvo semejante éxito sin perder más que seis mil hombres. Pero en ellas perdió la sorpresa a que debía el éxito: la superioridad de la caballería. Aquí comprobamos que, desde los balbuceos de la historia, la superioridad técnica siempre fue más fuerte que el valor humano y la estrategia calculada, y llegó al extremo de decidir las guerras. En la edad media, los caballeros acorazados fueron avasallados por los cañones; la primera guerra mundial vio aparecer los tanques,

y en la segunda, todo versó en torno a la incógnita de quién dispondría primero de la bomba atómica.

Después de que Aníbal hubo ganado esas cuatro batallas, existió la posibilidad de que pudiera marchar sobre Roma y destruir la ciudad. Todavía no se conoce el motivo que le impulsó a no hacerlo. Pero si nos basamos en la perspectiva actual, podemos afirmar que Cartago fue destruida por Roma porque Aníbal no destruyó Roma. Esa es la ley cruel de una historia tenebrosa, para la que todavía no ha salido el sol del amor al prójimo. Los cartagineses no agradecieron a Aníbal que hiciese por ellos tamañas hazañas. Fue desterrado de Cartago y se suicidó cuando se halló solo, en el extranjero, diciendo antes de expirar:

“Devolvamos la paz a los romanos; al parecer no podrán admitir que un anciano como yo muera por sí mismo.”

La segunda guerra púnica determinó el destino del Mediterráneo para varios siglos. Llevó a manos de Roma a España y el norte de Africa y, además, le dio enormes riquezas. A raíz de la destrucción de Cartago, se transformó toda la estructura económica de Roma, que comenzó a probar su suerte en el comercio.

Sabemos que Catón fue la fuerza impulsora en esa guerra púnica y que siempre presionaba de nuevo para que Cartago fuera destruida. Catón es, para nosotros, una de las figuras más odiosas de la Historia; hombre que suscita nuestra repulsión, al que podemos colocar en el mismo escalafón de Clemenceau y Hitler, puesto que todos sus pensamientos se basaban en destrucciones sádicas y en aniquilamientos. Catón consiguió, al fin, que los romanos marchasen contra Cartago y que arrasasen toda la ciudad, hasta el punto de que de 500 000 habitantes sólo quedaron unos 55 000.

Escipión rogó al senado que se diera fin a semejante masacre, pero le fue respondido que no sólo debía ser destruida la ciudad de Cartago, sino que también era preciso aniquilar a todos sus habitantes. Cartago ardió durante diecisiete días consecutivos y los escasos supervivientes fueron vendidos como esclavos. La destrucción de Cartago fue tan completa que no nos dejó prácticamente conocimientos sobre la civilización de los fenicios.

Flaubert fue el único que hizo el intento de reconstruir esa civilización, en su maravillosa novela "Salambó". Muchos historiadores modernos sostienen la opinión de que Catón instigó a los romanos contra Cartago con el fin de apartarlos de la conquista de Grecia, porque Catón veía en la civilización griega un peligro para su pueblo romano, que seguía siendo sencillo y mantenía sus primitivas costumbres campesinas.

Con la conquista de Grecia también llega a Roma la civilización griega, y desde el punto de vista histórico hay que considerar a Roma como la gran intermediaria para la difusión de la cultura y del pensamiento griegos, que constituyeron la civilización griega; el contacto con Grecia no fue peligroso para Roma, sino una suerte beneficiosa, puesto que los roma-



Elefante de guerra acorazado de los ejércitos de Aníbal; terracota hallada en Pompeya

nos pudieron casi alcanzar el nivel griego, a través de las numerosas colonizaciones que Grecia extendió por el sur de Italia. Precisamente durante el transcurso de los cinco siglos imperiales, tanto el carácter como el pensamiento griego florecieron en Roma en forma extraordinaria, y si finalmente esa civilización mixta, que actualmente llamamos helénica, no pudo mantenerse a la larga, a causa de las amenazas que la acechaban desde dentro y por fuera, nos ha transmitido lo más bello que podamos poseer sobre el mundo de los antiguos. Eso mismo debe ser considerado como mérito de los romanos, que se supieron inclinar ante una civilización superior a la suya, y no actuaron como otros pueblos —cosa que ha sucedido a menudo durante el transcurso de la historia— que se embrutecieron y se limitaron a las costumbres primitivas de sus antiguos enemigos. Creo que debemos poner a los japoneses como ejemplo, puesto que han sacrificado su elevada cultura a la civilización americana, cosa que, si se les perdona, es a causa de su precaria situación por falta de espacio vital.

La mala opinión que antes hemos expuesto de Catón, no tiene unos orígenes modernos. Plutarco ya expuso, en una biografía, el carácter maligno de ese hombre, criticándole acerbamente. Entre otras cosas explica que Catón dejó en España un caballo que le había servido cuando visitó este país y, con el fin de ahorrar al estado el dinero que podría costarle el traslado, lo abandonó sin pena, a lo que añade Plutarco: “Por tanto, yo ni siquiera a un buey de labor lo vendería por viejo, mucho menos a un hombre anciano, desterrándolo como de su patria de una tierra y de una mansión a que estaba ya habituado, en cambio de una friolera que podrían dar por él, pues siendo inútil al que lo vendía, lo sería también al comprador. En cambio, Catón parece hacía gala de estas cosas. Cada uno, pues, juzgará dentro de sí, según su modo de ver, si cosas llevadas tan al extremo se han de atribuir a magnanimidad o a sórdida codicia.”

Plutarco también combate la conocida profecía de Catón, repetida una y otra vez, en la que advertía, hablando de la civilización e instrucción griegas, que los romanos perderían todo el poder si se dejaban contagiar del amor que sentían los griegos por las ciencias. Plutarco dice sobre esto último:

“Pero el tiempo acreditó de vana esta difamación, pues que luego creció la prosperidad de la república, y admitió benigne-mente las ciencias y toda especie de enseñanza griega.”

Las crisis que azotaron la Roma del siglo II a. de J. C. se basaron en motivos económicos. Los traficantes de esclavos importaban cada vez más cantidad de ellos, por lo que su precio descendió de forma ostensible. Durante el transcurso del año 177, 40 000 sardos llegaron a la ciudad, y diez años más tarde sucedió lo mismo con 140 000 griegos. Los resultados fueron que los traficantes no se contentaban con vender un solo esclavo, sino que vendían su mercancía por millares, y la cosa llegó al extremo de que en el mercado nacional de Delos se llegaron a vender, en una sola transacción, 10 000 esclavos. El precio por cabeza descendió hasta unas 70 pesetas de nuestra moneda actual, y ello originó una verdadera desgracia para los artesanos libres, incapaces de soportar la competencia de una mano de obra a precio tan irrisorio.

Para Roma, esta superabundancia de esclavos constituyó un problema, porque tuvo que enfrentarse con varias sublevaciones de ellos. Los Gracos intentaron implantar una reforma agraria algo atrevida, que no llegó a efectuarse, y finalmente llegó el momento en que sólo era posible mantener la paz de Roma mediante la dictadura. El primer hombre fuerte que fue encumbrado se llamaba Cayo Mario, el mismo que alcanzó una resonante victoria sobre el rey Yugurta, en la guerra de Africa. Más tarde se supo, sin embargo, que Yugurta no debió su derrota a Mario, sino a su cuestor Cornelio Sila. Mario reorganizó la tropa basándose en principios nuevos, que luego fueron también seguidos por su gran sobrino, Cayo Julio César. Prometió a los ciudadanos que cumplían con sus deberes de soldados, que no sólo les daría buenos sueldos, sino que les distribuiría los botines y las propiedades agrícolas. Mario cosechó grandes éxitos en sus guerras contra los cimbrios y los teutones. Condujo sus tropas a través de los Alpes y les hizo construir un campamento fortificado en Aquae Sextiae, el Aix-en-Provence actual, ante el que tenían que pasar los teutones. Durante seis días consecutivos pasaron las tropas teutonas ante el campamento de los romanos, burlándose de ellos y gritándoles que si querían que les dieran recuerdos a sus

mujeres en Roma. Con ello se ponía de manifiesto el desconocimiento absoluto de la estrategia militar de los jefes teutones, que en modo alguno debían haber dejado a su espalda al ejército romano, porque éste, en efecto, les atacó por la retaguardia, les desorganizó a la primera embestida y les causó más de cien mil muertos. Plutarco dice que los marselleses construyeron en sus campos vallas con los huesos de los vencidos, y que los campos, abonados por miles de cadáveres, dieron cosechas magníficas.

Después de esa victoria contra los teutones, Mario combatió contra los cimbrios, a los que derrotó en Vercelli. Roma lo festejó como al tercer fundador de la ciudad y le regaló el botín arrancado al enemigo, en señal de agradecimiento, convirtiéndolo de un solo golpe en uno de los hombres más ricos de Italia. Pero dos años más tarde el pueblo se había olvidado totalmente de los beneficios que Mario le había proporcionado, y lo trató con la misma ingratitud que Grecia demostró frente a sus grandes hombres, de la índole de un Sócrates, o como Cartago trató a un general de la categoría de Aníbal. Mario se vio obligado a huir, y otros hombres ocuparon el lugar que él dejó vacante. Entre éstos, se encontraba Marco Livio Druso, el padre de un tal Octavio, que más tarde se convirtió en César Augusto. Marco Livio Druso propuso a la asamblea popular tres reformas básicas: una nueva repartición de tierra entre los pobres, devolución del monopolio de los jurados al senado, y concesión de la ciudadanía romana a todos los itálicos libres. Los dos primeros decretos fueron aceptados, pero el tercero, rechazado, defraudó a los miles de itálicos que lo esperaban y produjo un enorme levantamiento en toda Italia. Ante él, se rogó a Mario que regresara y éste sofocó la rebelión por Roma de los pueblos itálicos, pero a costa del sacrificio de un sinnúmero de víctimas. La paz que siguió a esta última hazaña de Mario fue la paz de un inmenso cementerio y no ofreció mucho honor a su autor. Los itálicos obtuvieron diez voces nuevas en el senado, pero sus derechos eran limitados.

Sólo César les otorgó más tarde plenos derechos democráticos, pero cuando el senado les abrió sus puertas, entusiasmados, no suponían, ni mucho menos, que estaban ante el fin de la democracia.

Transcurrido apenas un año, volvió a estallar la guerra, y esta vez escogió Roma como hombre fuerte a un antiguo subordinado de Mario, Lucio Cornelio Sila. No podemos repetir aquí todos los complicadísimos acontecimientos de la vida de Sila. Después de innumerables hazañas bélicas se convirtió en el dictador de Roma y gobernó, durante dos años, como un autócrata. Roma quedó casi despoblada bajo su dictadura, puesto que se vengó con la muerte o el destierro de todos aquellos que habían estado en contra suya. César también se hallaba en la lista de sus enemigos, pero como muchas gentes abogaran en su favor, logró salvarse, siendo condenado sólo al exilio. Cuando Sila firmó la sentencia, dijo: "Lo más probable es que cometa una estupidez, porque en el cuerpo de ese joven viven muchos Marios." Pero acabó firmando.

En el año 79 a. de J. C. sucedió algo inesperado. El dictador Sila, que tenía en sus manos todo el poder de Roma, se retiró a la vida privada. En un principio la obra de Sila quedó intacta, pero poco a poco fueron resurgiendo sus adversarios que hicieron lo posible para destruirla. Primero llegaron al poder dos de sus amigos: Pompeyo y Craso. Se confió a cada uno la dirección de un gran ejército, con el que uno se marchó a España, y el otro a las zonas de Italia en donde era preciso sofocar las rebeliones.

Una de las peores aventuras con las que tuvieron que enfrentarse los romanos durante el transcurso de su larga historia, fue el levantamiento de los esclavos, mandados por Espartaco y que se reunieron por toda Italia para destruir el yugo opresivo que les asfixiaba. Espartaco fue un cabecilla muy astuto, que en un principio cosechó grandes éxitos, pero que acabó huido, porque, lógicamente, no podía resistir contra el ejército, perfectamente organizado. Entonces buscó la muerte en la lucha y seis mil esclavos que le seguían en el combate final fueron vencidos, y crucificados para terrorífico escarmiento, a todo lo largo de la vía Apia. Craso, que venció a Espartaco, y Pompeyo, que llegó desde España para acudir en su ayuda, marcharon juntos hacia Roma, pero no dispersaron sus tropas, cosa que indignó al senado. Y cuando éste se negó a reconocer el triunfo de Pompeyo, este general tomó la resolución, de acuerdo con Craso, de hacerse ambos con el poder. Pero como

fueron nombrados cónsules, no tuvieron necesidad de ampararse en la fuerza. Designados cónsules decidieron repartirse el poder entre ambos; Pompeyo obtuvo el mando supremo en Oriente (en lugar de Lúculo), mientras que Craso se quedó en Roma. El senado se opuso, a excepción de un solo hombre, a esa repartición del poder, mientras que la asamblea popular, dirigida por Cicerón, la aceptó unánimemente. El único noble del senado que estuvo de acuerdo con la bipartición fue Julio César.

En Roma hubiera podido reinar la paz si el ciudadano Catilina no hubiera empezado a crear “sedición y amotinamiento”. Cicerón hizo varios de sus famosos discursos contra Catilina, el más famoso de los cuales es el que comienza con las palabras: “*Quousque tandem, Catilina*” (Montanelli opina irónicamente que ese discurso ha sido, durante siglos, la cruz de todos los estudiantes de latín). Unas cuatro semanas más tarde de este célebre discurso, Cicerón consiguió hacer arrestar a unos cuantos de los conspiradores con Catilina, pero éste mismo logró escapar con un número de hombres adictos. Se mandó una expedición en su busca, que derrotó y aniquiló a Catilina y su banda, y Cicerón se hizo nombrar “padre de la patria”.

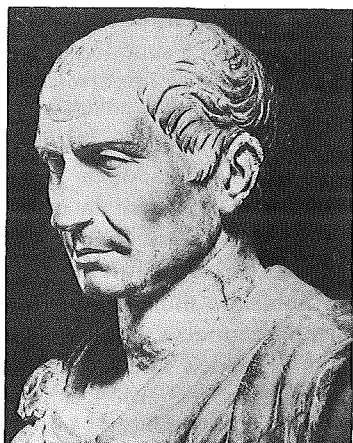
Después del aplastamiento de la conspiración de Catilina, apareció en Roma un general de Pompeyo llamado Metelo Nepote, y exigió que le nombrasen pretor. La Asamblea popular lo eligió, pero en el senado sólo encontró una voz que abogase en favor suyo: otra vez la de Julio César. Con ello, César adquirió nuevo prestigio ante la opinión pública, porque los nobles quisieron deshacerse de él, mientras que el pueblo se obstinaba en salvarle, dando muestras, al mismo tiempo, de querer alzarse contra el senado. César supo aplacar los ánimos.

Roma estaba llena de rumores acerca de este hombre joven, casi nuevo en la escena política, que parecía ser amigo de Pompeyo, y cuyo nombre corría en la boca de todos: Julio César.

Julio César: el primero de los césares

¿Cómo comprenderíamos la época imperial de Roma —“el tiempo de los césares”— si no mantenemos ante nuestros ojos

*Cayo Julio César, el primero
de los césares*



la figura del hombre cuyo nombre familiar, se convirtió en ese título? No nos queda más remedio que ocuparnos más extensamente de él, lo que en verdad nos resulta fácil, puesto que disponemos de una información de primera mano: la biografía escrita por Plutarco, en la que también se inspiró Shakespeare para escribir su "Julio César", empleándola como la fuente de su inspiración.

Hace poco charlaba en París, sobre los césares, con Charles Chassé, ese gran intelectual, casi octogenario, al que debemos agradecer varios libros reveladores sobre Gauguin, los fauves y los nabis, y me los clasificó de memoria:

César

Augusto

Tiberio

Calígula

Claudio

Nerón

Galba

Otón

Vitelio

Vespasiano

Tito

Domiciano

Como me mostrase sorprendido de que los conociese a todos por su línea de sucesión, me facilitó tres palabras, claves mnemotécnicas, que le permitían su recuerdo: "Caesautica, Clau-negalo, Vivestido".

César era sobrino de Mario, el primer hombre que fue agasajado como "salvador de la patria". Una de las primeras hazañas de César, sobre la que nos informa Plutarco, fue la de hacer un discurso fúnebre sobre su recién fallecida tía Julia, esposa de Mario. Plutarco dice sobre el particular:

"...habiendo muerto Julia, mujer de Mario, de la que era sobrino, pronunció en el foro un magnífico discurso en su elogio, y en la pompa fúnebre se atrevió a hacer llevar las imágenes de Mario, vistas entonces por primera vez después del mando de Sila, por haber sido los Marios declarados enemigos públicos. Porque como sobre este hecho clamasen algunos contra César, el pueblo les salió al encuentro decididamente, recibiendo con aplauso aquella demostración, maravillado de que, al cabo de tanto tiempo, restituyera como del otro mundo aquellos honores de Mario a la ciudad."

Tuvo una hija de Cornelia; esta hija casó con Pompeyo Magno, y el mismo César contrajo matrimonio (el tercero), con Pompeya.

César fue considerado como un hombre magnánimo y caritativo. Puesto que había invertido una considerable suma procedente de su fortuna personal en el mejoramiento de la Vía Apia y, además de ello, organizó soberbios encuentros entre gladiadores, el pueblo pensó en la forma de recompensar sus acciones, mediante el otorgamiento de nuevos cargos.

César no tuvo mucha suerte con su tercera esposa: Pompeya amaba al noble Publio Clodio, pero apenas podía citarse con él, puesto que se veía estrechamente vigilada por la madre de César. Plutarco explica que Pompeya organizó una gran fiesta en su casa, en honor de la gran diosa, y que César se vio obligado a abandonar la morada, porque el festejo sólo aceptaba la asistencia de mujeres. Pero Clodio se disfrazó de tañedora de lira, y así se introdujo en casa de César, siendo descubierto por una sirvienta, que al oír su voz se dio cuenta de que era un hombre. El hecho causó gran sensación en Roma y se procesó a Clodio por impiedad, acusado por un tribuno de la ple-

be. César “se hizo divorciar de Pompeya”, pero cuando se le llamó como testigo en la causa, dijo que nada sabía de lo que se le imputaba a Clodio. Como sorprendido el acusador con una declaración tan extraña, le preguntase por qué había entonces repudiado a su mujer, César contestó: “Porque quiero que de mi mujer ni siquiera se tenga sospecha.”

Clodio, que era muy apreciado por el pueblo, fue declarado inocente. Tras una brillante campaña en España, César se interesó por el consulado, que también obtuvo. Ya anteriormente, beneficiándose de la amistad que tenía con Craso, había obtenido de él una garantía equivalente a 600 millones de pesetas actuales, cuando César partió para España. Cuando se convirtió en cónsul dio el primer paso para reconciliar a los dos hombres más poderosos de aquel entonces, Craso y Pompeyo, que se envidiaban mutuamente, llegando incluso al extremo de conseguir que colaborasen unidos. Así formó, con ellos, el primer triunvirato, en el año 59 a. de J. C. El hecho de que César ayudase hasta el triunvirato a Clodio, el perseguidor de su mujer, nos demuestra, una vez más, su carácter complaciente y magnánimo. Claro que también cabe la posibilidad de que su gesto fuera impulsado con segundas miras, puesto que tenía un gran interés en que sus relaciones con Pompeyo fueran óptimas, lo que indudablemente consiguió, puesto que acabó casándole con su hija Flavia.

César logró desterrar a Cicerón con la ayuda de Clodio, y se marchó luego a las Galias, la tierra que le había sido adjudicada. Plutarco dice que “...el tiempo de las guerras que después sostuvo y de las campañas con que domó la Galia, fue como si hubiera tenido un nuevo principio y se le hubiera abierto otro camino para una vida nueva y nuevas hazañas y se acreditó de guerrero y caudillo no inferior a ninguno de los más admirados y célebres en la carrera de las armas”...

Montanelli dictamina:

“Con los dos cónsules, Gabinio y Piso, como guardaespaldas; un aventurero como Clodio, fácil de manejar, al mando de los plebeyos; con la amistad de Pompeyo, la ayuda financiera de Craso y con el senado controlado por la opinión pública (las reuniones públicas se organizaban diariamente), César pudo abandonar tranquilo la ciudad para conquistar lo único que

todavía le faltaba: gloria como guerrero, y un ejército que le siguiera con fidelidad.”

La guerra de las Galias duró ocho años, desde el 59 hasta el 51, pero, una vez transcurridos éstos, toda Galia fue romana. Ya era tiempo de que César regresara a Roma, porque el nuevo triunvirato, organizado en Luca, en el año 56, ya no contaba con Craso, asesinado a traición en el norte de Africa, cuando conversaba con un general enemigo.

César podía aspirar a que se le festejase y se le honrase como héroe: había conquistado un país que, a partir de entonces, siempre se mostró fiel a Roma; pero las gentes acostumbran a mostrarse inconsecuentes y desagradecidas. Cuando regresaba a Roma hacia principios del año 49, se enteró de que le habían destituido, y de que Catón incluso exigía que le desterrasen de Italia. César reunió a sus soldados, les dio el nombre de *commilitones*, como compañeros de milicia, en lugar de *milites* (soldados), y les hizo partícipes de las noticias que le habían llegado desde la “agradecida patria”. Acto seguido les preguntó si se consideraban lo suficientemente fuertes para entablar una guerra contra Roma. Los soldados se mostraron conformes y sólo un general se dio a la fuga. César le envió su equipaje y su sueldo y dio el asunto por zanjado. El 10 de enero del 49 pronunció una de sus célebres frases, siempre citadas a lo largo de estos 1 900 años de nuestra era: “*Alea jacta est*” (la suerte está echada); y de esa forma franqueó el Rubicón, que también le debe su fama, y marchó contra Pompeyo. En un principio la guerra no fue muy acerba, pero en Farsalia tuvo lugar un combate decisivo, que demostró una vez más la estrategia magistral de César. Sólo perdió doscientos hombres, pero en cambio mató quince mil e hizo veinte mil prisioneros. Cuando César inspeccionó el campo de batalla, temió encontrar en él el cadáver de Bruto, un hijo de su amante Servilia, al que amaba como a un hijo (y también pudiera ser que fuera hijo suyo). Pero Bruto le escribió, poco después, desde Larissa, implorándole que lo perdonase y suplicando piedad para su cuñado Casio, cosa a la que César no se opuso.

Pompeyo huyó hasta Alejandría, en donde fue asesinado por un egipcio, que cumplió una orden dada por el eunuco Potino.

Se dice que César lloró cuando le fue presentada la cabeza de su antiguo amigo y colaborador.

César había seguido a Pompeyo hasta Alejandría, en donde comenzó uno de los episodios más interesantes de su vida: su amor por Cleopatra, la emperatriz de Egipto. Permaneció nueve meses en este país y, desde allí, se dirigió a Asia, en donde se vio obligado a enfrentarse con Farnaces, el hijo de Mitrídates. El resultado de esa guerra ha sido narrado por César de una forma muy escueta, si se compara con la usada para la descripción de la guerra de las Galias, y a raíz de su terminación escribió en una carta a su amigo Amincio las siguientes palabras: "*Veni, vidi, vici.*" (Llegué, vi, vencí.)

A pesar de que César tenía el propósito de llevar a cabo en Roma un gran programa social, cosa a la que tal vez le obligase su amor por Cleopatra, en cuyo programa estuvo incluida la construcción de grandes edificios, la desecación de pantanos, la perforación del istmo de Corinto y una reforma del calendario, sus enemigos no le dejaron en paz, e incluso se vio obligado a navegar hasta España, para vencer a los hijos de Pompeyo, que se habían sublevado para vengar a su padre.

Plutarco escribe sobre ello: "Esta fue la última guerra que hizo César, y el triunfo que por ello celebró afligió de todo punto a los romanos, pues que no por haber domado a caudillos extranjeros o reyes bárbaros, sino por haber acabado enteramente con los hijos y la familia del mejor de los romanos, oprimido por la fortuna, ostentaba aquella pompa; y no parecía bien que así insultase a las calamidades de la patria, complaciéndose en hechos cuya única defensa ante los dioses y los hombres podía ser el haberse ejecutado por necesidad; siendo así que antes ni había enviado mensajeros ni escrito de oficio por la victoria alcanzada en las guerras civiles, como si de vergüenza rehusase la gloria de tales victorias."

Pese a todo, los romanos lo nombraron su dictador "por tiempo vitalicio", pero César comprobó, en el año 44, que la predilección que le habían demostrado iba en disminución y no se atrevió a aceptar el cetro real, que le fue ofrecido varias veces. (No pudo suponer que su solo nombre sería más apreciado que el título de rey, puesto que un kaiser no es otra cosa que un César.)

Los idus de marzo se fueron acercando a César; los mismos que en el futuro excitarían, con éxito, la imaginación de dramaturgos ingleses tales como Shakespeare y Thornton Wilder; pero no fueron generosos con César, puesto que le profetizaron que moriría —como sucedió— traspasado por veintitrés puñaladas, en el mismo senado y ante la estatua de Pompeyo. Así obtuvo el “agradecimiento de la patria” uno de los hombres de estado más grandes de todos los tiempos, un insigne diplomático, un amador preferido por todas las mujeres, un general al que sus soldados veneraban como a un dios. Ese “agradecimiento de la patria”, tantas veces prometido a lo largo de la historia, pero tan pocas veces cumplido.

Plutarco, su gran biógrafo, dice cuando trata del fin de César: “Aquel poderoso numen que mientras vivió cuidó de él, le siguió después de su muerte para ser vengador de ella, haciendo huir y acosando por mar y por tierra a los matadores hasta no dejar ninguno, y acabando con cuantos con la obra o con el consejo tuvieron parte en aquel designio.”

Cleopatra y los escándalos de los tiempos antiguos

Siempre han habido historias escandalosas, y seguramente siempre las habrá. Pero los asuntos a que se refieren tienen muy diferentes repercusiones si afectan a pueblos o a estados. Una mujer (Gertrud Mander), escribió en un periódico de Stuttgart, sobre la Inglaterra del año 1963:

“Profumo, Rachman, la duquesa de Argyll; durante el transcurso de este año, Inglaterra no se ha privado del sexo, de las corrupciones, ni de los escándalos. Existen períodos en los que los diarios pueden ser considerados como novelas pornográficas por entregas. Tanto las conversaciones como los chistes, se concentran en un solo concepto: sexo, sexo y otra vez sexo. Por eso casi parece una ironía que las autoridades se viesen obligadas, en estos días, a... confiscar la edición popular de una novela erótica del siglo XVIII, poco antes de que fuese distribuida a las librerías. El intento de poner en el mercado trescientos mil volúmenes de las *“Memoirs of a Woman of*

Pleasure" ("Memorias de una mujer de vida alegre"), de John Cleland, más conocidas por el título de "Fanny Hill", exactamente doscientos años después de que fuesen escritas, ha sido obstaculizado... Pero el público se ha dado cuenta de ello, el tema y los detalles picantes de ese clásico olvidado corren de boca en boca por el sobreexcitado clima de erotismo que flota sobre Londres. ¡La policía nunca podrá impedirlo!"

Deseo hacer constar que considero exagerada toda esa argumentación, por creer que una época plagada de radios, televisiones, cine y revistas ilustradas, no puede interesarse por la prohibición de la publicación de un libro. Sin embargo, deseo formular una pregunta: ¿Es posible que las conclusiones que originan estos escándalos puedan tener ciertas repercusiones en Inglaterra? ¡No lo creo! Significan lo mismo que un motor que siempre marchó perfectamente y hace, de pronto, más ruido del acostumbrado. Se acepta.

Lo mismo podemos decir con respecto a los escándalos de la antigua Roma, en los que se basan los predicadores de costumbres moralistas, atribuyéndoles efectos desastrosos en la historia de Roma. Es cierto que no pueden ser pasados por alto desde el punto de vista de hechos históricos, pero la maquinaria del estado puede andar perfectamente, pese a ellos, a no ser que las dificultades económicas sean las que echen arena entre los cojinetes.

Debemos conceder que los escándalos no fueron tan frecuentes en los tiempos de los reyes tarquíneos como más tarde; pero nunca faltaron. El senado ya intrigaba en los tiempos del rey etrusco Tarquino Prisco, durante su reinado, que duró treinta y ocho años, y coronó finalmente sus intrigas con el regicidio. Ciertamente que en aquel entonces todavía no eran tan inhumanos para asesinar también a su mujer y a su hijo, por lo que la reina gobernó como regente hasta que pudo poner el gobierno en manos de Servio, que supo conducir a su pueblo con sabiduría e hizo construir una importante muralla en torno a la ciudad de Roma, que ya estaba bastante fortificada. En los tiempos de los tarquíneos también tuvo lugar la historia de Lucrecia. Sexto Tarquino y Lucio Colatino hicieron una apuesta sobre la virtud de sus respectivas esposas y, en su cumplimiento, una noche se dirigieron a Roma, partiendo del cam-

pamento en donde se encontraban y hallaron a la mujer de Sexto en compañía de amigos, comprobando, en cambio, que Lucrecia estaba sola, ante la rueca, por lo que Colatino ganó la apuesta, lo que motivó que el despechado Sexto decidiera seducir a Lucrecia, que se suicidó poco después, lo que originó un levantamiento en Roma, que produjo, como consecuencia, que se proclamara la república. ¡Todo ello a causa de una apuesta grotesca y desvergonzada!

La historia de Lucrecia fue plasmada por Heine en dos versos irónicos de su poema "Imperfección":

Si Lucrecia no se hubiese suicidado
tal vez habría parido.

Pero vamos a ocuparnos de aquella mujer cuyas aventuras, en el mundo de entonces, han dado pábulo a un sinfín de fantaseos y de discusiones históricas: Cleopatra.

Del mismo modo que la imagen de la mayoría de los césares ha llegado a nosotros en forma imprecisa, la idea que tenemos de Cleopatra tampoco es muy clara. No sabemos mucho de ella, y lo poco que conocemos se basa en fuentes partidistas de romanos o de judíos.

Pero sí sabemos algo seguro: ¡que no era egipcia! La imagen que nos formamos de ella —o la que nos es dada por las ilustraciones o el cine— nos presenta a una mujer de tez morena y negros cabellos; cosa que seguramente no encaja con la realidad, puesto que era el último o penúltimo vástago de la sucesión de Tolomeo y, por lo tanto, oriunda de Macedonia.

Esa estirpe tenía una gran preocupación en mantener pura su sangre macedónica, cosa plenamente demostrada por sus prescripciones sobre los incestos. Basándonos en su origen tendremos que admitir que Cleopatra había de ser rubia. Las monedas en las que se ve a una mujer junto a Antonio, no deben de representar a Cleopatra, sino que probablemente retratan a Octavia, la hermana de Augusto, y cuando Montanelli define a Cleopatra, en una forma que casi podría considerarse como anti-semítica, y nos dice que era "una judía nariguda", retratándola como "una mujer joven, pintarrajeada y adornada como una ramera", seguramente se basa en las descripciones

de un historiador antiguo que odiaba a Cleopatra. Pero a medida que pasa más tiempo desde su trágico fin, su imagen se nos va apareciendo más pura entre las páginas de la historia, y uno de sus posteriores admiradores fue François Champollion, que descubrió en 1822 en la piedra de Rosetta, hallada en 1799 —que actualmente se encuentra en el museo de El Cairo— el mismo texto en escritura jeroglífica, demótica y griega, desvelando el secreto de la letra pictográfica sagrada egipcia, convirtiéndose por ello en el padre de la egiptología moderna.

El transcurso de la historia egipcia, particularmente el de la era de la dominación faraónica, no fue pacífico ni tranquilo —al igual que los tiempos de la república de Roma—. Los egipcios se libraron a duras penas de la ocupación persa, recuperando su independencia en el año 421, cuando Nicias firmó la paz entre Esparta y Atenas. Pero los persas no se dieron por vencidos tan pronto, y en el año 360 Artajerjes volvió a conquistar Menfis. En el año 332 el sátrapa persa, Mazakes, cedió Egipto sin lucha a Alejandro Magno y éste, en ese país, fundó la ciudad que hoy lleva su nombre: Alejandría. Cuando Alejandro murió en Babilonia contando solamente treinta y tres años de edad, Tolomeo usurpó el poder de Egipto, y a partir del año 306 se nombró “rey de Egipto”, y los rodios lo llamaron *soter* (salvador).

Tolomeo I Soter, murió el año 285, y fue sucedido por Tolomeo II Filadelfo, el fundador de la biblioteca alejandrina. Tolomeo III, Evergetes le sucedió en el año 247, y a él se debe la modificación del calendario, que a través de Cleopatra, y con la ayuda de César, se introdujo en todo el Occidente, bajo el nombre de calendario “juliano” (con el fin de ajustar el calendario terreno al año solar, mediante la introducción de un día bisiesto cada cuatro años). El reino de Egipto desarrolló su gran poderío bajo el reinado de Tolomeo III. En el año 222, cuando los romanos estaban ocupados con la conquista de Milán y fundaron Mutina (Módena) y Placentia (Piacenza), Tolomeo IV Filopator sucedió al que había perdido el alto Egipto en una guerra con Antíoco el Grande. En el año 198 Tolomeo V selló la paz con Antíoco, fue envenenado en el 181, y le sucedió Tolomeo VI, que también fue llamado Filopator.

Diez años más tarde Antíoco IV venció a Tolomeo VI y lo hizo prisionero, pero los romanos le impidieron que atacase Egipto. En el año 127 Evergetes II se convirtió en rey de Egipto, y a su muerte, acaecida en el año 117, estalló una guerra civil en todo el país. Durante el transcurso de los siguientes veinticinco años los Tolomeos se sucedieron tan velozmente, que en el año 88 ya nos encontramos con Tolomeo XI, que fue desterrado por su propio pueblo. En el año 81 sube al trono Tolomeo XII, que comparte el trono con su esposa Berenice. Un año más tarde hace matar a su mujer y poco después es asesinado a su vez. Le sigue Tolomeo XIII Dyonisos. Los romanos le reconocieron formalmente. Pero pronto accede al reino Tolomeo XIV, Auletes, que, pese a ser reconocido por César, se vio obligado a huir a Roma, hostigado por su propio pueblo. En el año 55 —un año después de que César, pese a encontrarse en las Galias, renovase el triunvirato con Pompeyo y Craso—, los romanos reinstalaron en Egipto a Tolomeo XIV, padre de Cleopatra. Pisó su reino protegido por las legiones romanas y fue un hombre pacífico, un simple “flautista”, al que el destino puso en el trono en una época que ya marcaba el final de los gloriosos tiempos del reinado de los faraones; el mismo que daba comienzo a las civilizaciones de Grecia y Roma. Cleopatra creció precisamente en esa época, preparándose para afrontar su desdichado destino. Vástago de una estirpe reflexiva, hija de un amante de la música y flautista, tataranieta del fundador de la biblioteca alejandrina. ¡El postrer brote genético de Alejandro Magno!

Antes de buscar en las particularidades del transcurso de su vida conviene presentar una corta exposición de la guía de Egipto, tal como la exponen Emma Brunner-Traut y Vera Hell en su introducción histórica:

“Los dos siglos siguientes se deslizan en la trayectoria del fratricidio y del asesinato conyugal, que marcaron todos los reinados. La construcción del templo de Edfu quedó totalmente acabada durante el reinado de Tolomeo XIV Neos Dyonisos (81-51) el “flautista”, y se comenzaron las obras del templo de Dendera. Sus inmediatos seguidores, Cleopatra y Tolomeo XV (51-47), escribieron el último acto de la trágica historia del poder en Egipto. Los dos hijos de Tolomeo XIV

estaban bajo tutela del senado romano, representada por Pompeyo. Cuando éste se refugió en Egipto, después de haber perdido la batalla de Farsalia (47), fue asesinado por orden de su pupilo Tolomeo que, mientras tanto, también había desterrado a su hermana Cleopatra. Julio César, que tenía en Roma las riendas del poder absoluto, se dirigió a Alejandría, en donde venció al rebelde Tolomeo, que murió ahogado en el Nilo, y proclamó regente al hermano de Cleopatra, pese a que sólo contase once años de edad (47). La Helena egipcia, de veintidós años, logra hechizar a César, que contaba entonces cincuenta y dos, y no descansa hasta conseguir que Tolomeo XVI sea asesinado (45), con lo que Tolomeo XVII César (llamado también Cesarión), hijo de César y Cleopatra, obtiene el trono con la regencia de su madre. Después de la muerte de César (44), Cleopatra dedica sus artes de seducción a cautivar a Marco Antonio, que había sido enviado a Egipto tras la muerte de César. De tal modo Cleopatra consigue atraerse a Marco Antonio, que el senado romano llega a considerarle como enemigo de la patria, principalmente a causa de sus ocho años de disipada y lujosa vida junto a Cleopatra. Finalmente, Octavio, el futuro César Augusto, invade Egipto y lucha contra Marco Antonio, derrotándole en Accio y reconquistando Alejandría, lo que motiva el suicidio de Marco Antonio y, seguidamente, el de Cleopatra, que, según la tradición, antes de caer en manos romanas, coloca un áspid entre sus senos, cuando contaba únicamente treinta y ocho años de edad.”

Esta cortísima descripción nos enseña plenamente la atmósfera en que creció Cleopatra, la forma en que los hombres de la Italia de los últimos dos siglos a. de J. C. luchaban entre ellos para obtener el poder. En una época en que los romanos combatían por el poder contra los propios romanos, acudiendo incluso al asesinato, no puede extrañar que en Egipto, donde el matrimonio entre hermanos estaba expresamente prescrito por las leyes y la tradición para mantener pura la raza real, las luchas se entablasen en el seno de la familia, con la lógica consecuencia de que fuesen los hijos quienes hiciesen asesinar a sus padres, y los hermanos se diesen muerte entre sí. Los primeros cristianos no fueron los únicos en comprender que este estado de cosas era insostenible.

En el año 55 se extendió la noticia por toda Alejandría, capital de Egipto de entonces, de que el rey regresaría amparado por los romanos. Nos referimos a Tolomeo XIV Auletes, “el flautista”, también llamado “el nuevo Dionysos”. Como es de suponer, los romanos no le habían ofrecido gratuitamente su regreso al trono; se vio obligado a otorgar Chipre y a hacerse deudor de elevados tributos. En la alta terraza del palacio real, cuatro niños esperaban el regreso del padre: Cleopatra, con todo el esplendor de sus catorce años; su hermana menor, Arsinoe; Tolomeo, de ocho años, que, según las severas leyes de la tradición, debería convertirse en su esposo, y, finalmente, un niño muy pequeño, también llamado Tolomeo, cuyo nacimiento costó la vida a su madre. Un momento, sin duda, muy emocionante, aquél en que la adolescente Cleopatra abrazó a su padre, que se había visto obligado a mendigar en las antecámaras de Roma su regreso al trono, durante cuatro años consecutivos.

El rey, amigo de las musas, mudó pronto su residencia, cambiando los fastos de la ciudad por una península, cuyo istmo se encuentra frente a la isla de Faros, que entonces ofrecía una de las maravillas del mundo: su inmensa torre luminosa. Esa es la causa de que muchos idiomas empleen la palabra “faro” para referirse a una torre luminosa. Cleopatra observaba el mar desde esa torre, el mismo mar Mediterráneo que entonces estaba completamente dominado por el águila romana.

Tolomeo Auletes murió tres años después de su regreso, dejando el trono en manos de sus hijos: Cleopatra, de diecisiete años, y Tolomeo, de doce. Con el fin de que los sucesores del trono fueran reconocidos por su desagradecido y versátil pueblo, el rey envió a Roma un duplicado de su testamento, con la consecuencia de que el senado nombrase a Pompeyo tutor de los “niños egipcios”. Cleopatra y su hermano, Tolomeo XV, fueron casados en Menfis con la gran pompa de las ceremonias faraónicas tradicionalistas (todos los conquistadores de Egipto, incluidos los romanos, admiraron la antiquísima cultura faraónica y tuvieron buen cuidado de no introducir sus costumbres bárbaras en un país mucho más civilizado que el de ellos), pero al cabo de cierto tiempo se iniciaron las intri-

*Reverso de una tetradracma
de Marco Antonio con el re-
trato de Cleopatra*



gas en torno a los jóvenes reyes. El hijo de Pompeyo apareció en Alejandría, con el fin de pedir la ayuda de Egipto, en favor de su padre, el tutor y, por lo tanto, el protector de Cleopatra. La reina, que apenas contaba dieciocho años, no pudo negarse a sus ruegos y puso a su disposición las legiones romanas (su única protección), sesenta barcos de guerra y un gran cargamento de trigo, lo que aprovechó el rey, de trece años, ayudado por los cortesanos que le eran adictos, para enfrentarse con la desamparada Cleopatra, que fue obligada a huir de Alejandría y a exiliarse en Tebas, donde su hermano y marido la hizo vigilar. Mas como los habitantes del Alto Egipto ya no estaban acostumbrados a prestar servicio militar, no practicaron una exagerada disciplina, y Cleopatra pudo huir fácilmente a Siria, donde organizó un ejército con el propósito de luchar contra su hermano Tolomeo. Seguramente fue en Siria donde Cleopatra recibió la noticia de que Tolomeo había hecho asesinar al tutor de ambos, Pompeyo, y enviado su cabeza, junto con el sello que siempre usaba, a César. Ello debió constituir un terrible golpe para Cleopatra, que siempre había contado con la protección de su tutor romano, Pompeyo.

Persiguiendo a Pompeyo, que se había alzado contra Roma, César desembarcó en Alejandría cinco días más tarde y recibió, con horror, los regalos del egipcio. Dicen que incluso lloró cuando le mostraron la cabeza de su suegro. César se posesionó del abandonado palacio de los Tolomeos y envió mensajeros para que reconciasen a Tolomeo, que entonces contaba catorce años, con su hermana Cleopatra. Pero nadie supo de-

circle dónde se hallaba esta última. La joven reina estaba convencida de que la falsedad y la astucia eran las características esenciales de su hermano y que correría igual suerte que Pompeyo si se descubría su residencia antes de tiempo. Pero no le faltaba audacia: embarcó en un buque pesquero en compañía de su maestro Apolodoro y desembarcó de noche en la península en que Tolomeo Auletes se había hecho construir su nuevo palacio. Apolodoro cubrió todo el cuerpo de Cleopatra con un inmenso paño, y marchó así cargado hasta el palacio de César. Dijo a la guardia que llevaba un atadizo de ropas para su hijo, que prestaba sus servicios entre la escolta de César. Apolodoro llegó de esa forma a los aposentos privados de César, en donde posó sobre el suelo el gran fardo y desató sus nudos. Ante los admirados ojos de César emergió una mujer joven de deslumbrante belleza, que le saludó en un perfecto latín: "*Ave, Caesar, Cleopatra sum, Aegypti regina.*"

El dominador del mundo y la mujer que quería compartir su poder, pero que anhelaba ante todo recuperar su propio trono, se encontraron por fin frente a frente. ¡Fue un momento histórico!

No cabe duda de que para César, que entonces contaba cincuenta y dos años, ese encuentro debió resultarle turbador, porque además de una reina legítima, vio ante él a una joven mujer de radiante belleza. La más bella que vieran sus ojos, pese a haber estado casado varias veces y haber tenido un sin fin de aventuras amorosas.

¿No ocupaba ya su dormitorio? Y ella se quedó junto a él.

César instó a Tolomeo a reconciliarse con su hermana. Pero el orgulloso imberbe se mostró furioso, tiró su corona a los pies de Cleopatra y se apresuró a ir al encuentro de sus consejeros y de los poderosos de Alejandría, para hostigarlos contra César y Cleopatra. La astuta diplomacia de César consiguió aplacar ese primer levantamiento, e incluso llegó al extremo de lograr reconciliar, al menos públicamente, a los hermanos, basándose en el testamento del rey Tolomeo Auletes y prometiendo a los egipcios la devolución de la isla de Chipre, tan importante para ellos. (Que en la actualidad ha cambiado su posición entre Europa, Oriente y Asia, acercándose tanto a Europa que ha llegado a formar parte de esta última.)

Los primeros conciliábulos demostraron a Cleopatra que su César era un avezado diplomático y un gran orador, y pese a que no pudieran culminar inmediatamente los sueños que la asaltaron cuando Apolodoro la introdujo a través de la guardia del palacio, debió parecerle que el camino de su realización estaba abierto. Su esposo, el príncipe de catorce años, no le pareció peligroso, pero comprendió que debía guardarse de sus consejeros, los mismos intrigantes que no dudaron en asesinar a Pompeyo. César pronto estuvo informado sobre los planes del eunuco Potino y del general Aquiles, que preparaban al pueblo para que se levantase contra él. Puesto que los egipcios, para no levantar sospechas, habían dejado anclada su flota en el puerto, César ordenó a sus soldados que la incendiaran, con los nefastos resultados de que las llamas se extendieron a la ciudad, destruyendo algunas naves de la valiosísima biblioteca.

La vida de César corrió un grave peligro durante el desarrollo de esos motines, pero finalmente el imperio romano logró dominar a los sublevados de Alejandría. Cercó el campamento del rey-niño, con la ayuda de Mitrídates de Persia y del rey Antipater de Judea, y el resultado fue que el egipcio se vio obligado a huir en un barco y murió ahogado, porque tantos quisieron salvarse que excedieron la capacidad de la nave. César hubiera podido apoderarse de Egipto en ese momento con gran facilidad, pero, en vez de ello, cimentó el reino de Cleopatra, se basó en la tradición de los tolomeos y le dio como regente a su hermano menor, que entonces contaba diez años.

La belleza y la gracia de la juventud vencieron a la madurez. Y pronto lograron mucho más: César se quedó junto a ella y apenas enviaba noticias a Roma. Cleopatra llegó incluso al extremo de planear con César la conversión de Alejandría en capital, lo que, de haberse realizado, hubiera sustituido a Roma por Alejandría. Alejandría hubiera pasado a ser el centro del Imperio romano, gobernado en el futuro por el hijo de ambos (al que esperaban por entonces). Planes encantadores, a los que César prestaba oídos embobados. ¿Cuántos cincuentones podrán aspirar jamás a tener una suerte semejante?

César se creyó amado, y no se cansó de asimilar la cultura milenaria de los faraones, explicada por boca de su joven y cultísima mujer, que dominaba varios idiomas y era tan orgullosa de su raza que llegó a creer que la antigua civilización egipcia podría llegar a gobernar el mundo. ¿Acaso todo lo que había construido Roma, en el transcurso de sus setecientos años de historia, sus templos, calles, instalaciones no era irrisorio en comparación con la historia egipcia, vieja de treinta siglos, con las pirámides de Gizeh y los templos de Karnak y Tebas? ¿Acaso la religión monoteísta de Ejnaton, con su simple adoración del sol, personificado en Aton, no era más verídica y calculada que todas las leyendas de los dioses romanos, de las que el pueblo empezaba ya a burlarse?

Pero la historia no se detuvo, y cuando nació Tolomeo César, al que el pueblo bautizó con el nombre de Cesarión, César se vio obligado a embarcar, para no dejar escapar el poder. Dejó en Alejandría cuatro legiones, y a su fiel general Rufo, para que protegieran a su reina. César se vio obligado a combatir, en el Asia Menor, contra Farnaces, el hijo de Mitrídates. Lo venció con tan poco esfuerzo, que pudo anunciar a Roma (tal y como dijimos con anterioridad): "*Veni, vidi, vici*". Al año siguiente —46—, César obtuvo una victoria sobre Juba, que murió en el combate.

César volvió a ser reelegido dictador, para el transcurso de un decenio, en ese mismo año 46, y se dedicó, ante todo, a la organización de la administración de Roma. Cleopatra lo visitó asiduamente y habló con él sobre cuantos asuntos concernían al aseguramiento y a la organización del imperio mundial, que el pequeño Cesarión debería regir en un futuro, cuando le llegase el turno. Se iniciaron reformas radicales en todos los ámbitos administrativos, entre ellas el "calendario juliano", el mismo que empleamos en la actualidad y que fue introducido en el mundo de entonces merced a las presiones de Cleopatra.

Pese a que César mantenía el "decoro" (como decimos todavía hoy) y seguía viviendo con su esposa romana, las relaciones entre el dictador y la reina de Egipto trascendieron a la opinión pública. Sus múltiples reformas tuvieron que enfrentarse con enemigos y envidiosos (como también sucede hoy) y la

gran benevolencia de César, que incluso otorgó cargos de importancia a hombres como Bruto y Casio, con lo que demostró que no se limitaba a perdonarlos, contribuyó a su perdición. César debe a los idus de marzo las veintitrés cuchilladas que traspasaron su cuerpo, como consecuencia de las maquinaciones de los que conspiraron en su contra. Cleopatra perdió al hombre al que había encadenado su destino. ¿Estaba entonces en Roma? ¿Recibió la horrible noticia en Alejandría? ¿Recibió en su reino la noticia, que debió de difundirse con la velocidad del viento? Lo ignoramos. Pero sí sabemos que la joven reina quedó sola y desamparada, viéndose obligada a recomenzar desde el principio.

El testamento de César fue abierto por Marco Antonio, el mismo hombre que invitó a almorzar a los asesinos al día siguiente del asesinato. Estaba seguro de que, como general del César y como "el más fiel de los fieles", le nombraría, en parte al menos, su heredero. Pero César legó a los ciudadanos romanos una parte de su fortuna, otra a tres sobrinos-nietos, entre ellos a Cayo y Octavio, y Marco Antonio no obtuvo nada. Lo mismo sucedió con Cesarión. César ni siquiera lo nombró en su testamento. ¡Otra gran desilusión de Cleopatra! Culpó a Calpurnia de haber hecho público un antiguo testamento de César, y de haber roto otro reciente, en el que estaba incluido su hijo.

El asunto no tuvo importancia para Marco Antonio. Tenía el poder en Roma; le resultó, pues, fácil vaciar las arcas del tesoro después de la muerte de César y proporcionarse grandes sumas de dinero. (Montanelli hace referencia a quince mil millones, sin indicar la moneda.)

Cleopatra, instalada en Alejandría, siguió con ojos críticos los acontecimientos de Roma y comprobó que la muerte de César originaba un sinfín de disensiones internas. El sobrino de César, Octavio, se hizo cargo del poder con la ayuda del senado y consiguió que el pueblo estuviera de su parte por el simple hecho de que pagó de su bolsillo los legados dispuestos por César, puesto que Marco Antonio no lo había hecho. Marco Antonio acabó buscando refugio entre sus tropas. Octavio lo siguió y ambos entablaron un combate en Módena. La suerte estuvo de parte de Octavio, puesto que consiguió que el

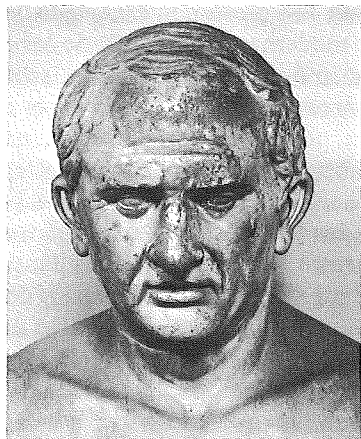
invencible Marco Antonio se diera a la fuga. Octavio se apresuró a regresar a Roma al frente de todas las tropas italianas, exigió su nombramiento de cónsul y condenó a muerte a los conspiradores. El senado se opuso, por lo que Octavio envió un mensajero a Marco Antonio, para formar entre ambos y Lépido el así denominado "segundo triunvirato". A partir de entonces, comenzó en Roma un gran derramamiento de sangre: 300 senadores y 2 000 funcionarios fueron inculcados de haber tomado parte en la conspiración y sentenciados a muerte. Sus bienes fueron confiscados. Cicerón, Bruto, Casio; todos fueron alcanzados por la némesis.

Cleopatra siguió esos acontecimientos dominada por el miedo. Era la única dominadora de Egipto, puesto que en el año 45 (cuando César aún vivía) murió su hermano Tolomeo XVI, por lo que Cesarión ocupó el trono con el nombre de Tolomeo XVII César. Las sospechas de que Cleopatra tuviera algo que ver con la muerte de su hermano, todavía no han quedado disipadas, pero debemos tener en cuenta que en el año 45 (la época de su esplendor y poderío) carecía de motivo para hacer asesinar a su hermano, que nunca se interpuso en su camino y no siguió las directrices de su hermano mayor, que se dejó dominar por cortesanos astutos y ambiciosos.

Casio privó a Cleopatra de una parte de sus legiones y le robó la flota que tenía anclada ante Chipre. Cleopatra construyó un "Cesareum" en Alejandría, que dedicó a la memoria de César, y colocó en su entrada dos obeliscos, que mandó traer del Alto Egipto, como si quisiera custodiar la entrada con ellos. (En la actualidad uno se levanta en Londres y el otro en Nueva York, pero no se ha encontrado ninguna huella de las estatuas de Isis y Osiris, que tenían esculpidos los rostros de César y Cleopatra.)

Cuando Cleopatra se enteró de la constitución del nuevo triunvirato entre Octavio, Marco Antonio y Lépido, junto con la noticia de que Octavio había puesto Egipto en manos de Marco Antonio, se sintió salvada. Conocía bien al apasionado Marco Antonio, cuyas historias de faldas no sólo eran comentadas en toda Roma, sino que también habían sido ironizadas por Cicerón en sus filípicas, después de la muerte de César, por lo que estaba convencida de que no tenía que temer nada de

Busto de Marco Tulio Cicerón, el "padre de la patria"



él, lo que no podía afirmar con respecto a Octavio. Lo más probable es que Cleopatra sonriese complacida cuando Marco Antonio le envió un mensaje desde Tarsos, en el que la intimaba a que se hiciera responsable de la ayuda que había prestado a Casio. La acusación era tan inconsistente que ni siquiera podía ser tomada en serio por el mismo acusador, por lo que Cleopatra tuvo en cuenta la parte dispositiva del hecho: Marco Antonio deseaba verla. No dudó ni un instante en ir a su encuentro, puesto que no ignoraba que su poder dependía de la protección de Roma, pero se tomó tiempo para estudiarse concienzudamente todos los pormenores. Tenía entonces veintinueve años; la edad en que las mujeres de Oriente empiezan a marchitarse. Pero ella era medio griega y medio macedonia y su inteligencia le decía lo importante que era el cuidado de su cuerpo. Hemos de creer que entonces se encontraba en el punto culminante de su espléndida belleza. Plutarco, a pesar de ser griego, sentía una cierta animosidad contra Cleopatra, lo que no le privó de describir su llegada a Tarsos con toda la belleza de su pluma magistral.

Marco Antonio se mandó construir un trono ante el que debía comparecer la reina egipcia acusada. Estaba instalado en él, cuando le anunciaron la llegada de un barco adornado con velas rojas, en cuyo centro reinaba Cleopatra, como si fuera Afrodita, rodeada de ninfas y gracias. Una escena maravillosa,

que fue plenamente captada por la fantasía de Shakespeare, y modernamente por la de los directores cinematográficos. Yo mismo vi en el puerto de Ischia, en la primavera de 1963, el barco dorado de Cleopatra, o, mejor dicho, su reconstrucción; cuando vi brillar esa nave, en toda su magnífica grandeza, bajo el deslumbrante sol del cielo italiano, nuestros grisáceos barcos de guerra, los vapores pintados de blanco, las barcasas y los botes pesqueros, me parecieron miserables, incluso tenebrosos, comparados con ella, por lo que pude imaginarme la impresión que debió causar, dos mil años antes, la llegada de la reina egipcia a Tarsos. Se dice que todo el pueblo se apresuró a alcanzar los muelles, y que Marco Antonio se quedó completamente solo, sentado en su trono.

Una vez que Cleopatra hubo pisado tierra, no se molestó en ir al encuentro de Marco Antonio, sino que lo invitó a cenar en el palacio que había hecho preparar sigilosamente para esta ocasión. Recibió allí, como una reina triunfante y sonriente, al general romano, y si él tenía que hacerle alguna reconvencción por la supuesta ayuda prestada a Casio, apenas comenzó la comida ya estaba completamente hechizado por la belleza de ella y dispuesto a poner a sus plantas los reinos que había conquistado.

Al cabo de poco tiempo, Marco Antonio acompañó a Cleopatra a la capital, Alejandría. El biógrafo de Augusto nos explica bastante concienzudamente el juego que desarrolló Cleopatra en torno a Marco Antonio. Lord Tweedsmuir escribe:

“...puede ser que amase a César; de hecho, creo que ningún hombre, a excepción de él, reinó en su corazón. Pero ella no se limitó a luchar por el reino de Egipto, puesto que lo hizo por toda la civilización griega, creyendo que era su última celadora, a causa de su extremada cultura.”

Lord Tweedsmuir habla sobre su gran fuerza de atracción erótica, sobre el encanto de su aspecto, pero también nos hace referencia a su habilidad y ambición, que pueden ser consideradas superiores a las de muchos hombres. El mismo biógrafo escribe lo siguiente, sobre el juego que Cleopatra desarrolló en torno a Marco Antonio durante el invierno 41-40:

“...punzó su amor propio en todas las ocasiones que se le antojaron propicias, le ofreció sus tesoros y su amor, pero sólo

después de estar completamente segura de que él estaba dispuesto a pagar el precio correspondiente.”

La lucha feroz que se preparaba en Roma, a raíz de la muerte de César, no debió ocultarse a la extraordinaria inteligencia de Cleopatra, y menos debió de pasar por alto que el objeto de estas luchas era el lugar que dejó vacante el gran dictador. En realidad el hombre en el que hubiera debido apoyarse Cleopatra se llamaba Octavio, sobrino de César y, por tanto, primo de Cesarión. Pero los encuentros que tuvo con él en Roma debieron de demostrarle que Octavio era un hombre más bien frío y que basaba toda su vida en las operaciones objetivamente calculadas. En conclusión, el atractivo de Cleopatra no hizo mella en él. Por el contrario, el apasionado Marco Antonio, sólo diez años mayor que ella, era como cera en sus manos. Marco Antonio era un soldado valiente y calculador y un orador bastante diestro, pero en modo alguno un intelectual. La fuerza de él y la inteligencia de ella podían compaginarse perfectamente, por lo que sólo le cabía la posibilidad de jugar la baza de Antonio, y, por desgracia, esa baza no era la indicada para ganar la partida.

Marco Antonio partió, primero, para Siria, donde le llegaron noticias de Roma, que le convencieron de la necesidad de volver a reunirse con Octavio. Cuando regresaba a Italia hizo un alto en Atenas, reuniéndose con su esposa Fulvia, con la que tuvo unas disputas tan espantosas que ocasionaron la muerte de ella poco tiempo después, muerte que no puede descartarse se debiese a suicidio. Esa muerte fue muy oportuna para Antonio, junto con la proposición de Octavio de ofrecer a su hermana como esposa, en señal de desagravio, y con el fin de sellar con más fuerza el pacto entre ellos. En la actualidad nos resulta completamente incomprensible que Marco Antonio se aviniese a semejante arreglo, que en nuestro espíritu actual no podemos sino considerar como deshonroso. Ni comprendemos que pudiera casarse con la frígida hermana del frío Octavio, cuando acababa de dejar los brazos de una hermosa reina y conservaba en su boca el sabor de sus besos.

Sólo podemos suponer que era un hombre versátil, por lo que si en Tarsos se transformó, súbitamente, de acusador en desagraviador de Cleopatra, en octubre del año 40, y en Brindisi,

se transformó en un estrecho colaborador de Octavio, dejando de ser su rival. Se volvió a repartir el mundo, como en un tapete verde, con el resultado de que Octavio recibió el Este, Lépido, Africa, a excepción de Egipto, y Antonio, el Occidente. Octavio tenía un hijo, ya crecido, de su primer matrimonio, y, siguiendo el principio que más tarde fue aceptado por los Habsburgos (*¡Tu felix Austria nube!*), casaron a este hijo con una hija de Sexto Pompeyo, de forma que el joven de veinticuatro años, el futuro Augusto, podía decir que todos los hilos se juntaban en sus manos, como padre de familia.

Todo parecía salir a pedir de boca en la capital del mundo, pero los lazos matrimoniales no parecieron ser muy resistentes, por lo que Octavio acabó viéndose obligado a combatir tanto contra su consuegro Sexto Pompeyo como contra su cuñado Marco Antonio. Por fortuna para Octavio, estas luchas no se produjeron al mismo tiempo, por lo que incluso tuvo la ayuda de Marco Antonio contra Sexto Pompeyo. Pero en el otoño del año 37 Marco Antonio estaba harto ya de "la apagada mirada y del pacífico comportamiento" de su Octavia, por lo que se vio espoleado a regresar a los tormentosos placeres de Egipto, pero como no tenía dinero para el viaje, pensó que sólo Cleopatra podría proporcionárselo. Mandó un mensajero a Cleopatra, que mientras tanto había dado a luz dos gemelos, y la invitó a que lo visitase en Antioquía.

Un Marco Antonio cargado de culpas recibió a la reina egipcia. ¡Sabía que no se había comportado bien con ella! ¿Cómo fue posible que se aviniese a unirse con la insípida Octavia, un hombre como él, que había podido gozar los encantos de Cleopatra? ¿Cómo pudo olvidarse de la más bella de todas las mujeres, que incluso le dio dos gemelos? Apenas podía creer esto último, y no se cansaba de mirar las imágenes de sus dos vástagos. Reconoció en seguida a Alejandro y a Cleopatra como hijos suyos y dio otra vez a la reina la isla de Chipre, una parte de Siria, Fenicia e incluso Jericó. Si Herodes no hubiera sido su pupilo, también le hubiera dado Judea.

Marco Antonio y Cleopatra pasaron juntos un invierno en Antioquía, en donde prepararon la guerra contra los partos, para la que Antonio había conseguido los planes de César. Inició su marcha en la primavera. Cleopatra lo acompañó has-

ta el Eufrates, regresó a través de las provincias que le habían sido otorgadas, y volvió a regalarle un hijo, un nuevo Tolomeo, una vez de regreso en Alejandría. La campaña contra los partos no tuvo éxito, y después de que Marco Antonio sostuvo dieciocho combates en veintisiete días, perdiendo en ellos una gran parte de su ejército, regresó lo más aprisa posible a Fenicia y rogó a Cleopatra que le prestara su ayuda. Y la fiel reina llegó con muchos barcos, le llevó trigo, dinero, trajes, armas y caballos. También le ayudó a superar su depresión, que se había agudizado al enterarse de que acababa de tener otro hijo, para el que no había podido conquistar una corona. Cleopatra compartió con Marco Antonio, esos días, la durísima vida del campamento. Cuando las tropas volvieron a recuperar sus fuerzas, y el rey de los medos les ofreció su ayuda, pese a que siempre fue un rival de Marco Antonio, éste volvió a sentirse fuerte y preparó una guerra contra Armenia, que culminó victorioso, al cabo de pocos días. Organizó una entrada triunfal en Alejandría, a lo que nunca se había atrevido, hasta entonces, un romano. Pero ello motivó que en Italia se originase un clima hostil hacia Cleopatra. Fue la época en que todas las mentiras y acusaciones contra “la víbora del Nilo” corrieron de boca en boca; las mismas que habrían de envenenar la memoria de Cleopatra a través de los siglos.

Los de Alejandría tampoco se mantuvieron ociosos y, valiéndose de todos los medios que tenían a su alcance, prepararon la guerra contra Roma. Cuando la poderosa flota de guerra abandonó el puerto de Alejandría, todo egipcio estaba firmemente convencido de que la estrella de Roma tenía sus días contados, y la de Egipto empezaba a brillar en el firmamento. Pero Octavio no perdió el tiempo; se había enterado de la existencia de un testamento que Marco Antonio había depositado ante las vestales antes de iniciar su campaña contra los partos, y se lo arrancó, con una brutalidad sin nombre, a quienes lo custodiaban; encontró en el testamento que Marco Antonio legaba la mayor parte de su fortuna a Cleopatra y a sus hijos, y disponía que, en caso de su muerte, el cadáver debería ser trasladado a Alejandría. Octavio aprovechó las noticias adquiridas mediante su repugnante acción para hostigar al pueblo contra el popular Marco Antonio.

Este se instaló en Accio en el invierno del año 32-31 a. de J. C., y allí fue a buscarle Octavio con sus tropas en la primavera del 31. Cuando finalmente se entabló la batalla, el 2 de septiembre, las tropas de Marco Antonio estaban completamente desentrenadas por su larga inacción de un año y el propio Marco Antonio pareció carecer de coraje y de decisión. La estrategia en el mar le era totalmente desconocida y cuando vino a darse cuenta de la situación, se hallaba totalmente rodeado por los barcos de su enemigo y la flota egipcia, amenazada, se disponía a huir. Marco Antonio se esforzó en alcanzar el barco de Cleopatra, y dio el asunto por perdido. Octavio se vio victorioso y persiguió hasta Alejandría a su odiado enemigo. Marco Antonio, derrotado, desanimado, se suicida (todavía no se ha comprobado si su decisión fatal no fue motivada por la falsa noticia de la muerte de Cleopatra). La reina de Egipto intentó conmovir el endurecido corazón de Octavio, pero éste carecía del carácter magnánimo de su tío y Cleopatra comprendió que el triunfador deseaba llevarla con él a Roma y hacer, allí, una entrada espectacular. Dos áspides sumamente venenosos la salvaron de la humillación de tener que presentarse en Roma como una esclava.

Shakespeare ha definido a Cleopatra como a una mujer engorrosa y caprichosa, y Heine escribe, al analizar los personajes femeninos de Shakespeare: “esa mujer caprichosa, sedienta de placeres, versátil y febrilmente atractiva, esa parisiense antigua, esa diosa de la vida, domina sobre Egipto, el silencioso reino de los muertos, merced a sus artes de hechicería... ¡Qué irónico se muestra Dios!”

Pero las cosas se han esclarecido después de dos mil años. Lord Tweedsmuir escribe:

“Los propósitos de Cleopatra eran limpios y están muy claros: era la heredera de Alejandro y procuró consolidar la monarquía egipcia, con la ayuda de Roma... Vio en sí misma la celadora de una antigua civilización, cuya desaparición se hubiera llorado, a no ser por su esfuerzo.”

La productora cinematográfica que ha popularizado entre las masas el destino de Cleopatra, a lo largo de una película de gigantescas proporciones, se basa en el slogan “el romance de amor más grande de todos los tiempos”.

Yo, particularmente, ignoro la idea que las gentes del cine puedan tener sobre el amor. Del mismo modo que rechazo todas las habladurías escandalosas sobre la “depravada víbora del Nilo”, también combato la elevación de Cleopatra al pedestal de las “grandes amantes”, puesto que los motivos que seguramente la impulsaron a amar, tanto a César como a Marco Antonio, estaban estrictamente calculados y cimentados sobre la frialdad de la conveniencia política. Los que la colocan a la altura de una Isolda, o de otra heroína de una gran aventura de amor, están totalmente equivocados. Pero sí, en cambio, creo que debemos admirarla, porque al entregarse a César —y más tarde a Marco Antonio— se comportó siempre como una reina, sin servirse de las astucias ni de las mañas de una simple ramera.

Pero se necesita mucha imaginación para ver a esa desgraciada mujer, que tenía el destino en su contra hasta el extremo de que no pudo salvar a su país, ni siquiera a sí misma, como una “gran amante”. ¡No cabe duda de que los que opinan de ese modo deben tener una rara concepción del amor!

Quisiera cerrar el espacio dedicado a Cleopatra con los versos del poeta inglés James Stephens:

Han transcurrido dos mil años
desde que brilló su belleza...
No ha quedado nada más de ella
que un recuerdo aquí, y otro allá,
un cuento explicado, a veces, junto a la chimenea;
la pobre reina tiene, en verdad, pocos amigos.

Lo cierto, hoy, es que la “pobre reina” tiene cada vez más amigos entre las generaciones actuales.

Actos reprobables de la vida de Augusto

Tanto la forma seguida por Augusto en sus relaciones de amor, tomando fácilmente para rechazar en seguida, siempre de acuerdo con sus conveniencias y de modo totalmente frío y calculado, como el camino, realmente cubierto de violencia

y sangre, que le condujo al poder, arrojan una sombra muy densa sobre la figura del creador de la época de Augusto.

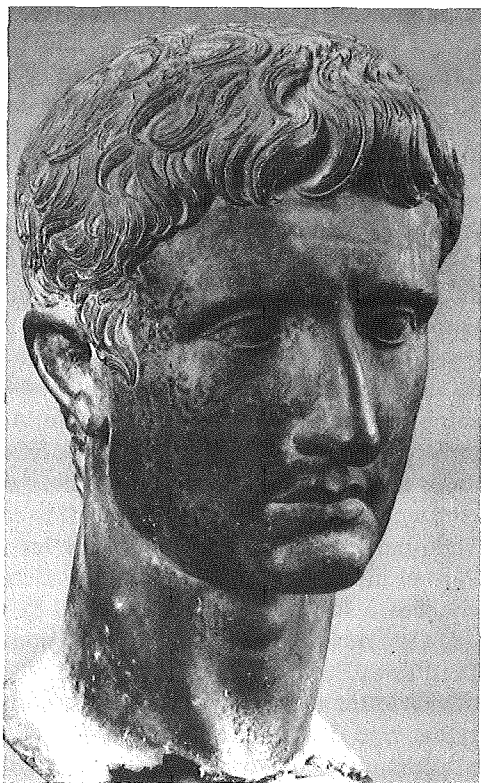
El futuro César estuvo prometido dos veces en su juventud, pero se casó con Claudia, a la que repudió; más tarde, con Escribonia, que le dio la única hija: Julia.

Escribonia también fue repudiada por Augusto, que contrajo su tercer matrimonio con Livia. Esta tenía un hijo anterior, producto de otro matrimonio, y, a poco de contraerlo con Augusto, dio a luz a Bruto, considerado siempre como hijo de Augusto. Estos acontecimientos ocurrieron cuando Augusto era llamado todavía Octavio, y los últimos relatados, cuando estaba empeñado en su lucha por el poder, enfrentado a Sexto Pompeyo y Marco Antonio, con quienes había intentado previamente enlazarse mediante vínculos familiares y a los que combatió, después, sin cuartel. Se negó, incluso, a contestar a dos cartas que el derrotado Marco Antonio le envió desde Alejandría, cerrando su pecho a todo sentimiento de conmiseración hacia el antiguo amigo.

Y cuando Marco Antonio y Cleopatra ya no formaban parte del mundo de los vivos, ordenó Augusto un asesinato que todavía eriza nuestros cabellos: la muerte de Cesarión, que sólo contaba dieciséis años y era el único superviviente de la estirpe de su tío Julio César, al que debía agradecerle todo lo que poseía. No olvidemos, pues, que Cesarión era primo de Augusto. Para decidirse a la comisión de este cruel asesinato, es posible que tuviese en cuenta que cuando los romanos asesinaron a Tarquinio Prisco perdonaron la vida a su hijo, por lo que no alcanzaron la verdadera meta: la destrucción total del poder de los reyes etruscos. Lo más probable es que Augusto, al hacer cometer ese asesinato, recordase a su maestro Areus, que le repetía, parodiando un verso de Homero: "En el universo no hay sitio para dos Césares."

Su desconfianza frente a las gentes era tan grande, que procuró protegerse del posible futuro sentimiento de venganza de un niño como Cesarión, cuyo corazón le hubiera resultado fácil ganar. Mas todo hace suponer que se complacía en los infanticidios, puesto que hizo matar al hijo de Antonio y Fulvia, Antyllus, que no había sobrepasado todavía los catorce años de edad.

*Busto de bronce
de Augusto; S. I;
museo Vaticano,
Roma*



Ya hemos comentado antes cómo empleó el testamento de Marco Antonio, rompiendo los sellos de forma ilegal, para enemistar al pueblo en contra de él. Los hijos que Marco Antonio tuvo con Cleopatra, los gemelos y Tolomeo, de seis años de edad, fueron mostrados por Augusto, en Roma, a todos los romanos, en su entrada triunfal. Poco tiempo después murieron también los dos hijos varones de Marco Antonio, cosa en la que, sin duda, debió tomar parte la mano de Augusto. Sólo quedó con vida la única hija de Cleopatra, que se dio en matrimonio a Nuba, de Numidia. Más tarde habitó en Cesarea, en donde todavía se encuentran las ruinas de su tumba, que los nativos bautizaron con el nombre de *karb il roumia* (tumba de la romana), aunque sería más acertado llamarla "tumba

de la griega”, puesto que la última de los Tolomeos se sentía griega, al igual que su madre. ¿Cómo han relatado los historiadores los infanticidios de Augusto?

“Octavio liquidó a los herederos de Antonio y Cleopatra”, escribe Montanelli, y añade: “con una cortesía que nos demuestra todo el carácter de ese hombre. Sepultó a los dos muertos en el mismo lugar, mandó matar al pequeño Cesarión y envió a Roma a los dos hijos de Antonio, que fueron educados en Roma por la propia hermana de Augusto, como si se tratara de sus propios hijos. Entonces se nombró a sí mismo rey de Egipto, para ahorrar al país la humillación de convertirse en una provincia romana; se posesionó de las grandes riquezas del tesoro del reino egipcio, nombró un prefecto y, para estar completamente seguro, también aniquiló al hijo mayor de Antonio, el que nació de su esposa Fulvia. Una vez cometidos todos esos infanticidios regresó a Roma con la tranquilidad de conciencia del hombre que ha cumplido con su deber.”

Todo parece querer disculparse por las necesidades políticas. Pero el informe de Montanelli contiene un error: los dos muchachos a los que Augusto perdonó la vida fueron los hijos que Octavia había tenido de su matrimonio con Marco Antonio. Lord Tweedsmuir escribe lo siguiente:

“Octavio mandó matar a Cesarión, de dieciséis años, y a Antyllus, hijo de Antonio y Fulvia, de catorce años de edad. Fue el último acto de su cruel política (digo política, porque esos dos muchachos constituían un peligro para su poderío).”

Pero lord Tweedsmuir también intenta disculpar a Augusto en sus escritos:

“...la unión con Antonio sólo pudo ser llevada a efecto a través de un sinfín de obstáculos, por lo que habría sido la primera víctima en caso de desunión. En tales circunstancias, la piedad hubiera podido tomarse como un acto quijotesco.”

Por fortuna, las hazañas siguientes de Augusto han, si no justificado, al menos empalidecido sus lamentables comienzos. Protegió al mundo romano contra su destrucción, y Tweedsmuir hace hincapié sobre el hecho de que el imperio que Augusto fundó se mantuvo casi durante medio milenio, mientras que el imperio español apenas tuvo un siglo de existencia, y el de Napoleón sólo sobrevivió un decenio. Podemos

hacer mención del imperio alemán, creación de Bismarck, que se mantuvo un total de 47 años.

Sin embargo, el lamentable destino de Augusto lo castigó por la muerte de Cesarión, puesto que todos los sucesores de sangre julia que quiso elevar al trono, murieron sucesivamente: su sobrino Marcelo, hijo de su hermana Octavia, murió 23 años a. de J. C. Druso el Viejo, el hombre al que se consideraba como hijo suyo de Livia, murió 9 años a. de J. C. Los hijos de Julia y de su matrimonio con un amigo y general de Augusto, M. Agripa, también murieron; el uno en el año 2 y el otro en el año 4 de nuestra era y Augusto se vio forzado a nombrar un Claudio como sucesor suyo: a aquel Tiberio que nunca le perdonó todos los desaires que había sufrido por su ascendencia claudiana, sobre todo su forzada boda con Julia, y que por ello, según Marañón, se convirtió en un hombre resentido.

Los escándalos en torno a Tiberio

Nuestro pensamiento retrocede, de nuevo, a Cesarión. ¡Qué maravilloso gobernante, de estirpe julia, hubiera podido suceder a Augusto, si éste no hubiera mandado matar al hijo de César por una exagerada prevención! Augusto, tal y como hemos dicho, no tuvo más remedio que adoptar a un Claudio, lo que hizo muy a pesar suyo. Adoptó, al mismo tiempo, a Germánico, con la esperanza de que éste sobreviviera a Tiberio; pero resultó al revés.

La frase: "Su carácter oscila en la historia según el odio o la aceptación de los partidos", puede ser plenamente aplicada al caso de Tiberio.

La literatura alemana no carece, en verdad, de grandes biógrafos que se han visto atraídos por la persona de este César. Entre ellos contamos con el fidedigno libro de Ernst Kornemann, que puede considerarse como el concienzudo trabajo de un conocedor del tema. También disponemos de los interesantes estudios de Wilhelm Gollub. Ambos autores intentan esclarecer el enigma: ¿fue Tiberio un gran gobernante o un odiado tirano?

Sin embargo, al profundizar mis estudios sobre Tiberio, quisiera basarme, en lo que respecta a los puntos esenciales, en un trabajo español; me refiero al libro "Tiberio, historia de un resentimiento", debido a la pluma del Dr. Gregorio Marañón, y diré por qué me merece confianza: Marañón fue médico y autor de obras sexológicas de gran importancia y, además, un buen amigo de Magnus Hirschfeld, al que también conozco y aprecio. Por todo ello, siempre me he mostrado de acuerdo con las opiniones de Marañón, que no sólo ve la faceta política y puramente histórica del "caso Tiberio", sino que se basa, ante todo, en la psicológica. Marañón nos analiza el resentimiento de forma magistral, y nos lo presenta como la clave secreta de las aparentes incongruencias del carácter de Tiberio, y, en efecto, en mi opinión, quien comprenda a Tiberio en este aspecto, lo comprenderá en todos los restantes. Por ello, no nos queda otro remedio que remontarnos a la adolescencia del futuro emperador, porque comprender al adolescente es, sin duda, comprender en la plenitud al hombre.

El resentimiento puede ser definido como la amargura que anega el alma. Al igual que la leche se torna agria, a causa de ciertos procesos bacteriológicos, el alma puede amargarse a través de ciertas impresiones psicológicas, y esa amargura queda latente durante el transcurso de toda la vida, emergiendo, ahora y luego, en muchas exteriorizaciones y actos. ¿Qué motivos tenía Tiberio para ser un hombre amargado?

En la guerra civil que siguió al asesinato de César, el padre de Tiberio se vio obligado a huir, junto con su esposa e hijo. Las tropas de Octavio persiguieron a los fugitivos. Pocos años después, Octavio se acercó a la madre de Tiberio y la deseó como esposa. Tiberio Claudio Nerón (el padre), cuyo complicado nombre, compuesto de tres que más tarde volveremos a encontrar en la Historia, como nombres de otros emperadores, cedió a su mujer, Livia, que estaba encinta, a Octavio.

Marañón escribe sobre este extraño episodio:

"Tiberio no se dio plena cuenta del abandono de su madre y del dolor de su padre, pero su subconsciente debió conservar las dolorosas cicatrices de los azarosos viajes y de los peligros que le acecharon fuera de su país, añadiendo a todo ello, de una forma deslucida e incomprensible, la imagen del padre,

Busto de la emperatriz Livia



solo, como un héroe abandonado, rodeado por el silencio de su pesadumbre.”

¿Qué fue lo que impulsó a Livia a abandonar a su marido y a seguir a Octavio, que ya había estado casado dos veces?

Marañón contesta a esa pregunta con las siguientes palabras: “Muy sencillo: la ambición fue lo único que la ligó a su primer marido, y ese mismo impulso fue el que la llevó a los brazos del segundo.” Marañón también se formula la siguiente pregunta: “¿Quién era el padre de Druso,” Y la contesta: “Según mi opinión, ese amor aparentemente nuevo puede ser comprendido porque, en realidad, su origen se remonta mucho más atrás de lo que pueda deducirse a través de las apariencias, y si vamos desenredando la madeja del secreto, deduciremos que lo más probable es que la paternidad del hijo que esperaba Livia ya fuera debida a Octavio, el joven triunfador y no a su enfermizo marido.”

Marañón añade una frase, que contiene toda la ironía del investigador moderno: “No me hubiera atrevido a hacer semejante afirmación, manchando con ella el recuerdo de unas personas que descansan en paz desde hace siglos, si todo el mundo no hubiera afirmado lo mismo en su propia época.”

Y, para apoyar esa tesis, Marañón nos expone el hecho de que Tiberio heredó el carácter callado y áspero de su padre, mien-

tras que Druso demostró siempre, a través de sus actos, que era un auténtico julio y, por lo tanto, un digno sucesor de César.

Tiberio se casó con Vipsania, nieta de Atico, a los veintitrés años. Fue un matrimonio por amor, y Tiberio encontró la dicha junto a esa mujer amable y complaciente. Tuvieron un hijo a los seis años de su matrimonio, y le dieron el nombre de Druso. Creo que el acontecimiento tuvo lugar allá por el año 13. Pero al siguiente, Augusto, que sabía por propia experiencia que los matrimonios por conveniencias no significaban absolutamente nada, lo que aprendió cuando quiso unir a su casa a Pompeyo y a Marco Antonio, mediante uniones matrimoniales, tuvo de pronto la idea de que Tiberio debía repudiar a su esposa Vipsania y casarse con su hija Julia, que acababa de enviudar...

“La psicología y la moral de nuestros días nos priva de comprender el fondo de semejantes transacciones comerciales. El hecho de que Tiberio fuese seleccionado, seguramente se debe a la satisfacción que quiso otorgar Augusto al ansia de poder de Livia.”

Tiberio no se consoló nunca del divorcio que le exigió Augusto, cosa que dice mucho en favor suyo, y nos hace comprender su carácter decente y retraído. Incluso se afirma que muchos años después del divorcio llegó al extremo de llorar, en una ocasión en que, de lejos, vio a Vipsania, que había contraído nuevas nupcias con Asinio Galo, al que Tiberio seguramente odiaría, por el doble hecho de haber ocupado su lugar en el corazón de la esposa y porque Augusto pensó en Lépido, Galo y Amunto al buscar sucesor, una vez que hubieron muerto todos los herederos de sangre julia.

“Ese significativo hecho (según Tácito) confirma que Augusto tenía la intención de excluir a Tiberio de la lista de sus sucesores, lo que explica el resentimiento con que Tiberio conspiró en contra de Galo, que se había atrevido a discutirle el poder.”

Estas últimas palabras también se deben a la pluma de Marañón. El matrimonio entre Tiberio y Julia resultó extremadamente desdichado. Marañón juzga acerbamente esa unión, impuesta por Augusto entre su hija y su hijastro:

“La más odiosa trata de blancas de nuestros días no es tan inmoral como esa prostitución legal, amparada por la razón de estado.”

Livia, al educar a su hija de una forma excesivamente rígida, sólo consiguió el resultado de que se saltase, más tarde, sin vacilación, toda clase de convencionalismos. Ferrero nos ha presentado a Livia en su libro “Les femmes des Césares”, como la representante de la tradición, pero en cambio nos muestra a Julia como una desenvuelta practicante de la disipación de las costumbres modernas de su tiempo. En Julia y en sus hijas, podemos ver las exageradas adalides de la emancipación femenina.

Intentemos, ahora, leer en el alma de Tiberio, y deduciremos la repercusión que tuvo en ella ese matrimonio de estado.

Marañón ve en Julia el prototipo de esas mujeres brillantes y mundanas, “que no sólo pueden asustar a las naturalezas cohibidas, sumergiéndolas en el terror más absoluto, sino que incluso pueden intimidar a los audaces.”

Tiberio se refugió en la isla de Rodas, huyendo de su mujer, y ésta, Julia, escribió una carta a su padre, en la que afirmaba, sin pelos en la lengua, que Tiberio era impotente. Augusto, cuatro años más tarde, se decidió a desterrar a su hija, y entonces Tiberio regresó a Roma, respirando aliviado por verse libre del yugo opresor.

Tiberio cumplió con los deberes que le encomendaron durante el tiempo en que vivió Augusto, lo que no impide que nunca existiese una relación verdaderamente amistosa entre el César y su “príncipe heredero”. Augusto murió el 19 de agosto del año 14 d. de J. C., y todavía en la actualidad seguimos designando con su nombre el mes en que murió. Su testamento, que fue leído en el senado, decía lo siguiente:

“Puesto que la crueldad del destino me ha robado a mis hijos Cayo y Lucio, nombro mi sucesor a Tiberio César.

Una humillación fue esta descarada suplencia para Tiberio, que ya antes se veía corroído por el resentimiento. El primer acto de su reinado fue el asesinato de Agripa Póstumo, nieto de Augusto. Cuando anunciaron a Tiberio la muerte de Agripa, dijo que él no la había ordenado y que el asesino debía hacerse responsable de ella ante el senado.

El reinado de Tiberio transcurrió bastante pacíficamente desde el año 14 hasta el 26, pese a que los constantes procesamientos por traición demostrasen que sentía continuo miedo por perder el poder y la vida. Pero en el año 26, cuando tenía sesenta y nueve años de edad, volvió a refugiarse en una isla, y esta vez no en la de Rodas, sino en la de Capri. Su mejor amigo, Sayano, general de la guardia pretoriana, le acompañó en su voluntario exilio, y cuando se separó de él en el año 31, Tiberio lo abrazó y lo besó bañado en lágrimas; pero poco después mandó ajusticiarlo por traidor.

A partir del 10 de octubre del 31 se sucedieron sin fin las acusaciones y ejecuciones, hasta que Tiberio, convertido en un sanguinario, ordenó, en el año 33, que todos los que habían sido arrestados con Sayano fuesen ajusticiados en un solo día, pero que a partir de esa fecha se proclamase una amnistía general.

Tiberio vivió en Capri seis años más. Los informes que nos han llegado sobre sus últimos años de vida hablan de horrendos aniquilamientos, de orgías sexuales, de esclavos despeñados desde los altos acantilados y de horrores parecidos. Marañón opina que estas descripciones no son más que "simples fantasías del pueblo". Sin embargo, Axel Munthe, a su llegada a Capri, en donde construyó la Villa San Michele y escribió el maravilloso libro "La historia de San Michele", comprobó que el pueblo seguía describiendo a Tiberio como a un hombre extremadamente maligno. Los habitantes de Capri todavía hoy se refieren a ese emperador como a *Tiberio cattivo* (Tiberio el malo).

En su estudio sobre "La locura de los césares de la familia imperial de los Julios-Claudios, referida a los emperadores Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón", el doctor Wiedemeister define la enfermedad de Tiberio como una paranoia que comenzó con locura persecutoria y finalizó con una demencia total y absoluta. Nos es conocida, a través de las narraciones de August Strindberg, la forma en que se exterioriza la manía persecutoria, y dado que en el caso de Strindberg existía la esquizofrenia, puede aceptarse que Tiberio fuese esquizofrénico. Montanelli se inclina a hacer responsables de todo a sus biógrafos:

Busto de Tiberio, hijo de Livia. Compárese su perfil con el de su madre en la página 57



“Pero cayó bajo la pluma de Tácito y de Suetonio, dos historiadores republicanos, que hicieron de él la víctima propiciatoria de todos los vicios de la época.”

La opinión que Wiedemeister tiene sobre Tiberio es muy significativa: “Si hubiera muerto en el año 6 a. de J. C., la historia le hubiera dedicado un epitafio con las siguientes palabras: “Aquí yace un gran estratega.” Si hubiera muerto en el año 14 d. de J. C. el epitafio rezaría así: “Aquí yace un gran estratega y un inteligente hombre de estado.” Si hubiera ocurrido en el año 23: “Aquí yace un emperador, que no solamente era grande, como estratega y hombre de estado, sino que por su amor al pueblo, logró que la vida en las provincias fuera pacífica, y la de Roma, digna de envidia.” Pero como murió en el año 37, sus biógrafos escribieron sobre su tumba: “Aquí yace un déspota cruel y un tirano sanguinario.”

Durante el reinado de Tiberio parecen haberse relajado mucho las costumbres, puesto que Montanelli escribe: “El imperio parecía intacto, pero su capital se corrompía cada vez más. Para poner coto a la descomposición se necesitaba la mano dura de un gran reformador.”

Pero, ¿no nos encontramos aquí con una nueva contradicción? ¿Cómo es posible que Tiberio, siendo un tirano, puesto que como tal ha pasado a la historia, no poseyera esa mano férrea, tan necesaria para implantar el orden entre el relajamiento de costumbres?

La transformación de Calígula de bienhechor en loco

Pocos reinados empezaron con tan buenos auspicios como el de Calígula. Tiberio le nombró sucesor suyo, y había pasado con él, en Capri, sus últimos cinco años. Calígula era sobrino nieto de Tiberio por ser hijo de Germánico y de Agripina. Filón nos narra el júbilo del pueblo: "Tanto el pueblo romano como toda Italia y las provincias asiáticas y europeas, se muestran henchidas de júbilo. El pueblo no se había mostrado nunca tan satisfecho ante los emperadores que le antecedieron, y creía ahora que no sólo podía albergar la esperanza de disfrutar de la hacienda pública y en paz de las privadas, sino que estaba convencido de que este reinado iba a producirle gran cantidad de satisfacciones, que podían ir aumentando de día en día. Los altares humeaban, se celebraban sacrificios festivos, las ciudades estaban llenas de muchachas adornadas con coronas y ataviadas con sus trajes de fiesta, y de hombres cuyos rostros reflejaban la alegría que les embargaba. En todas partes hubo gran cantidad de festejos, representaciones musicales, carreras, luchas, fiestas nocturnas, en las que se tocaban las flautas y las cítaras y se encontraba todo aquello que pudiera satisfacer los sentidos. Cuando Calígula llegó a Roma, acompañando el cadáver de su tío abuelo, los agravios contra el muerto quedaron eclipsados por las alabanzas que el pueblo dispensaba al joven de veinticinco años que había sido nombrado emperador.

"Al comienzo de su reinado, Calígula hizo todo lo posible para granjearse el amor de su pueblo. Cada pretoriano no sólo recibió los 250 denarios que Tiberio le había legado en su testamento, sino que fue recompensado con 500. El pueblo no sólo obtuvo su legado de 11 millones de denarios, sino que también recibió los 60 denarios por cabeza prometidos por Tiberio pero que no habían sido pagados hasta entonces.

"Durante el transcurso de los siete primeros meses de su gobierno Calígula regaló, dando muestras con ello de una gran magnanimidad, la suma, muy considerable, de unos 3 000 millones de pesetas. Organizó innumerables juegos y representaciones: carreras de caballos, conciertos, carreras de carros, lu-

Busto de Calígula



chas de animales, etc.... Durante la representación de los juegos se servía comida al pueblo y el propio Calígula lanzaba pelotas que contenían vales para regalos y entre ellos habían premios consistentes en vestidos, comida, utensilios de cocina y ganado, tal como bueyes, cabras, corderos y caballos.”

Calígula proclamó una amnistía, que puso en libertad a todos los maleantes rápidamente y sin ningún trámite. Pero al cabo de siete meses sucedió algo terrible. El emperador sufrió una enfermedad, que lo llevó a las puertas de la muerte. Debemos suponer que sería de la misma especie que el mal que aquejó a César, originándole ataques epilépticos, y que atacó a Tiberio sumiéndole en honda melancolía, en enemistad hacia las gentes y lo llevó, finalmente, a la locura. Cuando Calígula se hubo recuperado de esa dolencia era otro hombre y la locura se posesionó de su cerebro. Quiso que los hombres lo mirasen como a un dios, hizo decapitar la estatua de Júpiter y sustituyó la cabeza de éste por la suya y, no mostrándose contento con ello, sumergió a Roma en un mar de sangre. Su primera víctima fue Gemelo; luego mató a su confidente Macro, y de día en día mostró un mayor placer en matar, en martirizar y en la consumación de toda serie de delitos.

Le gustaba jugar con dados falsificados, despojando de su dinero a la gente rica por medio de ese procedimiento. Cuando, en una ocasión en que estaba sentado ante la mesa de juego, vio pasar a dos jinetes ante sus ventanas, los mandó detener y ordenó que se les confiscase lo que poseían. Acto seguido regresó a la sala riendo y dijo que se había ganado más en dos minutos de lo que hubiera podido ganar en el juego. Un día llegó a exclamar en el circo: "Qué lástima que Roma no tuviese más que un cuello, para cortarlo de un solo tajo." Otro día descubrió a un hombre fuerte y bello, hercúleo, como si fuese Eros convertido en coloso. Calígula, consciente de su fealdad, no podía soportar en su cercanía a un hombre tan fuerte y bello. Mandó que se apoderaran de él y que lo llevaran a la arena, en donde lo obligó a combatir con un avezado luchador de Tracia. El coloso venció al luchador, y entonces Calígula lo mandó encadenar y lo hizo exhibir por Roma cubierto de andrajos, y al final estrangularlo.

El alucinante reinado del loco duró tres años, hasta que un buen día, la decisión del comandante de los pretorianos, libró a Roma de su lacra. Calígula había dado en la diversión de darle siempre como santo y seña insultos obscenos dirigidos a su persona, por lo que el oficial se sintió herido en su orgullo, y apuñaló al emperador. Cuando la noticia se extendió por toda la ciudad, no encontró ni un solo habitante que la creyera. Incluso se llegó a temer que se tratase de un ardid de Calígula, ante la noticia de su muerte. Pero los pretorianos expusieron el cadáver, el de su mujer y el de su pequeña hija, para que todo el pueblo pudiera comprobar que había terminado el régimen de terror implantado por Calígula.

Creo que podríamos formularnos una pregunta: ¿Cómo es posible que la poderosa Roma soportara durante tres años la dominación de un loco? Pero si deseamos contestarla no tenemos más que recordar que en nuestro propio siglo Alemania soportó la dominación de un hombre que se parece a Calígula en muchas cosas: en su egolatría, en su sed de sangre y en la locura de sus ideas. Y mientras que Roma se rebeló contra él tres años después, matando a semejante monstruo, Alemania se vio incapacitada para hacerlo, siendo necesario un pacto entre medio mundo para acabar con ese ser inhumano, que

ha enfangado el honor de Alemania para los siglos venideros. Una comparación entre la situación antigua y la moderna demuestra que el gobierno de monstruos sólo es posible gracias a una guardia de corps. En el caso de que ésta no exista (como en el de César) resulta fácil eliminar al tirano. El cabecilla de los pretorianos estuvo dispuesto, en Roma, a tomar sobre su espalda semejante responsabilidad. Pero el cabecilla de los pretorianos alemanes tocaba música de Bach y mataba mientras tanto con una sangre fría que hace palidecer a todos los genocidas anteriores.

La extraña época de Claudio

¡Después del loco, el tonto! ¡Nos hallamos de nuevo frente a un enigma! ¿No encontró Roma a un hombre mejor que Claudio, el tío de Calígula, que cojeaba a causa de la parálisis infantil, tartamudeaba y se escondió, temblando, detrás de unas cortinas, la noche del asesinato?

Podemos suponer que los pretorianos, dueños de la situación tras el asesinato de Calígula, deseaban seguir mandando en el futuro. Roma había tenido a su mando tres hombres fuertes; ahora se deseaba a un débil, aunque sólo fuera para cambiar. Claudio era hijo de Druso y hermano de Germánico, a quien todos honraban. Era el único de la estirpe de Claudio que había sobrevivido a la matanza general, porque no se consideró necesario matarle, sin duda a causa de su reconocida debilidad mental. Y, por otra parte, era lo suficientemente rico para poder pagar a los pretorianos una cantidad considerable con el fin de que lo nombraran emperador.

Cuando Claudio, nuevo emperador, se presentó ante el senado, dijo: "Sé muy bien que me consideráis estúpido, pero no lo soy. Me he limitado a aparentarlo, y por eso estoy aquí ahora." Fueron precisamente estas palabras las que indujeron a Robert von Ranke Graves a ocuparse de ese emperador. En el prólogo de la fingida autobiografía que ha dedicado a Claudio, "Yo, Claudio, emperador y dios", comenta: "Claudio siempre me pareció extremadamente atrayente, y cuanto más me ocupo de él, más me sorprende la figura simple y esquemática con

que se le presenta en la mayoría de los libros históricos; se le describe como un pedante incapaz y miedoso, esclavo de sus mujeres y de sus secretarias y que sólo era una marioneta entre las manos de la guardia imperial, pero en realidad fue (pese a que no tenía ninguna práctica administrativa) uno de los jefes más capaces y más conscientes que jamás tuvo Roma. Sus reformas financieras, religiosas y jurídicas, sus éxitos militares, los grandes trabajos públicos que llevó a cabo, sus meditadas decisiones, tan beneficiosas para el pueblo, deben llenar de admiración a sus sucesores. Muchos ejemplos, que se citan, como comprobación de su fama de imbécil, nos demuestran que tenía un fino y poco común sentido del humor, que ha escapado a los observadores superficiales.

Demostó poseer una gran inteligencia en todos los actos de la política exterior. Su comportamiento frente a Germania nos lo prueba con creces. Sabía que no tenía sentido volver a hacer el intento de anexionar a Roma las zonas de la Alemania occidental que se habían perdido como consecuencia de la victoria de Arminio sobre Varo. Aunque las legiones romanas hubieran podido combatir sin miedo contra los germanos, que no tenían ni su fuerza ni su adiestramiento militar y sólo poseían valor mal dirigido, prescindió de emplear la fuerza en ese sentido, porque conocía la repugnancia ancestral de los germanos frente a cualquier dominación enemiga y se propuso dejarlos en paz y, en cambio, ganar Britania para el imperio de Roma. Los britanos no es que fuesen un pueblo menos guerrero que los alemanes, pero sus particularidades raciales hicieron creer a Claudio que, al cabo de cierto tiempo prudencial, podrían convertirse en súbditos útiles del imperio romano."

La mayor importancia del libro de Ranke Graves consiste en que no sólo se ciñe estrechamente a los hechos históricos, sino que nos ofrece una interpretación de ellos tan concisa, que nos guía y nos ilumina. Todo el que haya leído este libro seguramente que se mostrará de acuerdo con el autor y afirmará con él que "Claudio fue el jefe más capacitado y más hábil que jamás tuvo Roma."

Sólo Montanelli no está completamente convencido de la grandeza de Claudio, por lo que escribe:

“Si la suya había sido una comedia, conviene decir que, desde niño, la representó muy bien.”

Dos figuras femeninas aparecen destacadamente en la época de Claudio: la cuarta y la quinta mujeres del emperador, Mesalina y Agripina la Joven, de las que nos ocuparemos en el tercer capítulo de este libro. Por el momento, sólo observaremos que en un principio Claudio pareció no darse cuenta del relajamiento de costumbres que imperaba en Roma, pero que cuando tuvo constancia de las aventuras de su esposa Mesalina intentó implantar ciertas reformas que no pudo llevar a cabo y tuvo que dejarse llevar por la corriente porque se vio incapacitado para navegar contra ella. Llegados a este punto podemos formularnos dos hipótesis: o volvió a sumergirse en la imbecilidad de su juventud o tenía motivos de peso para dejar escapar las riendas que tenía en su mano. Puesto que Claudio también era un escritor, o al menos Ranke Graves nos lo presenta como tal, podríamos compararlo con un autor de nuestros tiempos que sólo hubiera publicado novelas policíacas —porque la época así lo exigía— y se viese obligado a encerrar en un cajón lo más bello y digno de su inspiración, porque su época no quiere leer ni escuchar nada serio.

También podríamos compararlo a un pintor que ofrece al público sus obras abstractas y que se ve obligado a esconder en su casa sus cuadros más bellos porque el público lo tildaría de imitador. El pintor suizo Paolo confesó en una conversación sostenida con un escritor amigo suyo que cada mes pintaba un cuadro que se reservaba para sí mismo, y que dichas

Lucha entre romanos y germanos; S. II d. JC; sarcófago de Portonaccio



obras no serían vendidas durante su vida. A lo que el escritor repuso: “¡Vaya, Paolo, te has convertido en un pintor comercial, como yo me he convertido en un escritor asalariado!”

Esta salida fue aceptada con risas, y yo creo que Claudio también debió reírse de sí mismo cuando apareció ante el país como emperador y dios (él, que consideraba la república como el único régimen decente pero que sabía que no se puede hacer retroceder la rueda de la historia).

Las situaciones sociales de nuestro tiempo nos permiten comprender con más claridad los acontecimientos de la época imperial de lo que pudieran hacerlo las épocas que nos precedieron. Ranke Graves lo dice, en seguida, en la primera frase de su prólogo:

“Pese a que el emperador Claudio naciese diez años antes del comienzo de la cronología cristiana, su época tiene más puntos de común con la presente, que cualquier otra época transcurrida entre la suya y la nuestra.”

Puesto que antes nos hemos formulado la pregunta: ¿se derrumbó el mundo de la antigua Roma a causa del relajamiento de sus costumbres?, creo que ahora ha llegado el momento de contestarla con otra: ¿en qué consiste la semejanza de nuestra época con el tiempo de los césares? Y esa semejanza consiste en la destrucción de la tradición, en el relajamiento de las formas y en el desprecio de las leyes establecidas. El dinero y el poder son hoy los únicos factores decisivos, y llegamos al extremo de poner el dinero al mismo nivel que el poder.

Muchas apariencias modernas, como, por ejemplo, el trono (antes símbolo de poder absoluto) no son hoy más que simples fachadas, en el caso de algunos países, y ese ejemplo de nuestros días nos ofrece el paralelismo con la antigua Roma: cesarismo y senado ya sólo eran simples trampas. Como Claudio se dio cuenta de ello, permitió que las cosas discurrieran por su cauce después de la muerte de Mesalina, diciéndose: “Cuanto antes se demuestre que el poder es una farsa, una trampa y una fachada, cuanto antes exude el cuerpo de Roma el veneno que tiene almacenado, más cerca nos encontraremos de la curación.”

Las estatuas que nos han llegado de Claudio no nos lo presentan como un imbécil, sino como un hombre que ha sufrido

mucho y observa la vida con expresión apenada y taciturna. Hace apenas noventa años (1874) todo el mundo estaba convencido de la idiotez de Claudio. Wiedemeister escribe en su libro sobre "La locura de los césares": "Era tonto de nacimiento; según la terminología científica de la actualidad, fue un idiota."

Estas últimas palabras nos obligan a pensar en Dostoiewski, que en su libro "El idiota" nos presenta al príncipe Mischkin como a un hombre verdaderamente bueno, que si aparece ante el mundo como un idiota es por el simple hecho de no pensar únicamente en su interés personal, como hacen "naturalmente" los demás.

En resumen, Wiedemeister está convencido de que todas las buenas acciones de Claudio se deben a sus libertos que gobernaron realmente en estrecho contacto, primero, con Mesalina, y luego, con Agripina: Pallas, el ministro de finanzas, Narciso, el escribiente secreto, Calixto, el secretario del gabinete, Polibio, el consejero (y, probablemente, el autor de los escritos debidos a Claudio) y Félix, el procurador de Judea. Esa hipótesis nos resulta tan difícil de aclarar como difícil nos resulta opinar sobre algún jefe de gobierno de los que rigen el mundo de hoy, o sobre los que lo han regido, y cuyos discursos fueron escritos y preparados por un cerebro anónimo a su servicio.

Y ahora creo que ha llegado el momento de dedicarnos a Nerón, el último de los emperadores de la dinastía Julia-Claudia, en el que volvemos a encontrar, en un completo estallido, la hereditaria locura de los césares.

Nerón, otra incógnita de la historia

En el reinado de Nerón también existen dos épocas contrapuestas: una, en la que se presentó al pueblo como un gobernante altamente dotado y magnánimo; y otra, en la que parecía complacerse en jugar a ser un salvaje. Montanelli nos aclara esa incongruencia de una forma muy simple: en un principio fue magnánimo y sensato, porque era Séneca quien gobernaba. Pero luego se convirtió en un salvaje al gobernar él mismo. Es posible que Montanelli esté simplificando mucho.

Ciertamente, la personalidad de Nerón es una mezcla de rasgos simpáticos y antipáticos, confundiéndose entre sí hasta el extremo de que cada cual puede sacar sobre él las conclusiones que mejor le plazcan. Por eso Nerón se ha convertido en el centro de un gran número de obras dramáticas y también los compositores de ópera italianos, como Pietro Mascagni y Arigo Boito, le dedicaron algunas de sus obras, que no cosecharon el éxito deseado (¿fue culpa de la música o del argumento?).

Toda la inseguridad de nuestros conocimientos queda resumida en la obra de un gran filólogo suizo, Kurt Heinz, en su libro "La imagen del emperador Nerón por Séneca, Tácito, Suetonio y Dión Casio". Kurt Heinz nos informa de que en toda la bibliografía histórica de los tiempos imperiales existían primordialmente dos grupos: uno monárquico cortesano, y otro aristocrático-senatorial. Las tendencias de esos dos grupos eran contrapuestas: los monárquicos cortesanos ofrecen sus zalamerías al emperador que gobierna en aquel momento, para lo que empequeñecen las gestas de sus antecesores, y presentan del momento un cuadro dorado, de una verdad desvirtuada; en cambio los aristócratas-senatoriales combaten la política del emperador, y cuanto más irrespetuoso se muestra respecto a sus derechos, tanto más negra resulta su imagen.

Las notas biográficas escritas por Séneca, son una de las cuatro fuentes que se han conservado sobre Nerón. Séneca comenzó gobernando en lugar del emperador, por lo que su descripción pertenecía a la dirección monárquica cortesana y sólo podía hacer críticas indirectas. No podemos decir, en realidad, que Séneca fuera el autor de una biografía sobre Nerón, puesto que se ha limitado a mencionarle ocasionalmente en sus dramas. Tácito, al escribir la historia de Nerón, no se basa en opiniones ni conocimientos personales, sino que se documenta con escritos anteriores, entre los que en verdad se esfuerza en taimizar *sine ira et studio*, por lo que puede ser considerado por nosotros como una fuente de información relativamente objetiva, mientras que Suetonio y Dión Casio se basan en informes partidistas y negativos, que a veces incluso llegan a exponer en forma carente de toda veracidad crítica, una personalidad terrorífica. Dión Casio amontona lo peor que pueda decirse sobre el odiado tirano.

Cuando Nerón llegó al poder contaba sólo dieciséis años de edad. Un año antes había contraído matrimonio con Octavia, la hija del emperador. Su subida al trono fue obra de su madre, de la que se dice que envenenó a Claudio con unas setas, lo que indujo a que Nerón dijera en una ocasión, bromeando, que conocía a gente capaz de convertir a los hombres en dioses mediante unas setas. En un principio, todo sucedió en la forma en que Agripinila (vamos a nombrarla con el nombre que le dio Ranke Graves para evitar la confusión con Agripina, la vieja) había deseado: Nerón leyó en el senado un discurso maravilloso, que Séneca preparó para él, y rechazó el título de "padre de la patria" que se le ofrecía. Los primeros cinco años (54-59) dejó la regencia en manos de Séneca y de su madre, y todo salió a pedir de boca, al menos durante el tiempo en que estos dos estuvieron de acuerdo. Gobernó con suavidad, se negó incluso a firmar sentencias de muerte y exclamó, cuando no tuvo más remedio que autorizar una de ellas: "¡Ojalá no hubiera aprendido a escribir!"

Agripina, la joven, quiso desembarazarse del viejo Séneca en el año 59, y el filósofo aconsejó al emperador, que entonces ya contaba veintidós años, que impusiera su autoridad. Agripinila se vengó amenazando con poner en el trono a Británico, al que Claudio siempre consideró su sucesor. Nerón no perdió tiempo; hizo matar a su hermanastro y confinó a su madre en una casa de campo.

Montanelli cree que escribió allí sus memorias, en las que calumniaba a Tiberio, Claudio y Nerón, con lo que dio pie a los negros escritos de Tácito y Suetonio.

En el palacio imperial todavía reinaba la paz, pero pronto Nerón concibió la idea de que debía dar muerte a su madre. En su primer intento se valió del veneno, pero no pudo con la vieja envenenadora, que se apresuró a ingerir un contraveneno. Entonces Nerón hizo construir un barco que, al apretar un botón, quedaba partido en dos mitades (idea que inspiró a Walt Disney una de sus primitivas películas cómicas), pero Agripinila era una avezada nadadora y consiguió alcanzar la orilla, y el descastado hijo ordenó que se diera muerte a su madre con la espada. Agripinila rogó a los soldados que se la clavasen en el vientre que había concebido un monstruo de las propor-

ciones de Nerón. Cuando éste vio el cadáver de su madre, aún se divirtió en hacer algunos chistes, pero al poco sufrió un colapso debido a un ataque de manía persecutoria.

Wiedemeister cree que puede reconstruir tres épocas de ataques de locura de Nerón. Según él, el primero tuvo lugar en abril del 59, durando hasta el otoño del 61. El segundo duró desde el otoño del 62 hasta abril del 65, y el tercero, desde el otoño del 65 hasta la primavera del 68. Entre ellos se extienden, como se ve, unas cortas épocas de relativa normalidad. Wiedemeister escribe:

“Durante los períodos de salud mental, Nerón se comportaba como un excelente gobernante; lo que le ha marcado como un tirano ante el mundo de sus contemporáneos y ante la historia fueron las explosiones de su no diagnosticada enfermedad mental.”

Al ahondar en nuestras informaciones sobre la vida de Nerón resulta de gran importancia tener en cuenta las épocas de su periódica enfermedad —tan concisamente presentadas por Wiedemeister— para llegar a la conclusión de que no se le puede hacer responsable de los actos que cometió espoleado por la locura.

Cuando en Roma todo el mundo acusó a Séneca de haberse enriquecido demasiado, el filósofo pidió una audiencia a Nerón, ofreciéndole en ella regalar al estado todas sus propiedades, ya que deseaba retirarse de la vida pública y terminar sus días en soledad. Nerón contestó (y en esta ocasión se muestra como un príncipe sensato, magnánimo y artista): “Te debo agradecimiento, porque me preparaste para contestar a tus propios discursos, aunque me cojan desprevenido; porque me has enseñado a discernir, no sólo en lo previsto, sino también en lo inesperado. Durante mi infancia y mi juventud me condujiste con tu sabiduría y prudentes consejos. Lo que tú me has dado, que debo agradecerte, persistirá en mí mientras yo viva. Lo que tú has recibido de mí por ello: jardines, haciendas, rentas, están subordinados al azar. Y si mis regalos pueden parecer a otros excesivos, yo considero que también personas mucho menos dignas que tú han recibido de mí mucho más. Por ello me parece vergonzoso que tú, que estás en el primer lugar de mis afectos, estés pospuesto en los bienes terrenales.

Tú estás en tus mejores años y conservas dichosamente fuerzas para el trabajo y el placer, y yo, en cambio, estoy sólo al comienzo de mi reinado. Tú puedes, en el caso de que mi juvenil ligereza me aparte alguna vez del justo camino, hacerme regresar a él; puedes protegerme y aconsejarme. Nunca descuidaré tus consejos, pero si me abandonas ahora, perderé la paz.”

El filósofo y el César terminaron reconciliándose, pero a finales del 62 tuvo lugar el segundo ataque de locura, y Nerón persiguió a todos sus cortesanos y consejeros, dando muestras de una sanguinaria pasión; Séneca, comprometido en la conspiración pisónica, se dio muerte, cortándose las venas, al propio tiempo que lo hacía su mujer.

Burro fue sustituido por Tigelino y Nerón mató a Octavia, su esposa de veinte años (9 de junio 62), para casarse con Poppaea. Tigelino se ganó la confianza del emperador con sus denuncias. Quienquiera que fuese acusado de conspiración por el nuevo favorito, era ajusticiado en el acto y sus bienes quedaban confiscados. En el año 63 Nerón organizó luchas nunca vistas hasta entonces. En las fiestas, que preparaba junto con Tigelino, demostraba especial predilección en arrastrar por el polvo a los sucesores de las grandes familias romanas, ridiculizándoles en público.

Schlichtegroll nos describe una fiesta organizada por Nerón durante esa época y, aunque desconozco la fuente de la que sacó su información, creo que la descripción puede resultar interesante desde el punto de vista de la historia de las costumbres:

“La más famosa de todas esas diversiones fue la organizada por Tigelino en honor y por orden de su dueño y señor, Nerón. En el estanque de Agripa se construyó para el festejo una balsa de dimensiones extraordinarias, que era portadora de las mesas y podía ser puesta en movimiento remolcada por otros barcos. Estos estaban adornados con oro y marfil y decorados con alfombras y gran profusión de objetos artísticos. Los remeros eran los favoritos del emperador y estaban colocados siguiendo el orden de sus edades y de su experiencia en el vicio. Se trajeron aves y otros animales de todas las partes del mundo, a través de todas las rutas y todos los océanos, para agasa-

jar debidamente a los participantes de la fiesta. A la orilla y escondidos entre los matorrales, se repartieron infinidad de pequeños burdeles, en los que prestaban sus servicios las damas distinguidas. Gran cantidad de rameras desnudas paseaban por los senderos del parque. Al oscurecer se iluminó todo el jardín y la música dejó oír sus sonos excitantes. Entonces el emperador dio la orden de que nadie negara nada a nadie. Los invitados, que habían esperado anhelantes este momento, se abalanzaron los unos sobre los otros para satisfacer su sed de placer. Los esclavos se abrazaron a las nobles y los caballeros imitaron su ejemplo con las prostitutas. Cocheros, cocineros, remeros, gladiadores, senadores, aristócratas y rameras se mezclaron entre sí, formando un inmenso mar humano. Parecían haber vuelto los días de Sodoma y Gomorra. Pero nadie se avergonzó de la orgía pública, nadie se ruborizó ante semejante situación. El amor romano no había festejado nunca su glorioso triunfo de una forma tan exagerada como la de aquel día. Esa atrocidad no pudo ser imitada por nadie, ni siquiera por los maestros del amor. Y nadie nunca pudo superarla. Las cantidades de vino que se consumían en semejantes banquetes y orgías eran astronómicas. Al menos, en Grecia sólo se emborrachaban las hetairas, pero en Roma tanto las mujeres "honradas" como los niños dejaban correr el vino a litros por sus gargantas. "¡A mi salud, a tu salud!", se chillaban los unos a los otros, bebiendo sin tregua. Se vaciaban los cuencos y se bebía para honrar la ausencia de las personas queridas, otorgando mientras tanto a los presentes los placeres reservados al amante ausente. Se deletreaban sus nombres y se bebían luego tantos cuencos como letras tenía el nombre evocado. El sacrificio se consumaba no una sola vez, sino varias y en forma consecutiva, hasta que se nublaban los sentidos y las palabras se convertían en balbuceos y hasta que el feliz borracho cerraba los ojos y caía sobre su lecho, mientras que los cantantes, los bufones y los gladiadores entonaban canciones obscenas con el resto de los invitados que no estaban totalmente ebrios."

En el año 64 —encontrándose todavía bajo los efectos de su segundo ataque de locura— Nerón hizo un viaje artístico, en el que se llevó consigo una claque de tales proporciones que

la famosa de Meyerbeer puede considerarse como una banda de huérfanos comparada con ella. Cinco mil alabarderos estaban siempre presentes en sus programaciones, entrenados para aplaudir de tres formas, desde los murmullos de aprobación hasta los gritos de entusiasmo delirante.

En ese año 64 tuvo lugar el terrible incendio de Roma, del que fue inculpado Nerón. Incluso se ha llegado a afirmar que al ver el espectáculo del incendio tocó entusiasmado la cítara, acompañando con ella alegres canciones. Suetonio y Dión Casio hallan en la catástrofe camino libre para sus ataques contra Nerón, mientras Tácito nos dice respecto al suceso: Nerón no estaba en Roma cuando estalló el incendio, sino que se encontraba en Anzio, y a su regreso se mostró dispuesto a ayu-



Estatua de la diosa Roma en la plaza del Capitolio

dar personalmente al pueblo, prescindiendo de cualquier clase de custodia. Ofreció a aquellos que se habían quedado sin techo el Campo de Marte y su propio parque; se ocupó de su abastecimiento, bajó el precio del trigo y dio muestras de gran magnanimidad.

Tácito también hace referencia a su comportamiento después del incendio. Al cabo de poco tiempo dictó leyes con el fin de proteger a la ciudad contra otra catástrofe así, pero no mostró escrúpulos para agenciarse los medios que debían ayudarle a reconstruir la ciudad. Decidió reconstruir Roma más bella de lo que nunca fue y erigir con su *domus aurea* un palacio imperial como jamás hubiera visto el mundo.

Los exiguos restos que han sido desenterrados de dicho palacio no se pueden considerar como *domus* ni menos como *aurea*; creo que incluso una vieja trinchera de la primera guerra mundial resultaba mucho más comfortable. Pero se saqueó el gran imperio romano, con el fin de conseguir todos los tesoros existentes para esa nueva edificación y no se ahorraron ninguna clase de procedimientos. En su segundo período maniaco también tuvieron lugar aquellas horripilantes fiestas en las que parece ser eran quemados miles de cristianos, que iluminaban los fastuosos festejos en calidad de antorchas vivientes.

La esposa de Nerón, Pópea, murió de un aborto; Montanelli escribe sobre ello: "Malas lenguas dijeron que el marido le dio una patada en el vientre durante una riña."

En el año 68, Vindex se sublevó en Galia y Galba imitó su ejemplo en España. Nerón se encontró inesperadamente solo y se suicidó después de haber pronunciado las inmortales palabras: "*Qualis artifex pereo*" (¡Qué gran artista fallece!)

Montanelli sigue escribiendo: "Cosa extraña, su tumba estuvo durante mucho tiempo cubierta de flores frescas, y muchos en Roma siguieron creyendo que no había muerto y que pronto volvería. En general, son ideas que germinan solamente en la tierra fecundada por las lágrimas y por la esperanza. ¿Y si, al fin y al cabo, Nerón hubiese sido mejor de como la historia nos lo ha descrito?"

Hemos comprobado que durante el transcurso del medio siglo que medió desde la muerte de Augusto (del 14 hasta

el 60 d. de J. C.) se originó un acentuado descenso de las cualidades de los césares, puesto que aquella enfermedad que se manifestó en César como epilepsia reapareció en Tiberio, como melancolía y resentimiento, atacó de locura a Calígula, reapareció en Claudio en forma de imbecilidad real o simulada y termina en las elucubraciones sádicas de Nerón: historia clínica de una estirpe. Y estrechamente ligado al desmoronamiento moral en torno al trono, se produjo el relajamiento de las costumbres, lo que hizo “que se desligasen todas las ataduras de un pudor piadoso” y se crease un impulso general por las riquezas y el placer, que terminó azotando el mundo de entonces, hasta el extremo de que incluso el filósofo Séneca no se avergonzase de enriquecerse por cualquier medio. Las orgías sexuales en que los hombres se abalanzaban sobre las mujeres resultaron cada vez menos satisfactorias, hasta que llegó el momento en que las orgías debían tener pinceladas de sadismo y el sujeto pasivo del placer tenía que ser humillado, avergonzado, incluso asesinado.

Y todas esas exteriorizaciones eran sólo apariciones reveladoras de un cambio económico, cuya injusticia fue en aumento de siglo en siglo, haciendo que el abismo que existía entre el rico y el pobre se profundizase cada vez más.

El imperio romano, la obra magistral de Augusto, todavía se mantuvo durante cuatro siglos, y a los emperadores atacados de locura sucedieron gobernantes sanos; a los insensatos siguieron sensatos, a los políticos corrompidos relevaron políticos escrupulosos, y sólo la invasión de los bárbaros consiguió destruir lo que, pese a la corrupción ocasional de la capital, era tan fuerte que logró mantenerse durante medio milenio más.

¿Contribuyó el lujo a la decadencia de Roma?

La idea de que el lujo es una inmoralidad es una opinión de los primeros cristianos repetida por algunos padres de la iglesia. Según esos predicadores, el hombre debería vestir andrajos, pasearse con los pies descalzos o limitarse a calzar sandalias. El hombre no debería lavarse, ni aun cuando empezara

a apear. No debería cortarse el cabello, ni aun en el caso de que una legión de piojos se aposentase sobre su cabeza. Como es de suponer, tampoco debería limpiarse los dientes, y no hablemos de hacerse la manicura. El hecho de que las mujeres se acicalen las condena —según la opinión de los profetas judíos y de los padres de la iglesia— a tostarse eternamente en los infiernos, y siempre aparecen nuevas “plagas” cuando las mujeres desean resaltar su belleza con cremas, afeites y maquillajes.

Esas formas de pensar, han desaparecido actualmente de una forma radical y definitiva, de lo que sólo podemos alegrarnos, puesto que la higiene se ha convertido para nosotros en una ciencia importante y la limpieza es el ABC de nuestra vida. En la actualidad no tenemos nada que objetar contra el maquillaje, ni contra los sostenes, ni contra los collares, pendientes o cualquier clase de adorno. (Creo más bien que criticaríamos que las mujeres no se asearan y se paseasen en *blue jeans* como vaqueros.)

Creo que podemos reírnos de la opinión de un tal Meursius, que en la edad media afirmó en un escrito titulado “*Roma luxurians sive de luxu Romanorum*” que el desmoronamiento moral de Roma se debió a su lujo.

Todavía a principios de nuestro siglo, Ludwig Friedlaender sostuvo muy en serio una gran polémica contra Baudrillart y Nissen y resumió en un minucioso ensayo, en el mismo año de su muerte (1909), su opinión sobre el significado del lujo del imperio romano:

“Sin negar que el desorbitado lujo también contribuyó al derrumbamiento de la república, considero el tal lujo más bien un síntoma que una causa, la consecuencia de las grandes transformaciones económicas y sociales, a las que realmente se debe la corrosión de los puntales de la república, que a partir de las guerras púnicas permitió la concentración de inmensas fortunas, la disminución de la clase media, la aparición del proletariado por una parte y, por otra, la desaparición de la antigua sencillez y sobriedad de las costumbres por el progresivo aumento de las necesidades, la multiplicación de los medios de satisfacción de placeres y la exageración del afán de placer.”

Creo que nos resultaría conveniente echar un vistazo sobre la vida cotidiana de los romanos, puesto que ya nos hemos ocupado de la historia de Roma *ab urbe condita* hasta la disolución de la dinastía julia-claudia, observando la relajación de las costumbres morales, para analizar el confort que podían permitirse con sus medios técnicos primitivos.

Al juzgar no podemos olvidar que los extraordinarios avances actuales de la técnica nos hacen muy sencillas algunas cosas que antaño sólo podían excitar las fantasías de poetas sibilinos. Nuestros aviones, dotados de cientos de asientos, que unen Europa con América en medio día, permitiéndonos efectuar en tres días un viaje alrededor del mundo, sobrepasan con mucho las alfombras mágicas de las narraciones infantiles. Nuestros telegramas superan increíblemente aquella cadena de torres desde las que Tiberio enviaba señales luminosas entre Roma y Capri. Nuestros automóviles consiguen un cien por ciento más de lo que antaño podían ofrecer los caballos y los carruajes. Recibimos fruta fresca desde California, los pescados congelados llegan a nuestras manos mucho antes de lo que tardaban entonces desde Ostia a Roma, y ya no corremos el peligro de ser intoxicados por el pescado, como sucedía en la época en que todavía no existían frigoríficos. El hecho de que podamos iluminar una estancia con sólo apretar un botón, que podamos obtener agua fría o caliente girando una simple espita; todo esto nos parece tan natural que nadie se molesta en pensar la maravillosa impresión que tendría un romano de la época imperial si pudiéramos invitarle a hacernos una corta visita a través de la máquina del tiempo de Wells.

Desde nuestra altura de hoy podemos mirar a la Roma de entonces de la misma forma en que un visitante de la torre Eiffel ve desde ella la ciudad de París. Mas estas novedades son sólo de hoy; todo era muy diferente hace apenas un siglo, y Friedlander aún tuvo que advertirnos que no se generalizasen algunas informaciones aisladas de los antiguos.

“Con ello —dice— existe el riesgo de sacar falsas conclusiones basándonos en ciertos informes de casos aislados y considerar como norma lo que eran simples excepciones.”

El lujo de un Calígula o de un Nerón tuvo formas alucinantes, porque eran una consecuencia de sus delirios de grandeza.

Quisieron exponer a la vista de sus fieles el poder y la grandeza sobrehumana del César y la ilimitada fuerza de los dominadores del mundo. No deseaban que se pudiera pensar que existiera algo imposible para ellos; ningún obstáculo que pudiera oponerse a sus deseos. Con estos fines, Calígula —cuya locura por el poder seguramente estaba mezclada con una demencia verdadera— ordenó construir edificaciones en las zonas más profundas y peligrosas del mar, despilfarrando en un día el tributo de tres provincias (10 millones de sestercios). Tanto Nerón como él lograron transformar en realidad los sueños de una delirante fantasía en sus fiestas, en sus maravillosos barcos y en sus fastuosos palacios.

Pero tanto Calígula como Nerón pueden ser considerados como una excepción entre los emperadores de los primeros siglos, puesto que ni siquiera pueden ser comparados con Lucio Vero, y el lujo de Vitelio se limitaba a la satisfacción de su gula. En cambio, Tiberio, Galba, Vespasiano y Pertinax, se nos muestran tan ahorrativos que incluso pueden ser considerados como unos avarientos y entre los restantes no encontramos a ninguno que fuera un verdadero despilfarrador. También podríamos preguntarnos si el lujo de Calígula y de Nerón fue más exagerado que el de algunos déspotas alemanes de los siglos XVII y XVIII.

Deducir una conclusión general sobre el lujo de Calígula y Nerón y de la Roma de entonces, resultaría tan poco admisible como tomar el comportamiento de las cortes absolutistas como paradigma de las costumbres de la Alemania o de la Europa de su tiempo.”

El enorme despilfarro de algunos hombres aislados, que aprovechan la guerra para esquilmar a grandes países apenas explotados, sólo es una excepción. Hemos visto en la actualidad un paralelismo con ellos en los gobernantes del nacional-socialismo, que desvalijaron los países que ocuparon, y todo aquel que haya visitado Holanda poco después de la guerra, ese país rico y próspero, puede hacerse una idea sobre la minuciosidad con que las fuerzas de ocupación la saquearon. Hitler, que simulaba ser un hombre humilde y que predicaba al pueblo que el bien común prevalecía sobre los intereses personales, despilfarró grandes sumas de dinero para la cons-

trucción de su “Nido de águilas”. ¡Y todo eso tuvo lugar en pleno siglo XX, el supercivilizado!

Como es de suponer, los rudos hombres de la república romana sentían muchos menos escrúpulos que nosotros; se apoderaban de los países que les interesaban, los saqueaban a conciencia y vendían a sus habitantes como esclavos, puesto que el precepto “amarás a tu prójimo como a ti mismo” no les había llegado todavía.

Hombres como Lúculo, Scauro, Pompeyo y César se llevaron a casa tal cantidad de tesoros que podían permitirse cualquier clase de lujo. Los emperadores atacados de locura “cesariana” o de locura de grandeza y omnipotencia, de la talla de un Calígula o de un Nerón, sólo podían obtener las grandes sumas de dinero que precisaban para sus edificaciones, para sus fiestas y orgías, a través de las confiscaciones.

Cuando hablamos de Cleopatra hicimos mención de la astronómica cifra que su padre, Tolomeo Auletes, hubo de pagar a los romanos para recuperar sus dominios con su protección. Friedlaender hace mención de que el rey aceptó pagar al pro-



El foro romano con las ruinas del templo de Vesta

cónsul Gabinio la cantidad de 10 000 talentos (unos 3 000 millones de pesetas actuales), después de que César le hubiera aceptado, en su nombre y en el de Pompeyo, la bonita suma de 6 000 talentos (unos 1 800 millones de pesetas).

Pero esos grandes conquistadores estaban obligados a organizar continuamente espectáculos de gran magnificencia y pagar enormes sobornos para hacer olvidar a sus súbditos los sacrificios que la guerra y las conquistas, siempre cruentas, les imponían. Las mayores fortunas conocidas de la Roma de la antigüedad ascendían a 400 millones de sestercios (unos 5 200 millones de pesetas). El augur Léntulo y el liberto de Nerón Narciso fueron los poseedores de semejantes nada despreciables sumas.

Sabemos por experiencia que las grandes fortunas privadas no tienen nada que ver con la economía pública; el abismo que se extiende entre el rico y el pobre puede ser muy ancho, y el nivel de vida de las masas puede ser muy bajo, pese a que muchos amasen grandes cantidades de dinero. El caso de Suiza nos permite comprobar que en ella todavía reina una denigrante pobreza diferencial entre los componentes de ciertas clases sociales y las clases altas. Por lo que no es de extrañar que en un momento en que la prensa anunció que la administración militar había invertido 300 millones para la construcción de nuevos campos de tiro, la radio suiza organizase una suscripción en la que se pedía la suma de tres millones de francos para la adquisición de camas destinadas a campesinos pobres. Ello demuestra cómo cambian las cosas si se toma como punto de partida una cifra u otra.

El primer período de la historia de Roma en el que predominó un gran lujo fue el tiempo de Lúculo, que llevó a la ciudad los botines de dos reinos orientales, y Lúculo fue considerado entonces como el principal representante de la ostentación, puesto que introdujo en Roma la costumbre de gastar grandes cantidades de dinero en construcciones y banquetes. Pero esa costumbre quedó bastante atenuada en la época de la república, y sólo se extendió después de la fundación de la monarquía, época en la que la riqueza quedó más generalizada. Tácito tiene razón al afirmar que el período más ostentoso de Roma fue el siglo desde la batalla de Accio hasta la subida al

trono de Vespasiano. Dicho emperador, hombre sobrio y tradicional, dio un ejemplo más bien austero y severo, que fue aceptado con mucha más rapidez y espontaneidad que si hubiera dictado un sinfín de decretos. A ello debemos añadir que muchas familias encontraron su perdición precisamente a causa de sus locas ostentaciones de lujo durante la dominación de la dinastía julia-claudia, por lo que las demás aprendieron a mostrarse precavidas.

Y, finalmente, llegaron a Roma muchos "hombres nuevos", provenientes de las provincias y de las restantes ciudades de Italia, que traían consigo la costumbre del ahorro, pese a que algunos disfrutasen de una considerable fortuna. Todas esas circunstancias contribuyeron en parte a limitar el lujo durante el transcurso del siglo II, con la consecuencia de afirmarse una tendencia hacia las nuevas costumbres y un desprecio por las antiguas, como si fueran directrices que marcaran la línea de vida de la nobleza. Trajano y su época marcaron el comienzo de una era de profunda austeridad.

¿Qué comían los romanos?

Todo aquel que se entretenga en imaginarse una concepción del lujo, convendrá en que muchas personas que se pasean vestidas con suntuosos vestidos o viven en estancias lujosas, tal vez ahorren en el comer para poder satisfacer otros caprichos. Como actualmente existen muchas personas que se conceden el lujo de comprarse un coche a cambio de pasarse toda la semana contentándose con una dieta exigua, igual ocurría en Roma. No olvidemos que, en muchos casos, la ostentación de la riqueza está cimentada en un *bluff*.

Recuerdo que una familia que conocí en Holanda se hacía enviar a su casa, cada sábado, una gran caja de pasteles, que el pastelero recogía vacía cada lunes. Sus vecinos chismorrearon largo tiempo sobre semejantes comilonas, hasta que un día se descubrió que la familia en cuestión representaba una comedia a cambio de una pequeña propina y con el solo objeto de despertar la envidia de los vecinos, porque... ¡la caja que recibían en su casa los sábados estaba vacía!

Algunos barrios pobres de Holanda eran conocidos con el nombre de *koude-aardappelen-buurt* (barrio de las patatas frías), y con ello se insinuaba que sus habitantes acostumbraban a alimentarse de patatas frías. Algo similar ha sucedido en todos los tiempos y, como es de suponer, también en Roma, con su inmenso proletariado.

Los romanos no conocieron el arte culinario hasta que conquistaron los países orientales, y a partir de entonces empezaron a pagar mayores precios por los cocineros. Las amas de casa amasaron el pan de su familia hasta el año 174 a. de J. C.; hasta esa fecha la ciudad de Roma no contaba con un solo panadero.

En el año 161 a. de J. C. se prohibió el sacrificio de las gallinas y se votó un decreto senatorial que prohibía la matanza de dichas aves de corral. (En la actualidad, la carne de gallina resulta más barata que la de ternera y se encuentra muy natural que los escaparates de los artículos alimenticios expongan ante los ojos del público su mercancía, consistente en pollos previamente asados.) En el año 100 a. de J. C., el vino procedente de Grecia era considerado como un lujo y sólo se ofrecía una vez a los invitados a un banquete. Sin duda puede afirmarse que en los tiempos de la república los romanos vivían de una forma sencilla y austera.

El floreciente comercio elevó la demanda de productos alimenticios, junto con la de otras mercancías. A consecuencia de la expansión cada vez mayor de Roma sobre los países del otro lado del mar y el comercio cada vez más activo con el que se intercambiaban los productos de los países costeros del Mediterráneo, los romanos no tardaron en saber que los chivos de Ambracia, los peces de Pessinus, las ostras de Tarento, los dátiles de Egipto, etc., eran los más exquisitos de su especie.

Algunos comentaristas, como Varrón, ya censuraron ese hecho con gran severidad, porque consideraron —al igual que lo hicieron en Alemania Lutero y Hutten en el siglo XVI— vicio excesivo de gula el no contentarse con los tan buenos productos del país. Yo creo que semejante forma de pensar resulta muy difícil de ser sostenida en cualquier tiempo, inclusive en la antigüedad. Tucídides afirma, al elogiar a Atenas, que la ciudad aceptaba las costumbres de todos los países, por lo que sus

habitantes consideraban tan natural el paladeo de los gustos ajenos como el de los propios. Y los dramaturgos de la comedia ática, como Antifanes y el “Arquestrato” de Gela (en un viaje gastronómico alrededor del mundo), nos han dejado descripciones sobre manjares de diferentes países, con un gusto refinado y sólo comparable a la forma en que Brillat-Savarin elogia los platos de la cocina de París, tildándolos de cosmopolitas, por el hecho de que cada rincón del mundo ofrece allí su plato típico.

Sólo después de la batalla de Accio, se convirtió Roma en una ciudad en donde se consumía “cuanto había sido descubierto y preparado por todos los pueblos”. Lo que ahora aceptamos como una cosa natural, se consideraba entonces como una sensación, es decir, que en una misma comida se sirvieran productos de diversos países.

Los antiguos implantaron la costumbre —verdadero despilfarro— de repartir o sortear regalos entre sus invitados. Los objetos sorteados podían ser muy diversos, por lo que las oportu-



Un herrero con su esclavo en un taller romano

nidades resultaban bastante desniveladas. Un asistente a una fiesta de Heliogábalo tanto podía ganar diez camellos como diez moscas, diez libras de oro o diez libras de plomo, diez avestruces o diez huevos de gallina, etc. Los lotes que se sorteaban solían ser pares, uno de gran valor y otro que no valía absolutamente nada, lo que no impedía que los lotes de valor tuvieran un alto precio. Entre estos últimos podían encontrarse: útiles para escribir, objetos de tocador, vestidos, vajillas e instrumentos de todas clases (incluidos los musicales), comida, juegos, jaulas con pájaros, muebles, armas, obras artísticas, libros, animales (incluido un azor preparado para la caza) y esclavos. Y algunos de un valor extraordinario, tales como abrigos de escarlata, copas esculpidas por viejos maestros, vasos de cristal, estatuas de plata y oro, y esclavos que poseían ciertas habilidades: una bailarina, un taquígrafo, un cómico, un bufón, un cocinero, un pastelero, etc. En un banquete organizado por L. Vero, en el que gastó 6 millones de sestercios, los regalos fueron extraordinariamente costosos, puesto que nos ha llegado constancia de que se sortearon esclavos particularmente bellos, animales, utensilios fabricados con los materiales más valiosos, coronas de flores de fuera de temporada adornadas con cintas de oro, carruajes claveteados de plata y tirados por mulos y los hombres que habían de conducirlos.

Pese a que el lujo de los antiguos pueda parecernos mezquino con el que impera en el siglo XX, no debemos pasar por alto que actualmente nunca podremos ganar una bella esclava en las tómbolas o en las loterías. Y llegados a este punto comprobamos que la conocida frase: "¡Otros tiempos, otras costumbres!", tiene mucho de verdad. (Claro que algunas tómbolas nos ofrecen la oportunidad de poder ganar un coche, y... el coche puede ser el primer escalón que nos conduzca al corazón de una muchacha encantadora.)

Aunque los invitados no sean agasajados, actualmente, de una forma tan magnánima como la de la vieja Roma, también hoy en las tómbolas benéficas se sortean objetos de gran valor. Los diestros organizadores de semejantes templos de la suerte, conocen el arte de atraer a las gentes por medio del valor de sus sorteos y nos ofrecen relojes de oro, billetes de avión, por-

celanas, libros bellamente encuadernados, discos de gramófono, etc.

Los escritores antiguos que más se ocuparon del lujo de su tiempo fueron Varrón, Séneca y Plinio el Viejo, todos ellos hombres de gran modestia y de una forma de vida bastante ascética. Cuando Varrón condena la aportación a un banquete de alimentos traídos de otros países, Plinio el cultivo de espárragos y Séneca las bebidas y los manjares enfriados mediante nieve, no podemos reprimir una sonrisa compasiva.

Los antiguos, al organizar sus grandes festejos, también calculaban su "impacto publicitario", al igual que sucede en la actualidad, porque cuando toda la ciudad comentaba la fiesta, susurraba la suma gastada por el anfitrión, y admiraba su magnificencia, se colmaban los anhelos del organizador. Por ello Friedlaender bautiza el coste de ciertos manjares con el nombre de "precio de vanidad".

El lujo y el refinamiento contribuyeron a ampliar la cultura, mediante la introducción de nuevos hábitos, y la costumbre de basar parte de la alimentación en los animales que se criaron en países lejanos. En aquellos tiempos el lujo gastronómico hizo su primera aparición con la instalación de criaderos de ostras artificiales en el lago Lucrino. Los animales que enriquecían los almuerzos de los patricios romanos acostumbraban a ser aves. Los pavos reales solían constituir el manjar predilecto y la mayoría de ellos eran criados en pequeñas islas. En los tiempos del Ateneo, Roma estaba plagada de pavos reales. También se cuidaron con esmero los faisanes y las gallinas de Guinea. Apicio menciona las exquisitas lenguas de flamenco. Grandes méritos hicieron los romanos también con el cultivo de la vid, que trasplantaron desde el sur de Italia, "país predilecto de Baco", hasta Suiza, el sur de Francia y el sur de Alemania. Tanto los higos como las nueces y las almendras se cultivaban en todas sus variaciones. El cerezo fue llevado a Roma desde la costa pónica por Lúculo. El cultivo de flores también se extendió por Italia.

El injerto de frutos y flores y la multiplicación de sus especies habían alcanzado un punto tan elevado en la primera época imperial, que se consideraba imposible llevar a cabo otros experimentos en ese terreno.

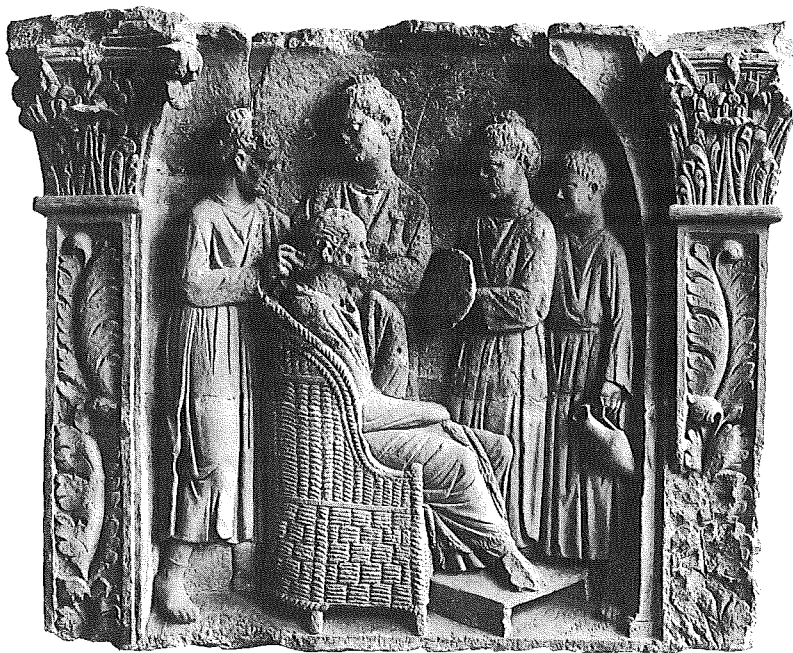
Cuando Roma se convirtió en el punto central de un gran imperio fue transformando poco a poco el cultivo de sus provincias. La ampliación de los viñedos repercutió sobre los olivares, hasta que llegó el momento en que los límites del mosto y del aceite coincidieron con las fronteras de la máxima extensión del imperio.

La influencia de Roma fue perfilando los procesos asimilativos, influenciados por todas esas normas de vida, con el resultado de conseguir uniformidad cultural en todos los puertos del Mediterráneo. Y si aceptamos que el centro de Europa, particularmente el sur, constituye "la base de nuestra cultura", no debemos olvidar la gran dosis de contribución que tuvo en ese trabajo cultural la época de la Roma imperial, tan injustamente juzgada hasta hace poco.

Trajes y joyas

Tanto los hombres como las mujeres vestían al principio telas de lana tejidas a mano, para luego hacer uso de las prendas de lino. El algodón de la India llegó hasta los romanos a través de las guerras orientales (hacia 190 a. de J. C.), y fue seguido por las sedas y muselinas. Las túnicas de seda transparente no sólo las llevaban las mujeres, sino también los hombres. (Lo que hoy no nos atrevemos a hacer, puesto que ni siquiera nuestros trajes de baño pueden ser transparentes.) Los trajes de seda fueron llevados, por primera vez, por las mujeres que asistían a los bailes elegantes. Los bordados de oro se reservaban para los vestidos de gala de los generales en sus triunfos y los adornos quedaban limitados a las mujeres.

Se gustaba de alardear con vestidos de colores chillones, implantando con ello una moda que vuelve a tener auge en nuestra civilización, en la que las mujeres honradas se atreven a salir a la calle vistiendo abrigos de vivos colores, que hace cincuenta años eran privativos de las prostitutas. El color púrpura fue muy apreciado por los antiguos, hasta el extremo de que una libra de la mejor lana siria teñida de púrpura costaba unos 1 000 denarios; pero también había otras clases inferiores por la décima parte de ese precio.



El tocado de una dama. Mientras una esclava la peina, otra sostiene el espejo; relieve del S. II d. JC.

El uso de las perlas y de las piedras preciosas llegó a Roma a consecuencia de la victoria de Pompeyo sobre Mitrídates. El diamante apenas fue empleado por los romanos como joya, pese a que lo considerasen la piedra más valiosa, por lo que se limitaba al engarce de algún que otro anillo, considerado como una excepción. El diamante que obtuvo Trajano de Nerva, al ser designado su sucesor, y Adriano de Trajano, le fue ofrecido en forma de anillo; y el anillo tan comentado de la judía Berenice, la amante de Tito, se debe a un regalo que le hizo su hermano Agripa II, rey de los judíos. La piedra siguiente más cotizada por los antiguos fue la esmeralda. Las mejores (escitas) según Plinio seguramente provenían de las minas de los Urales y de Altai, que también nos proporcionan actualmente esmeraldas de gran belleza. El ópalo y el berilio ocupa-

ban el tercer lugar de las preferencias, y se cree que esas dos piedras adornaban preferentemente a las mujeres; en cuarto lugar seguía el ónice (tan apreciado para los anillos de sello). Tal era la escala de las piedras preciosas, según Plinio. Los romanos siguieron a los indios en la apreciación del diamante. Apenas conocemos algún dato de la antigüedad sobre el precio de las esmeraldas. Pero nos han llegado ciertos informes sobre un senador que poseía un ópalo del tamaño de una nuez, cuyo precio ascendía a dos millones de sestercios. Y cuando fue desterrado precisamente por culpa de ese anillo, prescindió de todos sus bienes, pero se llevó la sortija en su huida.

Los romanos también se ocuparon en imitar las piedras preciosas, especializándose de una forma particular en la imitación de las esmeraldas, en la que obtuvieron gran éxito, hasta el extremo de que el brillo, el color y la dureza de esas piedras sobrepasaba con creces las cualidades de las esmeraldas sintéticas de nuestros días. Al igual que en la actualidad, la "bisutería" de los antiguos servía para adornar a los componentes de las clases inferiores.

Las perlas eran consideradas como adornos de gran lujo, y acostumbraban a ser privativas de las mujeres. Se pagaban por ellas precios mucho más elevados que los que se pedían por las piedras preciosas. El empleo de las perlas como objeto de adorno se generalizó desde la conquista de Alejandría, puesto que no llegaron a Roma hasta entonces, a través de los viveros del Golfo Pérsico y del Océano Indico, que empezaban a encontrar sus rutas hacia Roma. Gracias a esas entradas regulares, las perlas aparecieron en Roma en cantidades similares a las que llegaron a Venecia a finales del siglo XVI, y empezaron a constituir el tesoro de los patricios como fruto del comercio antiguo con Ormuz, en el Golfo Pérsico, y con los restantes países del lejano Oriente que explotó Venecia durante tanto tiempo en exclusiva.

Las patricias romanas adornaban preferentemente sus orejas con perlas. Y, según Plinio, las mujeres "pobres" también ansiaban poseer esos pendientes, puesto que afirmaba que ostentar en la calle una gran perla en la oreja, era señal de poderío; pero el producto de la ostra también engalanaba los zapatos, no limitándose a las correas y lazos, sino que incluso

realzaban el dibujo de toda una zapatilla. No cabe duda de que el precio de tal calzado resultaba muy elevado. Séneca nos dice, sin caer en la exageración, que algunas mujeres llevaban en sus orejas dos o tres. Julio César compró una perla para Servilia, madre de Marco Bruto, en la época de su primer consulado (el año 59), tiempo en que las perlas apenas eran conocidas en Roma, y esa perla le costó la suma de seis millones de sesteracios. Semejante regalo de amor, ofrecido por el primer hombre del mundo de entonces, que deseaba asombrar a los demás por medio de sus extravagancias, no nos puede dar una idea sobre el precio más elevado. Y lo mismo podemos opinar sobre lo que nos informa Plinio respecto a Lolia Paulina, una esposa de Calígula. Según dicho autor, la mujer asistió a una fiesta de las consideradas como "corrientes" con un adorno de perlas y esmeraldas que cubría toda su cabeza, cabellos, orejas, cuello y dedos y tenía un valor de 40 millones de sesteracios, lo que la interesada estuvo dispuesta a probar inmediatamente mediante documentos. Ese adorno no era un regalo de su ilustre esposo, sino herencia familiar, que procedía de las rapiñas llevadas a cabo por su abuelo, M. Lolio, en Oriente, teniendo como consecuencia que sus actos le hicieran perder el favor de César, obligándole a poner fin a su vida mediante el veneno (en el año 2 a. de J. C.).

En todo caso, las pocas noticias que poseemos sobre el lujo en vestidos y joyas en la antigua Roma, nos permiten afirmar que jamás tales ostentaciones podrán alcanzar los de nuestro tiempo, en que muchas damas se cubren con valiosas pieles y llevan sobre ellas prendas o joyas que cuestan más dinero del que un trabajador medio puede ganar en todo un año.

Las viviendas de los antiguos

En una época como la nuestra, en que basándolo todo en el sentido práctico, se construyen las casas de cristal y hormigón, siguiendo el sistema de las edificaciones en bloque, se convierten en oficinas o bancos edificios antiguos, nobles y de gran belleza y se destruyen muchos de ellos pese a que todavía conservan su viejo esplendor, no creo que podamos compren-

der el arte antiguo de la construcción, predominantemente estético y apreciadísimo por sus bellas columnas de mármol y sus ricos adornos de la misma piedra. Estoy firmemente convencido de que muy pocos observadores perciben la diferencia existente entre las columnas antiguas y las modernas que las copiaron en la iglesia de Santa Inés de Roma. Nos hemos acostumbrado ya a encontrar por todas partes los mismos bloques de hormigón, con la consecuencia de que las iglesias y los teatros apenas se diferencian de los garajes.

En cambio, en Roma los grandes palacios eran el orgullo general, como contraposición a las chozas de madera y barro. A medida que fue transcurriendo el tiempo, toda la ciudad interior estuvo constituida por edificios de mármol, que llamaron la atención por su cantidad y variación. Se entraba en una casa romana por unos escalones de mármol que conducían al atrio, frecuentemente adornado con magníficos mosaicos y refrescado en verano por las aguas de los surtidores. Los habitantes de estas casas disponían de pórticos, parques, bibliotecas, galerías de cuadros y basílicas. Las paredes y los techos de muchas estaban recubiertos por láminas de oro; había incluso techumbres adornadas con artesones cambiables, por lo que su dibujo podía variar "automáticamente" durante un banquete. Pero toda esta magnificencia quedaba empalídecida por el lujo de los dos palacios de Calígula y Nerón, que "abarcaban toda la ciudad". Apenas sabemos nada del primero. El segundo, la "casa dorada", reedificado después del incendio del año 64, estaba situado esencialmente sobre el Velia, el Esquilino y el valle entre ambos. Los jardines imperiales de Mecenas se unían a él, sobre el Esquilino, y estaban cruzados por varias calles. En la plaza anterior se elevaba un coloso representando un Nerón de 120 pies (unos 35 metros de altura). El palacio incluía, entre otras cosas, tres pórticos de tres hileras de columnas de una milla romana (1 480 m.). Una parte "comparable a un mar" (lugar ocupado más tarde por el anfiteatro Flavio), quedaba rodeada de edificios, distribuidos como una pequeña ciudad; instalaciones campestres con campos, viñedos, prados y bosques, en los que habitaban animales de todas clases, salvajes y domésticos. Las salas y las habitaciones estaban recubiertas de oro y adornadas con piedras preciosas y nácar. Las más



Pintura mural de la Casa dei Vettii, Pompeya

bellas esculturas, procedentes de Grecia y Asia Menor, completaban esa decoración.

Las láminas de marfil del techo de los comedores podían descorrerse para hacer llover flores o agua perfumada sobre los comensales. El comedor principal era una sala abovedada que se movía sobre un eje, día y noche. Los baños dejaban manar agua mineral o de mar. Cuando el palacio estuvo bastante adelantado como para que Nerón pudiera trasladarse a él, el emperador expresó su contento diciendo “que empezaba a vivir como una persona”.

Otón empleó 50 millones de sestercios para ampliar la edificación. Vitelio encontró el palacio completamente acabado, pero afirmó que no era digno de un emperador. En cambio, Vespasiano hizo derruir su mayor parte, y tanto él como Tito lo sustituyeron por edificios destinados a las diversiones del pueblo. Como dijimos, el anfiteatro se elevó en el lugar del lago y las termas de Tito sobre el Esquilino. El coloso de Nerón fue sustituido, por orden de Vespasiano, por un dios del Sol, del que todavía se conserva el pedestal.

El palacio de Domiciano se destaca entre otros posteriores porque su lujo y magnificencia no tienen descripción posible. Plutarco dice que el cuarto templo de Júpiter, construido por ese César en el Capitolio, tenía una ornamentación de oro que costó más de 12 000 talentos (unos 3 500 millones de pesetas). Pero todo aquel que vio en su palacio un pórtico, o una sala, un baño o los aposentos de sus amantes, tenía que afirmar que el constructor se asemejaba a Midas, por encontrar un placer especial en convertir en oro cuanto tocaba. Según las descripciones de Estacio, el techo del comedor de ese palacio, de extraordinaria anchura, y amplia linterna, no descansaba sobre innumerables columnas, sino sobre unas pocas, tan resistentes que hubieran podido sostener el cielo; dicha sala estaba enriquecida con gran cantidad de mármoles númeridos, sinádicos y chipriotas y granitos procedentes de Siena; incluso los pedestales de las columnas eran de mármol de Carrara, y de altura tan elevada, que la vista cansada apenas llegaba a ver los dorados artesones.

Plinio nos ha conservado el nombre de un artista de la decoración de aquel entonces, que disfrutaba de un gran renombre a causa de la maestría con la que combinaba los colores: el pintor Famulus (posiblemente Fabulus). Los restos de los frescos que quedaron ocultos bajo las termas de Tito y de Trajano nos muestran un estilo parecido al último de Pompeya, pero de características más finas y delicadas tanto en los cuadros enmarcados como en los ornamentos, que inspiraron a Rafael y Giovanni da Udine para sus obras grotescas. Se hicieron otros descubrimientos como el templo de la Fortuna, cuyas piedras tenían una transparencia tal que no quedaba a oscuras ni aun con las puertas cerradas.

Las quintas rurales

Lo que nosotros conocemos con el nombre de villa, no suele ser más que una casa familiar. Pero lo que se define en Roma como villa —incluso en la actualidad— suele ser una hacienda, más o menos grande, con una magnífica casa señorial, como “Villa Medici” o “Villa Giulia”.

Todo el que haya entrado al foro de Roma se asombra de tener que bajar un gran trecho —¡tan baja quedaba situada la antigua Roma!—. La diferencia de nivel es particularmente impresionante en el Teatro Marcelo, puesto que actualmente todavía se levantan casas sobre el teatro, que fueron edificadas a medida que los siglos parecían hundir en la tierra todo el edificio y decimos parecían, puesto que, en realidad, el suelo se elevó cada vez más a causa de la gran cantidad de ruinas que se acumulaban. Si tenemos en cuenta lo baja que estaba situada la antigua Roma —comparada con la actual— podremos imaginarnos con más facilidad lo frecuentemente que quedaba inundada por el Tiber, y la insalubridad que reinaba en sus estrechas calles. La preferencia por el campo fue cada vez más frecuente, a causa del clima enfermizo de Roma, que aumentaba en verano y en los primeros días de otoño. Los ricos aprovechaban la ocasión para escaparse a sus haciendas y, como es de suponer, los precios del terreno aumentaron entonces, al igual que ahora, por lo que la villa misénica de Mario, que costó 75 000 denarios (unas 3 750 000 pesetas) a Cornelia, la madre de Graco, fue adquirida más tarde por Lúculo, que pagó por ella dos millones y medio de denarios (unos 312,5 millones de pesetas). Sin embargo, Friedlaender cree que nos resultaría imposible calcular las mejoras de embellecimiento y nuevas instalaciones, que justificaron el aumento de su precio.

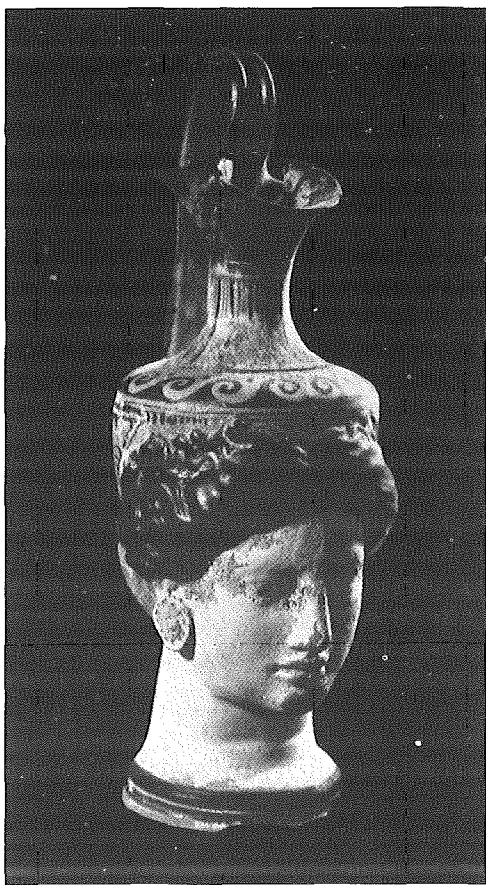
Entonces ya existía una predilección especial por las bellas ensenadas que actualmente están ocupadas por las playas de moda que se extienden desde Roma hasta Nápoles y Salerno. Séneca nos dice:

“Os apresuráis a cavar cimientos y a construir pavimentos artificiales en todos aquellos recodos en los que el mar forma una bella ensenada.” Todavía se ven los cimientos de algunas villas romanas entre las cristalinas aguas del Mediterráneo.

Como es de suponer, entonces no existía ninguna tarifa establecida para pagar las horas de la mano de obra. Se disponía de suficientes esclavos para que hicieran ese trabajo, y la mayor parte de los materiales básicos resultaban muy baratos, a excepción del mármol. Si visitamos actualmente la "Villa de los Misterios", de Pompeya, comprobaremos que los antiguos edificaban de una forma muy sencilla pero, en cambio, gastaban más en ornamentaciones de lo que pueden imaginar nuestros modernos Cesos. Poseemos una descripción de la villa que se hizo edificar Polio Félix sobre la Punta della Calcarella (entre los cabos de Massa y Sorrento): los edificios y jardines se extendían a todo lo largo de la costa, partiendo desde Marina di Puolo y llegando hasta la parte occidental del cabo de Sorrento. La orilla tenía una instalación de baños, un templo dedicado a Neptuno y otro a Hércules. Una columnata ascendía hasta la villa, desde la que se disfrutaba una bellísima vista sobre el golfo y sobre las islas diseminadas por la enseada. La casa estaba bellamente adornada con mármoles multicolores y enriquecida con numerosas esculturas.

Friedlaender aconseja que se lean poesías de Estacio en esos parajes ruinosos en el caso de que alguien quiera evocar la imagen de los patricios romanos: "Creo que no existe otro lugar en el que podamos sentirnos tan predispuestos a tales admiraciones como las extensas praderas verdes plagadas de ruinas, que fueron en un tiempo la villa triburtínica de Adriano. La zona cubierta con lo que fueron edificaciones abarca alrededor de dos tercios de kilómetro cuadrado; es, por tanto, cuatro veces mayor que todo el Palatino. No cabe duda de que disponía de imitaciones arquitectónicas y paisajísticas de los lugares y parajes que despertaron el interés de Adriano en los múltiples viajes que hizo por todas las provincias de su imperio. Su finca contenía un liceo, una academia, un pórtico de los estoicos, un pritaneo, un canope, un templo, incluso un mundo subterráneo. Es posible que semejantes reproducciones no fuesen extrañas en las villas de los grandes, que acostumbraban a viajar con frecuencia; en una propiedad de Septimio Severo, que observó siempre con gran atención los monumentos de Egipto, había una reproducción de un templo de Memphis y un laberinto en otra de ellas. Galeno explica que un hombre

Jarrón romano-etrusco con cabeza de mujer



muy rico se hizo llevar a Italia agua del Mar Muerto suficiente para llenar una piscina. Entre las villas de los tiempos posteriores, la de Gordiani puede ser considerada como una de las más fastuosas. Entre otras cosas contenía una estancia cuadrada (tetrastilum) adornada con 200 columnas de la misma altura, de las que cada cincuenta eran de Giallo antico, Cipollino, Povanazetto y porfirio encarnado; basílicas de cien metros y termas como no podían encontrarse en ningún otro lugar del mundo a excepción de Roma; todo lo restante estaba en las mismas proporciones y en idénticos estilos.”

Lo que hizo tan importante la recreación de Roma desde Augusto hasta Vespasiano, fue el hecho de que todo estaba construido en el mismo estilo.

Nuestras ciudades actuales mezclan toda clase de estilos, y si partimos del punto de vista estilístico moderno, que se basa en bloques uniformes, no podemos hacer más que afirmar que su falta de estética, su fealdad y su pesadez son aplastantes. El que haya conocido el viejo Dresde de antes de la segunda guerra mundial comprenderá muy bien a lo que me refiero, puesto que toda la ciudad estaba construida bajo un mismo estilo, lo que creaba un efecto muy estético. Creo que también debemos mencionar la "Grand Place" de Bruselas, circundada por bellas construcciones medievales, que le dan un bello realce. Pero estas cosas son ya extrañas en nuestro mundo. "Los hondos cimientos del mundo romano, sus directrices, que llevaban hacia todo lo que fuera imponente y colosal, conceptos que se fueron ampliando con la dominación del mundo, quedan bien plasmados en la grandeza y el espacio de sus edificios."

Esa es, al menos, la opinión de Friedlaender cuando hace mención a la tendencia hacia lo fantástico que culminó en la locura de los césares.

La decoración interior de las viviendas

Nuestras viviendas acostumbran a estar decoradas de una forma sencilla y bastante impersonal. Las personas que habitan en ellas parecen vivir en las habitaciones de un hotel. Sin embargo, los artistas, y entre ellos los pintores, adornan sus casas con notas características.

Y volviendo a los antiguos romanos diré que sus decoraciones interiores eran más simplistas que las nuestras. El que haya visitado en Capri la villa de Axel Munthe, donde el propietario hizo lo posible por trasplantar un trozo del mundo antiguo a nuestro tiempo, se dará cuenta en seguida de que lo único que importaba a los romanos era la armonía.

Tanto los muebles como los adornos eran escasos, pero los pocos que había entusiasmaban por su belleza. El tablero de sus



Marte y Venus; pintura mural de una casa de Pompeya; museo Nacional de Nápoles

mesas era de madera de cedro y descansaba sobre patas de marfil; las camas con incrustaciones de carey estaban ricamente adornadas con oro y plata; incluso disponían de cortinas, hechas con alfombras babilónicas; magníficos jarrones griegos con decoración de escenas mitológicas; candelabros de una gran belleza, y todo el mundo sabe de la hermosura de las estatuas.

En la antigüedad se empleó mucho la vajilla de plata, y la grabación, en cada pieza, de su peso exacto, nos hace entrever que tenían gran interés en poner de relieve su valor. En el año 1860 se encontraron en Hildesheim unas 60 piezas de vajilla de plata romana, que seguramente fueron a parar a manos de los germanos como botín de guerra.

Tráfico y lujo de esclavos

La esclavitud fue una consecuencia de las guerras victoriosas en que se destruían las ciudades de los enemigos y se vendían sus habitantes como esclavos. Vamos a tocar un punto en que la admiración del observador moderno se mezcla con una dolorosa compasión, porque desde la construcción de las pirámides de Gizeh hasta el Coliseo romano, todas las obras cumbres de la antigüedad sólo fueron posibles gracias al trabajo de los esclavos.

Como es de suponer, las instituciones de la índole del Servicio de Trabajo hitleriano, empleado por el dictador moderno para construir su red de autopistas, lo único positivo que ha quedado de su dictadura bañada en sangre, no dista mucho de la esclavitud, y el empleo de prisioneros de guerra y de trabajadores extranjeros reclutados a viva fuerza, también se parece mucho al tráfico de esclavos de la antigüedad.

Como el precio de compra y la manutención de las familias de esclavos antiguos no era muy elevado, sus propietarios sacaban de ellos grandes beneficios, añadiendo a lo dicho que los esclavos hacían trabajos manuales y negocios de toda índole en nombre de su amo.

No nos resulta difícil situarnos en la vida de los esclavos romanos, puesto que el empleo de fuerzas laborales mínimamente pagadas todavía se consideraba como una cosa natural en el tiempo del colonialismo. Cualquiera holandés que viviera en las Indias holandesas podía permitirse el lujo de tener varios sirvientes obligándoles a hacer toda clase de trabajo corporal. Los blancos que viven en Africa del Sur todavía se sirven de fuerzas laborales negras pagadas a bajo precio, cosa que aísla de una forma peculiar a ese país, dadas las condiciones políticas de la actualidad.

Los esclavos definidos como lujosos eran exhibidos en los grandes banquetes, en los que no se limitaban a servir a los invitados, sino que también les alegraban la vista y les daban conversación. Estaban repartidos en grupos, según su color, raza y edad, y no podían diferenciarse entre sí por ninguna propiedad física. Bellos mancebos, "la flor del Asia Menor", comprados al elevado precio de 100 000 ó 200 000 sestercios, servían

como coperos, y los invitados sentían un placer especial en secarse las manos con su pelo. En cambio, los muchachos de Alejandría eran adiestrados para dar contestaciones malignas, porque los habitantes de esa ciudad fueron famosos por su astucia y su mordacidad, y tenían el derecho a que sus mofas, deliberadamente corrompidas, atacaran al dueño y a sus invitados. Las mujeres hacían jugar en torno a ellas a niños pequeños completamente desnudos, y se distraían con sus inocentes charlas. Pero, lo mismo que sucedió en las cortes de los siglos pasados, igualmente se mantenía a un gran número de enanos, gigantes, “auténticos” cretinos, hermafroditas, y a otros monstruos humanos, con el fin de ser exhibidos ante los huéspedes. En Roma incluso existía un mercado de “monstruos de la naturaleza”, en el que se podían adquirir personas patizambas, cabezudos, ciclópeos orejudos, etc. Los enanos se conseguían mediante ciertas desviaciones artificiales, y gran cantidad de figuritas bufas de aquellos tiempos, que presentaban las diversas clases de jorobas y retorcimientos, demuestran la peculiar predilección por los fenómenos humanos en los romanos. Lo que más nos indigna de la esclavitud romana, no es la exageración de su despilfarro, sino el espeluznante desprecio por la dignidad humana, que no es una faceta del lujo de entonces, sino una consecuencia de la esclavitud de cualquier tiempo. Con la excepción de la abundancia de esclavos, con el que los tiempos actuales, afortunadamente, no ofrecen ninguna analogía, las comparaciones entre las ostentaciones moderna y antigua no tienen nada de descompasadas, e incluso podemos afirmar que el afán de lujo moderno generalmente sobrepasa al antiguo. Los resultados no pueden extrañar, si observamos que el desarrollo del lujo en la antigüedad exigía ciertas condiciones generalizadas, que se daban en un grado de intensidad más limitado que en nuestros días.

Entierros y cementerios de lujo

Una visita a los cementerios italianos de nuestro tiempo y otra a cualquier camposanto de los países de la Europa occidental nos muestra a primera vista la diversidad de los gustos. Los

cementerios italianos están cubiertos de estatuas de mármol que nos exhiben ángeles rezando de pie o arrodillados, gran cantidad de vírgenes, grupos familiares, etc. Si hacemos una comparación con ellos, nuestros camposantos, limitados a simples losas, sobre las que sólo están grabadas las fechas de nacimiento y muerte, bajo el nombre del difunto, nos parecen más fríos, pese a las flores que adornan las tumbas. Nuestros cementerios demuestran plenamente que la muerte nos iguala, mientras que los cementerios italianos parecen obstinarse en seguir subrayando, aun después de la muerte, la gran diferencia entre pobres y ricos.

Friedlaender opina que la antigüedad sobrepasó en lujo funerario a las tumbas de épocas posteriores. Prescindiendo de los cortejos, que desfilaban lentamente por las calles (mientras que actualmente se hace uso de los coches para trasladar a los muertos al cementerio a toda velocidad, como si deseásemos desprendernos de ellos lo más rápidamente posible), mostraban ostentación las urnas, los sarcófagos y los túmulos.

Tanto las urnas, que guardaban las cenizas, como los sarcófagos, que encerraban los cadáveres, acostumbraban a ser muy costosos, a causa de sus materiales y del trabajo efectuado en ellos.

Una urna de cristal encontrada entre las ruinas de Pompeya adornada con figuras en relieve de color blanco, que resaltan sobre un fondo oscuro, pertenece a los trabajos en cristal más bellos de la antigüedad. El sarcófago que guardaba los restos de Nerón, construido por encargo de su antigua amante Actea y de sus dos esclavas Ecloga y Alejandria, era de porfirita egipcia. Sobre su sepulcro se erigió un altar de mármol de Carrara, rodeado de una orla de mármol blanco de Tasis. Creo que todo el mundo sabe que los sarcófagos y las urnas estaban cubiertos de adornos artísticos.

Sólo nos quedan unos pocos de los maravillosos mausoleos que orillaban los caminos de Roma y de las otras ciudades de Italia, formando un conglomerado numérico verdaderamente impresionante. Y lo mismo podemos decir respecto a los túmulos funerarios, puesto que los siglos han respetado sólo unos cuantos de la ingente masa que se erguía hacia el cielo. Entre estos últimos se citan los túmulos de Cecilia Metela y de Plau-



La llamada torre de los Escipiones, Tarragona

tio (en la carretera de Tívoli), el monumento conmemorativo de Munatio Plancio, llamado Torre d'Orlando (en Gaeta) y la pirámide de Cestio. La mayor parte de los que existieron han desaparecido totalmente o, al menos, sólo quedan de ellos un montón de ruinas, con lo que se ha cumplido plenamente la profecía de Marcial "que se continuaría leyendo sus poesías cuando las higueras extendieran sus raíces entre los monumentos de mármol de Licinio y Mesala, y que incluso se segui-

ría hablando de él cuando esas grandes moles se hubieran convertido en simple polvo.”

También tenemos constancia de que en los lugares italianos de menor importancia se hacía gala de un lujo similar para los túmulos funerarios. Encontramos un ejemplo en las ruinas del monumento erigido en Pompeya a Mamia, una construcción parecida a un templo, cuyas pilastras descansaban sobre cimientos elevados. El túmulo funerario que el comerciante de sedas de Gabii mandó edificar en memoria de su hija, en el año 168, tenía una gran semejanza con un templo, adornado con la estatua en bronce de la muerta, encarnando a la diosa Venus, y con otras cuatro estatuas, también de bronce, colocadas dentro de sus correspondientes nichos; las puertas y el altar también tenían incrustaciones de bronce.

El mausoleo más impresionante de toda la antigüedad fue el dedicado a la memoria de Adriano. Era tan majestuoso, que los otros quedaban empequeñecidos junto a él, al igual que su villa de Tívoli ensombrecía a las restantes construcciones de su género, con lo que podemos formarnos una idea de la magnificencia y de las grandes proporciones de los monumentos conmemorativos, que culminaron en la extraordinaria belleza de esa construcción excepcional. El mismo Adriano mandó que lo edificaran seis años antes de su muerte, pero no quedó completamente terminado hasta que Antonino Pío se hizo cargo de dicha tarea en el año 139. Incluso puede ser comparado con las pirámides de Egipto, hasta el extremo de que muchas de sus instalaciones interiores fueron copiadas de estas últimas. La estructura cuadrada de la base, actualmente muy deteriorada, compuesta de sillares de mármol unidos sin mortero, sobrepasan la muralla de la ciudad; y, según Procopio, cada una de las fachadas de ese inmenso cuadrado medía unos 104 metros. El edificio central, en forma cilíndrica, de 73 metros de espesor y altura (el castillo de Sant'Angelo), nos da una idea sobre las colosales dimensiones del conjunto, pero desgraciadamente no queda nada de las estructuras arquitectónicas y los adornos de las partes más elevadas. El mausoleo quedaba coronado con una gigantesca estatua de Adriano (posiblemente sobre una cuadriga). Y ese enorme panteón alberga los cuerpos de todos los emperadores y demás miembros de la casa impe-

rial desde Adriano hasta Cómodo, a excepción de Didio Juliano.

Las maravillosas y enormes estatuas de “hombres y caballos” que lo adornaban cubrían la plataforma del pedestal o bien (según la nueva reconstrucción) embellecían la cornisa principal del piso cilíndrico. Ese adorno plástico ya le fue robado totalmente a la plataforma en el año 537. Cuando los romanos se defendieron, en aquel tiempo, contra los godos, que amenazaban con irrumpir en Roma, lanzaron las estatuas contra las cabezas de sus enemigos. Sólo nos queda una de ellas, muy deteriorada, la conocida por el nombre de fauno dormido Barberini, que fue encontrada al limpiar los escombros del foso que rodeaba el castillo de Sant'Angelo y que ahora pertenece a la glijptoteca de Munich. El monumento quedó intacto hasta el año 1379, en el que fue destruido por los propios romanos.

Resultado de nuestra comparación

Pese a que los romanos consiguieron hacer muchas proezas que causan todavía nuestro asombro, su lujo —hablando en líneas generales— nos parece más bien mezquino. El hecho de que algunos césares disponían de una instalación de agua caliente (podemos admirar una de ellas en el Palatino en la casa que perteneció a Livia), es algo sensacional para aquella época, aunque hoy sea normal y cotidiano.

El lujo artístico todavía impresiona en la actualidad, y lo mismo podemos decir respecto a los baños; pero el ver en ambas cosas motivos de corrupción, no pasa ni remotamente por nuestra mente.

Cuando observamos esas construcciones tan magníficas: los templos, los teatros, las termas y otras muchas, debemos tener en cuenta que no estaban a la disposición de una sola persona, sino que fueron edificadas para el disfrute de toda la población. Por lo que podemos afirmar que el lujo de los romanos tenía un “carácter democrático”. El creciente relajamiento de las costumbres, la desunión de los matrimonios, la explotación de los hombres por otros hombres, tal vez fueron motivos que minaron, poco a poco, el gran imperio romano.

Contemporáneos que han sido testigos de dos guerras mundiales tal vez se muestren dispuestos a vivir con más intensidad los momentos sexuales para resarcirse de lo que les impidieron la guerra y las revoluciones.

Después de ambas guerras mundiales, hemos presenciado en la vida pública un desbordamiento de apariciones sexuales. Nunca olvidaré un baile de Berlín que visité después de la primera guerra mundial, en que todos los hombres apretaban las manos sobre los senos de las muchachas que danzaban con ellos. Y los *strip-teases* que han aparecido como setas después de la segunda guerra mundial, al igual que la implantación de bailes como el twist, que obliga a nuestras muchachas a moverse como si fueran negras de las selvas africanas, también forman parte de esas consecuencias, motivadas como reacción a los tiempos de peligro.

Por eso nos inclinamos a considerar que muchas de las costumbres de la vieja Roma que son tildadas de relajamiento fueron también consecuencia de las guerras, las luchas civiles y otros acontecimientos por el estilo. Pero este libro ha sido escrito para ahondar en el fondo de las cosas, por lo que todavía nos queda mucho que comentar sobre la vida de los romanos antes de que podamos contestar a la pregunta: ¿Contribuyó el lujo a la decadencia de Roma?

COSTUMBRES Y VICIOS DE LA CORTE IMPERIAL

Deseo comenzar este capítulo con una descripción sobre la vida en la corte imperial, para lo que escogeré a aquellos césares sobre los que no hemos hablado en el capítulo primero.

Después del corto y triste interregno que siguió a la disolución de la dinastía julia-claudia, en el año 68, a raíz de la muerte de Nerón, en el año 69 subió al trono el primer emperador Flavio, el general Vespasiano. Gobernó durante diez años y tuvo dos hijos: Tito y Domiciano. El primero le sucedió en el trono y luego lo hizo el segundo.

Abriré la serie de mis miniaturas históricas con el título "Un día en la corte de Domiciano". Pero, antes de iniciar mi trabajo, creo que debo hacer constar que ese emperador se me aparece muy enigmático, al igual que todos los hombres de la dinastía julia-claudia.

Afecto como soy a las escuelas de Sigmund Freud y de Magnus Hirschfeld, siempre he cavilado sobre las incongruencias que se advierten en la vida de los hombres, y creo que ello es consecuencia de las disonancias entre la vida del subconsciente y la de la conciencia controlada. Es muy posible que esa desarmonía nazca de la lucha que la persona libra para preservar su íntima vida espiritual de las opresiones de su relación social y, según la inscripción del templo de Apolo en Delfos: "Conócete a ti mismo", desarrollar su personalidad. Del mismo modo debo reconocer que posiblemente la advertencia de Hirschfeld: "Nuestras glándulas son nuestro destino", fue la que me ha hecho reconocer en Nerón y sobre todo en Heliogábalo la faceta femenina y, al contrario, la masculina en las dos Agripinas.

En todo caso, es muy posible que ese misterio del alma se oculte bajo la apariencia exterior, que nos imposibilita casi siempre

alcanzar el conocimiento de la vida anímica que se oculta tras la figura corpórea humana.

Todos esos conceptos encuentran sus expresiones también en la actualidad. Un amigo mío americano me contó que en las recepciones apenas se cambiaban más palabras que el acostumbrado *How do you do* que abre todas las conversaciones, sin que nadie esperase una contestación a esa pregunta. Acto seguido, la gente se acerca al bufett, y luego a la televisión, o al revés, mientras que los jóvenes se retuercen con el twist, sin tener ningún contacto personal. Nadie puede hacerse ninguna idea acerca de su vecino, ni siquiera imaginarse cómo es, y debemos limitarnos a sentir sus influencias eróticas, que son las únicas que flotan en el ambiente de la fiesta.

En Roma también debió suceder algo parecido. En los tiempos en que el imperio era regido por un hombre severo, nadie se atrevía a abrir la boca en su presencia, por temor a comprometerse. También es posible que los señores del mundo de entonces fueran muy superiores a sus biógrafos que, influenciados por los chismorreos y las habladurías, no podían captar las propiedades esenciales del carácter de sus señores.

Domiciano, sobre cuya corte vamos a hablar a continuación, nunca se hubiera podido imaginar que un día se convertiría en un augusto César. Después de la muerte de Nerón fue proclamado emperador el general Galba. Pero fue asesinado por los pretorianos tres meses después de su subida al trono, y Otón ocupó su lugar.

Cuando las tropas destinadas en Germania, bajo el mando de Vitelio, se enteraron de las luchas que se desencadenaban en Roma en torno al gobierno, sintieron gran indignación, y las legiones romanas de Egipto, mandadas por Vespasiano, reaccionaron de igual forma.

Vespasiano venció a Vitelio en la batalla de Cremona, por lo que la dinastía de los flavios escaló las gradas del poder.

Vespasiano contaba sesenta años de edad cuando fue nombrado emperador. Un año más tarde (el 70) estalló un nuevo levantamiento en Palestina y Vespasiano envió allí, para sofocarlo, a su hijo Tito. Jerusalén quedó totalmente destruida, una gran parte de los judíos que habitaban en ella murieron, los supervivientes fueron dispersados por todo el mundo y sin

patria siguieron hasta que fundaron, en nuestra época, el estado de Israel, que ofrece una patria a sus sucesores después de 1 900 años de exilio. El arco de Tito, que todavía se eleva en Roma, nos recuerda su victoria en esa campaña. El Coliseo, construido por los esclavos judíos (y llamado así a causa del coloso de Nerón de 35 metros que había ante él), es la prueba eterna de su gran humillación.

Tito llegó al trono en el año 79, en el que el Vesubio destruyó Pompeya y Herculano y ocasionó la muerte de Plinio el Viejo. A esta gran catástrofe natural siguieron otras dos: un nuevo y espantoso incendio de Roma y una epidemia de peste (no tan fuerte como la que asoló 85 años más tarde toda Italia, durante el reinado de Marco Aurelio, pero en verdad muy virulenta y que afectó al propio Tito, que murió a los 42 años, después de haber gobernado sólo dos).

Le sucedió Domiciano, del que Montanelli también dice que resulta difícil formarse una idea, puesto que Tácito y Plinio el Joven nos lo presentan como persona temible, mientras que Estacio y Marcial afirman lo contrario. A finales de su vida, Domiciano se volvió cada vez más desconfiado. Y es precisamente esa época la elegida por Frederik Poulsen para hacernos retroceder en el tiempo y llevarnos a su corte.

Un día en la corte de Domiciano

Poulsen escribe: “Imaginémonos que un día del año 95, durante el reinado del emperador Domiciano, nos mezclamos con los senadores y otros distinguidos caballeros, ya desde antes de amanecer, y vamos de camino al palacio imperial.

“Actualmente sólo quedan los cimientos de ese palacio, pero nos permiten comprobar que se llegaba a la sala del trono del emperador a través de un vestíbulo de columnas. A la derecha de dicha sala se extendía una basilica, donde el César impartía justicia, y a la izquierda quedaba el larario, la capilla destinada al culto de los antepasados. Ese conjunto de edificios quedaba unido por la parte de atrás a través de un patio y un peristilo que antecedió al comedor, en donde el emperador compartía su mesa con sus huéspedes.

“Los grandes del reino esperan en el bello vestíbulo de columnas de la fachada norte, temblando de frío, puesto que el sol todavía no se ha levantado. La “cohorta de los amigos”, o sea todos los amigos del emperador, se han dado cita en él. Pero incluso la amistad queda reglamentada cuando se trata de gente tan distinguida, por lo que los maestros de ceremonias se mezclan entre los patricios y los reparten en dos grupos, *prima et secunda admisio*. Los huéspedes acostumbran a ser caballeros o senadores, para los que la visita matutina al emperador representa un honor y un deber. Epicteto escribe:

“Los grandes señores padecen insomnio y se angustian si el emperador se olvida una mañana de invitarlos a su mesa para la cena. Pero si los invita sucede lo mismo, porque comen temerosos, al igual que esclavos que se encuentran en presencia de su señor, y no pueden apartar de ellos el temor de caer en desgracia a causa de una simple observación.

”Al fin se vislumbran los primeros rayos del sol y se abre la gran puerta que da acceso a la sala de audiencia, con el trono para las grandes solemnidades, y entran los que aguardaron tanto tiempo. El espectáculo no es muy edificante: todos esos romanos deben de temblar ante los extranjeros que rodean al emperador. Su guardia personal está compuesta de galos y de rudos germanos, que causan la admiración general por su elevada estatura. La servidumbre imperial está casi exclusivamente compuesta por griegos, orientales, egipcios y sirios. Los dos ayudas de cámara de Domiciano, Partenio y Sigerio, son obsequiados por todo el mundo, porque se les tiene por los hombres más influyentes de la corte.

”Mientras se espera la llegada del emperador, uno de los mayordomos anuncia que se está celebrando un servicio religioso en la capilla de los antepasados imperiales —en el larario—. La pequeña capilla se llena en un abrir y cerrar de ojos con los adictos. Mientras el fuego arde en el altar y el humo envuelve sus columnas y la figura del César, se dispone de tiempo suficiente para pensar sobre lo que significó el poder imperial en la antigua Roma.

”De hecho, los emperadores flavios no estaban exentos de las taras de la dinastía julia-claudia. Domiciano es un hombre resentido, al igual que Tiberio, porque su padre, Vespasiano,

siempre prefirió a su hermano Tito y lo relegó a él a un lugar secundario. Sólo la epidemia, la causante de la muerte prematura de Tito, permitió que Domiciano ocupara el trono, por lo que es comprensible que temiera las sublevaciones y los atentados. Los días elegres, en los que echaba, riendo, algunas monedas de burdel a los hombres en el circo, pasaron para siempre... y mientras el sacerdote ruega por una vida larga para el emperador, muchos de sus huéspedes desean que el odioso tirano hubiera sido eliminado ya.

"Terminado el acto religioso regresamos a la sala de audiencias, en compañía del grupo de nobles, y notamos la próxima presencia del emperador por el silencio reinante y obligado, aquel silencio sagrado que más tarde exigió su implantación por medio de un determinado grupo de sirvientes llamados los *silentiarii*.

"Finalmente se abre la puerta y aparece el emperador con su séquito. A esa primera hora de la mañana viste la toga de los plebeyos, sin dar muestras de ninguna clase de ostentación, ni de diferenciación, sino como un ciudadano entre ciudadanos, tal como lo impuso Augusto y luego fue aceptado por los emperadores del primer siglo.

"Todos saludan con el brazo en alto de la misma forma que volvió a emplearse en nuestra época con el saludo hitleriano, pero a los que se acercaba al emperador para hacerlo con un beso en la mejilla, hacían una genuflexión ante él.

"Los temas políticos no se tocaban en la audiencia matutina, por lo que las conversaciones se limitaban al tiempo y a los espectáculos.

"Al final del día llegaba la hora de la cena. Los invitados pasaban del peristilo al triclinio, a través de siete puertas guardadas por porteros. El triclinio era el maravilloso comedor imperial, cuyo suelo de mármol ocultaba la calefacción que aún hoy causa la admiración de los actuales visitantes.

"La estancia tenía techo abovedado, pese a sus treinta y dos metros de extensión; un esfuerzo técnico verdaderamente impresionante, porque los romanos de aquella época sólo se atrevían a abovedar estancias de diez metros de anchura. Los mármoles y el oro de las paredes relucían con toda su magnificencia; el aposento estaba encuadrado por columnas de granito

gris, que corrían a lo largo de sus muros, en los que se abrían unas extensas ventanas con vistas a los refrescantes surtidores del exterior, por lo que la inmensa sala era tan acogedora en invierno como en verano. La pared posterior formaba un gran ábside, en donde se encontraba el sofá del emperador, desde el que podía observar a los cien invitados que llenaban la sala.”

Suponemos que Poulsen, al describirnos “un día” en la corte de Domiciano, debió efectuar un gran salto, puesto que desde las primeras horas de la mañana hasta el momento de la cena existe un tiempo en blanco que no menciona, y que quedaba rellenado con conversaciones políticas, mandatos, deportes y baños.

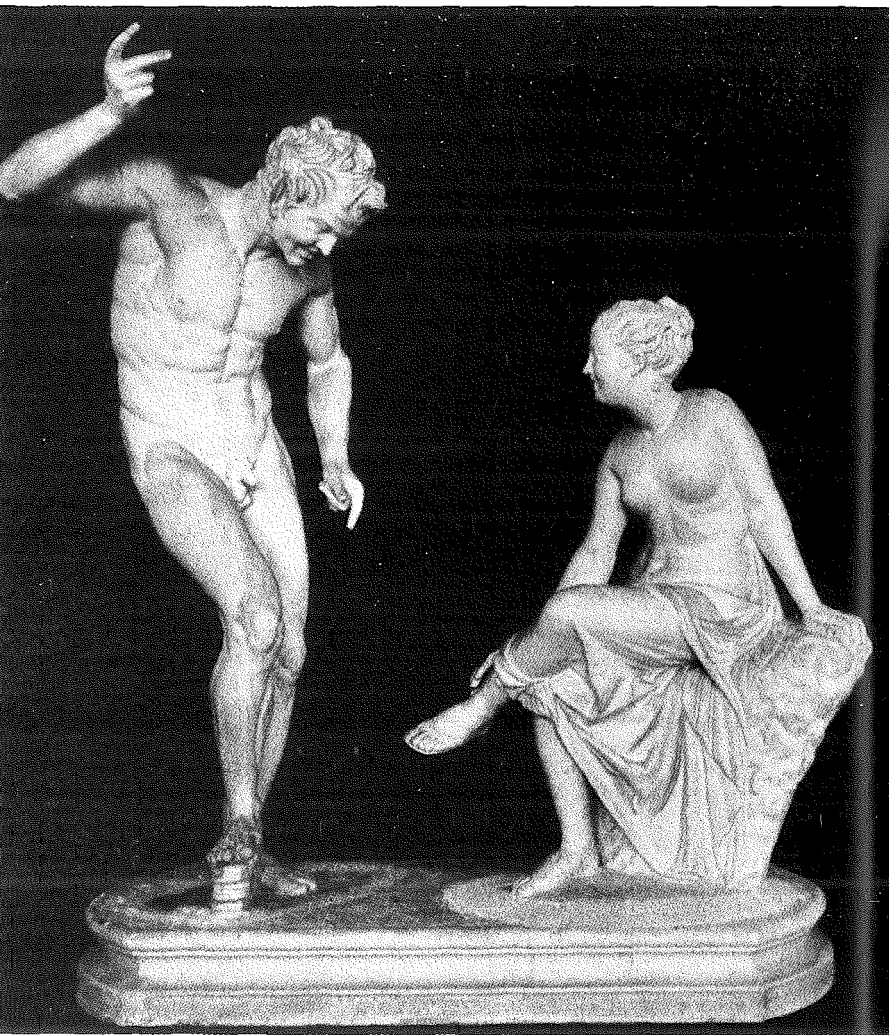
En lo que respecta a las tareas gubernamentales de Domiciano no debemos olvidar que se hizo cargo de Roma cuando la ciudad se encontraba casi en ruinas, puesto que el incendio que estalló durante el reinado de Tito había destruido gran parte de ella y la epidemia diezmó a sus habitantes, por lo que el emperador hubo de rodearse de arquitectos e ingenieros desde el principio de su reinado, para reconstruir la ciudad con más magnificencia.

Las pruebas deportivas y los baños se acostumbraban a reservar para las tardes, con el fin de preparar el apetito para la cena. Los emperadores se bañaban en casa, y lo mismo hacían sus mujeres. Al igual que las damas actuales gustan de darse baños de espuma, las romanas sentían una predilección especial por la leche. Ya mencionamos que los peinados femeninos eran muy artísticos en la época de los emperadores flavios.

Como antes hemos dicho, todos se reunían al anochecer para cenar con el emperador. Así como las personas de nuestro tiempo se entretienen con la televisión, los romanos se solazaban con las bailarinas, que hacían sus números durante los festines, procurando atraerse la atención de los comensales con sus acrobacias y sus bailes de pinceladas eróticas. Entre esos bailes no habrá faltado el de “los siete velos” (equivalente de nuestro *strip-tease*), ni la danza del vientre, cuyos movimientos lúbricos tenían por objeto la excitación de los invitados y la preparación de un cierto estado anímico que debía perdurar durante el resto de la velada.



Busto de Julia Domna, esposa de Septimio Severo



Invitación al baile (reconstrucción, museo de las copias en yeso, Roma)

Esos banquetes de un mínimo de seis platos, no privaban a Domiciano de cenar antes, y a solas, lo que, por una parte, le protegía de ser envenenado, y, por otra, le brindaba la oportunidad de poder observar más atentamente a los comensales.

Guillermo II se pareció mucho a él en ese aspecto, puesto que en Doom se divertía en hacer rabiar a sus invitados (igual que el romano), observándoles en el momento en que se llevaban el alimento a la boca. (Un profesor alemán de Utrecht me contó que, al encontrarse en esa situación, se le atragantó la comida y hubo de levantarse de la mesa tan hambriento como al sentarse ante ella, viéndose obligado a prepararse algo de comer al regresar a su casa, para no irse a dormir con el estómago vacío.)

Como es de suponer, muchos de los poetas de entonces se veían obligados a describir un almuerzo en el palacio imperial como un placer celestial, cosa que hace, entre otros, Estacio:

“Yo, a quien César ha concedido por vez primera el inmenso honor de poder participar en uno de sus almuerzos, compartiendo la mesa con mi señor, no tengo palabras para expresarle mi agradecimiento y mis buenos deseos. Tengo la impresión de que yazgo entre estrellas y junto a la mesa de Júpiter, y que bebo el néctar inmortal, que me es ofrecido por la mano derecha del príncipe troyano Ganimedes. Me siento como si viviera el primer día de mi vida, en el umbral de la misma. ¿Eres realmente tú el que vi yacer junto a la mesa, dominador de los países, tú, el gran padre de la vencida tierra, esperanza de los mortales e intercesor ante los dioses?”

Al año siguiente, otra vez que los adictos al emperador estaban reunidos en el triclinio, mientras los ojos desconfiados del dictador vagaban inquisidores de uno a otro, y el César observó que flotaban por la sala cuchicheos y bisbiseos y que sus huéspedes se iban levantando, balbuceaban una excusa y desaparecían, iniciando una huida general, el emperador no tuvo necesidad de hacer preguntas, porque sabía lo que se cuchicheaba: “¡Domiciano ha mandado matar a su secretario Epafrodito!” Rió para sus adentros: “¡Cómo tiemblan, cuánto miedo demuestran. Y si lo deseo, los haré matar a todos...”

Pero esa noche, a mitad del sueño, sintió de pronto una mano áspera en torno a su garganta. Se libró de ella y se levantó de

un salto. Vio brillar puñales en la oscuridad y luchó, consernado, por su vida; pero sus enemigos lo eran en gran número y nadie acudió cuando pidió ayuda. Al igual que César, cayó al suelo con el cuerpo acribillado por muchas puñaladas.

Con él murió la segunda dinastía romana; el duodécimo César, el último que podemos recordar mediante la fórmula mnemotécnica.

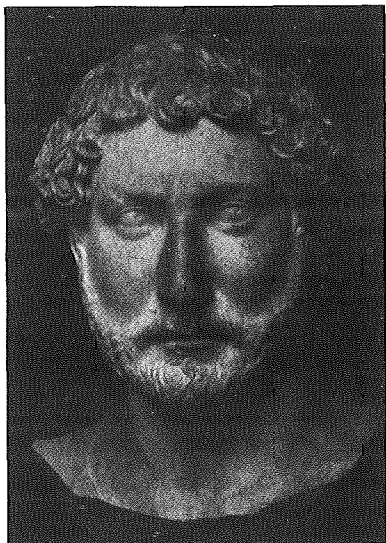
Muchos le sucedieron durante el transcurso de los trescientos años siguientes, pero sólo resaltaron unos cuantos de ellos: Trajano, Adriano, Marco Aurelio, Diocleciano, Constantino, Juliano. Los otros no son más que material para la enciclopedia.

Un día en la corte de Adriano

Antes de hacer una visita a la corte de Adriano, permaneceremos un momento en el centro del puente Elio, con el fin de admirar el castillo de Sant'Angelo, ese magnífico mausoleo cuya edificación fue comenzada por el mismo emperador en los últimos años de su vida. Pero lo único que podemos ver de ella es su parte superior, puesto que el pedestal ha quedado enterrado. También hemos de limitarnos a la construcción, y no podemos admirar los adornos esculturales, las magníficas estatuas, una de las cuales, conocida con el nombre de Fauno barberini, todavía se encuentra en el museo de Munich. Pero no existen vestigios de la cuadriga con la figura del emperador que coronó en su tiempo la construcción, y cuyo lugar ha sido ocupado ahora por el ángel.

Es posible que semejante visión despierte en nosotros el recuerdo de Tosca, que se lanzó al vacío desde la parte más alta del edificio, después de haber librado a Roma de un tirano, ante cuyo cadáver pronunció las inolvidables palabras: "¡Toda Roma temblaba ante ti!" (en la ópera de Puccini "Tosca").

Pero ese pensamiento sólo se apodera de nuestra mente durante una fracción de segundo, porque acto seguido nos volvemos a dejar impresionar por la magnificencia del monumento, que sobrepasó al sencillo Augusteum (la tumba de Augusto, situada en las cercanías del Corso) por su arquitectura magistral y la acertada situación del lugar.



Actualmente nos gusta mucho viajar, y lo hacemos con frecuencia (pese a que no podemos viajar desde Ostia a Atenas por siete pesetas, como en los tiempos de Adriano), y más de uno incluye en su programa de viaje la visita a las tumbas de hombres que fueron importantes. Pocas tumbas han causado en mí tanta impresión como el magnífico mausoleo de Adriano, que podemos distinguir en toda su magnificencia desde algunas colinas de Roma y particularmente desde el Tíber. Tal vez pueda incluir en mis preferencias la melancólica tumba de Heinrich Heine, en el cementerio parisiense de Montmartre, sobre el que pasa actualmente una carretera, por lo que el visitante no puede leer con tranquilidad los versos inscritos en el sepulcro (en caso de que no los sepa de memoria: “¿Dónde encontrará su último reposo el cansado caminante...?”)

También pienso en la tumba de Shelley, cuyo nombre “fue escrito sobre la ola”, pero no ha sido olvidado por ello... O en la tumba del soldado desconocido bajo el Arco de Triunfo de París. Sí, en contraposición con los cementerios usuales, con sus ilimitadas hileras de tumbas, en las que los muertos yacen como apretados, estos túmulos funerarios se graban en nuestra memoria a causa de su personalidad.

Vamos a dejar nuestro puesto de observación sobre el puente Elio, en donde los innumerables coches perturban con sus ruidos la abstracción que merece nuestra admiración, y viajemos sobre las alas de la fantasía hacia la corte de Adriano.

En la sala del trono hallaremos un español distinguido, de barba rubia, que habla con cierta dificultad el elegante latín de los romanos. Al igual que Napoleón III, que creció en Suiza (Arenenberg) y por esa causa no podía ocultar su acento suizo-alemán, en el habla de Adriano se introducían de vez en cuando los rudos tonos guturales de su dialecto español, que hacían sonreír a sus interlocutores. Recibe en su trono a diversas gentes: juristas, arquitectos, generales, escultores, poetas. Dialoga con los juristas sobre una simplificación de la ley romana, que con el tiempo se había convertido en un caos inextricable de disposiciones y prescripciones. Lo que Adriano consiguió en ese ámbito, lo convierte en uno de los maestros de la jurisprudencia romana y en un precursor de Justiniano. Luego entabla conversación con los arquitectos, con los que estudia las particularidades de la construcción del panteón, puesto que tiene la intención de reconstruir, al estilo griego, el de Agripa, destruido por un incendio. Al igual que el castillo de Sant'Angelo el panteón se ha conservado hasta nuestros días. Y actualmente podemos escuchar su historia echando 100 liras en un aparato con auriculares que nos transmite las explicaciones en italiano, francés, inglés o alemán (según el caso).

A cambio de una propina, también se nos permite hacer sonar el órgano y ello nos permite comprobar que los arquitectos romanos fueron los mayores maestros de acústica antes de Ricardo Wagner, puesto que los sones del órgano llegan hasta la cúpula en forma realmente maravillosa, sólo comparable al anfiteatro de Verona, en el que se pueden oír todos los detalles del canto desde cualquier sitio o localidad. (Ya que Roma está constelada de iglesias, se puede expresar el deseo de que el Panteón sea restaurado al estilo antiguo —como una dependencia del museo del Vaticano—, lo que nos permitiría verlo tal como fue imaginado por Adriano. El cristianismo ha ganado la lucha contra el paganismo, por lo que no se perdería nada al alegrar nuestra vista con una de las obras más admirables de la antigüedad).

Adriano también habla con los arquitectos sobre la edificación de Villa Adriana, donde el emperador tiene la intención de construirse su pequeño mundo, para disfrute de los días calurosos del verano y de los años de su vejez. Desea plasmar en ella los recuerdos de sus innumerables viajes y campañas: un trozo del muro de Adriano, que construyó en Britania, como una antigua línea Maginot, junto con otros fragmentos paisajísticos del Limes en Alemania, de Egipto y Grecia, de las Galias y los países del Danubio y, como es de suponer, no podían faltar los monumentos conmemorativos en honor de su patria española. La estatua de un amigo inolvidable del emperador, Antinoo, debe adornar un templo de Apolo, y en ella, no sólo debe quedar plasmada la belleza del mancebo, sino toda la grandeza de su noble carácter. Esto es lo que discute con los escultores.

A los escultores siguen los generales, a los que Adriano inculcó la idea de que el ejército debe mantener la paz, por lo que debía montar una guardia constante en todas las fronteras del imperio. Incluso llegó a decir en uná discusión que sostuvo con el gallo Favorino:

—Me das la razón con demasiada asiduidad. También acepto que se me contradiga.

A lo que Favorino respondió:

—Un hombre que apoya sus argumentos en treinta legiones armadas siempre tiene razón.

Y Adriano se rió de esa salida.

Adriano también conversa con los poetas sobre la métrica y la poesía. El mismo emperador es un poeta, pero no hace ostentación de sus composiciones, como Nerón, sino que las escribe sólo para él, durante las silenciosas horas de la noche.

También se nos aparece en este punto como uno de nuestros contemporáneos, lo que nos hace comprender las palabras de Montanelli, cuando afirma que Adriano fue “el hombre más moderno entre los del mundo antiguo”.

Visto desde el punto de vista de la sexología moderna, debemos afirmar que Adriano fue un homosexual; un homosexual muy diferente a Heliogábalo, que deseaba ser amado como una mujer. Adriano era un hombre bello y espiritual, y tenía la misma predisposición, el mismo gusto por la estética que ca-

racteriza a muchos homosexuales. Como se sentía más atraído por los mancebos que por las muchachas, su matrimonio con Sabina, la sobrina de Trajano, fue frío y estéril, pese a que las relaciones humanas entre la pareja fuesen óptimas (Sabina acompañaba al emperador en todos sus viajes).

La muerte de Antinoo, el mayor golpe sufrido por el César, la dolorosa pérdida de su mejor y más bello amigo, nunca ha sido aclarada. Antinoo se ahogó en el Nilo, al igual que el hermano de Cleopatra. Existe una leyenda que dice que Antinoo se sacrificó voluntariamente, porque el oráculo le había revelado que todos los planes de su protector se realizarían, en el caso de que él se sacrificase.

Al anochecer de ese día plagado de trabajo, encontramos a Adriano en su hacienda, en donde se ofrece a las musas de la poesía, encerrado en su estancia y completamente solo.

Damos a continuación una poesía, como prueba del arte de Adriano:

*Animula, vagula, blandula,
Hospes comesque corporis,
Quae nunc abibis in loca
Pallidula, rigida, nudula,
Nec, ut solis, dabis jocos*

Almita inconstante, etérea,
huésped y compañera del cuerpo,
en los lugares adonde ahora vas
palidita, yerta, desnudita,
no te entregarás a los juegos como acostumbras...

Josef Eberle cita ese poema como prueba de la preferencia de los poetas latinos por los diminutivos, y sigue diciendo: "los diminutivos latinos representan un papel más importante en el juego del amor que los diminutivos de cualquier otro idioma, porque el latín no sólo permite ese juego en los nombres y los sustantivos, sino también en los adjetivos. Tulia, la hija de Cicerón, es conocida desde hace dos mil años por la literatura universal como la *filiola Tulliola, deliciolae nostrae*. El diccionario está plagado de diminutivos eróticos, y muchos dan de

lleno en el corazón de Amor: *meum solaciolum* (mi consuelito), o *verculum meum* (mi primavera)”.

Un día en la corte de Marco Aurelio

En todas las ciudades existen lugares que por sus propiedades, su carácter local y su belleza invitan a los visitantes a hacerse fotografiar en ellos. En Ginebra se puede escoger el reloj de flores, o la fuente del jardín inglés, o el surtidor del lago, como fondo. En Roma, como es de suponer, existen muchos de esos lugares predilectos: la escalinata de la Plaza de España, la Fontana de Trevi, la Plaza de San Pedro, etc... Pero la estatua ecuestre de la Plaza Palatina también goza de gran preferencia y muchos miles de visitantes se hicieron recoger su imagen bajo la mano extendida del emperador, que parece darles su bendición.

La estatua en cuestión, que afortunadamente permanece intacta, nos presenta a Marco Aurelio, el filósofo en el trono imperial. Es posible que la predilección de Adriano por los bellos muchachos le llevase a fijar su atención en Marco Aurelio, que, al igual que Antonino Pío, formaba parte de la familia antonina.

Todavía existe una estatua que representa a Marco Aurelio desnudo, de niño, y contemplándola podemos imaginarnos con facilidad que un día apareció de esa forma ante los ojos de Adriano en las termas imperiales. Contaba Marco Aurelio sólo doce años cuando decidió que fundaría su vida espiritual en la escuela estoica fundada por Zenón. La *stoa* muestra un cierto parentesco con las doctrinas cristianas, puesto que recomienda la humildad y la renuncia, y en otros puntos también ve en Dios al padre de todos los seres, un Dios justo y bueno, que sólo acepta la bondad. Pero sus puntos esenciales son opuestos a los del cristianismo tal como nos ha sido enseñado por Pablo, puesto que la *stoa* no acepta el desprecio del cuerpo, porque aspira a conseguir una armonía total entre el cuerpo y el alma. Tampoco dirige la vista a ninguna vida extraterrenal, sino que se limita a la terrenal, en la que sólo podemos encontrar la máxima felicidad en nuestro desarrollo personal. La frase fun-

damental de la *stoa* dice, "¡Ponte de acuerdo contigo mismo, sigue los mandatos de la naturaleza, y vive según sus dictámenes!"

El reinado de Marco Aurelio estuvo plagado de desgracias. Si echamos un vistazo a la sucesión de los emperadores romanos, no podemos dejar de observar que precisamente los hombres de buena voluntad, que sólo perseguían la justicia y vivían para el bien común, fueron los más castigados por la desgracia y los golpes del destino.

Recordemos a Tito, Marco Aurelio, Galieno, Juliano, y veremos que todos esos emperadores estaban cargados de buenas intenciones pero fueron perseguidos por un destino adverso que parecía querer ensañarse con ellos. También en nuestros tiempos hemos sido testigos del asesinato de muchos hombres llenos de buenas intenciones (me refiero al maravilloso Jean Jaurés, que esperaba poder evitar la primera guerra mundial, pactando con los socialdemócratas alemanes; también me refiero a Gandhi, el predicador de la no violencia; me refiero a Rathenau, que fue el primero en conseguir el reconocimiento mundial, en Rapallo, para la destruida Alemania; me refiero a Kennedy, que intentó reconciliar al Este con el Oeste, y también procuró aminorar los prejuicios raciales en su país).

¿De qué índole fueron los golpes que la versátil fortuna prodigó al emperador filósofo, después de que Antonino Pío pusiera en sus manos las riendas del gobierno, poco antes de morir?

Marco Aurelio acababa de subir al trono, cuando los germanos, los britanos y los persas se levantaron en las fronteras del reino. Antonino Pío nombró a Lucio Vero como co-emperador de Marco Aurelio. Ambos hombres se pusieron de acuerdo en que Lucio marcharía a Oriente, para hacer entrar en razón a los persas. Pero Lucio se quedó en Antioquía, en los brazos de Pantea, una nueva Cleopatra. Marco Aurelio fue inactivo conocedor del hecho durante un tiempo, y luego mandó en secreto al jefe del estado mayor de su co-emperador un plan de guerra con la orden de que fuese éste, Avidio, el que llevara a efecto su realización. Cuando los persas fueron derrotados según ese plan, Lucio Vero apareció en Roma con el fin de festejar el triunfo que le había otorgado Marco Aurelio. Y con

esto llegamos a un punto que nos permite vislumbrar cómo se fabrica la historia. Con respecto al regreso de Lucio, Wittstock escribe: “La peste que trajo el libertino Vero y su séquito a su vuelta de oriente diezmó el ejército romano.”

¡Como si la peste tuviera algo que ver con el libertinaje de Lucio Vero!

¿Y por qué no ha de aceptarse para Lucio Vero lo que estaba bien para Marco Antonio? Creo que la descripción de H. G. Wells, que no nos menciona ninguna hipotética relación entre el placer sexual y el castigo divino, es mucho más aceptable:

“En el siglo II después de J. C., tanto el imperio romano como el chino fueron conmovidos y diezmados por una extensa desgracia, que sin duda redujo la resistencia de ambos rivales contra el enemigo común: los bárbaros, puesto que la desgracia



Marco Aurelio acepta la sumisión de los bárbaros vencidos

consistió en una epidemia de peste de intensidad insólita. Asoló China durante once años, minando la estructura social en sus mismos cimientos... La epidemia se extendió por Asia hasta Europa, y asoló todo el imperio de Roma desde el año 164 hasta el año 180 después de J. C. No cabe duda acerca de que debilitó mucho al imperio. Nos han llegado noticias sobre la despoblación de provincias enteras y de que la fuerza y la eficacia del gobierno sufrieron una merma verdaderamente ostensible.”

Como Marco Aurelio gobernó desde el año 161 hasta el 180, la peste se enseñoreó de Roma desde el tercer año de su reinado hasta el final de su vida, en forma ininterrumpida. Los pueblos y las ciudades quedaron poco menos que deshabitados, porque los rudimentarios conocimientos médicos de aquellos tiempos no incluían ningún remedio eficaz contra la peste. (El bacilo de la peste no fue descubierto hasta 1894, por Yersis y Kitasato, comprobándose entonces que podía ser aspirado. Y aún en el año 1907 una epidemia de peste causó en la India más de un millón de víctimas. Creo que actualmente nos vemos tan impotentes contra la gripe como se vieron los antiguos para combatir la peste, puesto que la gripe se contagia a través de cientos de virus, contra los que no podemos luchar porque sólo estamos en disposición de combatir unos cuantos.)

Vamos a prescindir de que las desgracias generalizadas del reinado de Marco Aurelio se vieron aumentadas por las personales, y también pasaremos por alto ciertas afirmaciones sobre la bella Faustina (que le dio dos hijas y un par de gemelos, de los que sólo Cómodo sobrevivió al parto), porque se creía que le era infiel, según habladurías que circulaban por toda Roma. Se supone que las mujeres no aman a los filósofos, prefiriendo, sobre ellos, a cualquier gladiador que haga gala de sus músculos.

Poulsen escribe sobre Faustina:

“Entre las emperatrices tardías de Roma, sólo existe una digna de inspirar amor; me refiero a Faustina la joven, esposa de Marco Aurelio, hija del emperador Antonino Pío y de Faustina la vieja. Se casó en el año 146 con Marco Aurelio siendo casi una niña, y murió unos años antes de que falleciera su marido. Los mejores retratos que tenemos de ella, determinados a

través de su imagen acuñada en las monedas, se encuentran en el Museo Nacional de Roma y en la gliptoteca de Copenhague. Bajo el tupido y ensortijado cabello, anudado sobre la nuca en moño, se ve un rostro particularmente bello, de mejillas abultadas, labios ligeramente entreabiertos y ojos cuya superficie se asemeja a dos uvas, que parecen mirar bajo los bien dibujados párpados. Debió llevar el magnífico atuendo de las emperatrices, adornar sus cabellos con perlas ensartadas en cadenas de oro, y ostentar sobre sus hombros el manto púrpura de las nobles. Parió trece hijos a Marco Aurelio, pero el matrimonio no fue feliz, cosa comprensible si leemos los "Pensamientos" del emperador sobre las relaciones sexuales, que a causa de sus detalles y de su obscena tristeza, no pueden ser reproducidos por nosotros."

Hagamos un paréntesis para observar:

1. La afirmación de que Faustina dio a Marco Aurelio trece hijos tiene que deberse a un error de traducción. Un conocedor tan puntual de los antiguos como Poulsen, seguramente precisó el número exacto: "tres hijos", en la obra original en idioma danés, "Imágenes culturales de los romanos". Y me baso en esa cifra aceptándola como certera, cosa que ya insinué con anterioridad.

2. Las confesiones del emperador sobre las relaciones sexuales no pueden ser tildadas ni de obscenas ni de tristes. Hacemos dicha observación basándonos en la edición Reclam, e incluso hemos llegado a compararla con la traducción que publicó Willy Theiler en el año 1951, y que encaja en todo con el texto de la edición Reclam.

3. Sin embargo, no podemos prescindir de la posibilidad de que exista otro documento griego, cuya traducción no conocemos. Y llegados a este punto recuerdo las palabras de Stendhal, cuando afirma que no conocemos realmente a los antiguos, porque siempre nos dan a leer "traducciones rebajadas, castradas". También es posible que Poulsen se refiriera al siguiente "Pensamiento" de Marco Aurelio en el libro 6.º, párrafo 13, para el que resulta más acertado el calificativo de "obscena tristeza": "Cuán importante es pensar ante un plato de carne u otra comida: esto es el cadáver de un ave o de un cerdo... o ante el acto sexual: es el roce en la vagina y la expulsión

de mucosa, acompañado de convulsiones; porque tales imágenes corresponden a los objetos y penetran su esencia... lo mismo, pues, se debe hacer en la vida, y allí donde las cosas se nos simulan en una imagen tanto más loable, debemos desennascararlas, hacernos patente su falta de valor y quitarles su luminosa vestimenta de que se glorian. Porque la apariencia es tan terrible estafador, y precisamente cuando se cree estar ocupado en las cosas más significativas es cuando más engaña.”

Después de vencer a los persas, Marco Aurelio, emperador pacifista y tal vez un poco enfermizo, se vio obligado a ponerse de nuevo al frente de sus legiones. En una guerra de seis años de duración venció a cuados, longobardos, marcomanos y sármatas. Pero mientras tanto, Avidio Casio se había proclamado emperador en Egipto. Marco Aurelio selló entonces una magnánima paz con sus enemigos y se apresuró a regresar a Roma, para consultar al senado si prefería que Avidio Casio ocupara su lugar. El senado se negó enfurecido y Marco Aurelio se vio obligado a enfrentarse con el sublevado general. Pero en Grecia recibió la noticia de que el usurpador había sido asesinado por sus propios soldados. (Por una vez, la versátil fortuna se puso de parte de Marco Aurelio, que incluso tuvo que permitir que Roma celebrase su triunfo.)

Marco Aurelio volvió a luchar entonces contra los germanos, seguido por su hijo Cómodo, enfermó gravemente en Viena, y rehusó cualquier clase de alimento y de bebida, muriendo al cabo de seis días. Pero antes de su fallecimiento presentó a Cómodo ante sus soldados, nombrándole emperador.

Si deseamos vivir un corto instante en la corte de Marco Aurelio, no encontraremos al emperador en un lujoso palacio, como Domiciano, ni en una *domus aurea*, como Nerón, sino en una sencilla tienda de soldado y mezclado entre sus legionarios; en el campamento sacaba de noche sus cuadernos, después de un día de extenuante trabajo y de duras luchas contra sus enemigos bárbaros, para fijar en ellos, en griego, los pensamientos que pasaron por su mente durante la jornada. Estos son algunos de sus pensamientos:

“Mi educador me enseñó a no tomar partido en los juegos del circo ni por los verdes ni por los azules, y que lo mismo hiciera

en las luchas entre gladiadores. Pero también me aconsejaron soportar todos los esfuerzos, contentarme con poco, hacer mi trabajo personalmente, no mezclarme en los asuntos de los demás y ser siempre inasequible a la presunción" (I, 5).

"Agradezco a los dioses que siempre me hicieran tener en torno mío abuelos honestos, padres honestos, hermana honesta, maestros honestos, parientes honestos, amigos honestos, casi todos los que me rodean... También agradezco a los dioses que la amante de mi abuelo no me conservase junto a sí durante largo tiempo, por lo que pude guardar mi inocencia de muchacho, logré no gastar la fuerza viril antes de tiempo y permanecí casto hasta una edad madura... También agradezco a los dioses que me concedieran hijos de espíritus no marchitos, cuerpos no tullidos" (I, 17).

"Hemos sido creados para una eficacia común y mutua, al igual que los pies, las manos, los párpados y las mandíbulas. Por eso mismo la enemistad de las gentes atenta contra la naturaleza. El sentimiento de desprecio y de animosidad no es más que una manifestación de enemistad" (II, 1).

"Todos tus actos y pensamientos deben ser tales, como si tuvieras que abandonar este mundo en cualquier momento. El abandonar a los humanos por la muerte no tiene nada de terrible si existen dioses, puesto que no te ofrecerán la desgracia; pero si no existen dioses, o éstos no se preocupan de los asuntos de los humanos, ¿qué importancia puede tener entonces el vivir en un mundo sin dioses y sin providencia?" (II, 11).

"Vive en la comunidad de los dioses. Habita entre ellos el que les muestra un alma que se contenta con su suerte y hace todo lo que desea el genio que Zeus le dio como un vástago de su propio ser, para que le ampare y le guíe. Este genio es inteligencia y sensatez" (V, 27).

"¿Qué representan un Alejandro, un César o un Pompeyo frente a un Diógenes, un Heráclito o un Sócrates? Los últimos conocieron la esencia de las cosas, sus verdaderas fuerzas y su composición, y por ello siempre disfrutaron de paz en el alma. ¡Pero cuántas preocupaciones tuvieron los tres primeros, cuánta servil dependencia de tantas cosas!" (VIII, 3).

"Los hombres sienten alegría cuando se comportan con verdadera humanidad. Pero la verdad y la humanidad se basan en el

amor a los semejantes, en el desdén por el engañoso mentir de los sentidos, en la contemplación interior, en la admiración por la naturaleza y su inimitable arte" (VIII, 26).

"La corte de Augusto, su esposa, su hija, sus nietos, sus yernos, su hermana, Agripa, sus parientes, sus sirvientes y amigos, Ario, Mecenas, sus médicos y sus sacerdotes, en resumidas cuentas, toda su corte, no fue más que el botín de la muerte. Desde allí se/va avanzando, no sólo hacia la muerte de un hombre, sino a la de toda una familia, como la de Pompeyo. Algunas tumbas llevan la inscripción: el último de su estirpe. Piensa tú ahora un poco en lo mucho que se preocuparon sus antecesores y sus sucesores, y en que, no obstante ello, nadie pudo impedir ser el fin de una estirpe. Piensa en la muerte de pueblos enteros" (VIII, 31).

"Mira desde un altozano los innumerables pueblos, y recuenta las innumerables religiones, los viajes marítimos en todas direcciones, tanto si estallan las tempestades como si el mar se encuentra en calma, y las diversidades entre los seres que se forman, que conviven con nosotros y que nos abandonan. Observa también las normas de vida, tal y como fueron impuestas antaño, como serán después de ti y como predominan, ahora, entre los pueblos incivilizados. Piensa también en los que ni siquiera conocen tu nombre, en los muchos que se apresurarán a olvidarlo, en todos los que te alaban ahora y que más tarde sólo nombrarán tus defectos, y te convencerás de que no merecen importancia ni la fama, ni la admiración, ni ninguna de estas cosas" (IX, 30).

"Nos apartamos de la mujer en cuanto hemos depositado nuestro semen en su vientre; pero éste es recogido, luego, por otra fuerza efectiva, que lo trabaja, y termina la formación del niño. ¡Qué ser, nacido de un principio tan pequeño! La madre toma sus alimentos, que son recogidos por otra fuerza efectiva y con ellos crea las sensaciones, el instinto y la misma vida, el estímulo, la voluntad, y ¡quién sabe cuántas cosas más! ¡Oh, qué maravillosos efectos de la naturaleza! Observa esos efectos tan ocultos y aprende a conocer la fuerza efectiva de que provienen, al igual que nos apercibimos de la fuerza que oprime el cuerpo o lo eleva a las alturas. No podemos verla, pero la reconocemos a través de nuestras sensaciones" (X, 26).

“El que no tenga una meta única no puede ser siempre el mismo durante toda su vida. Pero esto carece de alcance si no añadimos a ello la verdadera índole de esas metas. Puesto que, al igual que no todos los hombres tienen la misma opinión sobre las riquezas, consideradas dignas de ser tenidas, sino que se diferencian en su estimación, sólo podemos implantarnos una meta que sea aceptada como buena por todos y esté de acuerdo con el bienestar general. Porque todo aquel que se forje esa meta con todas sus fuerzas, será dueño de todos sus actos, será equitativo, será siempre él mismo” (XI, 21).

“Hombre, fuiste ciudadano de esta gran ciudad. ¿qué importa si durante cinco o treinta años? Lo que está de acuerdo con las leyes no resulta duro para nadie. ¿Acaso no es peor que seas echado de este mundo por un tirano, a que te saque de él la naturaleza que te llevó a este estado? Resulta lo mismo que un comediante que es despedido por el empresario que lo contrató. —“Pero yo no he representado cinco actos, sino sólo tres”—. Bien dicho, pero en la vida tres actos son una obra completa. El final está ya dispuesto por aquel que preparó el juego y que decide terminarlo hoy. Ni lo uno ni lo otro dependen de ti; por eso, parte de aquí con amabilidad, porque el que te despide también es amable.”

Con estas notas recogidas de los “Pensamientos” de Marco Aurelio, nos despedimos del filósofo que ocupó el trono de los emperadores. En su libro, que por fortuna ha llegado completo hasta nosotros (sin duda a ello no ha sido ajena la predilección que siempre demostraron por él los copistas cristianos, que vieron en las ideas expuestas muchas semejanzas con las del cristianismo) hallamos —y en esto estamos de acuerdo con Montanelli— “el más alto código moral que nos ha dejado el mundo clásico”.

Un día en la corte del emperador Juliano

Este emperador, que subió al trono por pura casualidad y no por la sangre, procuró sustraerse a la influencia del cristianismo, haciendo todo lo posible para reanimar la antigua religión de los romanos; mandó abrir los templos y ofrecer a los dioses

los sacrificios de otros tiempos. Su intento fue un fracaso, pero ha trascendido a la historia como la bella acción de un idealista.

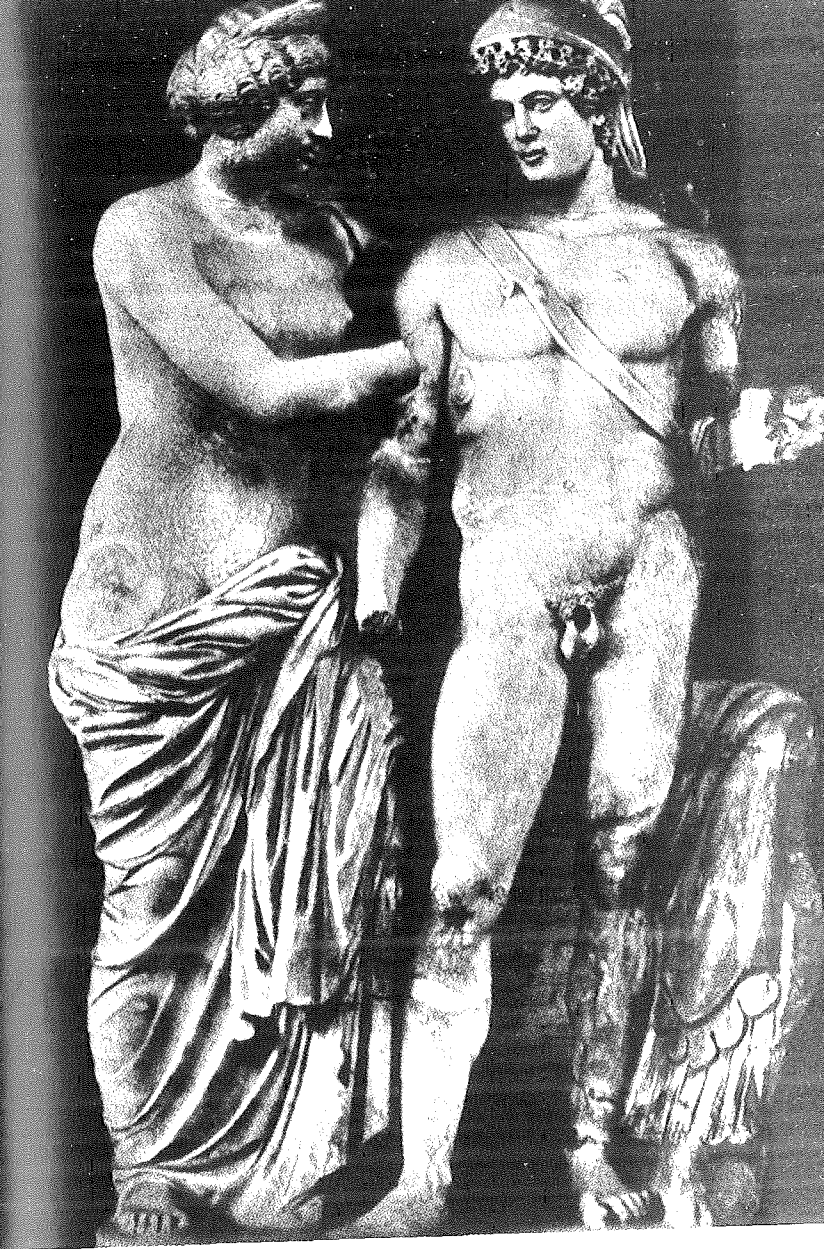
No encontraremos a Juliano —el hombre a quien el mundo llamó más tarde apóstata— en Roma, sino en Antioquía, en la colonia romana de Cesarea. Mientras los otros sucesores del gran Constantino se iban matando mutuamente en la lucha por el poder, Juliano permaneció tranquilo. Constancio nunca sintió simpatía por él, pero lo consideró inofensivo como rival, y por eso le confió las provincias occidentales del imperio. Juliano se comportó muy astutamente, cosechó varios éxitos en Britania y en las Galias y se hizo tan popular entre sus soldados, que éstos le eligieron emperador, cuando Constancio pretendió sustituirle y separarle de sus tropas. Juliano combatió contra Constancio, que murió en ese tiempo designándole como sucesor, lo que causó sorpresa general. Juliano organizó en Constantinopla un entierro fastuoso para Constancio, y acto seguido se dirigió a Antioquía, en donde esperaba encontrar el mundo pagano de su juventud. Juliano no amaba a los cristianos; cuando sólo contaba cinco años de edad, murió Arrio, el mismo que había dirigido la gran lucha dogmática contra Atanasio, y todos sus familiares y seguidores fueron asesinados un año más tarde, por lo que Juliano y su hermano Galo fueron, de momento, los únicos supervivientes de esa matanza general. Pero Galo también fue asesinado posteriormente por orden del emperador Constancio.

Poco después de su llegada a Antioquía (el año 362), encontramos al César conversando con un fiel amigo, hacia la caída de la tarde.

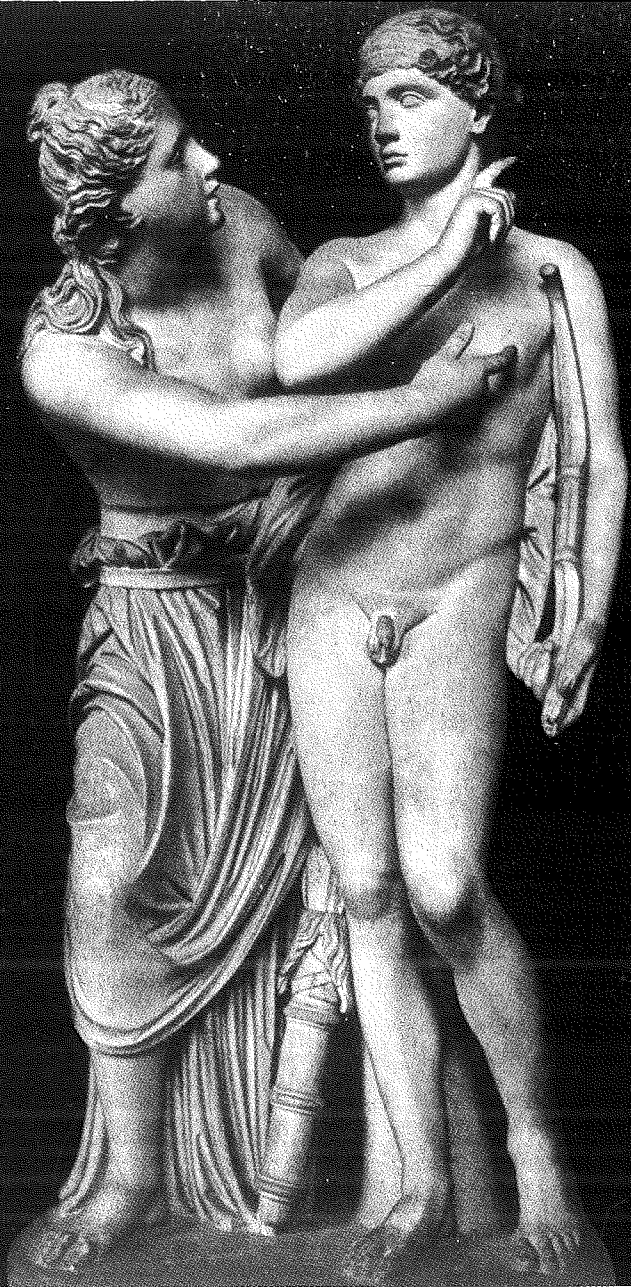
El diálogo podría transcribirse así:

Juliano. — Hemos sido educados como cristianos, pero te digo que las doctrinas de los galileos no han hecho mella en mi ánimo. Si fuera verdad que el padre del galileo creó este mundo, no tendríamos más remedio que afirmar la impiedad de su hijo, que tiende a despremiar su obra, puesto que nos obliga a creer que esta vida carece de importancia.

Agatón. — ¡Cierto, cierto! Y siempre llegas a la conclusión de que el mundo de los dioses griegos y el de los romanos sobrepasa con creces las visiones del galileo.



Los emperadores Cómodo y Crispina (de Ostia, museo de las Termas, Roma)



Amor y Psique (restaurado, museo Nacional, Roma)

Juliano. — Así es. Pero un filósofo tiene la obligación de exponer sus argumentos y voy a aprovechar esta conversación para exponerte los míos y explicarte por qué creo en ellos.

Agatón. — Es posible que me deje convencer por tus argumentos, pese a que siga creyendo hasta el final de mi vida que la estupidez es la fuerza más poderosa de todas las que rigen el mundo.

Juliano. — No me cuesta esfuerzo alguno hacer comprender el primero de mis argumentos a aquellos que se mofan de todo. ¿En qué se diferencia el hombre de los animales? ¿En su sentido del humor!, puesto que los animales carecen de él. Por eso mismo se habla de seriedad animal. Y llegados a este punto debo decir que los judíos y los cristianos tampoco tienen sentido del humor. Pero nuestra religión, que ellos tildan de “pagana”, está plagada de humorismo. Pensemos un poco en la escena que se originó cuando Hefaiostos cazó a Ares y a Afrodita con una red y los mostró, de esa forma, a los dioses del Olimpo. ¡Las risas y los chistes atronaron bajo todas las bóvedas del Olimpo! Esta encantadora escena nos ha sido descrita una y otra vez. Demódoco la explica en griego a los feacios, y Ovidio nos la narra en latín en su segundo libro del “Arte de amar”. Nos gusta reír, por lo que preferimos a los dioses que sean capaces de lanzar carcajadas. Pero no encontramos ni una sola carcajada en los libros sagrados de los judíos y de los cristianos, y sólo hallamos en ellos ejemplos como el del hebreo que se juntó con una mujer medianítica —sin que por ello cometiera adulterio—, atrayéndose con su acto las iras de Jehová, que se vengó castigando a su pueblo con las peores plagas.

Agatón. — Has tocado un punto vulnerable, Juliano. Si nos basamos en esa idea, nuestra religión es mucho más inteligente que la de aquellos a quienes combatimos.

Juliano. — Te expondré el segundo argumento: ¡Los cristianos y los judíos carecen del sentido de la estética, lo mismo que los animales! En cambio, el mundo de nuestros dioses gira alrededor del amor y de la belleza, conceptos que nos excitan. Pero ellos sólo conocen la fealdad. Los unos tienen un templo carente de imágenes, frío como el vestíbulo de un mercado, sin adornos, como si se tratase de la casa de un esclavo. Los

otros, que nos robaron tantos de nuestros templos, sacaron de ellos nuestras estatuas, para colocar en su lugar una mísera cruz de madera, sobre la que está clavado su dios. Un espectáculo que eriza los cabellos de todos los amantes de la estética. Desconocen totalmente el humor, y lo mismo digo respecto a la belleza. Y lo peor: ¡un vándalo destruye en cinco minutos lo que un artista construyó en cinco años!

Agatón. — Pero ambos predicán el amor al prójimo. Y los cristianos incluso añaden que se debe amar también a los enemigos.

Juliano. — ¡Palabras, simples palabras! Su amor al prójimo ni siquiera admite comparación con la tolerancia de nosotros, los romanos, que permitimos durante trescientos años que se mantuvieran en sus estúpidas creencias. Estos galileos no son más que un hatajo de intolerantes y de gentes cargadas de arrogancia, porque desean que todos acepten su míseros cultos, carentes de humor, y quieren dominar el mundo, mientras que no dejan de predicar que sólo les importa la otra vida.

Agatón. — Con lo que te pones de acuerdo con mi idea de que la estupidez es más poderosa que la sabiduría, por lo que no tenemos más remedio que prescindir de la obsesión de volver a los antiguos templos.

Juliano. — Ni el dios judío, ni el cristiano, desean que el hombre se reconozca y colme sus sentidos. Pero Apolo me enseñó: "Conócete a ti mismo." Y puesto que me he reconocido, también he comprendido mi deber, que estriba en volver a implantar la religión de nuestros mayores. Y añadido a ello que mis ideas, aunque no lo creas, están de acuerdo en todo con las de mi gran antecesor, Constantino.

Agatón. — ¿Con las de Constantino? Pero si fue precisamente él quien ordenó a sus guerreros que engalanasen sus armas con el signo XP o con cruces. ¡Si fue precisamente él el que elevó el cristianismo a la categoría de religión del Estado!

Juliano. — Lo hizo porque tenía sentido del humor, y conocía muy bien la estupidez humana. Porque, ¿cómo se pueden adornar las armas, que sólo fueron hechas para matar, con el símbolo de la paz, con esa misma cruz, que me hace recordar la humillación por la que pasó ese hijo de Dios? Constantino se limitó a decirse que debía convencer a los soldados de que el

cielo estaba de su parte, y puesto que se le apareció una cruz en el cielo, les ordenó que pintasen una cruz sobre sus escudos, pero... si en ese cielo hubiese visto un pavo, un pavo hubiera pintado; ¿no es así? ¡Sólo que le hubiera resultado un poco más difícil! Y después de que venció a Majencio hizo algunas concesiones a esos de la cruz, aunque se guardó muy bien de dejarse bautizar. Fue demasiado orgulloso para ello, cosa comprensible, porque era emperador y un verdadero romano. Incluso bromeaba a veces, cuando se llamaba a sí mismo “obispo de los profanos”.

Agatón. — ¡Pero los sacerdotes cristianos consiguieron bautizarle!

Juliano. — Al menos eso afirman, mas no olvides que un moribundo no puede defenderse. Y además: ¿crees que podía temblar ante una gota de agua, él, ante el que temblaba el mundo entero? Creía más en la firmeza que en Cristo, y por eso no nombró a ninguno de sus hijos con el nombre de Cristianus, sino que les dio el de Constante, Constancio y Constantino. Deseaba que fuesen firmes; no olvidemos que Constancia fue su esposa y diosa, y que debía regir en su ciudad, Constantinopla.

Agatón. — Pero ninguno de ellos hizo honor a su nombre.



Cripta en uno de los cementerios subterráneos clandestinos cristianos, la catacumba Marcelino y Pedro

Juliano. — No lo creas. Constantino no me mandó matar, e incluso me facilitó que subiera al trono. Pese a todas las luchas fratricidas, se conservó un poco de constancia. Y, ¿acaso no tenemos más de mil años de tradiciones en torno nuestro? Y, ¿qué tienen esos judíos y esos cristianos? Ni siquiera disponen de una patria, puesto que Tito les privó de ella. Y en esa hazaña también se pusieron en juego sus supersticiones.

Agatón. — ¿Sus supersticiones?

Juliano. — Sí. Ya sabes que en una de sus fiestas sabatinas se negaron a tomar las armas, por lo que los romanos pudieron entrar libremente en su ciudad (me refiero a lo ocurrido en los tiempos de Pompeyo). ¡Un detalle más de que nosotros, los romanos, poseemos sentido del humor!

Agatón. — Si todos los hombres fueran tan humoristas como tú, Juliano, no tendríamos nada que temer por nuestra religión. Pero si la mayoría de ellos se pasean por el mundo con un venda en los ojos, ¿cómo quieres que vean lo que tú ves?

Juliano. — ¿Acaso la alegría no es contagiosa? No olvides que tanto su religión como sus templos, sus servidores religiosos y su forma de enfocar la vida, carecen de alegría. No pueden disfrutar de la jocundidad que reina entre nuestros dioses, no pueden hacer suya la alegría que nos regalaron Dionisos y Eros. Y si no disponemos de fuerza para hacerles comprender la verdad, nos apoyaremos en la fuerza de nuestros dioses.

Agatón. — No niego que nuestros dioses sean fuertes, pero no estamos en disposición de enterarnos de si desean luchar en estos momentos.

Juliano. — En tal caso debemos pensar que nuestras ideas sobre el mundo de los dioses están en consonancia con la vida y que todas las desgracias que nos azotan: seísmos, epidemias, guerras y enfermedades, son consecuencia de nuestras creencias sobre la luchas entre las deidades. En cambio, ¿cómo pueden hacernos creer esos galileos que su amado padre se muestra dispuesto a infligir tantos sufrimientos a sus pobres criaturas? Llegados a este punto no tienen más remedio que buscarse un anti-dios, al que le dan el nombre de Satán, que trabaja ininterrumpidamente contra su padre, cruzándose entre sus magnánimas decisiones, motivo que les hace santiguarse constantemente.

Agatón. — Y mientras que las decisiones de su invisible Dios no son para ellos más que arcanos, nosotros disponemos de muchos medios para saber lo que piensan nuestros dioses, e inclinarnos ante sus mandatos.

Juliano. — ¡Acabas de decirlo, amigo mío! Y yo creo haber adivinado sus intenciones, por lo que mandé reedificar sus templos y les ofrecí los sacrificios prescritos.

Agatón. — Pero yo creo que el momento no es oportuno. La gran Hélade ya ha sucumbido, y nuestra maravillosa Roma está en camino de seguirla. ¿Cómo puedes hacer retroceder la rueda del tiempo?

Juliano. — No deseo hacerla retroceder, sino obligarla a girar como giró durante milenios. Quiero que el mundo siga siendo romano, y no judío o galileo. Quiero que todos los romanos auténticos se reúnan en torno a mí, porque deseo mantener el imperio que fundó Augusto; quiero rezar con ellos a los mismos dioses a los que rezó Augusto.

Agatón. — Troya desapareció, la Hélade se ha desintegrado; no podrás obligar a las flores que florecieron en toda su magnificencia a que no se marchiten.

Juliano. — ¡Ya que no puedo impedir que las flores se marchiten, al menos recogeré su aroma y lo preservaré! Por lo que las gentes podrán decir después de miles de años que cuando la fuerza de Roma estaba a punto de quebrarse y su reino se encontraba dividido, hubo un auténtico romano, comparable a Augusto, que volvió a ofrecer al mundo la deslumbrante imagen de esa maravillosa civilización que se mantuvo firme como una roca a través de las generaciones (texto de un autor anónimo).

Esas debieron ser las conversaciones que el emperador Juliano sostuvo con fieles. Henrik Ibsen nos ha presentado al César de esa forma en sus dos magistrales obras teatrales: “La caída del César” y “El emperador y los galileos”, e incluso llega al extremo de hacerlo asesinar por un cristiano —una forma de demostrar el amor hacia el prójimo de los cristianos—. Pero no tenemos datos fidedignos sobre esto último, por lo que nos basamos en suposiciones lógicas, dadas las circunstancias de la situación mundial social, política y económica, de aquel entonces.

Generalidades sobre la corte imperial

Mientras que en un principio la corte imperial se regía según las reglas de una gran casa particular, a medida que fue avanzando la historia se infiltraron en ella, y cada vez con más frecuencia, las influencias de los potentados orientales. Sin embargo, la inclinación por los exhibicionismos y el lujo fue sofocada por los emperadores ahorrativos. Tiberio fue un gran ahorrador; más tarde encontramos ese mismo hábito en Vespasiano, Pertinax y Alejandro Severo.

Las ideas y los gustos personales del emperador tienen una gran trascendencia en la vida del reino. Al igual que a principios de nuestro siglo toda Alemania copió el bigote de Guillermo II —y más tarde sucedió lo mismo con el de Hitler—, las tendencias de los emperadores romanos se reflejaban en toda Roma. Durante el reinado de Nerón, el arte floreció en todas sus variantes; cuando regía Marco Aurelio se puso de moda la filosofía; incluso se llegó al extremo de que ciertos manjares estuvieran de moda.

Tiberio mandó traer de Germania una raíz comestible, y muchos siguieron su ejemplo. Es posible que se tratase de zanahorias, que actualmente son recomendadas por nuestros especialistas en belleza. Nerón implantó el gusto por la cebollina, que él comía cruda en ciertos días, para mejorar su ronquera, limitándose a aliñarla con aceite. Cuanto sucedía en la corte era observado y desmenuzado por el pueblo romano y, a través de éste, influía sobre todo el mundo.

La corte, desde un punto de vista estricto, consistía en la extensa servidumbre, que tenía unas categorías muy jerarquizadas, y el personal administrativo del emperador y de la familia del monarca. Desde un punto de vista más amplio, habremos de incluir en la corte a los amigos del emperador.

Durante la mayor parte del primer siglo, los emperadores no sólo emplearon a sus esclavos y libertos como sirvientes, sino que los utilizaron como ayudantes en su trabajo y los colocaron en los puestos administrativos, en las instituciones y en la dirección de toda clase de negocios. Al cabo de poco tiempo estos altos funcionarios llegaban a disfrutar de un gran poder, que los elevaba por encima de la nobleza, pese a que su origen

fuese muy humilde y no estuviesen bien considerados legalmente. El cesarismo exigía una cierta despreocupación sobre las diferencias sociales, un sistema de nivelación, que no sólo estaba encaminado a contrarrestar la oposición de la aristocracia, sino que servía para demostrar que la voluntad del emperador era todopoderosa, y que frente a ella todos los súbditos eran iguales. La displicencia del nuevo poder de los reyes frente a la tradición y la ley, también fue patrimonio del primer César, quien usó esclavos para dirigir la casa de la moneda, y nombró comandante de la legión que dejó en Alejandría al hijo de un liberto, Rufino, que había sido su manco.

A medida que la estructura política del reino fue tendiendo hacia una monarquía absoluta, los funcionarios de la casa y de la corte imperial fueron creciendo en importancia, equiparándose a las funciones estatales, que sólo podían ser ostentadas por hombres libres y aristocráticos. De esa forma, los libertos imperiales se vieron derribados de los empleos importantes y los caballeros ocuparon su lugar. Los libertos quedaron limitados a los negocios y a puestos de segunda categoría, incluidos en ellos el servicio de la casa imperial. Pese a tal cambio, seguían siendo bastante poderosos.

El creciente significado y la importancia de los empleos de la corte y de sus sirvientes, nos ofrece una base adecuada para hacernos idea de los avances y el desarrollo del imperio, que comenzó prescindiendo de las formas igualitarias de la república y culminó en el entumecimiento peculiar del absolutismo oriental. Los cargos, que durante el primer siglo fueron exclusivamente para los humildes —al menos en apariencia— servidores de la casa imperial, aunque en realidad eran ya muy poderosos, sobre todo en la época de Claudio, quedaron más adelante limitados a los verdaderos caballeros, y solamente éstos podían disfrutar del honor de servir al César, y de ascender a lo largo de escalones de servicios muy jerarquizados a la cumbre de la corte y al contacto inmediato con el emperador, sólo reservado a los nobles.

Hasta el reinado de Vitelio, los libertos disfrutaron de gran poder en la corte, sobre todo en la época de Calígula. Pero Vitelio fue el primer César que sustrajo a los libertos los ins-

trumentos del poder y los puso en las manos de caballeros, prefectos y tribunos, aunque la transición no fue efectuada bruscamente, sino con lentitud, y las antiguas costumbres parecieron que prevalecían.

Adriano alzó un alto muro entre los funcionarios del imperio y los de su casa imperial, pese a que privó a ésta última de su carácter privado, sustituyendo a los libertos por una burocracia imperial extremadamente disciplinada, puesto que sólo de esa forma podía hacerse cargo de las inmensas responsabilidades que pesaban sobre sus hombros. Los puestos más elevados también fueron ocupados por caballeros, especialmente en los ministerios de hacienda, de peticiones y epistolario, lo que les equiparaba a los asuntos de estado. Pero en el ministerio de las finanzas imperiales hallamos algunas anomalías, puesto que incluso en los tiempos en que los cargos elevados sólo podían ser desempeñados después de una previa experiencia en los inferiores, encontraremos alguno que otro cargo de importancia ocupado por libertos. Debemos suponer que el hecho de que estos libertos ocupasen cargos de suma importancia en la hacienda imperial, se debiera a sus especiales aptitudes o conocimientos administrativos y a la posibilidad de aplicar fuertes medidas coactivas en caso de desfalco. Esta última razón recalca Mecenias en su discurso a Augusto, según Dión Casio, para el empleo de los libertos en asuntos financieros.

Cuando tales cargos ya no fueron exclusivos de los libertos, fueron los mayordomos mayores, que consiguieron el poder mediante ese procedimiento, por lo que el desarrollo de ese período es tan significativo para el imperio tardío, como lo fue para el anterior el relevo en los cargos mencionado.

El hecho de que las modificaciones estructurales de la corte siguieran directrices orientales, contribuyó al paulatino aislamiento del emperador. Augusto, y más tarde Trajano y Adriano, se paseaban a pie por las calles, o sólo iban acompañados por doce lictores. Pero a medida que pasó el tiempo, el pueblo sólo veía al César cuando era portado por la ciudad en una silla de mano tapada, y a un paso vertiginoso, protegido por sus guardias de corps, por lo que podemos comprobar que nuestras costumbres modernas siguen basándose en los ejemplos antiguos.

En una visita que el rey de Inglaterra efectuó a París, poco antes de la segunda guerra mundial, recorrió en un coche cerrado, y a gran velocidad, los Campos Elíseos, mientras que los dictadores como Hitler y Mussolini se mostraban al pueblo de pie y en coche descubierto, costumbre que Kennedy tuvo que pagar con su vida (porque no llevaba una escolta armada, cosa que no puede decirse de los dueños del Eje, que se mostraron más precavidos al respecto).

Poulsen escribe: "La transición de la burguesía romana al despotismo oriental, puede comprobarse en los palacios que se levantan sobre el Palatino. Incluso los déspotas como Nerón y Domiciano, tenían sus palacios orientados hacia adelante, hacia el foro, el centro de la vida ciudadana. Pero cuando al principio del tercer siglo, Septimio Severo edificó su palacio aquí



Los pretorianos, creados como guardia personal del emperador, llegaron a poner y quitar emperadores por subasta

arriba, a continuación del *domus augustiana* de Domiciano, había variado de tal forma el espíritu, que dio la espalda al Capitolio, al foro, y con ello a la tradición, poniéndose frente a la Vía Apia, el camino que iba hacia las provincias y hacia todo el imperio.

”Se intentaba así subrayar con insistencia que el palacio debía ser lo primero que viesan los viajeros que provenían de África, la patria del emperador, porque el César se obstinó en que su gran magnificencia fuese lo que les deslumbrase en la Ciudad Eterna, por lo que el vestíbulo de esa corte imperial fue formado con el magnífico *septizonium*, un edificio con fachada orientada a la montaña. La construcción fue coronada por una imagen colosal del emperador, rodeada por los dioses de los planetas, como si quisiera dar a entender que era el amo y señor del mismo cosmos.”

No es de extrañar que los que rodeaban a los jefes de entonces vivieran un destino azaroso —cosa que también sucedió en las cortes de Luis XIV, Napoleón I o Napoleón III—. Friedlaender ha estudiado concienzudamente algunos de esos destinos.

Matrimonios morganáticos

Hemos observado una y otra vez que el estado romano se fundaba en la diferencia de clases y que existían hondos abismos que distanciaban a las unas de las otras, tan infranqueables, que sólo ocasionalmente podían ser salvados por el amor. Cosa que sigue persistiendo en nuestro siglo, puesto que un ministro inglés pudo obligar a abdicar a un rey, por no aceptar su matrimonio con una mujer divorciada. Pero ese mismo ministro apenas se daba cuenta de que su decisión, en realidad, perjudicaba a la casa real, porque mostraba ante el mundo que el rey debía inclinarse ante los mandatos del gobierno; en otros siglos, un rey al que se le hubiera hecho abdicar en tales condiciones, se hubiera apresurado a ordenar la ejecución de su ministro.

En un principio, los esclavos de la antigua Roma sólo podían casarse entre ellos. Sin embargo, resulta muy significativo que

los esclavos de la corte disfrutaran del privilegio de unirse con hijas de casas distinguidas, e incluso con las de algunos familiares del emperador, en una época en que imperaba el orgullo por la nobleza y se tenía muy en cuenta la ascendencia de cada uno e incluso se había llegado al extremo de prohibir los matrimonios entre las hijas de los senadores, o sus sucesores, con hombres que hubieran sido libertos; decreto que podía ser abolido por el emperador, al igual que el que impedía la boda de senadores con mujeres libertas. Félix, hermano de Pallas y procurador en Judea, fue esposo de tres hijas de reyes. La primera de ellas, Drusila, nieta de Antonio y de Cleopatra; la segunda, también llamada Drusila, era hija de Herodes Agripa; y desconocemos el nombre de la tercera. Sus sucesores, como es lógico, tampoco se mostraron dispuestos a avergonzarse de su parentesco con él, no obstante su origen. Una inscripción en Pola, que hace referencia a su bisnieto L. A. Anneo Domicio Próculo y que se debe a un recuerdo que le dedicó su abuela, Antonia Clementiana, nombra a ese muchacho, que vestía la toga de los senadores, como un bisnieto de Antonio Félix. Todas esas conocidas excepciones nos confirman el hecho de que se podía tomar como un caso no demasiado extraño el parentesco familiar a través del matrimonio, entre los nobles y los libertos. Tiberio permitió que Sejano albergase la esperanza de poder convertirse en su yerno, puesto que en el año 25 insinuó a su favorito que le otorgaría la mano de Livila, la viuda de Druso II, aunque el emperador retrasase siempre su consentimiento a la desigual boda, que no llegó a celebrarse. Sin embargo, en el año 30 se volvió a hablar de que el César había decidido "aceptar a su favorito entre los miembros de su familia". En esta segunda ocasión, la candidata tal vez fuese la hija de Livila y de Druso II, que había quedado libre a raíz del divorcio de su marido, Nerón I, que fue exiliado en el año 29. Zonaras, un historiador del siglo XII, incluso afirma que esa boda llegó a realizarse: "Después que Tiberio concedió los mayores honores a Sejano, hasta el extremo de hacerlo su yerno por el matrimonio entre éste y Julia, la hija de Druso, lo mandó matar." Marañón supone que los planes de boda que se tejieron en torno a Sejano se limitaron a ser simples habladurías, y hace referencia a una carta, citada por Tácito, que Tiberio escribió

a Sejano delante del historiador: “No pienso oponerme a tus planes ni a los de Livila. He escogido el día de hoy, para informarte sobre los proyectos que he trazado respecto a ti, y hablarte de los lazos con los que quiero unirte a mi persona.”

Marañón está convencido de que Tiberio se limitó a manio-brar, y también hace mención de Suetonio, que comparte sus opiniones, al escribir que Tiberio se atrajo a Sejano con la esperanza de unirlo a su casa; limitándose a la esperanza.

Sin embargo, otros muchos consiguieron lo que tanto anhelaba Sejano, y cuanto más bajo fue su origen, más orgullosos y displicentes se mostraron al elevarse de categoría.

Parece que todo se confabulaba para henchir el estúpido orgullo de esos nuevos ricos que habían ascendido de la nada, motivando que la insolencia de que hacían gala fuera en aumento a medida que eran despreciados por los que nacieron libres y nobles. Cuando en una ocasión se dijo sobre el escenario: “Un siervo con suerte es insoportable”, todos los ojos se volvieron a Polibio, que se encontraba presente, lo que ocasionó que éste exclamase que el mismo autor había dicho “que algunos que cuidaron cabras, se convirtieron en reyes”. Palas, que no ocultaba su orgullo ni ante Nerón, acabó haciéndose tan insoportable que fue ajusticiado en el año 55, después de haber sido acusado de alta traición. Cuando algunos de sus servidores fueron acusados de haberlo secundado, Palas afirmó que nunca ordenaba nada en su casa, limitándose a los gestos y a las indicaciones, y que si la ocasión así lo requería, daba sus órdenes por escrito, para no rebajarse a hablar con sus sirvientes.

El orgullo de los libertos, al igual que su poder, alcanzó su punto culminante bajo el reinado de Claudio, aunque también fuera grande en otros tiempos, por lo que cualquiera que se atreviera a reducirlo, cosechaba un aplauso general de todos aquellos a quienes molestaban.

Según nos relata Plutarco, un liberto imperial, que acababa de enriquecerse, asistía a un banquete y abordó en él a un filósofo, preguntándole en forma insolente: “¿Cómo es que tanto las judías negras como las blancas dan un caldo amarillo?” A lo que el filósofo contestó: “También tanto los látigos negros como los blancos dejan huellas rojas.”

El matriarcado en la antigua Roma

Friedlaender escribe. "En Roma nunca existió un gobierno de amantes (como en la Francia borbónica)." Creo que ese hecho tiene su motivación en las relaciones de los sexos de los antiguos, que fueron muy diferentes de las de los modernos. La mujer más estudiada y discutida de Roma ha sido, sin duda, Mesalina, cuya vida expondremos en el próximo capítulo. Comentamos en él que el liberto Narciso se valió de dos antiguas concubinas del emperador Claudio para instruirle sobre los manejos y las intrigas de su esposa.

Ranke Graves, que nos ha aportado tanta luz sobre la tenebrosa historia de Claudio y Mesalina, dice que la hetera Calpurnia escribió una carta al emperador en lenguaje etrusco. El emperador había tenido tratos con ella en una época en que trabajaba en su historia de Etruria, aprovechando la ocasión para instruir a su ocasional amante en el lenguaje etrusco. Debemos de imaginarnos la anécdota como si hubiera ocurrido entre dos estudiantes que se entendiesen entre ellos hablando en castellano antiguo, lenguaje que resultaría incomprendible para los que no fueran verdaderos eruditos.

Claudio se encontró con Calpurnia en Ostia, en donde fue instruido minuciosamente sobre Mesalina. Nadie se atrevió nunca antes a cosa semejante, porque se creía que no se podía robar la felicidad y el tiempo de un emperador. Claudio se enteró del verdadero motivo por el que Mesalina se había trasladado al nuevo palacio, puesto que a él le había dicho que temía volver a quedar embarazada después de dos partos. Pero la realidad era que Mesalina podía recibir libremente a sus amantes en el nuevo domicilio, quedando dispensada de fingir ante el emperador. En aquella época se relacionaba con hombres que la despechaban y temían al César. Empleaba los embustes, las amenazas y las lisonjas para atraérselos, obligándoles al silencio. Claudio fue instruido ese día sobre la desdichada suerte de innumerables personas que había mandado ajusticiar siguiendo las indicaciones de Mesalina, y cuyo único delito consistía en haberse interpuesto en el camino de la mujer.

El primer caso, muy significativo por cierto, de un matriarcado en la corte imperial.

El primer emperador que se dejó cegar por el amor fue Nerón, cuando apenas contaba diecinueve años, edad en que se apasionó por la esclava anatolia Actea. Sus relaciones con ella eran tan escandalosas que el prefecto de la guardia nocturna, Anneo Sereno, tuvo que simular que era el verdadero amante de Actea. La emperatriz madre se enojó al enterarse de que su hijo sostenía relaciones amorosas con una esclava, por suponer que ésta podía rebajar su influencia; los antiguos amigos del emperador la favorecieron precisamente por ello, y por ver en Actea una mediadora para sus deseos. La pasión que Nerón sentía por ella fue tan grande, que incluso llegó a pensar en desposarla, y los nobles se mostraron dispuestos a jurar que provenía de una familia real (de los átalos). Pero más tarde fue suplantada por Popea. Actea sobrevivió a Nerón y fue quien le ofreció las honras fúnebres, junto con dos primas suyas, mandando construir para él un túmulo funerario que costó 200 000 sestericios (unos tres millones de pesetas). Todavía se mantienen muchos monumentos de sus esclavos y libertos (entre ellos se cuentan dos mayordomos, un panadero, un eunuco, una cantante griega y un recadero). Se han encontrado en Puteoli y en Velitre conducciones de agua con la inscripción: "Claudia Actea, liberta del emperador", y lo mismo sucede en las ruinas de sus villas en esas zonas y en las que vemos escudos que llevan su nombre.

Cenis mantuvo el interés de Vespasiano mediante unas cualidades que no tenían nada que ver con la belleza y la juventud. Era una liberta de Antonia, la madre de Claudio, que se sirvió de ella cuando era esclava para escribir cartas de importancia, agradeciéndole con darle la libertad su fidelidad, su prodigiosa memoria y su discreción. Vespasiano, que la amaba desde hacía tiempo, volvió junto a ella después de la muerte de su esposa, época en la que Cenis debía contar unos 40 años, puesto que fue confidente de Antonia después de la muerte de Sejano (octubre del 31) y que la esposa de Vespasiano, Flavia Domitila, murió lo más pronto el año 51, en que nació Domiciano. Vespasiano la trató como a una verdadera esposa. La influencia que tuvo sobre el emperador le proporcionó inmensas riquezas, e incluso se llegó a suponer que Vespasiano se amparaba en ella para ocultar grandes sumas.

Recibía dinero de todas partes, puesto que vendía cargos, procuraturas, puestos clericales, incluso las decisiones del César. Vespasiano no mandó ajusticiar a nadie por cuestiones de dinero, pero perdonó la vida a muchos a cambio de él. Cenis recibía las sumas, pero era Vespasiano quien secundaba sus manejos. A menos eso era lo que se suponía.

No pudo disfrutar mucho tiempo de su poder, porque murió en los primeros años del reinado de Vespasiano.

En Vía Nomentana se ha encontrado una tumba con la siguiente inscripción: "En recuerdo de Antonia Cenis, la liberta del emperador, su agradecido siervo", que fue mandada erigir por uno de sus libertos. Vespasiano tuvo muchas amantes después de la muerte de Cenis.

Una concubina gozó de tanta influencia sobre Antonino Pío, que las habladurías difundieron que incluso fue ella quien llegó a nombrar a un prefecto de la guardia personal.

Es posible que se suponga que no encontraremos el nombre de un emperador como Marco Aurelio, entre aquellos que mantenían a bellas mujeres, pero también él aceptó a una concubina en su casa, después de la muerte de su esposa, porque, según decía, no quería que sus hijos hubiesen de sufrir una madrastra.

Una amante de Lucio Vero, Pantea, debe su fama a las entusiastas descripciones de un escritor de aquella época, Luciano, que la conoció en uno de los viajes que efectuó a Esmirna (en el año 162), describiéndola más tarde del siguiente modo:

"Su belleza sólo puede ser descrita reuniendo las obras maestras de los pintores y escultores griegos, porque solamente ese conjunto puede plasmárnosla. Su voz es dulce y excitante, su canto sobrepasa la melodiosidad del ruiseñor, hasta el punto de que incluso Orfeo y Anfión guardarían silencio para escucharla. Toca la cítara con gran maestría, tiene una inclinación innata hacia la poesía y conoce de memoria las obras de los oradores, de los historiadores y de los filósofos. Puede ser comparada con Aspasia en la agudeza y en la inteligencia que demuestra al hablar de política; incluso no temo afirmar que se muestra más ducha en esas cuestiones, llegando a ser tan grande como el reino de Roma, que sobrepasa en todo al de Atenas, por lo que es comparada con la mujer de Pitágoras, Theano,

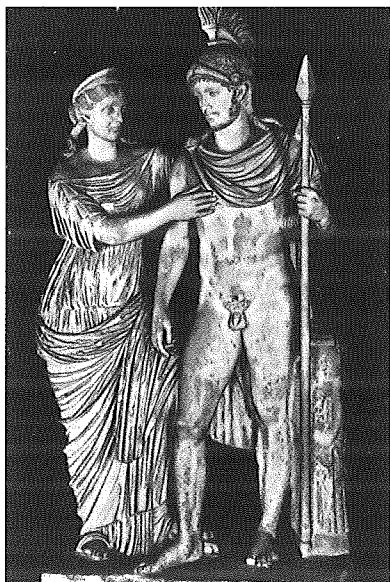
con Safo y con Diotima. A todo ello debemos añadir su bondad, la belleza de su alma, su humildad y su amabilidad con los pobres, atributos que se acentúan con la fidelidad que demuestra a su amante. Su suerte no la ha hecho altanera, trata a todos los que se acercan a ella sin hacer ninguna clase de distinciones, se muestra a la misma altura que ellos, y así demuestra que posee una superioridad innata.”

Pese a lo dicho, Pantea contaba en realidad con una verdadera corte de sirvientes, eunucos y soldados, que la acompañaban en todo momento. Luciano se amparó en la excusa de que la bella mujer había encontrado demasiado abundantes las alabanzas que hizo de ella, para publicar un nuevo escrito, repitiendo en él todos los atributos de Pantea y añadiendo a ellos el de la humildad.

Pantea consiguió retener a Vero y le sobrevivió largo tiempo. Marco Aurelio incluso hace alguna alusión a ella en sus pensamientos sobre las cosas sobrenaturales: “¿Todavía permanecen sentados Pantea, o Pérgamo, junto al sarcófago de su señor? ¿Sucede lo mismo con Chabrias y Diotimo respecto a Adriano? Sería irrisorio. Me pregunto: ¿Y si lo hicieran, se darían cuenta de ello los muertos? Y en caso de que se complacieran en hacerlo, ¿serían inmortales por ello? ¿Acaso se les privó de la obligación de envejecer y de la que trae consigo la muerte? ¿Qué harían si les hubieran dispensado de ella y comprobasen cómo envejecen y mueren los demás? Todo es vanidad, y la vanidad no perdura.”

Marcia sobresalió en el harén de Cómodo por su belleza, sus facultades amorosas y su experiencia sobre los remedios mágicos, pese a que competía con 300 mujeres y 300 mancebos. Marcia era una antigua concubina de Humido Quadrato, que fue ajusticiado en el año 183, por haber participado en la conspiración de Lucila. Cómodo la heredó, junto con otros bienes, y la mantuvo en su categoría de favorita, permitiendo que disfrutase esa privilegiada situación durante nueve años. A Cómodo le gustaba verla vestida como una amazona; él, a su vez, se hacía llamar Amazonio y quiso entrar en la arena ataviado con el atuendo de las amazonas, con el fin de exhibirse ante ella. Es posible que tengamos su imagen en una moneda, puesto que junto a la cabeza de Cómodo vemos la de una mujer

muy bella adornada con el escudo de las amazonas. Fue honrada como las esposas legítimas y disfrutó de los privilegios de las emperatrices, a excepción de cultos del fuego. Una sola palabra suya bastaba para libertar a los cristianos condenados en las canteras de Cerdeña y ella misma era cristiana, o al menos simpatizaba con ellos (al igual que su padre adoptivo, el eunuco Jacinto, presbítero de la comunidad romana, y muchos libertos de esa corte), por lo que tenía tratos con Víctor, obispo de Roma. En vano rogó a Cómodo, de rodillas y con lágrimas en los ojos, que desistiera por ella de su traslado a la escuela de los gladiadores, y sus ruegos le pusieron tan furioso que decidió darle muerte. Marcia se enteró de sus intenciones por pura casualidad, y se unió con el prefecto del pretorio, Leto, y con el liberto Eclecto (del que dicen que fue su amante), que se encontraban en su misma situación y tenían idénticos motivos para asesinar al emperador. El cónsul Falco la acusó, como a Leto, en la primera sesión del senado, afirmando que ambos se prestaban a ayudar a Cómodo en sus actos reprobables, pero Pertinax los exculpó, alegando que se vieron obligados a obedecer a Cómodo contra su voluntad; más tarde, Julia-



Un matrimonio romano representado como Marte y Venus

no ordenó que ajusticiaran a Marcia, junto con todos los que habían tomado parte en la conspiración.

No debemos pensar que en los tiempos difíciles de los siglos III y IV la corte se redujese. Todo lo contrario: la cifra de los sirvientes empleados en la corte fue en aumento y, si damos crédito a Sibanio, aprenderemos que Juliano el Apóstata heredó al subir al trono más de mil cocineros, mil barberos, un ilimitado número de servidores y eunucos.

Como es de suponer, muy pocos de los servidores conseguían sobresalir del montón y disfrutar de los favores del señor, y en más de un caso las esperanzas de los esclavos ambiciosos terminaban en los oprobios que les infligían los esclavos. El fabulista Fedro, que en calidad de liberto imperial estaba muy bien enterado de los sucesos de la corte, nos cuenta un caso sucedido, dando muestras de gran regocijo:

“Cuando Tiberio regresó a su villa de Micenum, después de su viaje a Nápoles, y se estaba paseando por el parque, un atractivo esclavo de la hacienda saltó ante él y, bien peinado y ligeramente vestido, parecía obstinado en regar todos los pasillos por los que pasaba el emperador. Tiberio se dignó hacerle un signo, y cuando el entusiasmado esclavo llegó junto a él, le dijo: “Tus desvelos son vanos; no creas que el honor de una bofetada de mi mano sea tan fácil de conseguir.”

Los intendentes y contables también formaban parte de los esclavos distinguidos de la casa imperial; y fueron conocidos con el nombre de abastecedores. Plinio nos explica como un hecho memorable que el abastecedor de la guerra armenia pudiera comprar su libertad por 13 millones, después del armisticio. Sabemos que los tales abastecedores podían reunir grandes sumas de dinero, puesto que Otón exigió un millón de sesteracios a un esclavo imperial que ocupó uno de esos puestos durante el reinado de Galba. Rotundo, un esclavo de Claudio que había pertenecido a Drusila, la hermana de Calígula, y que fue abastecedor en la España citerior, poseía una fuente de plata que pesaba 500 libras, fundida en un taller hecho a propósito, y que muchos de sus colegas poseían unas fuentes similares, pero ninguna de ese enorme peso.

Se comprende que no todos los servicios que se precisaban en la corte fueran desempeñados por libertos o por esclavos impe-

riales, al menos aquellos que exigían conocimientos artísticos o científicos. Los preceptores de los príncipes, los médicos y los astrólogos, se cuentan entre los sirvientes de la corte que no formaban parte de la casa imperial.

Consejeros, médicos y astrólogos reales

Como es de suponer, los jóvenes príncipes sólo eran educados por los mejores y más famosos maestros. Séneca era senador cuando se le encomendó la educación de Nerón, que en aquel entonces sólo contaba ocho años de edad. Y lo mismo podemos decir respecto a Fronto, encargado de la instrucción de Marco Aurelio.

Los maestros compartían los honores de la corte con los médicos, y su salario anual ascendía a unos 250 000 sestercios (unos tres millones y medio de pesetas) en la época en que los tiempos imperiales todavía estaban en sus comienzos.

Los médicos que prestaban sus servicios en las cortes romanas acostumbraban a ser de origen griego, como Caricles, el médico personal de Tiberio; los dos de Nerón, apellidados Andrómacos (padre e hijo, el padre oriundo de Creta); Cristón, el encargado de velar por la salud de Trajano (que incluso llegó a acompañarle en sus dos campañas germanas); Hermógenes, el de Adriano; Demetrio, el de Marco Aurelio, y Galeno, el de Cómodo. Es de suponer que los servicios que prestaban los médicos imperiales les concediesen el privilegio de la ciudadanía romana. El liberto Antonio Musa fue recompensado por su colaboración en la recuperación de la salud de Augusto (año 22 a. de J. C.), con una columna conmemorativa, el anillo de oro y la exención de impuestos, que pudo compartir con sus colegas. El médico personal de Claudio, S. Stertinius Jenofonte, un asclepiada de Cos, que estaba unido a la casa imperial a causa de sus actividades médicas, consiguió que se concediese a su tío y a su hermano el derecho de ciudadanía y el tribunado militar. Logró para él mismo idénticos privilegios, añadiendo a ellos otras recompensas de importancia, junto con la distinción de la corona de oro y el lanzón del triunfo británico (año 44 después de J. C.). No cabe duda de que acom-

pañó a Claudio en sus incursiones y en el año 53 consiguió que su patria quedara exenta de tributos. Sus agradecidos compatriotas colocaron su imagen sobre las columnas conmemorativas, e incluso acuñaron monedas adornadas con su imagen. Se dice que ayudó a Agripina en el envenenamiento de Claudio (año 54). Las inscripciones que se encontraron en sus monumentos no se limitan a rezar: "amigo del emperador", sino que dicen: "Amigo de Claudio", y, posteriormente: "amigo de Nerón".

Los médicos eran acusados por sus enemigos de envenenadores, y cometían frecuentes adulterios con las mujeres de las casas imperiales, a las que tenían acceso por su profesión. Plinio nos hace referencia de Vetio Valente, famoso entre los médicos de Claudio y amante de Mesalina, con la que fue ajusticiado en el año 58. Y también nos informa de Eudemo, el médico de la nuera de Tiberio, Livia, que estuvo enterado de sus relaciones con Sejano y que, además, tuvo relaciones amorosas con ella. Galeno alardea de haber curado la dolencia de Diomedes, mientras que encumbrados médicos de la corte no sabían tratar la enfermedad.

Los astrólogos tampoco faltaron en las cortes, y casi todos ellos fueron griegos u orientales. La astrología era una ciencia de gran importancia, puesto que pronosticaba las desgracias que podían abatirse sobre el trono. Las profecías despertaban las pasiones aletargadas, excitaban los pensamientos más peligrosos y exaltaban el valor del fatalismo.

Un escritor cristiano del siglo III nos dice que los caldeos destrozaban a los jefes, porque les inyectaban una gran dosis de temor y contribuían así a las hazañas épicas de los rencorosos. Esa era la causa de que la astrología siempre fuera muy perseguida, pero los castigos y las amenazas de que fueron objeto los caldeos resultaron vanos. Los mismos emperadores acostumbraban a consultar a sus astrólogos personales, hasta el punto de que el astrólogo Trasilo, inseparable acompañante de Tiberio, que le aconsejó hasta su muerte, disfrutó de una gran influencia en la corte del César, tan hermético por lo demás. Vespasiano, que creía a rajatabla en esa ciencia, dio la conformidad al astrólogo Barbilo para organizar ciertas fiestas periódicas en la ciudad de Efeso. Se trataba del mismo cientí-

fico que aconsejó a Nerón que hiciera rodar varias cabezas de la aristocracia, cuando en el año 65 se comprobó la aparición de un nuevo cometa, puesto que vio en él un grave peligro para el emperador. Popea también tuvo trato secreto con muchos astrólogos, y éstos llegaron al extremo de encarnar para ella "los designios ocultos que la condujeron a una boda imperial". No es de extrañar, pues, que los destinos de los componentes de las casas imperiales, estuvieran en manos de los astrólogos.

Los amigos del emperador

Prescindiendo de los amigos íntimos del emperador, hay que contar en la corte con el estamento de sus amigos: un gran número de empleados estatales, caballeros y senadores.

El gobierno de Augusto fue encauzado por una directriz certera, porque el César puso buen cuidado en la elección de sus amigos. Ya hemos hablado de Agripa, su general predilecto, y del banquero Mecenas. Por desgracia, no poseemos muchos documentos de los tiempos de Augusto, porque los trece tomos de su autobiografía, tres tomos de libros que engloban las cartas que intercambió con Cicerón, las memorias de Agripa, las obras de Asinio Polión y de Mesala Corvinino, los trece libros de Livio, que datan de la época que media entre el año 44 hasta el 9 a. de J. C., han desaparecido, como nos lo hace notar, apesadumbrado, lord Tweedsmuir.

Tweedsmuir ve la clave para la comprensión del magistral gobierno de Augusto, en el hecho de que convirtió a los nobles en sus colaboradores, porque sabía que estaban a punto de formar parte de la oposición, y completó esta medida administrativa con la elección de sus amigos entre los orgullosos componentes de las familias de los Calpurnios, Cornelios, Valerios, Emilios y Fabios.

Después del triunfo de Augusto, consecuencia de su gran victoria sobre Antonio y Cleopatra, se encontraron el emperador, Agripa y Mecenas. Lord Tweedsmuir nos escribe sobre ello:

"Agripa se convirtió en su vecino sobre el Palatino, porque también lo colmaron de honores y le ofrecieron dos puestos de gran importancia. Y además pudo introducirse en la familia

reinante, gracias a su matrimonio con Marcela, la hija de Octavia. Pero Agripa se preocupaba más por los asuntos de guerra que por cualquier otra actividad, puesto que era un hombre de acción y no un especulativo, aunque esto no impidió a su extraordinaria inteligencia la unión plenamente amistosa con el imaginativo Mecenas. La mayoría de las noches sorprendía a esos tres hombres, Augusto, Agripa y Mecenas, en la elaboración de planes que versaban sobre la construcción de su magno imperio.”

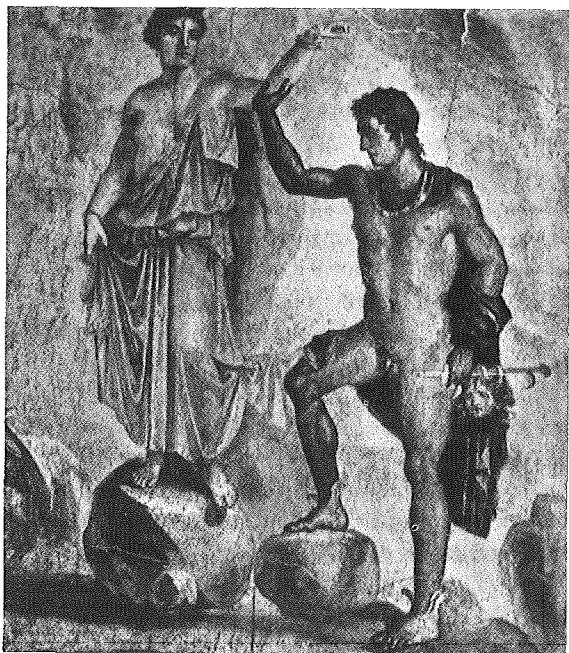
Al igual que Agripa tuvo una gran ascendencia sobre Augusto, compartida por Mecenas, Sejano disfrutó del mismo privilegio junto a Tiberio, y Séneca, en un principio, y Tigelino, más tarde, fueron los amigos íntimos de Nerón.

Lógicamente, los amigos íntimos de un César eran admirados y temidos. Acostumbraban a visitar al emperador a primerísimas horas de la mañana, o compartían su mesa durante la cena. Tito y Adriano incluso invitaban a sus amigos cuando éstos estaban enfermos, lo que ocasionó, por contagio, la muerte prematura del primero.

El emperador solía favorecer a sus amigos con regalos de importancia. Ya dijimos que Nerón enriqueció a sus íntimos, y que marcó esa pauta con su primer amigo después de la muerte de Británico. Se sabe que los hombres más ambiciosos llegaron a repartirse entre ellos las villas y los palacios de los Césares. Entre otros casos encontramos el nombre de Séneca, que cuando se le acusó en el año 62 de haberse enriquecido en demasía, mandó a Nerón un escrito de disculpa, subrayando que no era digno de rechazar sus inmensos favores. Acto seguido ponía sus bienes a la disposición del emperador, que a su vez le obligó a disfrutar de sus privilegios.

Según Plinio, Trajano también repartió entre sus amigos las villas más bellas, después de su subida al trono, llegando al extremo de “considerar sólo como suyo aquello que poseían sus íntimos”. Adriano “enriqueció a sus amigos sin que éstos tuvieran la necesidad de pedírselo, y nunca les negó una súplica”.

Antonino Pío repartió su fortuna personal entre el ejército y sus amigos en cuanto llegó al poder. Marco Aurelio demostró una magnanimidad especial hacia los amigos de su juventud,



Perseo libera a Andr6meda; pintura mural de Pompeya

enriqueciendo a aquellos que no pod6a elevar de categor6a a causa de su origen. Severo no s6lo pag6 las deudas de sus amigos, sino que "su apasionamiento en el amor y en el odio" le llev6 a cubrirlos de oro, repartiendo entre ellos varios palacios lujosos, entre los que podemos contar el de los Partos y el de Letr6n, que en el siglo IV todav6a eran considerados como los m6s bellos de Roma. Los amigos de Juliano el Ap6stata rechazaron muchos de sus regalos: tierras, caballos, palacios, plata y oro. No obstante este hecho general, entre ellos hubo unos cuantos que se mostraron particularmente avaros. Tambi6n era costumbre que los amigos del emperador pensasen en 6l en su testamento, con importancia en forma proporcional a los favores recibidos. Augusto, que prestaba una gran importancia a las "6ltimas voluntades" de sus amigos, llegando al

extremo de no ocultar sus iras o alegrías según el caso, heredó de sus amigos, durante los últimos años de su vida, aproximadamente 1 400 millones de sestercios. Y él mismo nombró herederos suyos a muchos amigos y parientes.

Las antipatías del emperador, en cambio, caían sobre los interesados como una plaga. El desgraciado que las sufría era privado de acceso a la casa imperial, y estaba obligado a romper con las amistades ligadas a ella, a causa de una antigua costumbre romana. Semejante situación sólo podía ser comparada con la peor de las sentencias. D. Junio Silano, que cometió adulterio con Julia, la hija de Augusto, comprobó que el repudio de la casa imperial le obligaba, en realidad, a que se exiliase voluntariamente (el año 8 d. de J. C.). Tiberio le dio permiso para regresar, accediendo a las súplicas de su hermano M. Silano (cónsul en el 19), pero dejó bien sentado que se comportaría con él de la misma forma en que lo hizo su padre, por lo que Silano se vio obligado a prescindir de toda clase de honores y relaciones sociales, pese a que volviese a habitar en Roma.

En algunos casos el alejamiento de las cercanías del emperador, se compensaba con ciertos honores. Nerón, por ejemplo, envió a Otón, su sucesor y amigo, a Lusitania, en donde desempeñó el cargo de gobernador, pese a que hacía poco que había sido nombrado (q)uestor, aunque este alejamiento de la corte había sido tramado por Nerón para poder poseer a Poppaea.

Literatos y artistas de la corte imperial

La mayoría de los césares eran hombres cultivados, por lo que les gustaba rodearse de literatos y artistas. Las relaciones de Horacio con Augusto y Mecenas pueden servirnos como ejemplo, puesto que Horacio siempre mantuvo sus opiniones, pese a que dependiera financieramente de sus amigos.

Lord Tweedsmuir nos dice de él:

“Horacio fue un poeta de la corte, pero no desempeñó el papel de cortesano”, e incluso nos hace mención de ciertas características, que el insigne poeta compartía con Augusto: “Ambos

amaban las viejas costumbres y despreciaban el snobismo, el lujo y la incultura.” Precisamente esa frase nos hace reconocer la grandeza de Augusto, puesto que no es, ni mucho menos, seguro que un dictador de nuestra época dé muestras de una personalidad similar. Por desgracia, el snobismo, el lujo y la incultura reinan en nuestros tiempos hasta el extremo de hacernos pensar que respiramos un aire tanto más puro, cuanto más nos sumergimos en los tiempos pasados. Lord Tweedsmuir también nos cita algunos pasajes de una carta escrita por el emperador al poeta, para subrayar la relación que existía entre Augusto y Horacio:

“Considérate en mi casa como un huésped privilegiado... Siempre serás bien venido a ella... Muchos, entre los que incluso a Septilio, podrán afirmarte que los sentimientos que me inspiras son sinceros; hace poco hice una corta referencia sobre ti... No deseo que tu buena voluntad te obligue a aceptar mis proposiciones, ni quiero que pienses que galopo sobre el corcel de la fama, para arrastrarte conmigo.”

Las odas de Horacio nos dan una bella imagen de los tiempos augustianos, causándonos una impresión imperecedera.

Encontramos en la corte de Augusto muchos literatos griegos, pero entre todos ellos destacó de una forma particular el filósofo Didio Areo de Alejandría (un ecléctico), asiduo acompañante del emperador, que incluso compartió con él su casa, y a quien se debe la concesión de gracia a los alejandrinos, después de la batalla de Accio. Séneca incluso dice que ante la esposa de Augusto se gloriaba de ser su constante acompañante, y que “conocía todos sus estados anímicos”.

Se cree que Areo influyó sobre Augusto para que diera muerte a Cesarión, el hijo de César y Cleopatra. Los hijos de Areo, Dionisos y Nicanor, también ocuparon en la corte lugares privilegiados. Augusto se sirvió de ellos para ampliar sus conocimientos sobre literatura griega; el último es el que ha sido más nombrado y elogiado en las inscripciones atenienses: Julio Nicanor, que fue considerado por el pueblo ateniense, el consejo del Areópago y el de los Seiscientos como un nuevo Homero y un Temístocles, esto porque volvió a comprar para los griegos la isla de Salamina, vendida durante una crisis económica, y como Homero porque era un poeta épico.

El peripatético Jenarco, introducido en la corte de Augusto por Areo, oriundo de Seleucia (en Sicilia), disfrutó de una posición privilegiada hasta que llegó a la ancianidad. El estoico Atenodoro de Tarsos, que fue maestro de Augusto en Apolonia, vivió mucho tiempo en la corte de su real discípulo, que supo demostrarle bien aprendidas sus antiguas lecciones sobre la piedad, permitiéndole que regresara a su patria después de que Atenodoro se dejó convencer para alargar su estancia en Roma durante un año más. El instruido y espiritual Damascenos Nikolaos, un aristotélico, fructífero y dotadísimo poeta y escritor, que pasó largos períodos en la corte romana, compartiendo sus estancias en esta capital con las que tuvo en la corte de Herodes el Grande, gozó plenamente de los favores de Augusto. Timágenes, que llegó a Roma el año 55 a. de J. C., en calidad de prisionero de guerra, y al que Séneca nombra como el "amigo del emperador", perdió los favores del monarca a causa de la libertad de sus chistes, que salían libremente de su boca en los banquetes y paseos, e incluso iban dirigidos contra el César, su esposa y sus familiares; y cuando Augusto le prohibió el acceso a su casa, Asinio Polio le acogió en la suya. El cantor Tigelio fue asiduo comensal de la mesa de Augusto y lo mismo puede decirse respecto a César y Cleopatra, que no sólo alababan su arte, sino que también disfrutaban de la erudición de su lenguaje. No hay duda, pues, de que los romanos importantes sintieron una gran predilección por el arte y las letras.

Tres amigos de Tiberio desempeñaron un importante papel en su vida: Agripa, el sobrino de Herodes el Grande, al que Tiberio exilió a causa de su desmesurada ambición; Lucilio Longo y Cocceyo Nerva, en los que el emperador encontró a dos amigos desinteresados. Lucilio Longo siguió a Tiberio a Rodas, y murió en el año 23, el mismo en que Tiberio perdió a su hijo Druso y a su nieto. Tiberio mandó edificar a su amigo perdido un monumento en el mismo foro.

Tiberio, que poseía una gran cultura, se rodeó de un círculo de griegos incluso antes de su subida al trono, y no los olvidó cuando llegó la hora de recompensar a sus amigos. Permanecieron junto a él en su corte, y se les pedía su opinión. Tiberio se hizo acompañar a Capri por esos letrados, con el fin de solazarse con sus conversaciones. Entre ellos se contaban el as-

trólogo Trasyllo y el médico Caricles, a quien Tiberio pedía consejo pese a no ser su galeno personal. Poco antes de la muerte del César, Caricles le cogió la mano y simuló besarla, pero en realidad se preocupó de tomarle el pulso. Tiberio se dio cuenta de ello y alargó la sobremesa, para disimular su flaqueza, como si “pretendiera honrar con su acto la preocupación de su amigo”.

Tiberio, que conocía muy bien el griego y el latín, encontraba un placer especial en conversar con los filólogos, a los que ponía en un brete en la mesa, con preguntas difíciles o imposibles de contestar (poniendo a prueba su erudición), como quién fue la madre de Hécuba, qué nombre femenino usó Aquiles entre las hijas de Licomedes, o cuáles fuerón los cantos de las sirenas. Al enterarse que el filólogo Deleuco se informaba de las lecturas del César mediante sus criados, con el fin de estar preparado para sus preguntas, le alejó de su casa, obligándole luego a suicidarse.

Nerón se rodeó de colaboradores que le ayudaron en sus composiciones poéticas. Tácito nos dice que también invitaba a su mesa a los maestros de la sabiduría, con el solo fin de enfrentar entre sí a los sostenedores de unos y otros principios. Dión de Prusa fue tan distinguido por Trajano, que incluso se le vio varias veces en el carruaje imperial. Adriano se rodeó de una gran cantidad de filólogos, filósofos, retóricos, músicos, pintores, matemáticos y astrólogos. Favorino consiguió disfrutar de una posición privilegiada en ese círculo de artistas y eruditos. El gran investigador lingüístico griego, Aelio Herodiano, que ha sido comparado con Jacobo Grimm por la profundidad y la amplitud de sus investigaciones, fue un gran amigo de Marco Aurelio y escribió su doctrina del acento a instancias del emperador.

Entre las personas que rodeaban a los emperadores, encontramos a bufones, comediantes, cantores y un sinfín de figuras representativas, que, como es de suponer, debían sacrificar a veces su propia persona para divertir a la corte. Juvenal nos dice que el que en su época quería vivir como un parásito, debía soportar mucho más que Sarmiento o el bajito Gaba en la mesa del César Augusto. El primero fue esclavo, y luego liberto de M. Favorino, muerto en Filippi, de ascendencia etrus-

ca, que se hizo famoso a causa de su belleza y de sus chistes. Plutarco afirma que el segundo se dormía en la mesa, para no ser testigo de los flirteos que Mecenas sostenía con su esposa, pero que en una ocasión en que un esclavo no llenó su copa con vino, le dijo: "sólo duermo para Mecenas".

Los banquetes

Ya hemos hablado por dos veces acerca del lujo en los banquetes. La primera en el capítulo 1 de este libro, al preguntarnos si la ostentación gastronómica de los romanos fue mayor que la de nuestros tiempos. Y la segunda, en los comienzos de este capítulo, al tratar sobre las costumbres de la corte, en donde expusimos en una miniatura histórica las particularidades de los banquetes romanos, en la presentación titulada "un día en la corte de Domiciano".

La invitación a la mesa de un emperador era considerada como un gran privilegio, y ya antes copiamos los versos de Estacio, que compuso a raíz de una de ellas. Su colega Marcial incluso llegó a afirmar que si fuera invitado, a un mismo tiempo, a la mesa de Júpiter y de Domiciano, daría preferencia a la invitación del emperador, incluso en el caso de que el camino hacia su palacio fuera más largo que el del Olimpo. Una exageración tan grande en boca del satírico Marcial sólo puede ser tomada como un chiste.

La cifra de los comensales oscilaba según la ocasión. Algunos emperadores se limitaban a un reducido grupo, mientras que otros incluso invitaban a 600 personas. Cuando Calígula se enteró de que uno de sus mayordomos había sido comprado, para conseguir invitaciones a la mesa del César, por 200 000 sestercios, por un hombre que disfrutaba de una gran fortuna, le invitó personalmente al día siguiente, como demostración de que se alegraba de que el honor de una de sus invitaciones fuera tan apreciado.

Como es de suponer, el comportamiento del emperador frente a sus huéspedes variaba muchísimo. Augusto trataba a los suyos con gran amabilidad. Les mezclaba en sus conversaciones, les daba la oportunidad de sobresalir, en el caso de que

guardasen silencio o hablasen en voz baja, e incluso los divertía con bailes y representaciones de toda clase. A veces, aparecía una vez comenzada la comida, retirándose antes de terminar, sin permitir que los comensales se privasen de sus diversiones. Tenemos dos descripciones muy diferentes sobre los banquetes de Domiciano: la de Estacio, ya mencionada, y que nos muestra lo extasiado que se sintió al poder compartir la mesa del emperador, y la de Plinio el Joven, que gritó a los cuatro vientos las humillaciones que debían soportar los senadores en todos esos banquetes. Estacio nos describe la magnificencia de las innumerables columnas de costosos mármoles, las grandes estancias, los techos, cuya altura no podía ser alcanzada con la vista, las paredes recubiertas de láminas de oro y los plafones del mismo riquísimo material que adornaban el contorno del aposento en que el emperador compartía su mesa con los caballeros y senadores, a los que dispersaba en miles de divanes. Pero no prestó atención ni a los manjares, ni a las mesas de limonero con patas de marfil, ni a los infinitos criados. Parece que sólo encontró tiempo para observarle a "él", rodeado de toda su magnificencia, como si fuera la reencarnación de una deidad. Los huéspedes que compartían la mesa de Domiciano eran tratados de una forma desagradable, que en más de un caso rayaba en la humillación. Domiciano invitaba a los hombres más importantes del senado y de la nobleza. La gran sala parecía una sinfonía en negro, los criados eran negros, igual que si fueran fantasmas; las viandas eran servidas en fuentes negras, como se acostumbraba a hacer en las comidas mortuorias; junto a cada invitado había una pizarra con su nombre y un candelabro encendido como si se tratase de un banquete funerario. Cuando los invitados regresaban a sus casas muertos de miedo, en espera de la sentencia de muerte, recibían costosos regalos. Heliogábalo, emborrachaba a sus amigos, los hacía encerrar luego en un aposento y soltaba entre ellos fieras salvajes que, aunque eran inofensivas a causa de la extracción de sus dentaduras, ocasionaron más de una muerte por susto. Sentaba a algunos de ellos sobre almohadones rellenos de aire, que súbitamente eran vaciados, de forma que los interesados aterrizaban, inesperadamente, sobre el duro suelo.

La mesa imperial no se distinguía en nada de los banquetes que daban las personalidades más distinguidas, pero existía una gran diferencia entre unos y otros en lo que respecta a la vajilla, la decoración y la servidumbre. Al igual que otros emperadores (como Calígula, Nerva, Trajano, Antonino Pío y Pertinax), Marco Aurelio también tuvo que subastar la vajilla imperial para recoger dinero destinado a la guerra contra los marcomanos. Subastó los cálices de oro y cristal de Murano, pertenecientes a la casa imperial. Más tarde permitió a los compradores que le devolvieran las mercancías a cambio del mismo precio que pagaron por ellas, pero les autorizaba el privilegio de adornar sus mesas con la misma vajilla empleada por él, e incluso permitía a los distinguidos realzar sus sofás con bordones dorados. Se sostiene que el primer privilegiado con la última merced citada fue el futuro emperador Heliogábalo. Adriano fue el primero que empleó manteles hilados con hebras de oro, lo que imitó Heliogábalo, que llegó a emplearlos para ponerlos debajo de las viandas. La mesa de Alejandro Severo estaba cubierta de manteles muy sencillos, adornados con simples franjas escarlata, pero en cambio Galieno cubrió su mesa con manteles de malla de oro. El uso de las vajillas de oro parece haber sido un privilegio reservado sólo a los emperadores desde que Tiberio limitó su empleo a las personas privadas, a los actos de culto, en el año 16. En cambio, Aureliano otorgó el permiso a todos los nobles para poder servirse de ellas.

Los huéspedes vestían la toga al igual que en las audiencias matutinas, hasta la regencia de Marco Aurelio. Septimio Severo, invitado por ese emperador, apareció con el palio. En esa misma ocasión se le entregó una toga del César, con lo que se puso de manifiesto que había sido escogido para mandar más tarde.

Se supone que el uso del traje que vestían todos los ciudadanos romanos fue aceptado como costumbre hasta una época muy avanzada. Se daba como cosa natural que los senadores y los caballeros no concurrieran a los banquetes imperiales sin la franja púrpura que adornaba sus túnicas, y los magistrados lucían sus insignias en semejantes ocasiones. Cuando, en el año 69, un banquete de Otón fue interrumpido por una revuel-

ta de la soldadesca, los magistrados se desprendieron de sus insignias para poder huir sin ser reconocidos. En el momento de sentarse a la mesa, los romanos dejaban que sus togas cayesen de sus espaldas, tal y como parece haberlo hecho Adriano, si debemos dar crédito a los informes de sus biógrafos. Los soldados sólo asistían a los banquetes ataviados con sus uniformes guerreros a partir de la segunda mitad del siglo III.

Bailarines, comediantes y pajes de la corte

Marguerite Yourcenar nos presenta al emperador, en sus "Memorias de Adriano", en momentos relacionados con las amantes de su juventud. Incluye en ellas el recuerdo de una mujer que estaba enamorada de un bailarín: "era fina y robusta a la vez, más cariñosa y más decidida que otras féminas; su cuerpo frágil forzaba a recordar el tallo de las rosas. Siempre he sentido especial predilección por los cabellos de las mujeres, esa corona natural, suave como la seda y de forma ondeada, del cuerpo femenino. Pero los peinados de las mujeres actuales semejan extrañas torres, laberintos, barcas o nidos de serpientes. El de ella estaba en consonancia con mis gustos, puesto que sus guedejas le caían sobre los hombros como si fueran uvas maduras. Cuando permanecía echada sobre la espalda, y apoyaba su pequeña y orgullosa cabeza sobre mis hombros, me explicaba sus aventuras amorosas, con carencia del más elemental sentimiento de pudor. Yo estaba enamorado de su temperamento apasionado, de su capacidad para entregarse al placer, de su gusto delicado y del éxtasis que podía sentir su alma. A medida que fue transcurriendo el tiempo, conocí a docenas a sus antiguos amantes. Ello me hizo comprender claramente que yo no era más que un comparsa, obligado a no hacerse ninguna clase de ilusiones sobre su fidelidad. Sé que se prendó de un bailarín llamado Batilo, tan extraordinariamente bello, que parecía justificar las mayores locuras. Murmuraba su nombre cuando estaba entre mis brazos, y no puedo negar que yo mismo lo encontraba bello... Un día ella me rogó que le prestara cien mil sestercios, y me apresuré a llevárselos al día siguiente. La vi arrodillarse en el suelo y

abrir el saco del dinero, como si fuera una acendrada avarienta, para luego amontonar las monedas de oro en pequeñas columnas. Para ella, esas monedas sobre las que se estampó la efigie de un César, no eran medio de transacción ni ningún tesoro, sino una simple materia mágica que la ayudaría a hechizar al bailarín Batilo. Comprobé que se había olvidado totalmente de mi presencia, lo que no me privó de encontrarla más encantadora que nunca, al verla extasiada, haciendo sus cuentas con los dedos, como si fuera una pequeña colegiala.”

Otros comediantes también son mencionados con frecuencia como personas de una cierta influencia en la corte. Apeles de Ascalón, el trágico más famoso de su tiempo, fue el asiduo acompañante de Calígula y gran consejero del emperador. “E hizo lo que se permiten esos hombres cuando consiguen escalar hasta el poder, actuando con la despreocupación que confiere la libertad absoluta.”

Los judíos enviados a Calígula procedentes de Alejandría pensaban que, al ser ascalonita y, por lo tanto, enemigo de su raza, les haría blanco de sus persecuciones, secundado por su cortesano Helikon. Pero Helikon cayó pronto en desgracia, por haber dudado un segundo en responder a la pregunta de Calígula, que quiso enterarse por su boca si el César era, o no, más importante que Júpiter. Calígula le mandó azotar e incluso aplaudió los quejidos de dolor, que sonaban en sus oídos como música celestial. Josefo de Puteoli fue presentado a la emperatriz Popea por el mímico Halitro, un judío que disfrutaba de ciertos privilegios junto a Nerón y que consiguió, gracias a su amistad con la mujer del César, la libertad de algunos sacerdotes judíos que el procurador Félix envió al propio Nerón.

Los pajes y los mancebos desempeñaron un papel de gran importancia entre los servidores de la corte. El nombre de Antinoos debe ser mencionado entre ellos, como demostración de lo lejos que pudieron llegar. Marcial y Estacio se disputaron entre sí la primacía en el elogio del bello Sarino, un eunuco liberto, que fue uno de los favoritos de Domiciano, y cuya sabiduría en el arte del amor le hizo llegar a ser el preferido del César de entre todos aquellos que prestaban idénticos servicios al emperador.

Las inscripciones nos dan constancia de que algunos esclavos y libertos imperiales trabajaban como pedagogos. El pedagogio, la escuela de los pajes, se remonta a los tiempos de Tiberio, y a partir de Adriano se encontraba en el Celio, en un edificio de la segunda región conocido con el nombre de Caput Africae, que incluso dio nombre a toda una calle. Y también contamos con ciertas inscripciones, encontradas en una estancia de una dependencia del Palatino, situada hacia el circo, en la que firmaron todos aquellos que habían frecuentado la escuela de los pajes, dejando sus nombres estampados en las



Estatuilla romana: niña con paloma

paredes. Dichos escritos nos demuestran que el edificio reunía a muchachos de todos los países (por ejemplo de Crimea y el norte de Africa). Entre ellos encontramos el nombre de un tal Alexamenos, al que criticaron sus compañeros, humillándole con caricaturas, por sus creencias cristianas.

Apenas tenemos referencia de la servidumbre femenina de la casa imperial, compuesta en su mayor parte de esclavas y libertas. Sin embargo, algunas de ellas merecen nuestro interés, por ciertos hechos que caracterizan su posición. La judía Acme, esclava de Livia, fue corrompida con grandes sumas por Antipater, el bastardo de Herodes el Grande, para que tomara parte de una intriga que se preparaba en contra de Salomé, la hermana de Herodes. Una de las cartas que ella dirigió a Antipater cayó en manos de los adictos de Salomé, lo que le costó la vida.

El futuro emperador Otón se preparó el camino que le llevó a su amistad con Nerón gracias a la intervención de una liberta imperial, a la que concedió grandes honores por esa misma causa; incluso llegó al extremo de simular que estaba enamorado de ella, pese a que la mujer en cuestión contase muchos años.

El comportamiento del futuro emperador Otón, frente a la anciana liberta, nos muestra que semejantes relaciones, a veces, rayaban en la comicidad. Las relaciones que unían a Mesalina con el bello comediante Mnester también pueden ser tildadas de cómicas, pese a que Mnester fuese muy atractivo y pueda ser considerado como el inventor del ballet actual. El emperador Claudio insinuó a Mnester —de una forma muy ambigua— que deseaba que el artista sirviera a su esposa en todo lo que ella le pidiera, ocasión que aprovechó Mesalina en su conveniencia personal, amparándose en los mandatos del propio César e interpretándolos a su modo.

El mismo Claudio explica (según Ranke Graves):

“Me estrañé más de una vez de que Mnester no apareciera en escena, pese a que estuviese anunciada su actuación. Y cada vez que esto sucedía, el público daba muestras de una gran indignación. Pregunté a Mesalina si compartía conmigo la opinión de que no se debía decepcionar de esa forma a los asistentes al teatro. Pero pude entonces comprobar la extraña cir-

cunstancia de que Mesalina nunca pudo sentirse decepcionada ante la desaparición de Mnester, puesto que daba la coincidencia de que cuando el bailarín no comparecía en el teatro ella se quejaba de fuertes dolores de cabeza. La consecuencia de todo ello fue que, aunque discutiésemos sobre el hecho sin resultado alguno, porque es imposible sentir decepción cuando se desconocen las causas que pueden motivarla, Mesalina me presentó argumentos en virtud de los cuales no le era posible sentir la misma indignación que yo y que los que compartían mi opinión cuando Mnester no aparecía en escena. Mnester no varió su comportamiento, pese a que le advirtiese por medio de mi secretario. Un día fui obligado a presenciar las decepcionadas iras de los espectadores, por lo que les dije bromeando: "En todo caso, no podéis inculparme de haberle retenido en mi palacio". Mi observación produjo una hilaridad tan grande y general, que me vi imposibilitado de comprenderla, por lo que decidí visitar a Mesalina una vez terminada la representación. La encontré en cama, con la habitación completamente a oscuras, como cada vez que padecía sus intensos dolores de cabeza. Me saludó con las siguientes palabras: "Ya me he enterado de que Mnester tampoco compareció, hoy, en el teatro. En el fondo me alegro, porque mi malestar no me ha privado de su actuación." Respondí a sus palabras: "Debemos hacer lo posible para que cumpla con su deber. ¡Los ciudadanos se muestran iracundos con él!" Mesalina suspiró: "No sé qué hacer. ¡Ese pobre infeliz es tan sensible! En ese aspecto se muestra con igual sensibilidad que una mujer, cosa frecuente en los grandes artistas. No deja de repetir que la excitación le provoca grandes jaquecas. Si esta noche se ha encontrado la mitad de mal que yo, hubiera sido una crueldad el obligarlo a actuar. Se toma tan en serio su trabajo, que se sentiría desolado si el público saliese decepcionado después de la representación. Te ruego ahora que me dejes sola, querido. Intentaré dormir un rato." No tuve más remedio que abandonar la estancia, andando de puntillas. ¿Debía molestarla en aquel momento para informarla de que ese Mnester no merecía tantos desvelos y de que empezaba a sentir por él una fuerte antipatía? La visión de la mujer indefensa, sufriente y desvalida, me prohibió semejantes manifestaciones. No quise presentarme

ante ella como un tirano. Después he sostenido muchas conversaciones similares con Mesalina, haciendo mención en ellas al comportamiento de Mnester, pero nunca conseguí pasar de las dos o tres primeras frases...”

Cuando Claudio estuvo perfectamente enterado de todas las añagazas de su mujer, añade:

“Los dolores de cabeza que Mesalina sufrió cada vez que Mnester no comparecía en escena, también encontraron su amarga aclaración. Ambos se aprovecharon a sus anchas de que fuera precisamente yo el que ordenase a Mnester que sirviera en todo a Mesalina. Cada vez que se metían juntos en la cama, recordaban que cumplían un mandato imperial.”

DAMAS, DAMISELAS Y RAMERAS

Después de ocuparnos, en el primer capítulo, de los césares, y profundizar un poco sobre los que pertenecían a la casa julio-claudia, vamos a pasar revista a las emperatrices más significativas, con el fin de formarnos una idea de la posición que ocupan en la historia y en las costumbres de aquel entonces. Nos enfrentamos con el hecho de que cada una de esas figuras femeninas se nos aparece hermética y con características muy personales, y puede decirse que cada una de ellas es un enigma, al igual que los césares.

Livia

Al hablar de Tiberio ya mencionamos el extraño matrimonio de su madre. Livia dejó su casa a los 19 años, con el consentimiento de su marido, para trasladarse luego al hogar de Octavio, que más tarde se convirtió en el emperador Augusto. Se encuentra en el sexto mes de embarazo, y ya tiene un hijo, cuyo nombre es Tiberio. Druso nace tres meses más tarde, y Augusto lo envía a su supuesto padre. Los investigadores se han esforzado en indagar si Octavio y Livia sostenían relaciones amorosas antes de su matrimonio, lo que podría permitir suponer que Druso fuese el fruto de ellas. Ferrero, que se ha ocupado largo y tendido de esa historia de amor, nos informa en su libro "Grandeza y decadencia de Roma" que existía un viejo amor entre Octavio y Livia, y que ésta había sido seducida por el futuro César. Sin embargo, Ferrero escribe posteriormente:

"Después de profundizar en el análisis he llegado a la conclusión de que ese famoso matrimonio, que ejerció una influencia

tan grande sobre la historia de Roma, tiene otra explicación que no se basa, precisamente, en el romanticismo, sino que está mucho más en consonancia con el carácter de los romanos.”

Ferrero también se muestra de acuerdo con las opiniones de Marañón, que dice que “la ambición de Livia fue el único motivo que la llevó al lado de Octavio, y que Octavio también se basó en la ambición para contraer ese matrimonio”.

Livia era una mujer de rancia nobleza, mientras que Octavio era hijo de un nuevo rico. Pese a que César le dio su apellido al adoptarle, el ilustre nombre de una antigua familia de patricios, nadie ignoraba su origen humilde, puesto que su abuelo fue un usurero de Velitrae, el Velletri actual. En un país en que, pese a las revoluciones, la nobleza seguía disfrutando de un gran prestigio en el pueblo, los orígenes humildes de Octavio representaban una traba para sus proyectos, dificultad aumentada por la coincidencia de que sus dos colegas del primer triunvirato, Antonio y Lépido, podían enorgullecerse de proceder de una estirpe ilustre.

Esta puede ser una explicación a las prisas que demostró Augusto para casarse con Livia, en el año 38 a. de J. C. Una incógnita que se plantea el investigador moderno interesado en los problemas sexuales, es la razón de que este matrimonio de Augusto y Livia no tuviese hijos, aunque cada uno de ellos por separado, y anteriormente, se había mostrado fructífero. Octavio tenía una hija procedente de su primer matrimonio, y Livia había dado a luz a Tiberio, primeramente, y después a Druso. Muchos historiadores están persuadidos de que Livia fue, en alguna ocasión, objeto de un aborto provocado, que la dejó estéril para lo sucesivo. Esta tesis sólo puede tomarse como cierta para el caso de que se suponga ocurrido el aborto en el período anterior al matrimonio de Livia con Augusto, puesto que los dos debieron desear ardientemente tener hijos de su unión, a fin de asegurarse la sucesión al trono. Y aún debemos tener en cuenta las leyes de la época, que exigían a la mujer tener tres hijos como mínimo y puesto que Livia sólo tenía dos, no cabe duda de que su deseo y ambición la conducían a tener un sucesor de Augusto. Con ello nos enfrentamos con una incógnita que no hemos podido aclarar ni siquiera

después de dos mil años, y no nos cabe más remedio que pensar que el destino castigó a Augusto con la esterilidad de su matrimonio, y pensamos en castigo, puesto que no había dudado en dar muerte a los hijos de otras personas, llegando al extremo de hacer asesinar a su primo Cesarión.

La idea de que por los matrimonios se podía ascender por la escala social fue una de las preferidas de Augusto, y durante su reinado se obstinó en concertar bodas, en cuyos proyectos no tomó en consideración los sentimientos de las personas interesadas, pasando por alto si ambas congeniaban o si estaban de acuerdo con sus planes, cosas, ambas, que él consideraba secundarias, siempre que la posición social de los cónyuges fuera brillante.

Ferrero compara el matrimonio de Octavio y Livia con el de Napoleón y María Luisa, que permitió al oficial corso, más tarde emperador de Francia, acercarse a la familia imperial austríaca. Pese a ello, Napoleón no pudo disfrutar del privilegio que le podría haber proporcionado dicho parentesco, puesto que su suegro siguió siendo su rival y no demostró ningún interés en ponerse del lado de su yerno.

Creo que Augusto pasó por la misma decepción dos mil años atrás, porque su matrimonio, perfectamente planeado y combinado, sólo contribuyó a complicar la situación, e incluso tuvo una gran dosis de culpa en la degeneración de la casa imperial julio-claudia.

¿Fue Livia una mujer hermosa? Observamos sus bustos, que se exhiben en la gliptoteca Carlsberg, de Copenhague, constando que no nos encontramos frente a una auténtica beldad. Poulsen, que se ha ocupado muchísimo de la iconografía antigua, escribe: "su frente ancha y recta, sus ojos achatados y exageradamente separados, su vigorosa mandíbula, que parecía emerger de sus rubicundas mejillas, su boca de labios finos y su corta y puntiaguda barbilla, nos ofrecen la imagen de una mujer sana, que no es lo mismo, ni mucho menos, que la de una mujer atractiva. Es posible que el color de su tez y la expresión de su rostro diesen un agradable brillo a sus facciones. Tácito nos dice acerca de su comportamiento que se mostraba mucho más afable de lo permitido a las mujeres de la antigüedad.

Poulsen también comenta otras esculturas de Livia, opinando que las que fueron encontradas en la Villa de los Misterios, de Pompeya, tenían una expresión tan encantadora que casi nos permite creer en su belleza. Al contraer matrimonio con Augusto, Livia tuvo que enfrentarse con la obligación de salvar las tradiciones de la nobleza romana, compaginándolas con la vida y las costumbres del César. Ferrero cree que fue el prototipo de las grandes damas romanas, y muchos investigadores comparten su opinión de que los envenenamientos que se le achacan no son más que mentiras, “porque no es posible que cometiese acciones tan bajas”.

Los conocedores de la vida y las costumbres romanas, observan una y otra vez que no se la puede acusar de infidelidad a su marido ni de una conducta ligera. Y todo hace suponer que colaboró en la preparación de aquellos decretos que Augusto promulgó en el año 18 a. de J. C., basados en tres de una decisiva importancia: la *Lex de maritandis ordinibus*, que obligaba a los aristócratas, por medio de castigos y bonificaciones, a fundar una familia y a concebir hijos; la *Lex de adulteriis*, que volvía a implantar las antiguas costumbres familiares, y la *Lex sumptuaria*, que limitaba los exagerados gastos que muchas casas ricas habían tomado por costumbre.

Cuando la fecundidad se convirtió en esterilidad en la casa imperial julio-claudia, Livia no pretendió mantenerse a base de sus encantos físicos —idea que compartimos con Ferrero y otros muchos historiadores—, sino que siguió su camino serena y tranquila, defendiendo sus elevados ideales hasta el fin de su vida. No obstante, existen otros historiadores que tienen una opinión muy pobre sobre Livia, y éstos son precisamente aquellos que ven en la emancipación de las mujeres el origen del desastre final de la historia de Roma. Pese a que Marañón no forma parte de ese grupo, tampoco tiene una buena opinión de Livia, puesto que dice respecto a la emancipación femenina: “fue la causa de que el poder de seducción de la mujer hiciese su aparición en esos momentos históricos, llegando incluso a rayar en la exageración en los casos de Livia o Agripina, en los que las mujeres dieron muestras de una ilimitada ansia de poder, o de un donjuanismo femenino, como el de las Julias y Mesalina. En eso estriba toda la estupidez de las maquina-

ciones de las mujeres. Cuando la mujer lucha con el hombre para alcanzar la misma posición social que él, debe nivelar sus atractivos físicos y, por lo tanto, sus sugerencias eróticas, con la influencia que ejerce sobre su estado anímico. La mujer emancipada se libera de la esclavitud que la ligaba a su esposo, pero, al mismo tiempo, se ve obligada a prescindir de su ascendencia sobre él. Se ha convertido públicamente en su rival iniciando un trato del que casi siempre sale mal parada”.

Lo dicho nos demuestra que Marañón es un hombre que no juzga bien a Livia, exponiéndonos la opinión que se formó de ella en la siguiente frase: “Empleaba su atractivo femenino para alimentar su ambición, permaneciendo en la helada cumbre de su frigidez, y negándose a aquella entrega magnánima que exige el amor verdadero.”

Julia la Mayor

La hija de Augusto sigue viviendo para nosotros, gracias a una escultura suya que se encuentra en Berlín. Poulsen dice en sus estudios iconográficos: “Una dama con unas características apasionadas, pero en cuyas facciones juveniles no encontramos ninguna huella de sus ligerezas. Por el contrario, la expresión de esa encantadora cabeza de muchacha es tan dulce como inteligente, y tanto su mirada como las líneas de su boca son tan inocentes y serenas que obligan a admirarla a todos cuantos las observan. Podemos decir que esa cabeza es una imagen perfecta de la joven e inexperta esposa de Marcelo. Pero si se trata de representar a la Julia que demostró ser posteriormente, no nos cabe más remedio que aceptar que el realismo de los escultores romanos, que se supone perfecto, podía llegar a los límites del embuste.”

Y son precisamente esas observaciones las que nos plantean el enigma de la mujer, ante la que hemos de preguntarnos si esa dama de la alta sociedad romana poseyó equivocadas ideas avanzadas o si realmente la dominó el temperamento de ramera que le atribuyen sus biógrafos. Es inconcebible que una mujer que da a un esposo cinco hijos, sea una insatisfecha sexual y sienta la necesidad de engañar a su marido con otros hom-

bres. Sin embargo, es posible que Julia no amase a su segundo marido —opinión que comparten los psicólogos modernos— y que sólo buscase las aventuras amorosas cuando se encontraba encinta, con el fin de resarcirse, con apasionados escarceos fuera del hogar, de las humillaciones que creía tener que soportar en el matrimonio y durante las noches de amor que por él le eran impuestas. En ese caso, también resulta imposible que nos podamos formar un criterio exacto sobre Julia la Mayor, después de dos mil años de su existencia. Hablo de la misma mujer que más tarde fue emperatriz como consecuencia de su matrimonio con Tiberio. Pero existe un punto muy claro: que nunca se avino con Livia.

Ya hemos dicho que en el conflicto que se originó entre Augusto y Tiberio, Livia defendió en todo momento la tradición, mientras que Julia se comportó como una mujer ligera y de ideas avanzadas. También es posible que la severísima educación que le dieron en su juventud la impulsase más tarde a odiar todas las severidades. Incluso opinamos que el libertinaje de Julia tal vez se debiera a una reacción de rebeldía contra el matrimonio que Augusto le impuso con Tiberio, el mismo que obligó a Marañón a escribir la citada frase: "La más cínica trata de blancas de nuestros días no es tan inmoral como esa prostitución legítima amparada en las razones de estado."

Vamos a intentar seguir rápidamente esa vida aventurera. Julia sólo contaba 14 años cuando la casaron con Marcelo II, en el año 25 a. de J. C. Marcelo murió dos años después, y Julia fue unida en el 21, después de dos años de viudez, con el general Agripa, por orden de Augusto. Nadie puede negar que Agripa fuera un excelente soldado, un hombre a quien Augusto debía agradecer en parte la brillantez de su imperio, pero también era un rudo guerrero que nada podía ofrecer a una mujer distinguida, civilizada y cultísima. De ese desnivelado matrimonio, que duró nueve años, nacieron cuatro hijos; el último, el año 12 a. de J. C., pocos meses después de la muerte de su padre, por lo que recibió el nombre de Agripa Póstumo.

Se dice que Julia tuvo amantes secretos mientras estuvo casada con Agripa, pero no cabe duda de que el peor suceso de su vida estribó en que, cuando finalmente se vio libre de su se-

gundo esposo, Augusto no cesó de hacer planes para ofrecerla a un tercer hombre. Tal vez fue Livia la que propuso a Augusto que casara a Julia con Tiberio, con el fin de que se unieran el hijo y la hija de un emperador, contribuyendo con su unión a ligar más estrechamente la familia julio-claudia. Recordad que os dije que Tiberio se sentía muy feliz en su matrimonio, por lo que sólo se avino a la boda con Julia por razones de estado, y después de haber sido diestramente “trabajado” por su madre. La unión resultó desastrosa, y terminó con el exilio voluntario de Tiberio en Rodas. Ya hablamos del carácter de esa boda cuando expusimos la historia de Tiberio. Julia trató a su esposo como una mujer muy ducha en todas las artimañas del amor, por lo que el tímido y acomplejado Tiberio no pudo resistir la convivencia marital. Incluso podemos decir que se repugnaban mutuamente, y precisamente en esa época Tiberio empezó a sufrir aquellos abscesos y erupciones que ya no le abandonaron en toda su vida, desfigurándole el rostro, que antaño tuvo una apariencia agradable.

Julia aprovechó el tiempo que Tiberio permaneció en Rodas para sus intrigas políticas. Intentó arrastrar a sus maniobras a su hijo Cayo César, que había sido adoptado por Augusto, e inició una agitación en la corte, con el fin de hacer nombrar cónsul a ese hijo, que sólo contaba catorce años, para la fecha en que Cayo cumpliera los veintiuno. El partido de Julia se avino a sus maniobras para que la opinión general se centrara en el muchacho, con lo que Tiberio se enfrentaba con un peligroso rival. La acción de Julia fue astuta y arriesgada. Livia se vio obligada a interponerse entre sus deseos, y las disensiones familiares se hicieron aún más agudas.

El partido de Julia ganó cada vez más adeptos y las cosas llegaron al extremo de que Tiberio parecía luchar completamente solo, en un juego perdido de antemano. Pero, finalmente, el pequeño círculo que permaneció fiel a Tiberio decidió dar un golpe de mano de extraordinaria audacia. La *Lex Julia de adulteriis*, promulgada por Augusto el año 18, permitía a cualquier ciudadano acusar ante un tribunal a la mujer que hubiera cometido adulterio, en el caso de que el esposo o el padre no se decidiesen a inculparla. El decreto podía ser aplicado a Julia, puesto que en aquellos momentos sostenía relaciones amo-

rosas con Sempronio Graco, ya iniciadas en la época de su matrimonio con Agripa. No podemos saber con exactitud el grado de participación que tuvo Livia en la tragedia que se desarrolló a continuación. En todo caso sabemos que consiguió poseer pruebas de la culpabilidad de Julia, que luego puso en manos de Augusto, al que no le quedó más remedio que hacer prevalecer la ley que él mismo había promulgado. Se encontró en una situación parecida a la que nos presentó Wagner en el siglo XIX, en "El anillo de los Nibelungos", cuando Wotan se ve forzado a destruir su propia obra, si quiere mantener su lanza. Augusto se vio obligado a desterrar a su querida hija, Julia, a la pequeña isla de Pandataria, con lo que Tiberio ganó la partida. Pero el partido que le era hostil no dio el asunto por perdido, encontrando poco después a otra mujer tras la que poder ampararse: Julia la Menor.

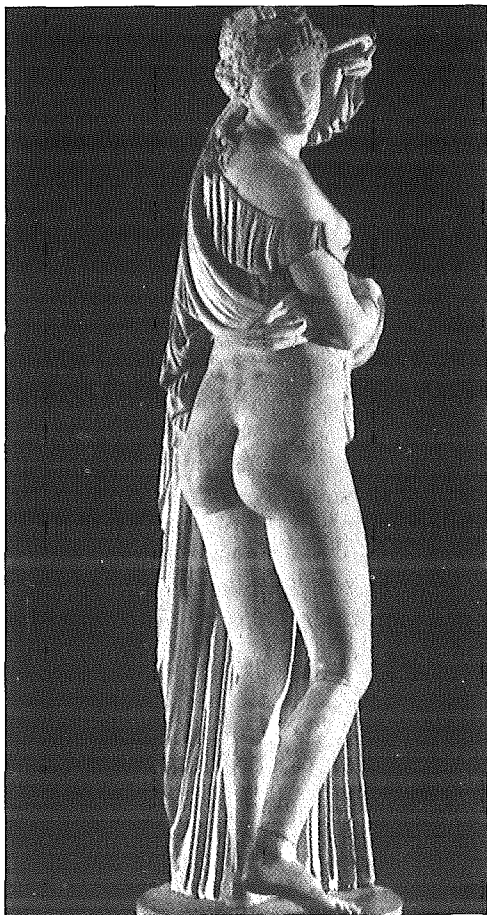
Julia la Menor

No cabe duda de que esa nieta de Augusto era tan amada por éste como sus dos hermanos mayores, por lo que se preocupó mucho al observar que reunía en torno a ella, siguiendo el ejemplo de su madre, una corte de vividores, escritores y poetas (entre los que se contaba Ovidio). Al principio, Julia también se aprovechó del cariño de su abuelo, atreviéndose a desobedecer tanto los decretos como las tradiciones de los puritanos romanos. Entre otras cosas pasó por encima el edicto de Augusto sobre el lujo y se mandó edificar una maravillosa villa; más tarde también despreció y desobedeció la ley de adulterios, que perdió a su madre.

Tal y como dijimos en la historia de la vida de Tiberio, Cayo y Lucio, los dos hijos de Julia la Mayor, murieron con poco tiempo de diferencia. El mayor lo hizo en Marsella, en el año 2, y el segundo en Lidia, en el año 4. Como es de suponer, no faltaron rumores que hacían alusión al veneno, formándose una leyenda que volvió a inculpar a Livia. Ferrero afirma que el pueblo está siempre dispuesto a inculpar a alguien cuando una personalidad que le resulta simpática muere prematuramente. Daré un ejemplo sobre lo dicho: en Turín, el pueblo

todavía sigue creyendo que Cavour fue envenenado por orden de Napoleón III, según unos, y por los jesuitas, según otros, porque el estadista dejó este mundo a los 52 años de edad y en el preciso momento en que más lo necesitaba su patria.

A partir del año 4 d. de J. C., Augusto y Tiberio gobernaron conjuntamente. Ferrero sostiene que los escándalos de Julia la Menor no hubieran pasado a la posteridad si el poeta Ovidio no hubiera tenido una participación en ellos. El exilio de Ovidio se debe a un hecho secreto, cautelosamente oculto tras un



Venus calipígea;
S. II a. JC.; museo
Nacional de Ná-
poles

espeso velo, que ha excitado la curiosidad de los historiadores. El mismo Ovidio contribuyó a ello insertando en una poesía, que compuso en el exilio, las tres palabras *carmen et error*. Después de mil novecientos años, el mundo sigue preguntándose cuál fue el error que llevó al exilio al insigne poeta.

Tibor Dénes ha expuesto una teoría sobre los motivos del exilio de Ovidio. Según él, tuvo su origen en una discusión ideológica entre el emperador y el poeta, a raíz de las "Metamorfosis". En ellas, Ovidio se basa en muchos ejemplos mitológicos para decir que todo cambia en este mundo. ¡Incluso los dioses! Y precisamente esa idea no fue bien acogida por Augusto, que se había impuesto como meta la fundación de un reino imperecedero. Augusto sintió por Ovidio —precisamente a causa de esa obra— una antipatía similar a la que sintió Guillermo II, en el siglo XIX, por Gerhart Hauptmann, como consecuencia de sus dramas naturalistas. Dénes ve pues, en ello, el motivo para que Augusto desterrase al poeta favorito de Julia, al propio tiempo que a ella. Las enigmáticas palabras de Ovidio *carmen et error* encajan con la hipótesis de Dénes.

No encontramos puntos de partida en la vida de las dos Julias que nos induzcan a creer que llevaron una vida libertina, de la índole de la de Mesalina; ambas fueron mujeres de origen noble, orgullosas y ambiciosas, que estaban convencidas de que podían saltarse los decretos promulgados para el pueblo, por formar parte de la familia imperial, lo que las hizo menos precavidas en sus aventuras amorosas de lo que se atrevieron a hacer las más atrevidas romanas. Como su privilegiado nacimiento también las colocaba en el primer plano de la política, también daba ocasión a las rivalidades, para ir ascendiendo en el escalafón de la corte, por lo que debemos creer que su caída se debe más a motivos políticos que a cuestiones morales.

Agripina la Mayor

Agripina fue, tal como nos dice su nombre, hija de Agripa, el mariscal de Augusto. El hecho de que en la descendencia de Agripa los atributos de fuerza y virilidad del padre fueran

heredados por las hijas, puede ser considerado como una incógnita de la genética acentuada por la extraña coincidencia de que sus hijos mostraran un carácter más bien femenino. Agripina la Mayor es considerada, pues, como un virago, una mujer hombruna, pese a que fue muy fructífera y dio a su marido nueve hijos, de los que sobrevivieron seis. Estaba casada con Germánico, el estratega que disfrutó de mayor popularidad entre el pueblo romano. Lo acompañaba en todas sus campañas, dando muestras de una gran capacidad en los campamentos, hasta el punto de impartir órdenes a la soldadesca. Siguió a su marido a Germania y a Oriente, en donde el general enfermó repentinamente. Antes de morir, Germánico le suplicó, en nombre de sus hijos y del honor a su memoria, que prescindiera de su orgullo, se inclinara ante el destino, y no intrigase cuando regresara a Roma.

Pero Agripina ya había olvidado sus propósitos antes de llegar a la capital, y muy pronto corrió el rumor de que era el centro de una conspiración que iba encaminada a derrocar a Tiberio. Este procuró no ahondar más los abismos que se iban abriendo en el seno de su familia, pero Agripina siguió dando muestras de su impetuosa obstinación, no cejando hasta despertar las iras del emperador. En una ocasión llegó al extremo de rogar a Tiberio que le diera permiso para volver a casarse, alegando que todavía era joven, 39 años, por lo que no podía resistir la viudez. Tiberio sintió curiosidad por saber quién era su elegido.

El nombre de Asilo Galo, el hombre con el que había casado Vipsania cuando Tiberio se vio obligado a desposar a Julia, fue un rudo golpe para el César, aumentado por la adivinación del plan político que encubría ese matrimonio, al que negó su consentimiento. Cuando aumentaron las noticias de un complot encabezado por Agripina, el César no tuvo más remedio que intervenir, castigándola con el exilio. Fue enviada a la isla Pandataria, donde su madre Julia había vivido los desgraciados años de su exilio.

La isla Pandataria, situada en la ensenada de Nápoles, se llama actualmente Santa María. Ese cambio de nombre resulta apropiado para demostrarnos cómo fue transformada una denominación pagana en otra cristiana al igual que muchos templos

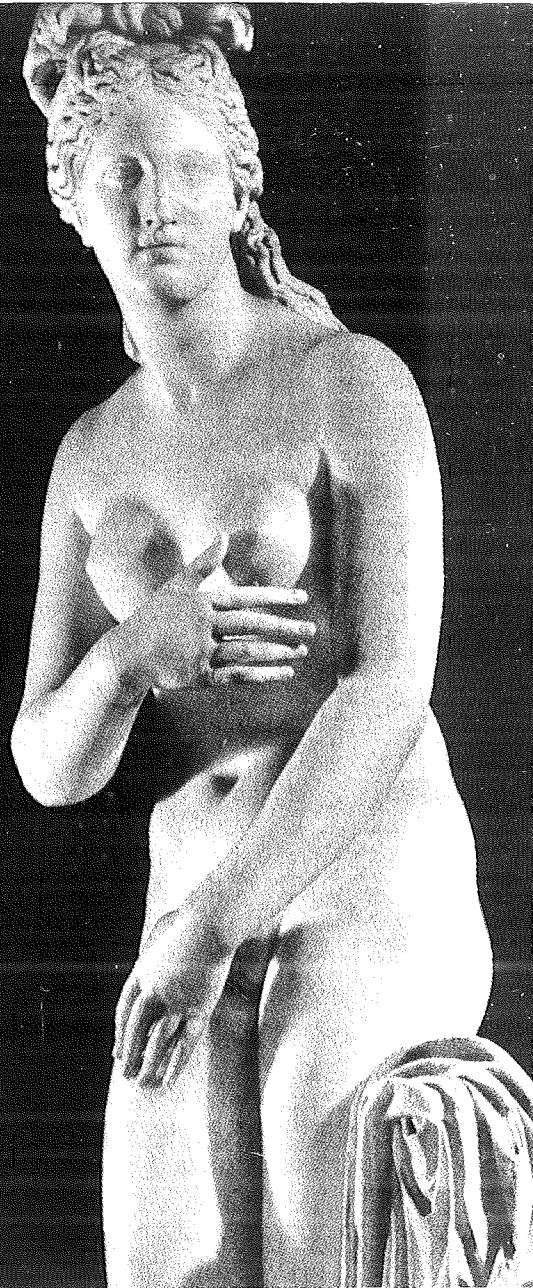
paganos fueron convertidos en iglesias cristianas, o adoptaron los cristianos costumbres paganas, como la de encender velas en la época del solsticio de invierno, copiada más tarde en las conmemoraciones de la Natividad cristiana.

Agripina murió en la isla, en una huelga de hambre, después de tres años de permanecer en ella. Marañón opina que Tiberio no es inocente de la cruel persecución que se llevó contra Agripina. No se comprende el motivo por que Tiberio hiciera matar a sus hijos después de su muerte, pero nos muestra el obstinado miedo que sentía el César por todos los usurpadores, aun hipotéticos.

Agripina la Joven

Después de la caída de Mesalina, de la que nos ocuparemos en el último pasaje dedicado a las mujeres de los Césares, apareció Agripina la Joven, pasando al primer plano de la actualidad por sus relaciones con el emperador Claudio, encaminadas a hacerla ocupar el lugar que dejó vacante Mesalina al morir.

Poulsen, que se ha ocupado mucho de la personalidad de las emperatrices, menciona en su libro "Imágenes culturales de Roma" una estatua, perteneciente a la rica colección de la gliptoteca Carlsberg, de Copenhague, que, según su opinión, representa a Agripina la Joven. Escribe sobre ella: "Sus imágenes transitan el acostumbrado camino que parte de las monedas y culmina en las esculturas. La gliptoteca posee en su cabeza de mármol la imagen más segura, muy en consonancia con las monedas, que nos presenta a Agripina en sus mejores días, mordaz y recelosa, como una pequeña fiera. Esa nieta de Augusto también fue una mujer viril. La intervención de Agripina en el gobierno proporcionó orden y severidad al caos gubernamental de los primeros años del mandato de Claudio. La corte romana se vio dominada, de pronto, por un espíritu puritano y crítico, y los libertos, que habían disfrutado de tanto poderío, volvieron a ser relegados a segundo plano. Tanto las finanzas del estado como la fortuna personal de la casa imperial fueron reordenadas, porque Agripina poseía la misma capaci-



Venus capitolina (mármol, museo Capitolino, Roma)



dad de Livia para ejercer influencia bienhechora sobre el gobierno romano. El problema que tuvo como consecuencia su caída fue el hecho de que poseía un hijo, de nombre Nerón, y que Claudio no quería prescindir de la idea de nombrar sucesor suyo a Británico, el hijo que le había dado Mesalina. Ambos jóvenes tenían una diferencia de edad de cuatro años, siendo Nerón el mayor de ellos. No se ha podido comprobar que Agripina pretendiera relegar a Británico en favor de Nerón, porque, como era una madre inteligente, no debió pasarle inobservada la debilidad del carácter de su hijo. Pero los acontecimientos se complicaron con la súbita muerte de Claudio. Ya dijimos que se atribuyó esa inesperada muerte a Agripina, que había ofrecido a su marido un plato de setas venenosas. Los investigadores modernos dudan de esa leyenda, porque todo hace suponer que Agripina no podía tener el más mínimo interés en que Claudio muriera en aquel momento, teniendo en cuenta que Nerón sólo contaba 17 años.”

Ferrero escribe que “esa historia sobre el envenenamiento seguramente forma parte de la serie de todas aquellas inculpaciones por las que tuvieron que pasar algunos componentes de las casas imperiales. Creo que Claudio, que entonces contaba 64 años, murió de una muerte súbita, pero natural, y seguramente demasiado pronto, si la enfocamos desde el punto de vista del interés que demostraba Agripina por conservar las riendas del poder en manos de la casa augustiana”.

Agripina se encontró en la difícil situación de tener que comparecer ante el senado para decidir cuál de los dos infantes estaba más capacitado para asumir las responsabilidades del gobierno, decisión en la que debía sopesar muchos pros y contras, aunque sólo fuera por el importante hecho de que giraba en torno a los últimos vástagos de la casa augustiana. Tácito nos informa de que Agripina ocultó durante algunas horas la muerte de Claudio, afirmando que los médicos no habían perdido todas las esperanzas de salvarlo, con lo que ganaba tiempo para asegurar el reinado de Nerón. Es comprensible que en el momento en que todo debía reordenarse, comenzan-

do por el principio, Agripina fuera la primera en sorprenderse ante la enfermedad y muerte de Claudio, y yo creo que no es merecedora de que se la considere la provocadora de la catástrofe.

Sabemos que Agripina consiguió asegurar el reinado de su hijo Nerón, en cuyo nombre gobernó, junto a Séneca, durante los primeros años de su reinado, como sabemos que hizo su trabajo a conciencia y logró que el pueblo amase y honrase al nuevo emperador. Las primeras dificultades se originaron en cuestiones eróticas, puesto que Nerón se vio completamente dominado por su amante, Actea, e incluso llegó al extremo de querer casarse con ella. Su madre consiguió sacarle la idea de la cabeza, pero cuando el César se casó más tarde con Popea Sabina, las cosas empeoraron para Agripina, puesto que esa mujer azuzaba a Nerón contra su madre. Popea era una mujer joven, que deseaba vivir plenamente, al igual que Mesalina, y la severidad del puritanismo con que la rodeaba su suegra resultaba un gran obstáculo para su temperamento. Nerón, cuyo carácter fue muy débil, se dejó convencer por Popea hasta el punto de asesinar a su madre. Como ya dijimos, mandó construir un barco que se desintegraba y, cuando su madre consiguió salvarse, la mandó matar con la espada.

Ferrero ha visto en Agripina a la última romana de la casa julio-claudia que siguió manteniendo las tradiciones de Livia. Afirma que fue la mujer más significativa, después de Livia, que nació de esa estirpe, y añade: "murió en su puesto, como un soldado y como un valiente luchador por la herencia política y social de la antigua nobleza y de las viejas tradiciones, que empezaban a degradarse por la influencia, cada vez más fuerte, que llegaba desde Oriente. Murió por su familia, por su alcurnia y por Roma, y del mismo modo que en la enconada lucha que sostenía perdió el nombre y la vida, también fue privada del merecido reconocimiento después de su muerte. En ella también se cumplió la maldición que no perdonó a ningún miembro de esa estirpe excepto sus fundadores Livia y Augusto, y sin duda, estamos en lo cierto al considerarla como la familia más desgraciada de la historia de todo el mundo antiguo, porque realmente el destino se ensañó cruelmente con ella".

Mesalina

Si tanto los césares como sus mujeres nos parecen hoy enigmas, Mesalina se lleva la palma de todos ellos. Ha pasado a la posteridad como la ramera más libertina que ha existido en la historia de la humanidad, y creo que debe de haber algo de cierto en esa información, ya que se dio orden, después de su muerte, de que desaparecieran todas sus estatuas; por eso no contamos hoy con ninguna imagen suya. Sólo conocemos una estatua del Louvre, de la que se dice que representa a Mesalina con el pequeño Británico, pero no tenemos la certeza de esas afirmaciones.

Ranke Graves, el que escribió la fingida autobiografía de Claudio, y que es el que más se ha obstinado en aclarar las contradicciones de Suetonio y otros biógrafos con el fin de obtener conclusiones psicológicas sobre este tema, comienza la descripción de Mesalina con las siguientes palabras:

“La belleza de Mesalina era extraordinaria. Tenía los ojos negros y una cabellera, espesa y rizada, del mismo color. Era delgada y sus movimientos gráciles y excitantes. Al principio, apenas pronunciaba palabra, limitándose a sonreír enigmáticamente, lo que excitaba mi amor hasta el enloquecimiento.” (Palabras puestas en boca de Claudio.)

“Se mostraba contenta de haber escapado de las iras de Calígula, y muy pronto se apercibió de las ventajas que le proporcionaría un matrimonio conmigo. Por eso mismo se comportó siempre frente a mí de forma que llegué a creer que me amaba tanto como yo a ella. Nunca conocí un amor semejante desde el que había profesado a Camila. Nos casamos en octubre, y en diciembre se sintió encinta. Parecía querer mucho a mi pequeña Antonia, que entonces cumplió los diez años, y yo me alegré de que la niña tuviera a alguien a quien poder llamar madre, pese a que esa madre sólo contase quince años el día de nuestra boda. Mesalina también podía introducir a mi hija en la vida de sociedad, y tal vez nacería entre ambas una amistad sincera a causa de la escasa diferencia de edad.”

Ranke Graves nos presenta a continuación las relaciones maritales entre un hombre de cincuenta años y una muchacha de quince. Encontramos la explicación psicológica de ese matri-

monio en las importantes confesiones de Restif de la Bretonne, que, en el tercer tomo de su obra autobiográfica describe el amor que sintió por una joven muchacha, llamada Sara, explicándonos perfectamente los sentimientos de un hombre maduro que tiene amores con una muchachita. En un principio, Restif de la Bretonne creyó plenamente que la muchacha correspondía a su amor, hasta el momento en que aparece un hombre joven, y Restif se da cuenta de que es engañado y de que confundió con el amor el agradecimiento de un alma joven. Hago mención de este caso, porque no nos es presentado con frecuencia uno semejante en la literatura universal y porque nos da una pequeña clave para comprender cómo se desarrollaron los hechos entre Claudio y Mesalina.

No cabe duda de que al principio Mesalina se sintió muy dichosa de haber alcanzado una posición tan elevada, puesto que se convirtió de golpe en emperatriz de la importantísima Roma. Estaba agradecida a Claudio por haberle ofrecido semejante posición, y sólo empezó a engañarle cuando se dio cuenta de la diferencia existente entre un hombre viejo y otro joven, con la consecuencia de que empezara a jugar con él fingiendo un amor que distaba mucho de sentir.

Voy a presentar la personalidad de Mesalina, tal como nos ha sido descrita por los diferentes autores que se han ocupado de ella, con lo que demostraré que cada uno de ellos parece hablarnos de una mujer distinta; ya se comprende que su extraño carácter no nos queda revelado, y mucho menos aclarado, puesto que es constante motivo para infinidad de controversias.

“Nadie ignora que la personalidad histórica de Mesalina entraña el concepto de todas las faltas y pecados con los que se puede describir a una mujer, como si fuera una constatación de la impronunciada sentencia que se ensañó, como terrible furia, con todos los componentes de la estirpe de Augusto, continuando su obra destructora hasta que no quedó ni uno solo de ellos. Muchas de las infamias que se le achacan parecen haber sido inventadas para difamarla, pese a que Tácito y Suetonio las mencionasen objetivamente, y fueran plenamente aceptadas por la posteridad. A pesar de que Mesalina no fuese un monstruo, no puedo negar que fue una mujer bella, frívola

y versátil, completamente consciente de su gran poder; su amor por el lujo, y su ambición de dinero no conocían límites, y aprovechó sin escrúpulos la debilidad de su marido para colmar todos sus caprichos. No puede decirse, desde luego, que fuera digna de ser tomada como ejemplo, sino todo lo contrario, puesto que debe considerársela como una persona verdaderamente peligrosa. Pero mujeres semejantes pueden ser encontradas en todos los tiempos y en todos los círculos sociales, sin que por ello se las considere como demonios encarnados en seres humanos, sino que son simplemente consideradas como perniciosas e indignas de confianza.”

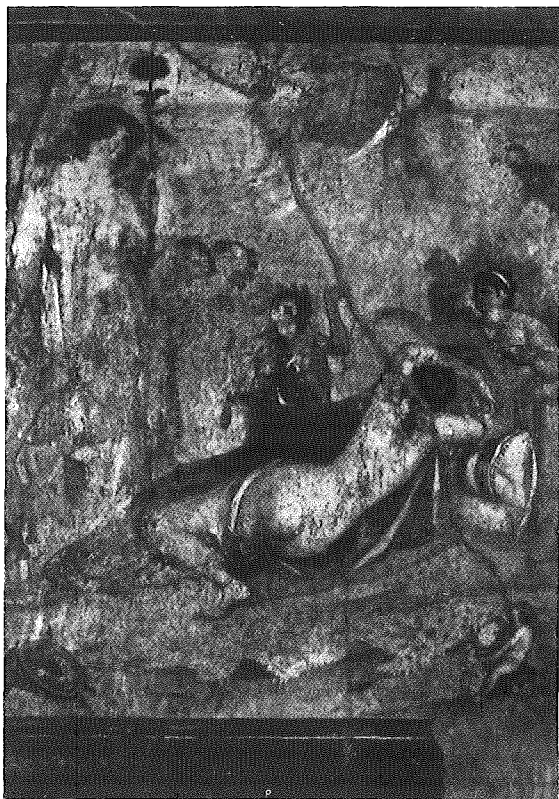
Ferrero es por lo tanto un autor que se enfrenta críticamente con Tácito y Suetonio, cuyas afirmaciones seguramente se basan en las memorias de Agripina, la mujer que fue su sucesora en el trono imperial y que si damos crédito a la leyenda, fue también responsable de la muerte de Claudio.

Ya dijimos en la corta biografía de Claudio que su corte estaba plagada de poderosos libertos. No se puede negar que Mesalina colaboró estrechamente con ellos durante algún tiempo, con el fin de enriquecerse rápidamente, a través de confiscaciones y de toda clase de prevaricaciones. Hasta que llegó el momento de que los cargos y honores sólo podían ser alcanzados mediante un previo pago a los libertos y a Mesalina, que se repartía con ellos las ganancias. Mesalina también actuaba contra todas las mujeres que por una u otra causa podían parecerle peligrosas, y sólo hubo de confesarse impotente para atacar a Agripina, puesto que no se la podía acusar de ningún escándalo amoroso. Ferrero cree que su desgracia se debe al error de que Mesalina estuviese convencida de que podía permitírsele todo a causa de su posición, que según ella la impedía caer en las críticas y despertar enemistades u obligarla al cumplimiento de las leyes. Es de suponer que a los quince años carecía de experiencia para darse cuenta de la maldad del mundo, y la locura de los césares también se apoderó de ella, a través de la culminación de su poder y de su privilegiada posición. Prestaba cada vez menos atención a su esposo, al que enredaba con embustes, para luego ir al encuentro de sus aventuras amorosas. No debemos olvidar que los hombros de Claudio debían soportar el peso del gobierno de un inmen-

so reino, carga que le obligaba a trabajar incluso de noche, de forma que Mesalina, al igual que las mujeres actuales de hombres muy ocupados, se aburría y sólo pensaba en la forma de llenar sus horas vacías con una sucesión de aventuras. A pesar del trabajo de Claudio no fue una mujer estéril, puesto que le dio un hijo un año después de su boda.

Debemos mencionar de nuevo a Ranke Graves, que en la autobiografía: "Yo, Claudio, emperador y dios", nos explica claramente los procesos psicológicos de Mesalina como madre: "Mesalina me dio un hijo, y fue la primera vez que sentí el orgullo y la alegría de la paternidad, que no había podido sentir por mi hijo Drusilo, ni por mi hija Antonia, que me nació de mi segunda mujer Aelia. No la amé mucho pese a que siempre demostró ser una buena niña. Pero amé al hijo de Mesalina, porque amaba a su madre. Era un niño muy bello y extraordinariamente sano, y puesto que entonces fue mi único hijo, recibió todos mis nombres según la costumbre, pese a que se le llamase siempre Druso Germánico. En cuanto mi hijo cumplió un par de meses, y estuve en disposición de cogerle sin temor a causarle daño, acostumbraba a pasearme con él en brazos por el palacio. Lo mostraba a todo el mundo, incluidos los soldados, que lo apreciaban casi tanto como yo. Les decía que desde Julio César, mi hijo era el primero que nació César, porque los otros entraron a formar parte de la familia a través de la adopción, incluidos Augusto, Póstumo, Tiberio, Cástor o Calígula. Me hubiera complacido que Mesalina se hubiese prestado a amamantar a nuestro hijo, pero ella se empeñó en buscarle un ama, disculpándose con la excusa de que carecía de tiempo. Una madre que alimenta a su hijo, no corre tanto peligro de volver a quedar embarazada, y el embarazo merma la salud de una mujer, la priva de su libertad de movimientos y la ata más que el amamantar un niño. Por lo que Mesalina se mostró desolada, cuando volvió a quedar encinta poco después del parto de su primer hijo; once meses después del nacimiento de Germánico volvió a ser madre y nació nuestra hija Octavia."

Sabemos que al principio Claudio consiguió llenar la vida de su mujer, pero cuando ella cumplió los dieciocho años, se alejó de él y empezó a perseguir hombres jóvenes para satisfacer su



Pintura mural de la Casa dei Vettii, Pompeya

locura amorosa, aunque muchos se le resistieran, por considerar que resultaba peligroso ser el rival del emperador. Entonces Mesalina empleó las amenazas para atraérselos, llegando al extremo de hacerlos ajusticiar más tarde, en recompensa a los favores que le habían prestado. Como es de suponer, el pueblo se enteró de las aventuras de Mesalina, y Ferrero nos dice al respecto:

“El hombre de la calle no podía comprender cómo era posible que una personalidad como la que regía el imperio mundial, se arrodillase ante su propia mujer.” Y Ferrero dice en otro

pasaje: "Finalmente las iras del pueblo, despertadas por la propia Mesalina, también recayeron sobre Claudio, a quien hicieron responsable de debilidad frente al comportamiento de su mujer, hasta que llegó el momento, tal como nos informa Suetonio, de que las violencias, las conspiraciones y las revueltas estuvieron en Roma a la orden del día."

Es de suponer que durante la corta dominación de Mesalina existieran algunos momentos que la hicieran temer que los libertos pudieran descubrirla, por lo que se veía obligada a ampararse tras complicadas mentiras y embrollos para librarse de aquellos que podían resultarle peligrosos. Pero también es cierto que en el preciso momento en que los libertos se daban cuenta de que no estaban seguros a causa de los cambios de humor y del exagerado deseo de plácer de esa insaciable mujer, se apartaban de la emperatriz, con lo que terminaba la conjura tácita para exprimir a los poderosos. Llegó el instante en que Mesalina se encontró sola, y en el que seguramente descubrió que en vez de cambiar constantemente de amantes debía buscarse un hombre que fuera capaz de resistir a Claudio. En esa época tuvo lugar el matrimonio con Silio a través de una historia tan extraordinaria, que ningún autor se ha visto capacitado para comprenderla desde el punto de vista psicológico.

Ferrero escribe: "No tenemos más remedio que preguntarnos, ¿cuál puede ser ese hecho si no pensamos que Mesalina se volvió loca de repente?, ¿cuáles fueron los motivos primordiales que la llevaron a cometer semejante acto, que sólo podía ser considerado como una gran bofetada dada a la opinión pública? Pese a que Mesalina fuese cruel, ambiciosa y ligera, no cabe duda que estaba en posesión de todas sus facultades mentales. E incluso en el caso de que queramos hacerla pasar por loca, no podemos admitir que todos los que contribuyeron con ella al desarrollo de esa fantástica farsa, también de repente se hubieran vuelto locos. Tampoco podemos admitir que obrasen acuciados por el temor, puesto que el poder de la emperatriz no era tan grande como para poder obligar a personas de alcurnia a tomar parte públicamente en semejante sacrilegio. Ese episodio sería para nosotros un insoluble acertijo, si no hubiéramos encontrado en unas palabras de Suetonio la

aclaración de ese enigma. Suetonio nos dice: «la desconcertante realización de la boda entre Mesalina y el adúltero Silio lo tuvo a él (Claudio) por instrumento». Si Claudio abogó en favor de la novia, debió de saber de antemano que la boda llegaría a realizarse, que es lo que nos indica Suetonio. Ya sabemos que los aristócratas romanos tenían el derecho de ofrecer su esposa a otro hombre, y ya existía un precedente encarnado en Livia, que fue separada por Octavio de su primer marido, el abuelo de Claudio. Esa extraña cesión de las esposas forma parte de las costumbres matrimoniales de los romanos (se sobreentiende que me refiero a los distinguidos) y llegaron al extremo de ser consideradas como usuales hasta el primero y el segundo siglo de la era cristiana, en que empezó a ceder el poder de esos distinguidos. Sin embargo, la frase de Suetonio nos muestra que no comprendía esas cesiones, y creo que incluso Tácito tampoco podía captarlas plenamente.”

Según la biografía de Mesalina por Heinrich Stadelmann, esa versátil mujer sintió por vez primera un amor verdadero cuando conoció a Silio. Vio en él al caballero y al hombre viril con el que soñó por tanto tiempo, y del que se vio obligada a prescindir hasta entonces, por estar rodeada de hombres débiles y corrompidos. Cayo Silio repudió a su joven esposa, y seguramente fue él mismo, quien puso en cabeza de la emperatriz la idea de su boda. De pronto se hace la luz en el cerebro de Mesalina. Stadelmann escribe: “sintió unos ardientes deseos de casarse con él, con el primer hombre que se enfrentaba con ella virilmente; unirse a él en un estrecho lazo que la ligara a los placeres de la vida. Porque... El matrimonio con Claudio no es ningún matrimonio. ¿Lo es acaso? ¿Qué puede importarle Claudio, y esa boda con él, que sólo es válida porque fue sellada? ¡Vivir, Cayo, queremos vivir!”.

Creo que Stadelmann ha acertado, desde un punto de vista psicológico, puesto que seguramente Mesalina llegó con Cayo Silvio a la misma conclusión que Sara, en la autobiografía de Restif de la Bretonne, en el pasaje en el que conoce a un hombre joven y comprueba la diferencia entre su anciano maestro y amigo, y la fuerza de la juventud. Pero incluso en el caso de que aceptemos que las relaciones que sostenía Mesalina con Cayo Silio se convirtieran en un amor verdadero, que la obligó

a desear casarse con él sin divorciarse de Claudio, echando por la borda todos los convencionalismos, siempre será un enigma para nosotros cómo fue posible que Claudio diese su consentimiento a esa boda, y llegase incluso al extremo de prometerle una dote. Creo que sólo Ranke Graves puede aclararnos ese extraño suceso utilizando una clave psicológica. Escribe en el capítulo 35 de su libro:

“Una mañana del mes de agosto, Mesalina entró muy temprano en mi habitación, y me despertó. Siempre preciso de algún tiempo para reaccionar cuando me despiertan, particularmente si no duermo lo suficiente entre media noche y la mañana, cosa que me sucede con frecuencia. Se inclinó sobre mí, me besó y acarició mis cabellos y acto seguido me dijo, muy excitada, que debía participarme una horrenda noticia. Le pregunté, medio dormido y algo enfadado, qué sucedía.

—Barbilo, el astrólogo, me hizo el horóscopo ayer por la noche, cosa que no he permitido desde hace tres o cuatro años. Acaba de visitarme y, ¿qué crees que me ha dicho?

—¿Cómo puedo saberlo? Dime, y permite que vuelva a dormir. He tenido una noche muy intranquila.

—Pero querido, no te despertaría tan temprano si no fuera inmensamente importante. Me ha dicho que ¡le sucederá algo horrible a una persona que está cerca de mí, y que el hecho acontecerá dentro de treinta días! Por lo visto vuelvo a tener el nocivo influjo de Saturno. Seguí haciendo indagaciones junto a él, pero no quiso participarme nada más. Finalmente lo amenacé con hacerlo azotar, por lo que se decidió a hablar. ¿Puedes adivinar lo que me dijo?

—No tengo ganas de adivinar nada, porque estoy medio dormido.

—¡Pero no puedo decírtelo! Es tan cruel. Me afirmó que mi marido sucumbiría por muerte violenta.”

Después de que Mesalina hubo enterado a Claudio de los pronósticos, le hace una proposición: que se divorcie de ella, y que otro sea su marido durante ese período de tiempo tan peligroso para que si le pasaba algo a su esposo, fuera el otro el que recibiera el golpe, del que Claudio se vería a salvo.

Como siempre que Mesalina quiere obtener algo de Claudio, también logra sus propósitos en esa ocasión, y ese tal vez sea

el motivo que impulsó a Claudio a dar su consentimiento a la boda, creyendo inocentemente que sería sólo una apariencia. En cuanto Mesalina hubo logrado sus propósitos, le excita con sus bromas. Ranke Graves también nos las describe magistralmente:

“Finalmente me susurró al oído:

—Si te visito una noche de las siguientes semanas, y cometo adulterio contigo... ¿me enviarás al exilio? ¡La tentación es muy grande!

—Es posible que te destierre, pero me desterraré contigo. ¿A dónde quieres que vayamos? Siempre he deseado vivir en Alejandría. Debe de ser un lugar ideal para los exiliados. También nos llevaremos a los niños, se divertirán de lo lindo.

—No creo que el clima resulte adecuado para su precaria salud. Dejaremos aquí a los niños; tu madre se cuidará de ellos.

—Pero mi madre no sabe educar a los niños; para ejemplo no tienes más que mirarme a mí. ¡Mira lo que ha hecho de mí! Si no puedo llevarme a los niños, no cometeré adulterio.

—Aquí tienes el otorgamiento a tu divorcio, firmado y sellado por el mismo emperador. ¡Y ahora calla de una vez, mujer desaprensiva! Vuelves a disfrutar de los derechos de las mujeres libres.

—Dame un beso como despedida, Claudio.

—¿Te marchas de esa forma, una vez obtenido el divorcio? Yo, en tu lugar permanecería unas horas junto a Mnester para enterarme de la forma más digna de comportarse.

—Ahora puedo mandar sobre mi persona. Si quieres unirme con Mnester, tal vez me decida a casarme con él...”

Ese extraordinario divorcio, se desarrolló entre chistes y bromas. Y Claudio da muestras de haberse enterado del verdadero juego de Mesalina. ¡Cosa incomprensible!

La boda se celebra realmente, y en presencia de gran cantidad de personas, con lo que adquiere proporciones públicas. Pero Claudio no asiste a ella; se marcha a Ostia, con el fin de inaugurar un granero. La ocasión es aprovechada por un liberto, Narciso, que envía a Claudio a dos mujeres para que le adviertan. Esas dos féminas le enteran poco a poco de que no se trata de una boda aparente, sino de una boda real, que se basa en motivos políticos, añadiendo que Mesalina y Silio se han

comprometido solemnemente a que volverán a implantar la república. Narciso acompaña a Claudio en su viaje de regreso a Roma, donde Mesalina hace varios intentos para acercarse a él. Pero Narciso, que conoce muy bien a su señor, sabe que tiene perdida la partida si Mesalina puede volver a emplear sobre Claudio su poder erótico. Evita que ella se acerque al César, y termina por hacerla asesinar.

Ranke Graves nos describe la espantosa impresión que causó en Claudio el anuncio de la muerte de Mesalina:

“Permanecí largo tiempo sentado con las manos ante mi rostro, y lloré interiormente, al igual que lloró Augusto cincuenta años atrás, cuando su nieto le explicó cómo se había usado de Julia, su querida hija, para envolverla en las conspiraciones de la corte. También puedo emplear las palabras de Augusto para afirmar que nunca tuve la más mínima sospecha, que jamás se me cuchicheó ninguna palabra al oído, y que siempre creí que Mesalina era la mujer más virtuosa de Roma... E igual que Augusto, sentí la imperiosa necesidad de aislarme durante cuatro días consecutivos, y no recibir la visita de nadie.”

Como Silio también fue una víctima del asesinato, la profecía de Barbilo se cumplió plenamente, porque el “marido” de Mesalina murió de una muerte violenta, pero... ¡el inteligente astrólogo no la había enterado que compartiría ella el destino de su esposo! Si volvemos a echar un rápido vistazo sobre Mesalina, comprobaremos también en ella las espantosas consecuencias de aquellos matrimonios de conveniencia, que unían a viejos con jóvenes, a tío con sobrina, hermano y hermanastras, primo y prima... Según la conveniencia de la razón de estado. Y en ello tal vez encontremos una aclaración para todas las tragedias matrimoniales que han llegado a nuestro conocimiento. Pues no cabe duda que Mesalina no hubiera caído en esos extremos si hubiera tenido a su lado, desde un principio, a un hombre consciente y viril, que la hubiera sabido dirigir con mano férrea. Y por otra parte, también debemos llegar a la conclusión, de que semejantes tragedias no eran privativas de las clases sociales más elevadas, las que podían aumentar sus fortunas a través de unos matrimonios de conveniencia, consiguiendo además un nuevo estímulo para ascender en el escalafón y llegar a una posición más ventajosa, pues-

to que la burguesía imitaba su ejemplo. Sin embargo, en la clase media, y en las clases bajas de Roma, no se concertaban semejantes matrimonios, por lo que no debemos considerarlos como un síntoma de la situación en la que se encontraba toda la sociedad romana, ya que en las clases inferiores, seguían imperando las antiguas tradiciones que defendían por encima de todo la institución de la familia. Por lo que creo que ha llegado el momento de que hablemos del tipo común de las mujeres romanas, después de habernos ocupado de personas tan importantes. Es claro que las mujeres que presentaremos a continuación formaron verdaderas legiones, pero los historiadores nunca se han ocupado de ellas, por lo que para hablar sobre esas desconocidas, nos vemos obligados a basarnos en conjeturas, en insinuaciones generalmente aceptadas, con el fin de reconstruir la imagen de las mismas.

La infancia de las muchachas romanas

Desde que se ha establecido la moda de frecuentar las playas italianas —puesto que no sólo los alemanes, sino muchos otros europeos occidentales, escogen como meta de vacaciones el Adriático y la Riviera— los turistas extranjeros tienen miles de ocasiones de conocer niños italianos, y seguramente les llamará la atención —aunque no se dediquen al estudio de las costumbres— que las pequeñas criaturas, que apenas consiguen mantenerse en pie, lleven colgadas al cuello una cruz o una medalla. Esa costumbre ha sido heredada de la antigüedad, puesto que entonces se colgaban al cuello de las muchachas pequeños falos, dientes de lobo o de caballo u otras clases de amuletos. Como es de suponer, en aquellos tiempos el caudal de supersticiones era mucho más rico que en la actualidad. A los niños se les ponían unas cabezas de ajo entre los pañales con el fin de protegerles de la visita nocturna de los vampiros (en nuestra higiénica era se les dan de comer ajos para que no sufran de solitaria), se colocaban raíces de espino blanco en las ventanas, con el fin de ahuyentar a los espíritus y así sucesivamente... Los romanos sentían una preferencia especial por las mujeres delgadas y poco opulentas, y no gustaban las que

parecían púgiles. Por esa misma causa se vendaba desde una edad muy temprana el pecho de las niñas, en evitación de su excesivo desarrollo. ¡Medida muy poco inteligente, y en más de un caso motivo de tuberculosis!

Como se disponía de gran cantidad de esclavas, se escogían las amas entre las mujeres bárbaras. La mayor parte de las mujeres romanas no amamantaban a sus hijos por haber comprendido el valor de los senos duros y enhiestos, al igual que las mujeres modernas.

Del mismo modo que en Berlín, antaño, eran muy cotizadas las amas procedentes de ciertas aldeas de la montaña, las romanas sentían preferencia por las amas griegas. El médico Sorano de Efeso aconsejaba amas griegas porque demostraban tener sentimientos de afecto por los niños, con el resultado de que los cuidaban con esmero. Tenemos que imaginarnos a esas mujeres griegas como las que sirvieron de modelo a las esculturas de su tiempo y no como las diminutas levantinas que pueblan la Grecia actual. Cuando llegaba el tiempo del aprendizaje, las niñas romanas aprendían a hacer labores a mano, entre las que no faltaban el hilado y el tejido.

Se sabe que incluso las hijas y nietas de Augusto se vieron obligadas a aprender a hilar y a tejer, y el mismo emperador acostumbraba a vestirse con ropas hiladas y tejidas por su mujer o por su hermana. El esposo de Turia, del que todavía recordamos el discurso funerario que le hizo a ella (entre el 8 y el 2 antes de J. C.) hace referencia a la habilidad de la muerta para las labores a mano como la más importante entre todas las virtudes que la realzaban. Como es de suponer, esa obligación se consideraba de mucha más importancia entre las mujeres de un nivel social inferior, que entre las patricias; pero incluso mujeres que despreciaban los deberes matronales, hubieron de someterse a las costumbres preestablecidas (tales la Cintia de Propercio o la Delia de Tíbulo). Tíbulo se consolaba del dolor de la separación imaginando con singular deleite una escena que le presentaba a Delia sentada a altas horas de la noche ante una antorcha, escuchando embelesada los cuentos de una vieja, mientras que a las muchachas que hilaban a su alrededor, se les cerraban los ojos por el sueño, pero se alzaba al verlo aparecer de improviso, y corría a su encuentro descal-

za y con los cabellos sueltos. Musonio Rufo opinaba que hilar y tejer eran trabajos propios de las mujeres; Tertuliano exige que entre los deberes de la mujer, se incluya el trabajo de la lana. Lápidas funerarias que nos ofrecen una rueca como símbolo de la laboriosidad de las mujeres enterradas bajo ellos, nos muestran la perduración de esa costumbre que siguió respetada casi hasta el final de la historia de Roma.

Ansonio no fue parco en las alabanzas que dedicó a las “manos laboriosas en la preparación de la lana” de su madre y de la mujer de su sobrino, y Símaco también elogió a su “señora hija” los trabajos que ésta efectuaba a mano, dedicándole incluso un monumento a su gran laboriosidad demostrada tanto en los quehaceres de la casa, como al acatar sus órdenes con auténtico amor filial. Las hijas de las familias acomodadas recibían su instrucción entre los muros de su casa paterna. Muy pocos enviaban a sus vástagos a las escuelas, puesto que temían al maestro, “odiado por chicos y chicas”, que los trataba con severa disciplina. Por cierto que esa frase parece demostrar que las escuelas eran mixtas (al menos hasta cierta edad). Marcial se pregunta si es conveniente que un antipático maestro lea con voz de falsete las poesías que compuso, y se contesta que no lo considera oportuno, porque, en tal caso, tanto los chicos como las chicas crecerían con bastante prejuicio en contra de sus obras. El túmulo funerario de un maestro de escuela encontrado en Capua nos muestra a un hombre de cierta edad sentado sobre una silla muy alta, vigilando al muchacho que permanece a su derecha y a la muchacha que se encuentra a su izquierda.

Los círculos más elevados de la sociedad sentían una verdadera pasión por instruir a los niños en la danza y la música. Las lecciones musicales englobaban el canto y el empleo de los instrumentos, incluida la cítara. El canto coral también se tenía en mucha estima. En el entierro de Augusto, el canto fúnebre fue interpretado por niños de ambos sexos. También sabemos que era muy estimado en las muchachas poseer ciertas dotes para la composición, y Horacio afirma que su nuera recitaba poesías acompañándose de sus propias melodías que arrancaba al arpa. Y lo mismo dice Plinio el Joven con respecto a su esposa.

Matrimonios prematuros

Las imágenes de la vida de los emperadores que presentamos en el capítulo I, y la biografía de algunas emperatrices que acabamos de comentar, nos muestran que las romanas tenían por costumbre contraer matrimonio a una edad muy temprana.

Frederik Poulsen escribe: “la romana ya estaba en disposición de casarse a los doce años, aunque tal cosa no era recomendada por los médicos sensatos, que aconsejaban esperar hasta los 18. Pero si la mujer llegaba a los 20 años soltera y sin hijos, se hacía acreedora a un castigo, dictado por los severos decretos de Augusto dirigidos contra las solteras y las infructuosas. Los matrimonios eran concertados por los familiares de los contrayentes, y los jóvenes novios apenas se conocían, como sigue sucediendo actualmente en algunos países de Oriente. Esta situación dio origen a que Séneca dijera, con razón:

“Estudiamos y probamos para cerciorarnos, nuestros trajes y nuestros animales, nuestros esclavos e incluso nuestros utensilios de cocina, y tenemos la costumbre de hacerlo antes de adquirir cualquiera de esas cosas. Pero... la novia no es presentada al novio hasta el momento en que éste debe llevarla a casa, por temor a que no la encuentre de su agrado. Resultado: no sabemos hasta después de la boda si la mujer que nos han destinado es mala, estúpida, deforme o maloliente.”

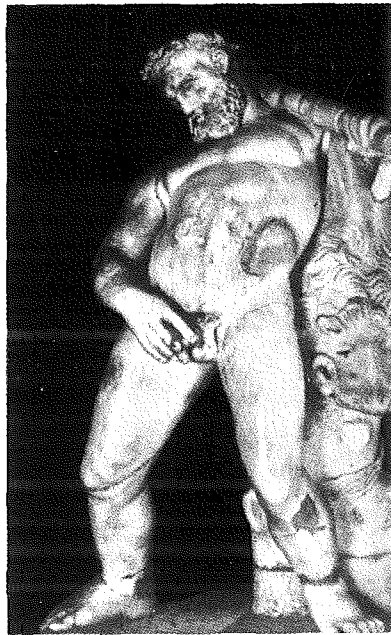
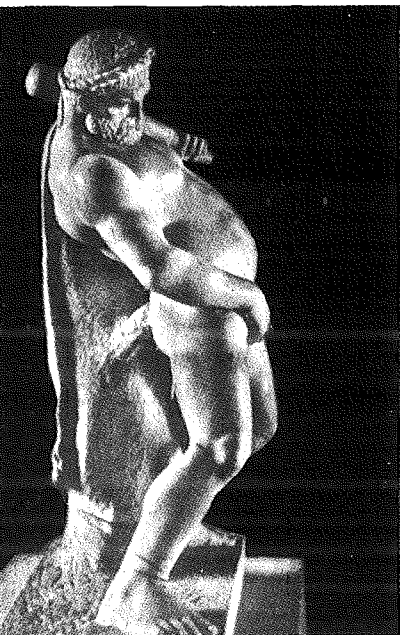
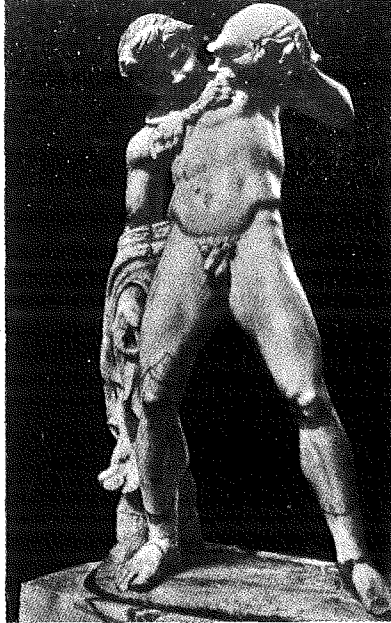
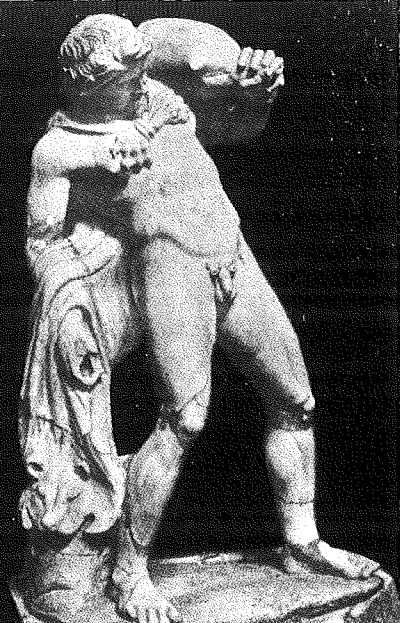
Sin embargo, durante la época imperial las cosas variaron mucho. El gran jurista Salvio Juliano dice en uno de sus artículos: “Las particularidades de los contrayentes, y la aceptación del matrimonio por parte de las jóvenes novias, son dos cosas primordiales para concertar un matrimonio.”

Puesto que el matrimonio era un asunto de conveniencia, en especial entre las clases superiores, y los padres ponían empeño en “colocar” adecuadamente a sus hijos (principalmente en lo que se refiere a la situación económica) la boda solía ser el resultado de muchas y largas negociaciones entre las familias unidas por lazos de amistad.

En más de un caso las hijas eran comprometidas siendo aún muy niñas, con la circunstancia agravante de que las gestiones del matrimonio corrían a cargo de terceras personas. El idioma



Arriba: amazona helenística, abajo: amazona herida



Arriba: sátiro joven con un pellejo de vino; abajo: Hércules borracho (casa dei Cervi, Herculano)

latino carece de la palabra conquistar y enamorar. Creemos que en Roma también existieron traficantes que abrieron un negocio o agencia para llevar a cabo las transacciones matrimoniales. Los intermediarios o los pretendientes se dirigían directamente a los padres o tutores de la interesada. Los esponsales se celebraban en una gran fiesta, y en presencia de una gran concurrencia ataviada con sus mejores galas. Plinio el Viejo vio a Lolia Paulina, que fue una de las esposas de Calígula, como se presentaba en unos esponsales —que por cierto no se celebraban en el seno de una familia encopetada— adornada con una diadema de esmeraldas y perlas que costaba unos 40 millones de sestercios, cosa que la interesada estuvo dispuesta a demostrar inmediatamente facturas en mano. Es comprensible que al concertarse una boda se considerase que la dote de la novia era una de las razones más importantes. Según el libro de los sueños de Artemidoro el soñar con niños significa preocupación, puesto que no se les puede educar sin preocuparse. Pero parece peor soñar con una hija que con un hijo, porque significa pérdida, a causa de que la hija siempre necesita una dote, y por tanto el sueño en una hija es equivalente al de una pérdida económica. Y llegados a este punto, decían los antiguos:

“Las preocupaciones por una hija pueden ser consideradas como baldías, porque a pesar de que se la eduque con esmero, se aparta luego de nuestro lado con su dote, y nos causa un grave perjuicio económico.”

El noviazgo, aunque durase mucho tiempo, no hacía cambiar en nada el comportamiento de los futuros esposos. No puede decirse que los antiguos conociesen lo que nosotros llamamos un noviazgo, puesto que tanto los griegos como los romanos ignoraban el término “novia”, como indicativo de ese estado que coloca a la mujer comprometida en la tregua que media antes del matrimonio. El novio regalaba a su futura esposa, entre otras cosas, una alianza de hierro sin piedra alguna (en aquellos tiempos los hombres tenían la costumbre de llevar un anillo de hierro con un sello) y al cabo de un cierto tiempo la novia recibía una sortija de oro como símbolo de fidelidad, aunque no estaba obligada a hacer a su prometido ningún regalo; esa costumbre se asemeja un poco a la nuestra de la

petición de mano. Cuando se acercaba la fecha de la boda se producía la adquisición de los adornos nupciales, consistentes en el ajuar, la servidumbre, el vestuario y los adornos que la novia debería llevar a su nueva casa.

Las novias procedentes de familias acomodadas, incluían en sus dotes joyas de esmeraldas y perlas. Pero esas joyas, al formar parte de la dote con la que se compensaba al novio, pasaban automáticamente a formar parte de las pertenencias de éste. Las doncellas se despedían de su infancia mediante un rito consistente en ofrecer a la deidad los juguetes que poseían; y finalmente llegaba el día en el que la madre engalanaba a la hija para dar ese paso tan trascendente en su vida. La prenda principal del atuendo nupcial era un pañuelo cuadrado del color del fuego que colgaba de la cabeza, dejando al descubierto el rostro de la que iba a desposarse.

Aunque actualmente pensemos que la felicidad de un matrimonio se ha de basar en la compenetración de los dos contrayentes, nosotros, los europeos, somos de la opinión de que los matrimonios no deben efectuarse a una edad demasiado temprana.

En cuanto dos jóvenes deciden casarse, se ponen de acuerdo para ahorrar con el fin de irse comprando lo que necesitan para su futuro hogar, y para poder disponer de un piso (cosa que resulta cada vez más difícil) y no contentos con esto también ahorran con el fin de disponer de una cierta cantidad para comenzar su vida en común. Por contra, en los Estados Unidos los matrimonios prematuros están a la orden del día, llegando al extremo de que no sólo es frecuente que se den casos de matrimonios entre estudiantes, sino que sucede lo mismo entre simples colegiales.

En Europa compartimos las opiniones de Ferrero sobre los matrimonios prematuros, tal como nos han sido expuestas por ese autor en su libro "Las mujeres de los césares":

"Considero que la edad prematura en la que se concertaban los matrimonios, principalmente los aristocráticos, ofrece materia para la reflexión. Entonces, se acostumbraba a casar a los jóvenes entre los dieciocho y los veinte años, oscilando la edad de las muchachas entre los trece y los quince. Esas edades eran las comunes en todos aquellos lugares en los que era cos-

tumbre que las bodas fuesen concertadas por los padres de los interesados, pues se creía que sería imposible imponerse a los jóvenes en una cuestión en la que interviene el apasionamiento si se les dejara llegar a una edad en que la pasión y el no querer acatar la voluntad ajena alcanza la máxima fuerza. Por otro lado, los jóvenes son más dóciles cuando acaban de salir de la infancia. Los matrimonios concertados tempranamente estaban rodeados de un sinfín de peligros, puesto que tenían lugar en una sociedad en que las mujeres casadas disfrutaban de libertad casi total, que les permitía sostener relaciones con otros hombres en los teatros, en las fiestas más o menos públicas, en los circos, etc... originando con ello situaciones comprometidas, que sólo podían tener consecuencias nefastas para el matrimonio y toda la vida relacionada con éste.”

Costumbres nupciales

Al igual que hoy, los antiguos contaban con rituales costumbres nupciales, respetadas a rajatabla. El sacerdote ponía sobre el altar al animal que iba a ser sacrificado, como súplica a los dioses para la felicidad de los nuevos esposos. Una vez efectuado el sacrificio, el sacerdote leía en las vísceras de la víctima los designios que el futuro deparaba a la pareja interesada, preparándolos a continuación para aceptar el mandato de los dioses. (Costumbre que nosotros seguimos, aunque de otra forma, puesto que muchos jóvenes se hacen visitar por el médico, pocos días antes de su boda, para que les diagnostique si están en condiciones para aceptar el nuevo estado.)

La novia no era acompañada a casa de su marido hasta la noche, porque su cortejo debía alumbrarse con antorchas. Era tomada en brazos en los umbrales de su nuevo hogar y en el caso de que la comida nupcial no hubiera tenido lugar en casa de sus padres, se agasajaba a los recién casados con una cena, presidida por los interesados. Creo que no es necesario señalar que el vino corría a raudales en semejantes ocasiones.

Augusto restringió el boato de las bodas en sus decretos sobre el lujo, implantando una ley que prohibía en ellas un coste que

podiera sobrepasar los 1 000 sestercios (unas 13 000 pesetas). Lo que no impedía que esa cifra fuera sobrepasada con creces en la antigua Roma, puesto que se tenía por costumbre obsequiar a los invitados con regalos en metálico. Algunas parejas daban muestras de su astucia, al contraer matrimonio en el campo, afirmando que deseaban festejar ese día en la intimidad, como Apuleyo y Pudentila, para poner un ejemplo.

Cuando Duchesne opina: "el ritual de una boda romana es el mismo que el de la iglesia cristiana, a excepción del estudio de las vísceras" se equivoca, porque en el ritual antiguo faltan el intercambio de anillos, las preguntas del consentimiento y las felicitaciones de los testigos, el tan conocido *feliciter*, expresado entonces a coro, y que actualmente corre a cargo de cada uno de los invitados. Pero todas esas cosas no son más que pequeñas diferencias, y en verdad puede decirse ¡que las bodas siempre son bodas!

Cuando la novia contaba pocos años, cosa que en la antigua Roma era muy frecuente, el tránsito de doncella a mujer casada podía ser el tránsito de una situación extremadamente vigilada a la de una ilimitada libertad que abría nuevos horizontes. Ello es tanto más así cuanto que todas las familias que se atenían a la tradición y a las antiguas costumbres, educaban a sus hijas con gran severidad, como sigue imperando aun hoy en algunos círculos sociales de los países meridionales. Cuando Ovidio dice para disculpar la frivolidad de sus poesías, que no eran tan obscenas como algunas de las representaciones teatrales realizadas a la vista de muchachas adolescentes, no podemos imaginarnos que las aludidas perteneciesen a familias distinguidas. Más de un investigador histórico está de acuerdo conmigo en creer que las muchachas de casas distinguidas no debieron de asistir a los banquetes, puesto que allí podían correr el peligro de ser testigos de conversaciones que no eran indicadas para oídos jóvenes e inexpertos. La mayor parte de las muchachas nobles pasaban de la infancia al matrimonio, como nos muestran los comentarios de Plinio el Joven sobre la hija de Minicio Fundano. Por tanto, esas casi niñas, apenas salidas del colegio de una forma súbita e inesperada se encontraban trasplantadas a un mundo brillante, alocado y frenético, enfrentándose con los placeres y las diversiones que el

nuevo ambiente les ofrecía sin límites, sin que la severísima educación por la que habían pasado pudiera suponer ninguna clase de freno que las guardase de caer en los diversos peligros que las acechaban.

Cuando la mujer se liberó de la dominación patriarcal propia de la época monárquica y de la era republicana, consiguió disfrutar en su casa de una posición completamente independiente. En los así denominados “matrimonios libres”, que predominaban en los tiempos imperiales y sujetos a la fórmula jurídica entonces imperante, sólo la dote pasaba íntegramente a las manos del marido, pues por lo demás existía el régimen de “separación de bienes”, situación que permitía al hombre encontrarse en plena quiebra, mientras su mujer podía seguir disfrutando de su fortuna. Como es de suponer, en más de un



Las "bodas Aldobrandini", detalle; museo Vaticano, Roma

caso la esposa ponía todos sus bienes a la disposición de su marido, o bien le ofrecía una considerable cifra para poder comprarle el cargo de senador, o ayudarle a ser elegido caballero.

También era frecuente que las damas de fortuna considerable pusieran sus bienes en manos de administradores que disponían sus inversiones. Los administradores de mujeres ricas a quienes les eran confiadas sus “joyas, vajilla de oro, bienes, y muchachos de placer”, fueron en su mayoría libertos de confianza. También era frecuente que estas damas ricas tuvieran sus procuradores, que al mismo tiempo solían ser sus amigos, consejeros y confidentes. El túmulo funerario en recuerdo de una cierta Paulina de Sestino, en Umbria, fue erigido por su amigo y procurador Petronio Justo. Un liberto intelectual de M. Lépidio (cónsul en el año 6 después de J. C.) cuyo nombre era Prudente, fue procurador de Amalia Lépidia, hija de Druso y casada con el nieto adoptivo de Tiberio, la que se suicidó en el año 36, para escapar a la inculpación de adulterio cometido con un esclavo. Prudente se jacta en una escritura de haber velado sobre ella, puesto que mientras él vivió fue la fiel esposa del príncipe imperial.

Cicerón se mofa de Ebutio en uno de sus discursos dedicado a Cesennia y se ríe del hombre que llevó todos los asuntos de esa viuda, llegando al extremo de inculcarle la idea de que no podría ni siquiera vivir sin su apoyo. El papel que desempeñaba Ebutio es casi tan conocido como el mundo: un concienzudo servidor de las mujeres, representante de las viudas, y gran luchador por sus derechos, considerado como un estúpido por los hombres, y adulado y muy apreciado por las mujeres. Semejantes relaciones podían parecer algo turbias, en el caso de que los procuradores fuesen hombres jóvenes y atractivos, porque, a veces, también se avenían a representar el papel de gigoló.

Marcial, en uno de sus epigramas, pregunta a un marido: “¿Quién es ese joven de cabello rizado que no se separa ni un momento de tu mujer, que no deja de susurrarle palabras al oído y que incluso pasa su brazo por encima de su hombro? ¿Se ocupa de los asuntos de tu esposa? En tal caso sólo puede ser un hombre severo y digno de confianza, que lleva marcado en



Las "bodas Aldobrandini", museo Vaticano, Roma

el rostro su cargo de procurador. Creo que ni siquiera Aufidio Chio (un jurista muy conocido por sus adulterios) se muestra tan severo. ¿Dices que se ocupa de los asuntos de tu mujer? ¡Oh necio, se ocupa de los que deberían ocuparte a ti!"

Como es de suponer, muchas mujeres ricas se convirtieron en dueñas de sus maridos, y Marcial, crítico poético de su tiempo, decía "que no deseaba casarse con ninguna mujer rica, porque no quería convertirse en la esposa de su mujer".

Matrimonios aparentes

En la actualidad los matrimonios aparentes están totalmente pasados de moda, lo que no podía decirse a principios de este siglo, en que era costumbre que las mujeres ricas se desposaran con nobles arruinados a cambio de una determinada remuneración exigiendo como condición que el matrimonio fuese "blanco". Creo que sólo es posible que se dé tal situación en una sociedad que cuente con una gran diferencia entre las clases sociales, separadas por respetadas tradiciones, de un lado, y por abismales diferencias económicas, por otro.

Por esta causa los matrimonios aparentes aceptados por hombres que carecían de medios de fortuna, eran bastante frecuentes en la antigua Roma, y las mujeres recurrían a ellos para escapar a las leyes que castigaban la soltería, y disfrutar, al propio tiempo, de libertad absoluta. Séneca ya mencionó esa costumbre en un libro que escribió sobre el matrimonio y Marcial ironiza sobre ello: "A tu Lelia, Quinto, que se casó contigo a causa de la ley, puedes llamarla, en efecto, tu esposa legal."

Tertuliano alude a la paciencia con que debían tratar los maridos comprados a sus rivales, y como Jerónimo censura a aquellos hombres que se avienen a desempeñar el papel de maridos aparentes, y son “despedidos” en cuanto se permiten hacer la más mínima observación respecto a la situación en la que se encuentran. En cambio, las mujeres de casa senatorial se permitían el lujo de vivir en concubinato con hombres con los que no podían contraer matrimonio según la ley, como las mujeres que habían escogido a un liberto y los senadores enamorados de mujeres libertas. El obispo romano Calixto (218 a 223) permitía expresamente estas relaciones que sostenían las mujeres distinguidas de su comunidad. Las mujeres de alcurnia que se sentían atraídas por sus libertos no acostumbraban a casarse con ellos, lo que no puede decirse de los caballeros, puesto que más de uno se avino a convertir en su esposa legítima a la esclava con la que le unía una relación amorosa. Sobre lo que no cabe duda, es que al menos hasta principios del siglo III, las mujeres que pertenecían a clase social más baja, eran las únicas que disfrutaban de esta libertad según la ley. Un liberto, Claudio Hermes, que casó con su señora, que entonces contaba veinticinco años, y vivió con ella durante veintidós “disfrutando de sus bondades sin envidia ni maledvolencia”, recordó a su “patrona y fiel esposa” en un epitafio que decía que gracias a ella disfrutó de una agradable posición, que le proporcionó la dignidad junto con el bienestar material.

El epitafio encontrado en Aquileia, de una simple esclava a quien su dueño hizo su legítima esposa, reza el siguiente texto:

“Fui Anicia Glicera, liberta de P. Anicio. Ya dije lo suficiente sobre mi vida, pero añadido a ello que me sentí satisfecha de haber colmado los deseos de un hombre honrado, y que fui plenamente recompensada cuando él me elevó por encima de mi origen humilde, elevándome a alto honor.”

La prohibición contenida en un decreto de Augusto, que privaba a las libertas que hubieran contraído matrimonio con sus patronos del derecho de divorciarse de ellos contra su voluntad, perduró hasta la recopilación de leyes de los tiempos de Justiniano.

Damiselas y rameras

Frederik Poulsen afirma, cuando hace referencia al relajamiento de las costumbres femeninas, que los escritores romanos “amaban la exageración retórica”. Veleyo Patérculo dice: “Escipión el viejo abrió camino al poder romano, el joven al lujo. En cuanto desapareció el peligro de Cartago, el paso de la virtud al vicio no fue paulatino, sino en un abrir y cerrar de ojos”. Como es de suponer, la emancipación femenina fue motivada por ciertas circunstancias favorables ligadas a un nivel intelectual superior y a un refinamiento de los gustos. Según la opinión de Poulsen, la mala fama de las romanas de la época imperial se debe, primordialmente, a Juvenal, que no cesó en sus críticas contra la pérdida de las virtudes por la que pasaba el mundo: “Juvenal nos habla de mujeres que pueden ser comparadas con las americanas actuales, puesto que batían todos los récords y disfrutaban de ocho maridos en el espacio de cinco años.”

Juvenal incluso se queja, al igual que aquellos repugnantes escritores modernos que clamaban en 1914 por un “baño de acero”, que nos lavase de la desgracia de una paz eterna, de “un lujo peor que la fuerza armada, que nos aprisiona con su yugo y se venga de la tierra victoriosa”.

Estamos de acuerdo con Poulsen cuando afirma que esas expresiones no pueden ser tomadas en serio, puesto que parecen una extraña recompensa para la *pax romana*.

Poulsen nos dice aludiendo a la expresión de Juvenal: “También encontramos esas lamentaciones en los intentos actuales dirigidos a caracterizar a la mujer a través de una idea prefijada contra ella. Porque no se pueden considerar genios, aquellos que desearían aplicar a las romanas las palabras que dijo un diplomático vienés, poco antes de la primera guerra mundial: «Austria sucumbirá por culpa de sus mujeres.» No olvidemos que fueron precisamente los diplomáticos austríacos los que llevaron a la nación a la guerra y a las desgracias. Las mujeres romanas tampoco tuvieron la culpa de las sanguinarias guerras del siglo III, precursoras del derrumbamiento.”

Juvenal no fue el único en lamentarse el relajamiento de costumbres de las romanas, porque también encontramos seme-

jantes quejas en los escritos de Horacio y del ligero Ovidio. Propercio escribe: "Nos resultaría más fácil secar las aguas del mar, y alcanzar las estrellas con las manos, que impedir el pecado a nuestras mujeres. La fidelidad femenina sólo existe en el lejano oriente, en donde las mujeres se muestran dispuestas a ser quemadas en la pira funeraria de su marido. Nuestras mujeres no son fieles, y ahora nos resulta imposible encontrar a una Penélope o a una Evadne." (¡De nuevo esa famosa exageración retórica!)

En el año 19 d. de J. C., Vistilia, una mujer nacida de familia pretoriana, se hizo registrar ante los ediles como prostituta. Fue desterrada a una isla rocosa del archipiélago, y su exilio tuvo como consecuencia una decisión senatorial, que prohibía el ejercicio de la prostitución a todas aquellas mujeres cuyos abuelos, padres o esposos, eran o fueron caballeros. Las mujeres que podían ser acusadas de una conducta ligera, debían ser juzgadas por las antiguas leyes, y en el caso de que no hubiera acusador público, debía denunciarlas un pariente.

Séneca afirma que la podredumbre de las costumbres romanas ha llegado a un punto tan avanzado, que ninguna mujer puede escapar a la sospecha de infidelidad. Séneca el Joven alaba a su madre por no haber caído en la infidelidad, la gran epidemia de la época. También dice en otro pasaje de su obra que todo el que no se hace notar por sus aventuras amorosas o no paga una renta anual a una casada, no está bien visto por las mujeres, y es despreciado por considerarle sólo digno de ser el amante de una sirvienta. Las cosas han llegado tan lejos, que las mujeres tienen relaciones sexuales con los hombres sólo para coleccionar nuevos amantes. En la actualidad, la castidad es considerada como una prueba de fealdad. ¿Dónde ponemos a una mujer tan ardiente e insatisfecha, que no se contenta si no comparte a su marido con un par de hombres? Dedicán su tiempo a sus amantes, y el día no les basta para complacerlos. Llamán matrimonio a la relación con un solo amante, y la mujer que no comprende ese léxico, es tildada de mojigata y pasada de moda.

Cuando Vespasiano se hizo cargo del poder, según Suetonio el vicio y la lujuria se habían enseñoreado de las costumbres, por falta de leyes punitivas adecuadas. El emperador obligó

al senado a dictar una ley según la cual se consideraba como esclavas a todas aquellas mujeres que tenían relaciones amorosas con esclavos extranjeros.

Y Marcial llega a decir: "Hace tiempo que pregunto en la ciudad si existe una mujer capaz de decir no. He comprobado que ninguna se niega, como si fuera una afrenta el emplear la palabra no. Entonces, ¿ninguna es casta? ¡Miles de ellas lo son! ¿Qué hacen pues las castas? No dicen que sí, pero tampoco dicen que no."

Tácito presentó un espejo a los romanos en su libro "Germania", y lo hizo con el fin de influir sobre ellos al demostrarles que los bárbaros se mantenían en un escalafón más elevado que ellos desde el punto de vista moral. Porque ninguno en Germania se burlaba de la castidad, los hombres no se jactaban de las mujeres que habían seducido, y las muchachas no explicaban las veces que fueron seducidas.

La descripción contenida en la sexta sátira de Juvenal, debió de tener un ejemplo viviente, pese a que la pluma de su autor fuese tan caricaturesca. Marco Aurelio se vio obligado a luchar contra la lujuria de las mujeres y de los jóvenes nobles. Dió Casio se encontró a consecuencia de su calidad de cónsul, y a raíz de un decreto promulgado por Septimio Severo contra el adulterio, con tres mil procesos, y éstos sólo podían ser dirigidos contra aquellos que caían bajo las leyes consulares-senatoriales y por lo tanto de las clases superiores.

Tras la guerra que Septimio Severo sostuvo contra los caledonios (210), la emperatriz Julia se atrevió a hacer algunas observaciones de mofa respecto a la poligamia, a la esposa de un cabecilla caledonio y ésta le respondió que las caledonias eran mejores que las romanas, puesto que éstas cometían adulterios en secreto con cualquier hombre, mientras que ellas lo hacían públicamente procurando atraerse al mejor. Y a todo lo dicho añadido que en la antigüedad también se llamaba cornudo al hombre engañado.

C. F. von Schlichteroll se pregunta cuál fue el momento en que la prostitución apareció en Roma, y opina que no se puede saber exactamente cuándo sucedió. Ya dijimos con anterioridad que la prostitución existía antes de la fundación de Roma (puesto que una *lupa* fue la que amamantó a Rómulo y Remo),

y también podemos añadir que el “gremio horizontal” es considerado en todo el mundo como el más antiguo. Pero cuando la prostitución más o menos organizada irrumpió en la ciudad, se extendió de una forma tan avasalladora pese a los castigos y a su persecución, que en los tiempos imperiales había más rameras junto a las orillas del Tíber, que las que existieron en toda Grecia. Es posible que las mujeres latinas que montaban un burro, fueran las primeras en convertir un oprobio en una profesión. Al menos en un principio los romanos se jactaban con orgullo de que sólo las extranjeras se entregaban a ellos a cambio de una remuneración en el interior de las murallas de la ciudad. Pero a medida que fue transcurriendo el tiempo, fue creciendo el número de prostitutas propias, hasta que llegó el momento de estar nivelado con el de las extranjeras. Pese a que esas rameras, ^oélegres, despreocupadas y dispuestas a complacer, perteneciesen a la *questus*, o prostitución ambulante, o al *scrotatio* o prostitución estacionaria, pese a que fueran ardientemente deseadas, amadas y adoradas, pese a que muchas de ellas consiguiesen, mediante el ejercicio de su oficio, llegar a un inesperado matrimonio o a poseer verdaderas fortunas, en realidad todas ellas no eran más que criaturas despreciadas, privadas de todos los derechos y cuya suerte fue digna de compasión. No se les permitía casi nada, ni siquiera disponer libremente de los bienes que hubieran ganado, a veces, con tanto asco o desprecio y estaban privadas del privilegio de heredar y de testar. Sólo eran toleradas en las fiestas de los dioses, y el que quisiera ofenderlas podía hacerlo libremente y sin miedo a tener que sufrir castigo legal. Se las perseguía y se obstaculizaban sus oficios en miles de formas. Sólo eran toleradas porque se necesitaba de ellas. Pese a todo, consiguieron imponerse, y a medida que fue transcurriendo el tiempo, llegaron a constituir un factor social de consideración, sin que nunca disfrutasen, por otra parte, de protección legal.

La fiebre de los divorcios

Se ha hablado mucho sobre la “poligamia sucesiva” que impera en nuestros tiempos, facilitada a través de los divorcios, y



Pintura mural de una casa romana

de las pocas trabas que se ponen a contraer nuevos matrimonios; algo parecido podemos decir respecto a los romanos y a las romanas de la época imperial.

Del mismo modo que los hombres se divorciaban varias veces —uno de ellos menciona en su tumba a su séptima esposa— muchas romanas acostumbraban a casarse más de una vez, y ello las ponía en disposición de comparar sus experiencias conyugales de la misma forma que aquella señora inglesa tan humorísticamente descrita por Dickens que aprovechaba cualquier ocasión para enterarnos de la manera en que reaccionaban su primero, su segundo y su tercer marido.

Cuando Séneca dice que existían mujeres que no contaban los años por consulados, sino por maridos, Juvenal afirma que muchas mujeres se divorciaban antes de que empezaran a marchitarse las ramas verdes que adornaban la puerta de entrada a la casa de los recién casados, y que llegaban a tener ocho maridos en cinco años, y Tertuliano dictamina que las

mujeres sólo se casan para poderse divorciar, todas esas expresiones no pueden ser más que exageraciones amargas o jocosas. Sin embargo es preciso reconocer que la realidad debía ser bastante negra, pues en caso contrario no se hubieran producido tantas lamentaciones y críticas. No cabe duda de que los matrimonios duraderos eran una excepción. La estela funeraria que se dedicó a Turia, fallecida entre los años 8 y 2 antes de J. C., dice: "No es frecuente que se den matrimonios tan duraderos, que se disuelven por la muerte, y no por el divorcio. Porque el nuestro no me dio ningún motivo de queja y duró cuarenta y un años."

Y aun en ese matrimonio ejemplar, y tal vez precisamente por ello, la esposa también propuso el divorcio a su marido, después de la muerte de su única hija, porque quería darle la oportunidad de volverse a casar, y engendrar nuevos vástagos. (Cosa que no es de extrañar, puesto que según la ley, la esterilidad o infecundidad resultaban desventajosas a la hora de la herencia, y por ello motivos de divorcio.) Llegó al extremo de mostrarse dispuesta a buscarle personalmente una nueva esposa, de ser para sus hijos una segunda madre, de comportarse con él como una suegra o una hermana, y de no exigir la separación de bienes. El hombre se negó a su ofrecimiento.

También el Trimalción de Petronio se gloria de haber rechazado un divorcio similar. Sin embargo, la mayoría de los hombres no demostraban tener tantos escrúpulos y aquellos (como Ovidio y Plinio el Joven) que tuvieron tres mujeres, o los que tuvieron cuatro (como César y Antonio) e incluso cinco (como Sila y Pompeyo), no fueron una excepción. No sabemos si el epigrama de Marcial "Ya entierros a tu séptima mujer, Phileros, en tu hacienda. No creo que haya existido otra hacienda tan fértil" puede ser considerado como una exageración digna de mencionar. Tampoco las mujeres se anduvieron a la zaga en lo que respecta a la celebración de matrimonios sucesivos. La hija de Cicerón, Tulia, se casó tres veces. Nerón fue el tercer marido de Popea, y el quinto de Estatilia Mesalina. Marcial hace referencia de una mujer que se casó de seis a siete veces; de otra que contrajo nuevas nupcias después de haberse quedado viuda siete veces y de una tercera de la que se sospechaba haber dado muerte a sus siete maridos.

La influencia de la esclavitud sobre las costumbres

En los tiempos en que casi todos los burgueses podían permitirse el lujo de tener un gran número de servidores, un escritor, Wilhelm Busch, dijo en un libro: "Todo joven siente inclinación por las criadas a su disposición." El autor puede recordar muy bien las explicaciones que le dio una sirvienta sobre las relaciones amorosas que sostuvo con el hijo de la casa en donde sirvió, antes que en la suya. Añadió que el muchacho en cuestión no perdía ni una sola oportunidad para mostrarle su pene, le rogaba que fuera a visitarlo por la noche a su habitación, y que fue así iniciada en las artes preliminares del amor. También afirmó que, como era de suponer, nunca le permitió que llegara a culminar el acto, puesto que estaba prometida y por lo tanto obligada a guardar fidelidad a su futuro marido. Si a principios de nuestro siglo todavía se producían semejantes situaciones y muchas mujeres declaraban que preferían ver a su marido "ocupado" en casa, a saber que lo hacía fuera del hogar, podemos imaginarnos lo que sucedería en la antigua Roma entre romanos y esclavas, o viceversa, si no olvidamos el hecho de "que el esclavo no era un ser humano".

Juvenal nos presenta a la mujer que no pierde la serenidad al ser hallada en los brazos de un amante, y simplemente dice: "Ya decidimos hace tiempo, que podrías hacer lo que te apeteciese y que yo, a mi vez, complacería todos mis deseos."

Horacio también se queja de la inmoralidad de las mujeres de su tiempo:

La muchacha rica aprende pronto
figuras de danza jonia, y algunas artes de la lujuria,
también empieza a pensar en sus galanteadores
cuando aún se halla en los brotes de su juventud.

Luego se convierte en mujer, y sonrío ante su señor
cuando acecha a los jóvenes invitados y elige entre ellos
sin un gusto demasiado exigente,
a quién concederá, en la oscura cámara, sus placeres.

Actúa incluso públicamente; ante los ojos del marido
persigue al comerciante y al navegante pónico
que le hace señas, y no remolonea
al comprar los más caros vicios.

También debemos mencionar otro efecto de la esclavitud sobre las mujeres, y mucho más peligroso, a causa de la fácil aclimatación a la dureza y crueldad que imperaban en Roma en los sangrientos espectáculos del anfiteatro, a los que asistía todo el mundo. Juvenal no se ha mostrado parco en sus sátiras contra las mujeres, malhumoradas patricias que hacían azotar sin piedad a sus esclavas ocupadas mientras tanto con otros asuntos, hasta que los verdugos quedaban exhaustos y oían el displicente: “¡Afuera!”. Ovidio también exhorta a las mujeres a que no arañen el rostro de las sirvientas con los largos peines, y a no torturarlas clavándoles agujas en los brazos desnudos mientras las están acicalando.

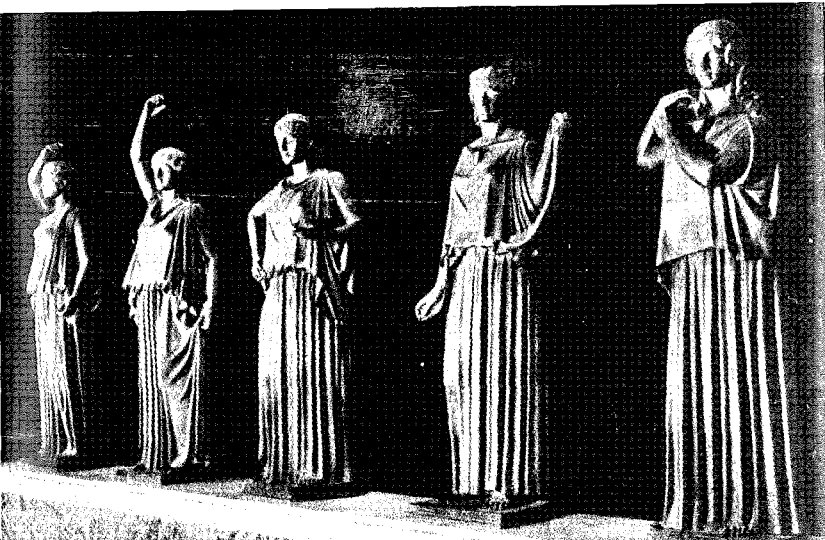
Adriano desterró a una mujer porque trataba a sus esclavas con espantosa crueldad y la obligó a permanecer cinco años en una isla. Y antes de que el mismo emperador privase a los amos del derecho a matar impunemente a sus esclavos, hubo más de una mujer que, sin ninguna razón, condenaban a sus esclavos, que “no eran seres humanos” a morir en la cruz.

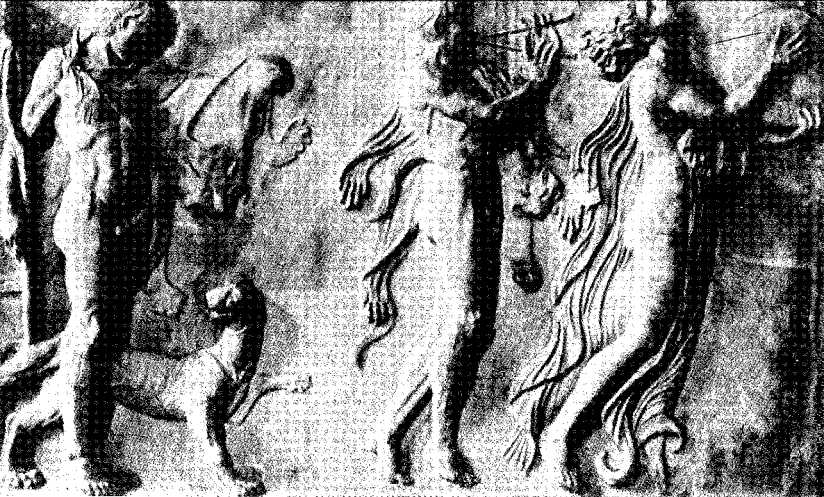
Las mujeres también estaban supeditadas a otras influencias de índole corruptora. No creo que pueda concederse demasiada influencia a la bellísima literatura de la época, pero no cabe duda de que obras como las “Elegías” de Ovidio y su “Arte de amar”, han de ser consideradas como los síntomas de la corrupción de las costumbres. Tampoco podemos olvidar que las mujeres de entonces, carentes de criterio sobre la corrección tal como hoy la entendemos, se comportaban de una forma que en otros tiempos o países, hubiera hecho despertar el sentido femenino del pudor. Si pensamos en los versos amorosos del rococó tal vez podamos comprender a las romanas de entonces sin condenarlas por leer los versos de Marcial y de Petronio. De hecho, Marcial dedicó a su bienhechora, (la viuda de Lucano, Pola Argentaria, que entonces contaría de 40 a 50 años) su décimo libro, no precisamente exento de obscenidades, con el ruego de que lo leyera sin fruncir la frente. Tam-



Tres ménades (relieve, museo Barracco, Roma)

Las llamadas "bailarinas de Herculano" (siglo V a. JC., museo Nacional, Nápoles)





Baco, sátiro flautista y ménade (relieve de Stabie, museo Nacional, Roma)

Comedor de la casa de Neptuno y Anfítrite en Herculano



co podemos saber a ciencia cierta hasta qué punto tuvieron un efecto nocivo las artísticas esculturas ricas en pornografía. No ignoramos en cambio, que Propercio se lamenta de los frescos que corrompían los ojos inocentes de las muchachas y que no es él el único autor que nos ha legado igual preocupación moral.

Cuando Friedlaender se obstina en decir que los cuadros obscenos encontrados en Pompeya sólo engalanaban las paredes de los burdeles, nos obliga a mencionar la casa de los Vetti, que no era ningún burdel y contenía semejantes pinturas. Tampoco nos vemos capacitados a emitir una opinión exacta sobre el particular, puesto que todas las pinturas romanas fueron pintadas directamente sobre paredes, por lo que se han perdido cuando se derrumbaron las casas. Actualmente no disponemos sino de los frescos enterrados bajo la lava del Vesubio, y que antaño adornaron los muros de las casas de Pompeya y Herculano.

La influencia de los espectáculos

Los teatros vivieron su época de oro en el mundo occidental cuando no existían el cine, ni la televisión ni la radio. Incluso en la Ginebra calvinista hubo entonces gran cantidad de teatros, de los que nos quedan unos cuantos convertidos en cine, como el "Alhambra", para poner un ejemplo.

Por eso no creo que debamos hacer un gran esfuerzo de imaginación para representarnos los teatros de la antigua Roma como lugares destinados a hacer olvidar a sus habitantes las preocupaciones cotidianas.

Los teatros romanos entablaron entre sí un pugilato para ofrecer espectáculos nunca vistos, luchando en la magnificencia de su decoración y en la comodidad de su acondicionamiento. Incluso estaban en disposición de presentar escenas que podían excitar agudamente los instintos sexuales en la época en que todavía no existía el freno del cristianismo. Las comedias en las que se presentaba un adulterio fueron tan aplaudidas entonces como en la Francia del siglo XIX, y puesto que la censura no gravitaba, amenazante, sobre las representaciones

lascivas, los comediantes podían actuar de una forma muy realista.

Durante la primera guerra mundial, un gran cabaret de Budapest presentaba a un negro que, al bailar con un palo, hacía una demostración mímica tan realista de la erección de un falo, que nadie podía ignorar el significado de esa pantomima, siempre acogida con gran algarabía.

Creo que no me equivoco al imaginar que semejantes espectáculos estaban a la orden del día en la antigua Roma. Incluso al emperador Nerón, el diletante universal de su tiempo, no le importó aparecer en la comedia "Kanaque en apuros infantiles", imitando de manera tan realista el gemido y los movimientos característicos de una parturienta, que el público le vitoreaba enloquecido.

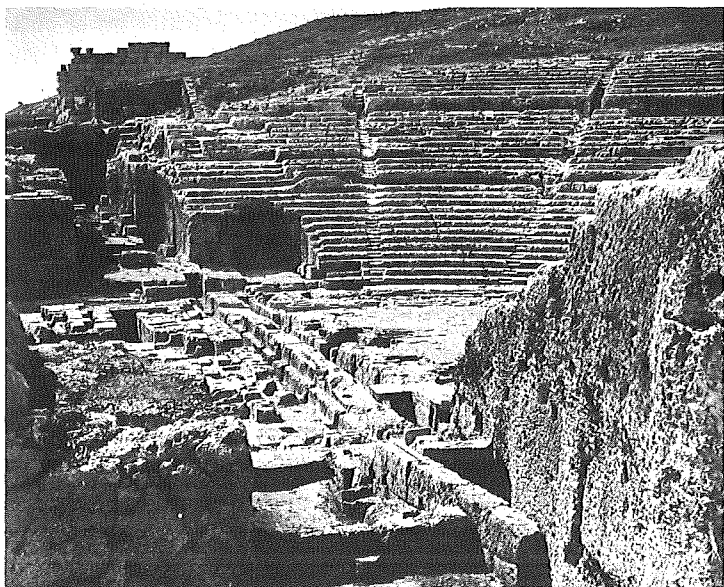
Los polichinelas (*atellana*) y la mímica (*mimus*) dominaban la escena de una forma insinuante y viciosa, excitando los sentidos de las masas. El baile de pantomima, en el que se recreaba el mundo distinguido, ofrecía representaciones obscenas de gran refinamiento, con el fin de despertar los instintos más adormecidos y los nervios más relajados. La lucha que los cristianos entablaron contra el teatro está justificada por muchas de esas representaciones, e incluso podía decirse que una mujer que acudía casta a semejantes espectáculos, salía de ellos completamente corrompida. Tampoco podemos negar que las matanzas y los sacrificios ofrecidos en la arena enajenaban las almas y embotaban los sentidos, puesto que su crueldad no puede ser comprendida por una mente actual.

El interés que atraía a las mujeres a los espectáculos se extendía también a los artistas que aparecían en ellos. Tanto los atletas como los gladiadores disfrutaban de un gran éxito entre las damas, incluidas las de más alta alcurnia, y Juvenal nos llega a afirmar que las mujeres distinguidas no temían a nada, ni siquiera el mareo, cuando se trataba de dejarse raptar por algún gladiador, y lo más asombroso de todo es que incluso llegaban a perderse los espectáculos por huir con los actantes. Los actores, cantores y bailarines también disfrutaban de un gran predicamento entre las mujeres, y éstas llegaban al extremo de cometer grandes estupideces, a causa del apasionamiento que sentían por ellos. Pondré un ejemplo a lo dicho:

una mujer casada (de la época augustiana) fue al encuentro del actor Estefanio, vestida de muchacho y con el cabello cortado.

La esposa del emperador Pertinax sostenía relaciones amorosas, públicamente conocidas, con un músico tocador de cítara. E incluso se llegaba a afirmar que todos esos virtuosos vendían muy caros los favores que otorgaban. Los instrumentos de los citaristas famosos se pagaban a un precio muy elevado por sus admiradoras, y eran acariciados y besados luego como si fuesen un verdadero tesoro.

Según Juvenal, una mujer de alcornia ofreció un costoso sacrificio a los dioses, para indagar de ellos si un renombrado citarista obtendría la corona de laurel en los próximos torneos; a lo que añade el poeta: “¿Qué más hubiera podido hacer en el caso de que su marido o su hijo enfermasen de gravedad?” Los bailarines que interpretaban pantomimas eran los que disfrutaban de mayor éxito, porque tanto los hombres como las



El teatro griego de Siracusa. Según el modelo de estos edificios construyeron los romanos los suyos

mujeres se disputaban sus favores. Séneca escribe durante el reinado de Nerón que existían muchos discípulos, y aun muchos maestros, dispuestos a copiar el arte de Pílates y de Batilo. Todas las casas de la ciudad contaban con sus escenarios privados, sobre los que bailaban hombres y mujeres, y los esposos se disputaban el privilegio de superar cada uno el arte del otro, en cuanto a lascivia. Los bailarines de pantomimas acostumbraban a ser hombres jóvenes y bien parecidos, y por ello todo el mundo se disputaba sus favores, más, debemos creer, por su aspecto que por su arte. Ya en el año 22 ó 23 d. de J. C., los mejores de ellos fueron expulsados de Italia, a causa del apasionamiento que despertaban entre el público y las pecaminosas relaciones que sostenían con todas las mujeres. Debió de ser muy grande el escándalo, y ruidosas y acerbas las críticas, pues en caso contrario no existirían motivos para que fuesen tratados con tal severidad. El bello Mnester, el bailarín más festejado de los tiempos de Claudio, disfrutaba de los favores de Popea la Mayor, la mujer más bella de aquellos tiempos, y firmó su sentencia de muerte al convertirse en el obligado amante de Mesalina. Domiciano mandó apuñalar a Paris, otro bailarín de pantomimas, en plena calle, por haber despertado sus celos; muchos admiradores del artista regaron con flores y esencias el lugar en donde cayó. El aroma de esas esencias trajo consigo más tarde el asesinato del propio Domiciano, que estuvo estrechamente relacionado con el apasionamiento que sentía su mujer por Paris y otros bailarines.

Marco Aurelio soportó con más filosofía el apasionamiento de Faustina que, según las habladurías públicas, también ofrecía sus favores a los artistas. El apasionamiento de la esposa de un tal Justo por el bailarín Pílates fue reconocido por Galeo de una forma análoga a la del médico Erarístrato frente al amor que Antíoco sentía por Stratonice. Como no encontraba en el cuerpo de la enferma ninguna causa que motivara su insomnio, echó mano de un procedimiento psicológico, nombrando al bailarín en cuestión y comprobando a continuación que los colores volvían a sus mejillas, que su mirada se animaba y que su pulso tornaba a latir con normalidad, por cuyos síntomas pudo emitir un fundado diagnóstico sobre el mal que la aquejaba.

En un principio, los papeles femeninos en el teatro fueron interpretados por hombres. Creo que nos resultará fácil imaginarnos la comicidad de semejante espectáculo si pensamos en la farsa "La tía de Carlos", de principios de nuestro siglo. Volvemos a hablar sobre esta particularidad del teatro romano en el próximo capítulo, dedicado a los juegos. Sólo mencionaré aquí que en las últimas épocas imperiales las mujeres medio desnudas también aparecían sobre el escenario, igual que en las revistas parisinas de la actualidad.

Las comedias improvisadas han pasado de moda, en la imposibilidad de que sean previamente aprobadas por la censura. Las obras populares vienesas todavía cosecharon grandes éxitos durante el transcurso del siglo pasado, e incluso disfrutaban una cierta resonancia actual, reflejada en las operetas de música moderna con morcillas que recogen los acontecimientos recientes. Sin embargo, en Roma florecía la improvisación, y el excitado público captaba en seguida cualquier alusión. El teatro era en realidad el único lugar en donde podía darse rienda suelta a las críticas, puesto que no existían los periódicos humorísticos o satíricos. La crítica no respetaba ni al mismo emperador, y podemos imaginar que tanto los exilios voluntarios de Tiberio como los problemas del viejo Claudio y la joven Mesalina fueron más de un motivo para la inspiración de sátiras. Incluso creo que esas sátiras constituyeron la leyenda de que sacamos actualmente el meollo de la verdad, cosa que, por otra parte, dista mucho de resultarnos fácil. Los argumentos basados en los amores de los dioses, tal como fueron presentados por Ovidio a los romanos en su "Metamorfosis" —incluso en nuestro tiempo Strauss se basó en ellos para componer su "Dafne", alabando el laurel en una larguísima aria— eran la fuente para la inspiración de más de una pantomima. Tanto la aproximación de Júpiter a Leda, convertido en cisne como la lluvia dorada sobre Dánae o Pasifae, admitiendo el amor de un toro; todas esas fábulas llenas de imaginación fueron los motivos predilectos para el *pantomimus*; y pese a que Júpiter reinase entonces en su templo del Capitolio, dominando desde éste toda la ciudad, las ironías y las sátiras no eran menos desvergonzadas que las que nos presentó posteriormente Offenbach en sus operetas. Los artistas eran

tan admirados como las “estrellas” de nuestra era, y al morir Paris, Marcial se vio obligado a gritar: “¡Caminante, cuando pases por la vía Flavia, no pases de largo ante el más bello de los monumentos de mármol! Los placeres de Roma, la gracia de Alejandría, el arte, la alegría, la excitación y el dolor del teatro romano, junto con todos los dioses y las diosas del amor, están recogidos en esa magnífica tumba de Paris.”

Otros mimos a quienes la posteridad siguió ofreciendo coronas de flores fueron Pílates y Batilo, que supo entusiasmar a los romanos interpretando el papel de Leda. Incluso Mnester, que se vio obligado a complacer “en todo” a Mesalina por orden de Claudio, y que fue arrastrado en la caída de “la puta en el trono” no fue olvidado por los romanos hasta mucho después de su muerte.

En esa época ya existían ballets, conocidos por el nombre de *pyrriche*. Entonces, todavía no se había descubierto lo que los franceses llaman “tutú”, y lo mismo podemos decir respecto a las mallas. Por ello, los bailarines romanos vestían unos trajecitos transparentes, que permitían ver todos los movimientos del cuerpo. Creo que esos danzantes jamás pudieron soñar con el “twist” moderno, pese a que tenga ciertas reminiscencias eróticas, y ellos fueron más salvajes, más auténticos y mucho más lascivos.

La influencia de los banquetes

Los banquetes de la antigua Roma no transcurrían en unas cuantas horas, como los nuestros, sino que a veces duraban varios días. Recuérdese la descripción de Petronio en “El banquete de Trimalción”.

Tácito nos hace mención de la predilección que los romanos sentían por los banquetes, sólo comparable a la que experimentaban por los espectáculos públicos. Sin embargo, creo que incluso en los peores tiempos, esas fiestas, a las que Tácito tilda de viciosas, no fueron tan nocivas como para que las mujeres se dejasen influenciar por ellas y recibieran un impacto tan fuerte como el que recibían en los espectáculos. No obstante, es cierto que la gente que asistía a ellos quedaba tan influen-

ciada como en el teatro, porque en los banquetes también había música, baile y escenas teatrales. Los banquetes, además, ofrecían el peligro de que tanto los oídos como los ojos castos habían de ser impresionados por bailes, escenas y alusiones obscenas y representaciones tan realistas y alambicadas que rayaban en el más refinado de los vicios, peores que las peores representaciones del egipcio Almés.

Plutarco dice: "Los anfitriones ofrecen en sus banquetes representaciones teatrales, junto con declamaciones tan procaces que excitan los sentidos de los espectadores. La cosa en sí no tendría tanta importancia si no tuviera lugar en presencia de mujeres y muchachos en plena adolescencia."

Aun prescindiendo de semejantes espectáculos, los banquetes en sí ofrecían grave peligro para la virtud de las mujeres asistentes a ellos, puesto que proporcionaban a los hombres excelente oportunidad para aproximarse al sexo débil y ellos hacían que cada ocasión fuese aprovechada al máximo.

Plinio el Viejo dice: "Los ojos ávidos tasan los atractivos femeninos durante el transcurso de las libaciones, aprovechando el estado de embriaguez de los maridos."

En una de las poesías más desvergonzadas de Ovidio nos es narrada la seducción de una bellísima mujer, esposa de un hombre bastante simple; es la historia de Paris y Helena. Esos nombres han servido para la genial descripción de una esposa infiel y de su amante; es la narración de un hecho en sí vergonzoso, pero que, a pesar de todo, constituye una de las más bellas historias de amor jamás escritas. Ovidio nos presenta los escauceos amorosos de esos amantes que se encontraron en un banquete. La bella siente la ardiente mirada de su admirador, que no se aparta ni un segundo de ella; oye sus suspiros, y ve cómo toma su copa y posa los labios en el mismo sitio en donde los posó ella; después le pasa algunas señas, mediante los dedos y los ojos, escribe con vino ardientes palabras de amor sobre el mantel, y susurra poesías seductoras ocultando tras ellas el apasionamiento que le embarga; incluso simula estar ebrio para poder comportarse con mayor ligereza.

La antigua costumbre que exigía a las mujeres que se sentasen ante la mesa dejó de regir en los tiempos de Augusto, en el que pudieron echarse en las literas como los hombres. En tiem-

pos más antiguos se estimaba que las mujeres debían sentarse para conservar un cierto decoro, pero en los tiempos imperiales, en que se prescindió de casi todo el puritanismo de las viejas costumbres, sólo se conservó el rigor referido a los banquetes del Capitolio, en donde Júpiter yacía, pero en cambio Minerva y Juno estaban sentadas. Valerio Máximo bromea sobre todo ello: "Todo hace suponer que las buenas costumbres deben seguir imperando sólo entre los dioses, puesto que las mujeres se obstinan en olvidarse de ellas."

La moda

Si nos dedicamos a observar atentamente una colección de bustos romanos, de los expuestos en el museo del Vaticano, en el Louvre de París o en la gliptoteca de Copenhague, comprobaremos que lo que más llama nuestra atención serán los exageradísimos peinados femeninos de la época de los emperadores flavios, que veremos en toda clase de mujeres, aunque se haya difundido la equivocada creencia de que esos exagerados tocados que allí se nos muestran eran privativos de las mujeres mundanas y ligeras de cascos. Tal cosa dista mucho de la realidad, porque, a pesar de que esos peinados fueran usados por mujeres de vida más o menos alegre, también adornaban las testas de féminas honradas y fuertes, tal como nos las describe Poulsen en sus escritos, de los que forman parte las siguientes frases:

"Formaban una camarilla, blanco de todas las sátiras y objeto de los escritores de epigramas; Suetonio, en sus biografías de los emperadores, también las criticó acerbamente."

Ovidio se dirige a la amada con las siguientes palabras: "Creo que en algunas ocasiones deberías peinar y dejar suelto tu pelo en la presencia de tu amado, puesto que a él le gustaría verlo caer sobre tus espaldas. Pero guárdate de la exageración. No debes alborotarlo ni recomenzar el peinado, ni herir a tu doncella cuando te lo está cuidando. Odio a la mujer que clava sus horquillas en la carne de sus sirvientas y a las que se divierten en arañarles el rostro. La pobre criatura maldice cada rizo que te peina, y llora mientras sangra a espaldas del ama."

Poulsen escribe: "En la época de Ovidio los peinados femeninos todavía eran relativamente "sencillos", y el acicalamiento no robaba muchas horas a las mujeres. Pero cuando Trajano subió al trono, los rizos eran tan complicados que inspiraron muchas de las poesías satíricas de aquellos tiempos. El busto de una atractiva romana, expuesto en la gliptoteca de Copenhague, nos muestra plásticamente, a la perfección, las descripciones de los poetas. Su cabeza presenta una cinta aprisionando las sienes, sobre las que se alzan tres pisos de trenzas, cuya estructura recuerda el diseño de las diademas, y la cima de cada trenza lleva rizos y tirabuzones. En el caso de que dicho peinado no sea una peluca y, por tanto, esté elaborado con cabello auténtico, comprenderemos los suplicios de las pobres doncellas y la impaciencia de las mujeres, que llegaban al extremo de golpear a aquellas con el pesado espejo de bronce, hasta que caían desmayadas, según Marcial en un epigrama. Las descripciones del tocado matutino y sus momentos culminantes, nos quedan perfectamente reflejadas en la sexta sátira de Juvenal, una de sus dieciséis poesías más famosas y mejor elaboradas. Una parte de ella termina de la siguiente forma: "Creo que merece la pena saber lo que hacen las señoras y en qué emplean su tiempo durante el transcurso de la jornada. Si el esposo les vuelve la espalda en el lecho, lo paga su doncella. A los muchachos encargados del maquillaje se les arranca la túnica y la esclava luburnia está obligada a escuchar los improperios que le lanzan por haber llegado demasiado tarde, como si todos hubieran de purgar la falta de interés demostrada por el marido. Un esclavo es golpeado con la vara, otro sangra bajo el azote, y a un tercero se le tortura con el látigo. Existen mujeres que pagan con suplicios los servicios de los que se cuidan de su acicalamiento. La noble señora se empolva mientras azotan a sus siervos, presta oídos a las conversaciones de sus amigas, o contempla la hechura de un traje bordado en oro. Lee sus poemas predilectos, mientras atormentan a las esclavas, y permanece impasible, hasta que los verdugos quedan exhaustos, momento que aprovecha para gritar: ¡Afuera! y terminar tranquilamente con su tocado..."

También se ha censurado mucho a las mujeres de entonces el impudor del que daban muestras en sus atuendos; pero las in-

formaciones de los escritores en general, y todavía más de los super-exagerados de la categoría de los dos Sénecas y de Plinio el Viejo, no pueden darnos una idea clara sobre los extremos a los que llegaron, puesto que mencionan un vestuario propio de prostitutas, que tal vez no fue el usado por las mujeres normales. Tampoco debemos pasar por alto que las críticas y quejas sobre las indumentarias femeninas no se han limitado a la antigüedad, puesto que también aparecieron copiosamente durante los períodos medievales e incluso en la actualidad no podemos decir que falten bromas y críticas serias. No podemos olvidar, por ejemplo, la transparencia de los vestidos femeninos en los tiempos del directorio francés, cuando una *mada-me* Tallien reinaba en París, y que en las fiestas de Estanislao Augusto en Grodno, la marquesa de Lulli vestía de una forma no superada hoy.

El despilfarro de que hacían gala las mujeres en su acicalamiento personal, orientando sus preferencias por las telas y adornos de Asia (sedas, muselinas, piedras preciosas, perlas y esencias), se vio, sin embargo, limitado a pequeños círculos y todo nos hace suponer que no sobrepasó el lujo de tiempos posteriores.

La emancipación femenina

Charles Seltmann, un entusiasta instigador de la emancipación femenina, nos presenta en su libro "Amadas de los dioses" (una historia cultural de la mujer en la antigüedad), la prueba de que el desarrollo de la época imperial romana trajo consigo la emancipación femenina: "Visto desde el punto de vista de la mujer, las cosas no empeoraron, ¡todo lo contrario!; mejoraron con creces."

Friedlaender procura ver esa evolución en forma objetiva, con el fin de sopesar sus pros y sus contras:

"La situación independiente en la que se encontraban las mujeres, las llevó a romper con el yugo que la naturaleza y las costumbres les habían impuesto, para ir en busca de los derechos de que estaban privadas y buscarse una profesión muchas veces en contradicción con su femineidad. Creo que aquellas

extravagancias que Juvenal nos describe con tanto entusiasmo se dieron en todos los tiempos y en todas las épocas, como las mujeres vestidas y actuando como atletas y gladiadores, y las noches bebiendo vino en competición con los hombres. El mismo Juvenal nos prueba que esos intentos de loca emancipación tienen que ser considerados como excepcionales. Creo más bien que los intentos de emancipación con significación política debieron de ser muchísimo más frecuentes. Las mujeres que deseaban emanciparse políticamente conocían al dedillo lo que pasaba en todos los países, por muy alejados que se encontrasen, cazaban los rumores en las fuentes más fidedignas, no se intimidaban para rebatir a las personalidades más relevantes, llegaban al extremo de buscar sus informaciones junto a los militares y hablaban con todo aquel que se cruzaba con ellas por la calle, con gran conocimiento y energía, de un sinfín de temas que hasta entonces jamás les habían interesado, y de los que, no pocas veces, sabían más que sus interlocutores.

Las esposas de los gobernadores de las provincias acudían a los desfiles militares, se mezclaban entre los soldados y se rodeaban de centuriones. Pondré un ejemplo de lo dicho: la orgullosa Plancina, hija del fundador de Lyon, Munacio Planco, esposa de Cneo Pisón, nombrado gobernador de Siria en el año 17, y Cornelia, esposa del gobernador de Panonia, Calvisio Sabino (fallecida en el año 39), ocasionaron en el año 21 un informe al senado, apoyado por Cecina Severo, en el que se exigía que ningún empleado estatal debería llevar consigo a su esposa cuando fuera destinado a provincias. El informe fue consecuencia de la aparición de Plancina en Siria. En tal informe también se decía que el senado debía tener en cuenta lo frecuentemente que se acusaba a las mujeres de robo y chantaje. Sin embargo, los provincianos no querían verse supeditados a ellas, por opinar que las mujeres eran tozudas e incompetentes cuando se obstinaban en mandar; lo que tal vez sea cierto, porque, en cuanto se veían libres de trabas, no se limitaban a mandar sobre las haciendas y sobre los jueces, sino que incluso deseaban disfrutar de ascendencia sobre el ejército. Pese a todo, el informe no fue aceptado, con la consecuencia de que en los tiempos sucesivos se repitieran las que-

jas sobre los tejemanajes de las esposas de los gobernadores, que, "como arpías, afilaban sus uñas para recaudar dinero, asolando como tempestades las ciudades y las aldeas."

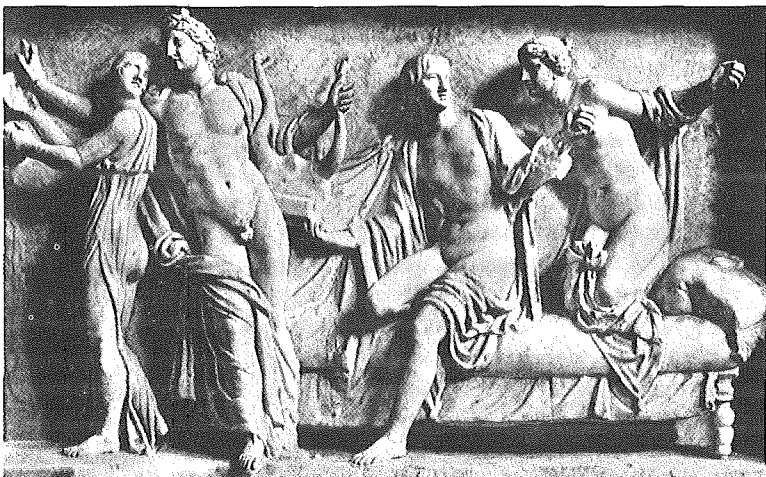
De todos modos, si enfocamos las cosas desde un punto de vista sexológico, debemos reconocer que todos los movimientos para la emancipación femenina que se han dado en la historia han causado tendencias varoniles en las mujeres y motivaron un acusado feminismo en los hombres, como si se crease un equivalente para mantener la balanza. Según el Dr. M. Vaerting, todos los países de predominio masculino tienen siempre una "moral doble", puesto que el hombre se permite ciertas libertades que no consiente a la mujer. Por lo que, al emanciparse la mujer y eliminarse la "moral doble", se originan ciertas tendencias que, vistas desde un punto de vista estrictamente masculino, son tildadas de "aberraciones". También encontramos actualmente paralelismo a lo dicho. Después de que las mujeres de la mayoría de los países occidentales consiguieron que se clausuraran los burdeles, se permiten una vida más libre, y obligan a sus maridos a que las ayuden en los quehaceres domésticos. No se contentan con ser cantantes o actrices, sino que también conquistan el mundo de la literatura, hasta el punto de que, actualmente, de diez novelas publicadas, nueve son obras de la pluma de una mujer. El interés por las artes y la literatura también fue *in crescendo* en Roma a medida que la emancipación femenina se extendió.

Ya es sabido que durante el transcurso de los dos primeros siglos las manifestaciones literarias se desarrollaron con gran intensidad, y las sociedades más cultas practicaron mucho diletantismo poético. En casa de Augusto, que favoreció tan magnánimamente esas directrices, las mujeres podían relacionarse con las letras. La hermana del emperador, Octavia, llegó a aceptar la dedicatoria de una obra filosófica; Virgilio le leyó, junto a su hermano, el sexto libro de la Eneida; los pasajes en verso que hacían referencia a su hijo Marcelo, fallecido en plena juventud, le originaron un desmayo. El poeta Crinogoras estaba íntimamente relacionado con ella y con su familia; era oriundo de Mitilene y fue enviado por dos veces ante Augusto, en calidad de embajador de su país (709=45 y 729=25). Todavía contamos con algunas poesías suyas, que fueron dedicadas

a Marcelo, el hijo de Octavia, y a su bella y devota hija, Antonia (esposa de Druso); una de esas poesías forma parte de una colección de poemas líricos; otra de ellas constituye una oración dedicada al alumbramiento feliz de Antonia; otras, en fin, hacen referencia a su esposo, Druso, y a su hermano, el futuro emperador Tiberio.

Julia, la hija predilecta del emperador, también demostró un gran interés por la literatura, con la que enriqueció su cultura, lo que no debe extrañarnos, puesto que “en aquella casa se respiraba sabiduría” (palabras de Macrobio). No cabe duda de que casi todas las mujeres de esa época estuvieron muy familiarizadas con la literatura.

Perila, la hijastra de Ovidio, fue poetisa. Pola Argentaria, la esposa de Lucano, se distinguía por su cultura y su espiritualidad (según Estacio). De la participación que tuvieron las mujeres de las épocas imperiales posteriores en los asuntos literarios, sólo nos es conocida la de Agripina, la madre de Nerón, que nos legó sus memorias, más tarde aprovechadas por Tácito y por Plinio el Viejo, y también sabemos que Estatilia Mesalina, la tercera esposa de Nerón, brilló después de la muerte del emperador tanto por su belleza e inteligencia como por su ri-



Apolo y las tres Gracias

queza, llegando incluso al extremo de intentar sobresalir en el arte de la dialéctica, preparándose para ello mediante empeñados estudios. Hablaremos más tarde de las ocupaciones literarias de Julia Domna, la esposa de Septimio Severo. La hija del retórico Nazario (durante el reinado de Constantino) tenía tal preparación que incluso estaba en disposición de medir sus fuerzas con las de su padre.

Pero en una época en que el diletantismo poético estaba en su punto culminante, no es de extrañar que las poetisas fueran muy numerosas; intentaban sobresalir componiendo versos en latín y en griego, mostrándose muy contentas cuando se les afirmaba que estaban a la altura de una Safo. Perila sobresalió entre esas aficionadas (mencionada por Ovidio), por sus grandes facultades poéticas, encauzadas por el poeta para hacerlas evolucionar y perfeccionar en su género. En más de una ocasión Ovidio y Perila se leyeron mutuamente sus versos, lo que motivó que se originara una amistosa relación entre maestro y discípula y que el insigne artista se mostrara conforme en ser su crítico. La poetisa Sulpicia, cuyas cartas amorosas están recopiladas en la colección de Tíbulo, seguramente fue una nieta del famoso jurista Servio Rufo e hija de un amigo de Horacio. Hostia, la amante de Propercio, pudo ser comparada con Safo y con Corina. Persio bromea sobre las diletantes de su tiempo, llamándolas "cotorras poetisas". Marcial hace mención de Teófila, la novia de su compatriota Canio Rufo (de Cádiz), afirmando que, mucho más casta que Safo, podía ser comparada con ésta como poetisa; elogia de igual forma a la esposa de Caleno, Sulpicia, que nos ha legado una "Conversación con la musa", bastante floja, que expone la expulsión de los filósofos por Domiciano. En las poesías que dio a leer a Marcial elogia las alegrías de un matrimonio feliz sin ninguna clase de pudor.

Encontramos en el coloso de Memnon unos versos en griego, grabados en piedra, compuestos por Cecilia Trebula y una tal Julia Balbila. La última de ellas presumía de descender de Claudius Balbilus (gobernador de Egipto bajo Nerón y también conocido como escritor) y de un príncipe sirio, Antíoco, ascendencia de la que se mostraba muy orgullosa. Visitó el coloso de Memnon en noviembre del año 130, formando parte del sé-

quito del emperador Adriano y de la "amable emperatriz" Sabina, que sintió una predilección particular por sus versos, que hizo fueran grabados en la durísima piedra. Es posible que su éxito se deba a los elogios que dedicó a la pareja imperial: Memnon, antes el sol, saludaba al emperador, sentía miedo de sus iras, etcétera, etc... Las poesías de Balbila dan muestra de un alto grado de cultísima pedantería, y están compuestas en perfecto dialecto eólico, empleado por la misma Safo, por lo que puede afirmarse que Safo fue la fuente de inspiración de esa conocida diletante.

Pese a que la afición literaria de las mujeres fuera bien aceptada por los romanos en los tiempos imperiales, esas mismas mujeres encontraban una obstinada resistencia cuando se atrevían a adentrarse en el camino de la filosofía, ciencia que no exige la delicadeza de los sentimientos, sino la capacidad cerebral de una crítica purísima. Encontramos más de una referencia acerca del ridículo que hacían las mujeres cuando se obstinaban en discutir y en disertar, en vez de permanecer en casa hilando y tejiendo. Sin embargo, los estoicos abogaron en favor de una instrucción conjunta para los muchachos de ambos sexos, y Plutarco compartió su opinión. Según él, el espíritu de la mujer quedaría limpio de la soberbia y la estupidez, si se sumergiese en las profundísimas doctrinas de la filosofía.

Pese a que los conocimientos filosóficos de las mujeres fuesen muy limitados, no faltaron aquellas que procuraron agrandarlos y adentrarse en la filosofía, buscando en ella freno y consuelo para los azares de la vida. El egipcio Plotino, creador del neoplatonismo, la última gran inspiración del genio antiguo, también encontró durante sus estancias en Roma (desde 244 d. de J. C.) un gran número de aventajadas discípulas, incluidas las mujeres pertenecientes a las clases sociales más elevadas, entre las que se contaba la emperatriz Salonina, que le seguían fielmente. El gran filósofo quiso aprovechar su favor, y el de su esposo, Galieno, para fundar, junto con sus seguidores, un estado filosófico-platoniano, llamado Platonopolis, utilizando para ello un lugar de la Campania en que yacía enterrada una ciudad desaparecida. (Es probable que se refiriese a Pompeya).

Pero sus enemigos obstaculizaron la realización de su plan, y la antigua Icaria nunca llegó a cobrar vida. El discípulo de Plotino, Porfirio, se casó con la viuda de su amigo, Marcela, para ayudar a esa mujer enfermiza a educar a sus siete hijos y por sentirse atraído por sus grandes dotes filosóficas.

Las mujeres y la religión

Cuando entramos en una iglesia de Roma, París, Viena o Munich, encontramos sobre todo viejecitas. Creo que la psicología de la mujer la induce a entregarse a Dios después de haberse entregado al hombre. Aunque eso varía según el individuo. La una, Margarita, pregunta ya de joven a Fausto: "Dime pues, ¿cuál es tu religión?", mientras que de otra se dice: "De joven buscona, después santurrona."

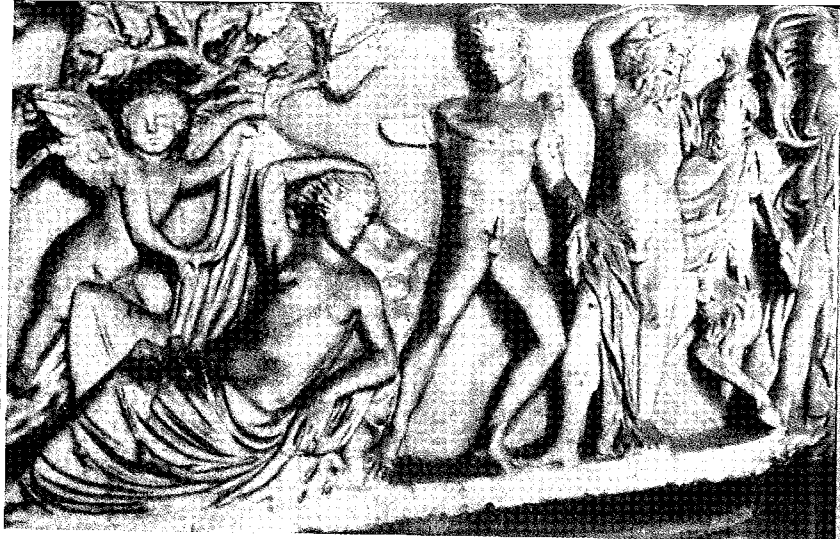
Dado que el hombre evoluciona anímicamente con mucha más lentitud que el mundo exterior que le rodea, debemos suponer que las mujeres de la antigüedad también, como hoy, tendrían más a las cosas religiosas. Al menos, fueron precisamente ellas las que se mostraron más fieles a la religión pagana, y mantuvieron su grandeza, y también fueron ellas las primeras que se abrieron al judaísmo y más tarde al cristianismo.

En el libro de Ludwig Friedlaender encontramos un análisis de las creencias religiosas de la antigua Roma que nos ha permitido aclarar ese importantísimo punto. Expondremos a continuación algunos de sus pasajes:

"Las mujeres fueron las primeras en sentirse atraídas por los movimientos religiosos que comenzaron en el siglo I, aumentaron en intensidad durante el siglo II y alcanzaron su punto culminante en los siglos III y IV. Durante el transcurso de este último tuvieron lugar los últimos esfuerzos del paganismo frente al nuevo espíritu que se iba imponiendo a través de la regeneración, porque los nuevos impulsos procedentes de oriente se apoderaban del mundo con renovada fuerza. Las creencias greco-romanas acerca de los dioses paganos vivieron una sorprendente restauración, que demostró la fuerza latente de esa fe ancestral, mas, pese a ello, cualquier nueva forma de adoración divina, que pareciera ofrecer más sólidas bases,

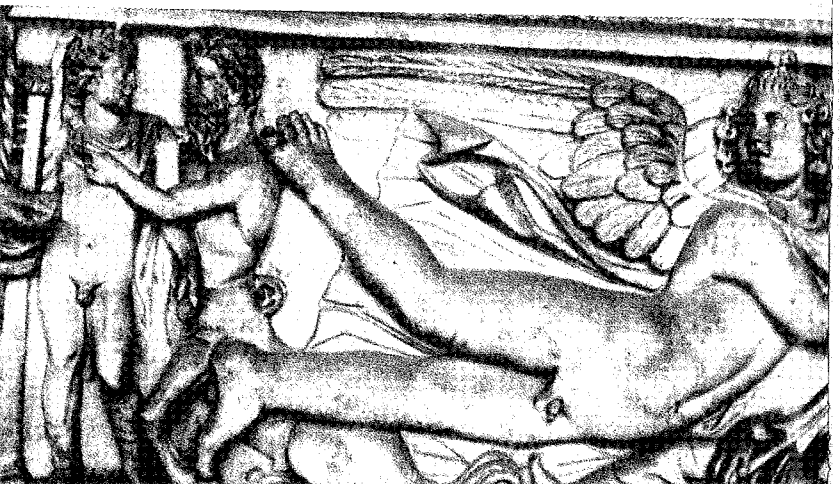


Sátiro y ménade (museo Británico, Londres)



Escena simbólica en el relieve de un sarcófago

Cupido (detalle del relieve de un sarcófago)



fue aceptada con anhelo, hasta que llegó el momento en que una gran parte de los creyentes no buscaba consuelo a sus culpas en una sola religión, sino en la mezcla de todas ellas.

Los cultos orientales contaban entonces con una gran divulgación y por ello fueron los primeramente aceptados. Su pompa, basada casi exclusivamente en actos que impresionasen los sentidos, sus complicadas ceremonias, imponían a todos los que las presenciaban, induciéndoles a depositar su inculta fe en los símbolos, milagros y secretos, que ofrecían a los creyentes una plástica de los mitos estrechamente ligados con el encuentro de la deidad que debía satisfacer sus anhelos. Como esos cultos satisfacían al máximo las exigencias del temperamento femenino, sus promesas producían un gran impacto en las conciencias, que, a través de las penitencias, se consideraban encaminadas directamente a la pureza del alma y encauzadas hacia la espiritualidad superior, que culmina en la compenetración con el "más allá". La predisposición al ascetismo puede ser considerada como efecto natural de la disolución de las costumbres y de la vida disipada; la misma debilidad moral que traía consigo la propia inculpa, también exigía una penitencia exterior y corporal dirigida al perdón de los pecados.

Las mujeres sintieron el deseo, cada vez más acusado, de encontrar en los cultos religiosos un consuelo o una disculpa a los desenfrenados impulsos de sus sentidos; podemos comprender perfectamente que el epitafio dedicado por un marido a su mujer hiciera mención de su devoción, sin supersticiones, cosa que debió ser muy frecuente. Plutarco aconseja a la mujer, en sus prescripciones matrimoniales, que se limite a adorar a los dioses reconocidos por su marido, pero que cierre las puertas de su conciencia a los otros cultos y creencias, puesto que las mujeres que ofrecen en secreto sacrificios a los dioses, no pueden ser bien consideradas por éstos.

Los sacerdotes dedicados a los cultos orientales contaban incondicionalmente con la fe ciega, la obediencia y la ilimitada dedicación de todas las mujeres adeptas a su culto. Ellas se dejaban convencer, por ejemplo, por una banda de sacerdotes mendigos de la "gran madre", que les decían que el aire mal sano del mes de septiembre les contagiaría de fiebres en el caso

de que no ofrecieran un regalo de cien huevos y un traje usado, con lo que evitaban que el peligro hiciera presa en ellas, puesto que se quedaría enredado en la prenda. Otras veces se mostraban dispuestas a sumergirse, cada mañana, por tres veces, en el helado Tíber del invierno, y andar de rodillas un trecho por sus riberas, para alejar de ellas los supuestos peligros que las acechaban. Otras veces las inducían a hacer un viaje a Egipto, en busca del agua del Nilo, en el caso de que Isis les ordenase, a través de un sueño, que regasen con aquélla su templo.

La gran diosa Isis, “la de millones de nombres”, fue invocada por las mujeres de todo el mundo romano, para que las honrase con su gracia y las protegiera contra el mal. Los innumerables templos que se la erigieron en Roma a partir de mediados del siglo I, reunían en sus recintos la ingente masa de las creyentes, ataviadas con los trajes de hilo que exigía la liturgia, para cantar dos veces al día en los coros, con las cabelleras sueltas, y sus voces se unían para alabar a la diosa, mientras se dejaban salpicar con agua del Nilo y cumplían a rajatabla los mandatos que emanaban de los sacerdotes; y cuando alguna de ellas faltaba en algo a los decretos, entonces los sacerdotes la obligaban a pagar una cierta cantidad, ofrecida a Osiris para que intercediera en su favor, cantidad empleada en el sacrificio de una vaca, o un ganso, para aplacar las iras de la deidad ofendida.”

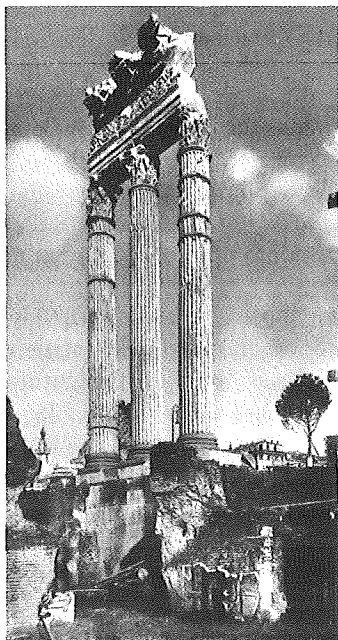
Aunque hoy nos resulte fácil bromear sobre semejantes explotaciones de la religiosidad, los hechos mencionados por Friedlaender nos muestran claramente que las mujeres constituían un elemento conservador frente a la decadencia general, por lo que no debemos hacerlas responsables de la corrupción, como se obstinaron en afirmarnos algunas escrituras cristianas. Y aún debemos añadir que el fermento revolucionario no acostumbra a hacer mella en la mente de las mujeres, y es sabido que los estados que cuentan con una fuerte influencia femenina poseen unas características mucho más conservadoras que los regidos exclusivamente por hombres.

El judaísmo tiene fundamentalmente una tendencia antiproselitista, pues esto debilitaría el carácter del “pueblo elegido de Dios”. Pese a que el judaísmo diste mucho de estar de acuerdo

en este punto con el cristianismo, todo parece implicar que durante el transcurso del primer siglo de nuestra era ganó en expansión. Friedlaender escribe sobre ello:

“La inmensa expansión que el judaísmo experimentó en el mundo occidental, está demostrada de un modo muy general, y por ello es más que probable que la cifra de las adeptas fuera superior a la de los adeptos. Todo hace suponer que la emperatriz Popea formó parte de éstas. Josefo la define como una incansable abogada de los judíos, “porque era temerosa de Dios”, y tal vez fuera ése el motivo por el que no se incineró su cadáver, sino que fue embalsamado con hierbas aromáticas, según la costumbre para las reinas extranjeras, y enterrada en el panteón de los julios.

La primera medida seria contra los judíos, tuvo lugar en el año 19, al mismo tiempo que se exteriorizó públicamente la desaprobación del culto a Isis, con el resultado de que 4 000 libertos útiles para las armas “contagiados por las creencias egipcias o judaicas”, fueron enviados a Cerdeña, para comba-



Ruinas del templo de Venus diosa de la fertilidad en el foro romano

tir contra los bandidos; los restantes fueron obligados a abandonar Italia, en el caso de que no renegasen de sus creencias antes de una fecha determinada. El motivo que originó la persecución de los judíos fue la estafa de que fue objeto una distinguida romana, Fulvia, convertida al judaísmo. Sus maestros judíos la convencieron para que enviase el impuesto del templo a Jerusalén, pero se quedaron con el dinero.

Las doctrinas cristianas también inflamaron los corazones de las mujeres, y sus predicadores no desdeñaron su valor, que tanto contribuyó a la expansión de las nuevas creencias. Como se sabe, en principio sólo se convirtieron al cristianismo los componentes de las clases inferiores, puesto que los paganos todavía se jactaban en el siglo II de que la nueva comunidad estaba formada por gentes sin importancia, tales como artesanos y mujeres viejas, porque los cristianos sólo eran capaces de convencer a los más simples: esclavos, mujeres y niños. Sin embargo, el cristianismo, al igual que en Oriente, ganó muchos adeptos, en Roma, entre las clases superiores.

El tiempo que medió entre la muerte de Marco Aurelio y la gran persecución de Decio fue para la iglesia una era de paz, aprovechada para la expansión de las nuevas creencias. Durante el reinado de Cómodo, cuya concubina, Marcia, seguramente fue cristiana, muchas familias distinguidas de Roma se convirtieron al cristianismo. En los primeros años de su gobierno, Septimio Severo tomó bajo su protección a hombres y mujeres de la clase senatorial cuyas creencias cristianas eran del dominio público, para que no cayeran bajo las iras de los perseguidores. Julia Mamea, la madre de Alejandro Severo, abogó mucho en favor del cristianismo. Incluso Tertuliano tuvo que conceder que las prosélitas distinguidas llevaran vestiduras costosas "porque su alcurnia así lo requería". Ya dijimos que el obispo Calixto (218-223) aceptó que las doncellas y viudas de casa senatorial, no dispuestas a prescindir de su rango senatorial para contraer matrimonio con un inferior, viviesen en concubinato incluso con los esclavos, puesto que dio preferencia a esas relaciones perseguidas por las leyes y las tradiciones, antes de permitir que casaran con infieles.

Los monumentos de las catacumbas también nos relacionan con los nombres de las romanas nobles de aquel tiempo que se

convirtieron al cristianismo. Encontramos en la cripta de Lucina el sarcófago de Jalia Clementina, hija de Jalio Basso y de Catia Clementina; su padre, tal vez fue aquel hombre que ocupó altos cargos bajo el reinado de Marco Aurelio y de Vero; llegando incluso al consulado. Y también encontramos las inscripciones de Annia Faustina, Licinia Faustina, Acilia Vera, pertenecientes a una familia emparentada con los Pomponii Bassi y con la casa imperial antonina.”

Flaubert opinó en una ocasión que la segunda era de la época imperial tiene el carácter de un interregno, puesto que los antiguos dioses ya habían desaparecido y el nuevo dios todavía no había hecho su aparición. Creo que nosotros podemos comprenderla muy bien cuando —particularmente en el siglo XIX— el poder de la iglesia parecía mermar y la ciencia nos mostraba, cada vez más y con más frecuencia, sólo su aspecto negativo (los descubrimientos de un sinfín de medios destructivos). ¿En qué podíamos creer? Ha sido preciso esperar a que llegaran nuestros tiempos, para contar con una libro que nos conteste a esta pregunta: “¡Y la Biblia tenía razón!”

Nadie puede dudar de que las ininterrumpidas luchas entre el paganismo y el cristianismo destruyeron, más de una vez, los lazos sagrados de la naturaleza e introdujeron en el corazón la más negra de las consternaciones y el dolor de la persecución. Un caso que nos fue narrado por el escritor cristiano Justino (bajo el reinado de Antonino Pío), tiene un contenido ejemplar y probablemente similar al de otros miles. Un matrimonio gozaba de los placeres eróticos hasta que la mujer se convirtió al cristianismo. A partir de entonces intentó corregir a su marido, y al ver que no conseguía sus propósitos, procuró que comprendiera el significado del castigo eterno; al no conseguir nada pidió el divorcio. Como es de suponer, las costumbres y las tradiciones sociales se fusionaron en este punto con las religiosas, y la diversidad de criterios trajo consigo una desunión de aquellos vínculos tal vez considerados como indisolubles. Pero también se dio el caso de que el marido pagano se quedaba con la totalidad de la dote de su esposa cristiana, haciéndose pagar el silencio. La cifra de las mujeres cristianas que estuvieron dispuestas a ser tildadas de “paganas entre los paganos y creyentes entre los creyentes” (como reza una

inscripción) no fue nunca muy grande, por lo que puede ser considerada como una excepción que confirma la regla. En más de un caso, las exteriorizaciones cristianas se vieron obligadas a enfrentarse con un exageradísimo fanatismo pagano.

Porfirio nos menciona una respuesta del oráculo de Apolo, contestando la pregunta de un hombre que deseaba saber a qué dios debía implorar para que convenciese a su mujer a renegar del cristianismo, y el oráculo respondió: "Antes podrás escribir sobre el agua o volar por el aire que cambiar las creencias de tu impía esposa. Que siga en su obstinación, lamentándose con mentiras ante su dios, que, condenado por jueces justos, murió de muerte deshonrosa."

Supersticiones y brujerías

En el último capítulo de este libro volveremos a ocuparnos de las relaciones existentes entre la superstición y la fe, pese a que yo sea de la opinión que la diferencia entre la superstición y la fe no sea grande y que posiblemente ni siquiera exista, porque ambas no son más que el resultado de una imagen mágica del mundo. Las influencias de las supersticiones se nos aparecen, ahora, grotescas y absurdas; incluso las escenas de las brujas y las apariciones fantasmagóricas descritas por Shakespeare, no parecen haber ocurrido siglos atrás, sino milenios, igualmente alejados estamos de las prácticas de las brujas romanas, que utilizaban telarañas y mezclaban excrementos en sus retortas.

Sin embargo, a ellas se deben, en realidad, los primeros experimentos químicos y farmacéuticos, puesto que empleaban testículos de toros para acrecentar la virilidad, o recetaban sangre de caballo para aumentar la fuerza de los anémicos, haciendo cabalmente uso de recetas en las que se basa nuestra medicina moderna, como consecuencia de un sinfín de investigaciones realizadas con moldes científicos.

Los conocimientos de las brujas antiguas sobre los efectos de los venenos debieron de ser enormes. También contaban con conocimientos exactísimos en el campo de los abortos provoca-

dos, aunque sus manejos iban mezclados con prácticas que han de parecernos inútiles, grotescas y dementes.

Schlichtegroll escribe: "Hacían ramilletes con las plantas que crecían sobre las tumbas, recogían las hormigas, las orugas y los insectos que se deslizaban por las losas de los cementerios. Abrían los sepulcros para robar los huesos y los cabellos de los muertos y deshilachaban los sudarios. Arrancaban trozos de carne a los perros que merodeaban por los lugares de la muerte, y lo mismo hacían con sus ojos. Levantaban las piedras de las murallas que los cercaban, y recogían las telarañas pegadas a ellas. Transportaban todos esos tesoros a sus cavernas, mientras murmuraban extraños sortilegios, para coocerlos, rallarlos, triturarlos o almacenarlos, con el fin de emplearlos más tarde en sus extravagantes recetas."

Las brujas de la Roma antigua eran duchas en abortos y en la mezcla de venenos, cosas ambas muy practicadas y castigadas por el derecho romano con la misma pena.

Juvenal nos informa de que las secundinas de un potro y las vulvas de las yeguas pelirrojas eran empleados para la fabricación de un veneno llamado *hippoman*, que ocasionó la demencia de Nerón y de Calígula. Si debemos dar crédito a esos rumores, esos dos emperadores no padecían ninguna clase de degeneración mental ni la "locura de los césares", sino que sus actos fueron motivados por envenenamiento. ¡Las incógnitas parecen insolubles!

Una corta visita a nuestras farmacias o una simple ojeada sobre ciertas revistas ilustradas, nos mostrarán los éxitos alcanzados en la actualidad con determinados preparados químicos que pretenden combatir la impotencia. La impotencia se debe, quizá sólo en parte, al desgaste nervioso de la agitada vida cotidiana de las grandes ciudades y, en parte, a la emancipación femenina. Creo que lo mismo debió suceder en la Roma antigua, en donde el *carpe diem* era mucho más importante. Según los informes que poseemos sobre las brujas antiguas, éstas preparaban brebajes de cantaridina, al igual que declaró haber hecho el marqués de Sade en el proceso que le llevó a la Bastilla. Esos mejunjes tenían una duración muy corta, y, en cambio, producían como consecuencia la impotencia total, enfermedades y la muerte.

Como es de suponer, las brujas también cocían los filtros amorosos mencionados en los fantaseos de los poetas medievales y los compositores de ópera modernos (Donizetti: "El elixir de amor"; Wagner: "Tristán e Isolda").

Todo aquello que pudiera estar relacionado con la vida sexual entraba a formar parte de la esfera de influencia que disfrutaban las brujas, y lo más asombroso de todo es que sus inefectivos exorcismos las llevaron sin embargo a hacer ciertos descubrimientos químicos y farmacéuticos.

Lápidas conmemorativas en los sepulcros femeninos

Sólo a través de las inscripciones funerarias podemos formarnos una idea sobre la vida de mujeres pertenecientes a las clases sociales medias e inferiores, no mencionadas en la literatura histórica, aunque nuestros investigadores también se topan en este punto con limitaciones, puesto que los romanos predicaban la bella frase: "*De mortuis nihil nisi bene.*" (De los muertos sólo se debe decir el bien.)

En líneas generales, todas las esquelas funerarias de las mujeres alababan brevemente a las que descansaban bajo ellas, y sólo encontramos ciertas diferencias en un monumento erigido a la memoria de una cierta Murdia (segunda mitad del siglo I): "Puesto que las alabanzas dedicadas a todas las mujeres virtuosas suelen ser sencillas y muy parecidas, porque los dones otorgados por la naturaleza no precisan de ninguna clase de fantasía mientras estén debidamente guardados, y sólo exigimos de ellas que se muestren a la altura de las buenas opiniones, y puesto que la evolución no puede darse fácilmente en una mujer, porque su vida no está sujeta a muchos cambios, las cualidades fundamentales en ellas deben cubrir las exigencias más esenciales, evitando que la presencia de alguna superfluidad dañe el resto de la persona. Mi madre fue una mujer muy apreciada porque se atuvo siempre a las exigencias de la discreción, de la justicia, castidad, obediencia, trabajos domésticos, desvelos y cuidados dedicados a los que necesitaban de ella, atributos que le permitieron medirse con otras mujeres

enteras, mostrándose en todo momento a su misma altura.” En la antigua Roma, debía de haber gran número de víctimas de las fiebres puerperales, porque muchas tumbas indican la juventud de las esposas. Un ayuda de cámara erige un monumento a su esposa, fallecida a la edad de diecisiete años, mencionando que le acompañó por las provincias de Africa.

Encontramos en una tumba la siguiente inscripción: “Aquí descansan las restos mortales de Urbila, esposa de Primo. Representó para mí mucho más que mi vida. Murió a los 23 años de edad, cara a todos los suyos.”

La inscripción de la tumba de Olia Potestas, hace referencia a las dotes de su carácter, mezclándola con una indiscreta descripción de sus atractivos físicos.

La frase “*de mortuis nihil nisi bene*”, también se pasó por alto alguna vez en la antigüedad, como nos prueban las inocentes palabras conmemorativas que un viudo mandó esculpir en piedra: “El día de su muerte, expresé mi agradecimiento a los dioses y a los hombres.”



Estatua yacente de muchacha sobre un sarcófago

LOS JUEGOS, PUNTO CENTRAL DE LA VIDA ROMANA

No podemos comprender actualmente el grado de importancia que alcanzaron los juegos entre los antiguos romanos. El mundo moderno no cuenta con nada que se les pueda comparar, porque en nuestros tiempos muchas gentes se entretienen en sus casas escuchando la radio, viendo los programas de televisión, deleitándose con discos, etc., etc.

Si acaso, podríamos mencionar la ciudad de Viena para ponerla como ejemplo de reminiscencias romanas, puesto que en ella, particularmente desde los tiempos del barroco, se mostró un gran interés por las piezas teatrales, los juegos y la ópera.

Las representaciones de nuevas obras —como las de Ibsen, que causaron furor en el siglo XIX— absorbieron el interés de la capital del reino de los Habsburgo y llegaron a escalar el primer plano del interés público, pasando incluso por encima de los debates políticos, los procesos sensacionalistas y las competiciones deportivas.

Debemos imaginarnos la atmósfera de la antigua Roma de una forma similar.

Panem et circenses, pan y juegos exigía el público romano, y la historia de las costumbres no puede pasar por alto esta petición, que formaba el meollo de la vida de los antiguos romanos.

Prescindiendo de las relaciones familiares, la vida moderna no brinda muchas oportunidades para entrar en contacto con el prójimo, porque las gentes suelen encerrarse en sí mismas, cuando se sientan ante una pantalla de cine o de televisión. Como es de suponer, contamos con competiciones deportivas, que brindan al público la posibilidad de desahogarse gritando a pulmón limpio. Pero esos espectáculos sólo tienen una lejana semejanza con las fiestas antiguas, en las que su punto central,

la gran magnificencia de su presentación, la complacencia de la expectación y el contacto espiritual, dista mucho de asemejarse a nuestros espectáculos actuales. Los romanos podían relacionarse en los festejos con facilidad sólo comparable a la de las gentes de nuestra era en las salas de baile. Los romanos soñaban durante semanas enteras con una fiesta próxima. Los juegos circenses tenían, pues, una importancia extraordinaria en la antigua Roma.

Ovidio hace hincapié, en su "Arte de amar", sobre las posibilidades que ofrecía el circo para hacer relaciones, cosa que también puede decirse respecto al teatro. El analiza las diferencias existentes entre esas dos oportunidades según el espectáculo y las diferentes ciudades. Aconseja el teatro al joven que busca una bella muchacha.

Es sobre todo en el teatro donde debes tender tus redes.

El teatro es el lugar más fértil en ocasiones propicias;

Allí encontrarás una bella que te seducirá,

Tal otra que sólo servirá para un capricho pasajero,

Otra, en fin, de la que eres capaz de enamorarte.

Como en largos batallones van y vienen las hormigas

[cargadas de grano

O como las abejas, que han encontrado botín en las

[plantas olorosas,

Así, y no menos numerosas, corren las mujeres a los

[espectáculos

Vienen para ver, y sobre todo para ser vistas;

Y allí está condenado a morir el inocente pudor.

No cabe duda de que los espectáculos que tenían lugar en el circo distaban mucho de ser delicados, y los espectadores no se andaban con finezas para conseguir sus propósitos.

Ovidio nos narra la forma en que un enamorado podía presionar a su vecina:

No olvides el circo, donde esforzados corredores

[disputan el premio;

El circo, donde se reúne una inmensa muchedumbre,

Es muy favorable para los amantes.

Allí, para expresar tus secretos sentimientos,
No has de recurrir al lenguaje de los dedos,
Ni espiar las señales intérpretes del pensamiento de
[tu amada.

Siéntate junto a ella, lado a lado, lo más cerca que puedas:
Nada se te opone; el justo espacio te obliga a apretarla.
Busca, entonces, un motivo para entablar conversación,
Y no uses más que los motivos en tal ocasión comunes:
¿Que entran unos caballos? Pregunta por su dueño;
Ponte siempre del mismo partido elegido por tu bella.
Cuando con solemne pompa avancen las estatuas de
[marfil de los dioses,

Aplaudes con entusiasmo a Venus, tu protectora.
Si, como es probable, un grano de polvo se posa en el
[seno de tu beldad,
Sacúdelo, levemente, con un dedo ligero y ágil;
Pero si no hay ninguna mota de polvo, sacúdela
[igualmente,
Porque todo tiene que servir de pretexto a tus cuidados
[amantes:

¿Que el borde de su vestido roza la tierra?
Levántalo y procura ostensiblemente que nada lo pueda
[manchar.
Quizás ella, como precio a tu solicitud, te dejará ver
[su pierna.

Presta atención a los espectadores sentados tras ella,
Para que una rodilla demasiado adelantada no roce
[sus tiernos hombros.
Cualquier cosa es suficiente para cautivar estos espíritus
[ligeros.

¡Cuántos amantes han triunfado arreglando un cojín,
o dando aire a la amada con un abanico,
o poniendo un taburete para apoyo de sus delicados pies!

La magnificencia de los espectáculos

Las fiestas, que en un principio tuvieron como motivo el culto de los dioses, fueron perdiendo poco a poco su sentido religioso

y convirtiéndose en simple motivo de diversión. Su carácter puede ser considerado como típico de las costumbres de la antigua Roma.

Los emperadores conseguían fácilmente la adoración del pueblo a través de la magnificencia de los espectáculos. La opinión de que Calígula y Nerón no fueron odiados por la plebe sólo puede comprenderse teniendo en cuenta la enorme brillantez que acompañaba a los festejos que organizaban y la generosidad que demostraban en lo relacionado con ellos. Los emperadores malos se medían con los buenos por la magnificencia de los espectáculos que organizaban. Augusto ya consiguió impresionar a la población de Roma por la suntuosidad y asiduidad con que organizaba sus festejos. Vespasiano, que solía ser bastante ahorrativo, hizo construir el gran Coliseo, y Tito superó la esplendidez de su padre. Los juegos organizados por Trajano fueron considerados como los más espectaculares durante mucho tiempo y los romanos creyeron no haber visto nunca nada semejante. Incluso los príncipes más severos, como Marco Antonio o Septimio Severo, no quisieron privar al pueblo de sus juegos, pese a que el primero ordenase ciertas limitaciones en el combate entre gladiadores.

Según Tácito el pueblo se mostraba muy excitado, casi salvajemente, cuando asistía al circo o al teatro. Al igual que el pueblo del Tercer Reich gritaba a coro: "¡Queremos ver al Führer!", los romanos exigían la aparición de sus gladiadores predilectos o la liberación de un esclavo, por ejemplo la de aquel Androcles que, reconocido por un león en la arena, no fue atacado. Pese a todo, Marco Aurelio declaró que no era válida la liberación de los esclavos exigida por el pueblo en el circo. Pero también se daba un gran número de casos contrarios, puesto que los asistentes a esos espectáculos gritaban, a veces, pidiendo la ejecución de aquellos que habían ganado sus antipatías. Durante el reinado de Galba, el pueblo pidió la ejecución de Tigelino, pero el emperador se negó a complacerle. Y el odio a los cristianos también tuvo una válvula de escape en el circo y en el teatro.

Mientras que actualmente los días festivos tienden a desaparecer poco a poco, las fiestas de Roma daban comienzo a primeras horas de la mañana, durando hasta altas horas de la no-

che. Tito organizó una fiesta de cien días, para celebrar la inauguración del Coliseo (año 80), y Trajano organizó una fiesta de ciento veinticinco días (año 107), con motivo del segundo triunfo dacio.

Las “noches italianas”, o sea fiestas nocturnas con iluminación artificial, ya fueron celebradas durante el reinado de Augusto. Se dice que los romanos no durmieron durante tres noches consecutivas durante las fiestas conmemorativas del milenario de la fundación de Roma, bajo el reinado de Filipo el Arabe. Las carreras de carros organizadas en los jardines de Nerón, sin duda debieron de celebrarse de noche, puesto que la iluminación corrió a cargo de las antorchas vivientes constituidas por cristianos crucificados. Durante el transcurso de los juegos se solía agasajar al pueblo con regalos, comidas y bebidas, e incluso se crearon las primeras tómbolas, en las que se sorteaban toda clase de objetos. Como algunos lotes tenían muchísimo valor por estar integrados por haciendas, casas, adornos y joyas, resulta comprensible que dieran ocasión a más de una reyerta. Los asistentes a esas fiestas llegaban de todas partes del mundo y la concurrencia era muy abigarrada y rica en colorido. Muchos negros viajaron desde Africa a Roma para asistir a la inauguración del Coliseo. Entonces, cada cual vestía el traje de su país, mientras que en la actualidad los representantes de los pueblos orientales o africanos compiten con los europeos en sus atuendos de corte puramente occidental.

Carreras de carros y de caballos

Las carreras de carros acostumbraban a celebrarse en el Circo Máximo, que ocupaba el valle de unos 100 metros de anchura, situado entre el Aventino y el Palatino, que en la actualidad todavía es conocido con el nombre de “*Piazza del Circo Massimo*”.

Las instalaciones circenses desaparecieron totalmente en la edad media. Friedlaender nos describe la impresión que le causaron en el año 1864 los restos de ese circo.

“El extenso valle que encontramos entre el Aventino y el Palatino, y que antaño estuvo animado por una vida brillante,

lujosa y excitante, pertenece actualmente a los pasajes más silenciosos y desolados de Roma. El Palatino todavía conserva las ruinas de los palacios de los emperadores, mientras que el Aventino apenas si cuenta con algunas iglesias y conventos desperdigados entre las villas y los jardines. Los enormes bloques de piedra correspondientes a las ruinas de los palacios que se levantaron en toda esa zona, han rodado hasta el valle, deslizándose por las pendientes del Aventino. Y en medio de ese silencioso y tranquilo paisaje, encontramos el mísero cementerio de los judíos. El suelo del valle está regado por un lago cuyas dos orillas aparecen cubiertas por un bosque espesísimo de juncos.”

Actualmente, vemos la bella autostrada que se extiende por la amplísima pradera, como una reminiscencia de la antigua pista. Está flanqueada, a un lado, por la *Vía dei Cerci*, y por el otro, por la *Vía del Circo Massimo*. La colina del Palatino pertenece hoy en día a la periferia del foro romano, a aquella zona arqueológica que visita todo extranjero. La colina del Aventino está superpoblada y se enreda en un conglomerado de calles y callejas que parecen entremezclarse como una red estrecha. Entre los terrenos del antiguo circo máximo y las termas de Caracalla queda emplazado el actual estadio deportivo. El gran circo, que fue comenzado por César y terminado por Augusto, tenía tres pisos. El lugar destinado a los espectadores estaba separado de la pista por un foso de tres metros de anchura.

La primera reconstrucción fue debida a Nerón, puesto que el primer incendio de importancia que asoló la ciudad de Roma en el año 64 destruyó una gran parte del circo. Nerón mandó cegar el canal que circundaba la pista, con el fin de construir unos asientos de preferencia destinados a los caballeros. Las reformas mandadas hacer por Domiciano, y particularmente por Trajano, dieron más amplitud al circo a la par que le proporcionaban un mayor embellecimiento. Trajano se gloriaba, en la placa dedicatoria, de haber dado cabida al pueblo romano. Según Plinio el Joven, la inmensa longitud del circo podía competir incluso con la magnificencia de los templos (en el año 100). Fue un recinto digno de la nación que conquistó el mundo de entonces, y tan impresionante como los espec-

táculos que se ofrecían en el interior de sus muros. Sólo se han mencionado esporádicamente las restantes restauraciones y ensanchamientos que se le hicieron. La cifra de los espectadores que pudo albergar el circo después de todas sus reconstrucciones ascendía de 180 a 190 000. Los asientos más cercanos a la pista eran ocupados por los senadores, los siguientes por los caballeros y los restantes por los ciudadanos del tercer estado. Las mujeres no tenían lugares reservados, como en los restantes espectáculos, por lo que tomaban asiento mezclándose entre los hombres. Tanto el emperador como su familia se sentaban entre los senadores, y fue precisamente en ese lugar en donde se elevó el palco que se hicieron edificar sucesivamente algunos césares.

El circo estaba maravillosamente bien decorado. Por ejemplo una descripción del siglo IV nos relaciona las bellísimas figuras y adornos en bronce que lo engalanaban. Sin embargo, su adorno principal fue el obelisco que Augusto mandó colocar en su centro (y que ahora se encuentra en la *Piazza del Po-*



Vista del Coliseo a través del arco de Tito

polo), al que Constantino añadió un segundo, algo más grande (que se encuentra ahora en la plaza de Letrán). La parte exterior del circo estaba circundada por arcadas que cubrían los pasadizos y escaleras, ofreciendo la posibilidad, a los millares de espectadores que lo visitaban, de salir y entrar con facilidad del recinto sin aglomeraciones. Y, además, ese inmenso vestíbulo estaba abarrotado de tiendas y de dependencias de toda índole, entre las que se encontraban las viviendas de los celadores del edificio; todo hace suponer que esas arcadas servían tanto para la compra-venta como para la entrada y salida del recinto. Eran el escenario de un constante ir y venir. Ya en los tiempos de Cicerón el circo era el punto de reunión de los astrólogos, que vivían en los tenduchos de sus arcadas, por lo que Horacio lo tilda de embustero; le complacía llegar hasta esas guaridas en sus paseos vespertinos, para efectuar una visita a los adivinos; y en los tiempos de Juvenal, muchas gentes iban a esos lugares en busca de profecías sobre sus destinos. Los artistas que las aprovechaban para entretener a las clases inferiores con sus actuaciones, fueron invitados al palacio de Augusto como diversión de huéspedes. El incendio del año 64 (bajo el reinado de Nerón), estalló en las zonas del circo más cercanas al Palatino y al Celio, precisamente en las tiendas que almacenaban materias fáciles de arder. Un comerciante de frutas del gran circo, se nos dio a conocer a través de una inscripción. Pero las arcadas servían particularmente a las ramerías para el ejercicio de su profesión (al igual que aquellas que bordeaban el teatro y el estadio), por lo que un escrito cristiano reza: "El acceso al circo pasa por el burdel." Entre el gran número de prostitutas se hallaban muchas mujeres orientales, vistiendo trajes exóticos, que, además, deleitaban con bailes a sus posibles clientes, acompañando sus danzas con el sonido de sus címbalos y de sus castañuelas.

La atracción principal de los juegos circenses fueron las carreras de carros. Pero también existían las carreras de caballos, enriquecidas a veces con demostraciones acrobáticas (saltos de un caballo a otro, etc.). Y, en algunas ocasiones, los propios ciudadanos simulaban batirse entre ellos, completamente acorazados. Los combates de fieras y la lucha entre gladiadores también formaban parte de las programaciones del circo.

El interés que el pueblo demostraba por los héroes de la arena era inmenso. Las hazañas de los corredores de carros fueron incluso enaltecidas en estelas de piedra, de las que se ha conservado un buen número. El padre de Nerón, Domicio Ahenobarbo, fue famoso en su juventud “por el arte que demostraba al conducir un carro”.

Vitelio ganó el favor de Nerón y de Calígula por el gran interés que demostró en las carreras de carros. El gesto del demente Calígula, que elevó a su caballo a la categoría de senador, ha de considerarse, sin duda, una aberración, pero marca la mentalidad de un hombre cuya vida giraba en torno a las carreras de carros. Lucio Vero, Cómodo, Caracala, Geta y Helio-gábalo también demostraron un interés especial por esas competiciones. El ambiente que envolvía las carreras ha sido perfectamente recreado por Lewis Wallace en su novela “Ben Hur”, y la representación de esas competiciones es el punto clave de la película basada en esa novela. Muchos lectores se acordarán de ella. Como las representaciones novelísticas suelen ser más espectaculares que las descripciones escuetas de las obras científicas, voy a mencionar de nuevo una de esas obras, después de haberme convencido concienzudamente de que los detalles históricos concuerdan exactamente con la realidad. “Ben Hur” no sólo nos relata magistralmente el odio de los rivales que tomaban parte en las carreras de carros, sino que nos expone el partidismo y la pasión que imperaban entre el público, sus ansias de apostar, su gran excitación de ver ganar a su favorito, etc.:

“Un corto y estridente toque de corneta avisó a los ayudantes —uno para cada carro—, que aguardaban tras de las columnas, en espera de que se les llamase para que prestasen ayuda en el caso de que uno de los competidores estuviera falto de ella. Otro toque de corneta y los mozos abrieron los portones de los *boxes*. Los acompañantes de los competidores aparecieron en la pista. Se bajó la cuerda que daba acceso a ella, para dejar paso a los carros, y se volvió a elevarla. Cuando se soltó la cuerda, los seis carros salieron como exhalaciones procedentes de los *boxes*. La gran masa de espectadores se levantó, saltó sobre los bancos, presa de una gran excitación. ¡Había esperado ese momento con tanta impaciencia!

—¡Está allí, mira en aquella dirección! —exclamó Ira, señalando a Messala.

—Lo veo —respondió Ester, mirando a Ben Hur.

”Se echó el velo hacia atrás, y en aquel momento comprendió que se desarrollaría algo de gran importancia bajo la mirada de los espectadores, y que aquello tenía fuerza como para espolear a un hombre a sentirse henchido de esperanza, obligándole incluso a despreciar la misma muerte. Los competidores eran visibles desde todas las localidades del circo, pero la carrera todavía no había comenzado. Se bajó la cuerda para ofrecer a todos la misma oportunidad. Si el tronco de caballos tocaba la cuerda cuando ésta no estaba del todo bajada, se daba un punto negativo al conductor y a los caballos, pero si el conductor era sagaz, se quedaba rezagado al principio de la carrera, cosa que le proporcionaba una grandísima ventaja, porque podía conquistar la parte interior de la pista, cercana a los muros.

”Unos doscientos cincuenta metros separaban a los carros de la meta. Era preciso disponer de visión clara, mano dura y flema para cumplir tamaño cometido. Los carros se acercaron a la cuerda a un mismo tiempo y fue ése el momento aprovechado por el trompeta para dar la señal. Los criados la bajaron en el instante preciso, puesto que las herraduras de uno de los caballos de Messala la pisaron instantes después. Messala blandió su larguísimo látigo, acortó las riendas, se inclinó hacia adelante y conquistó, con un grito de triunfo, la pista junto a la pared.

—¡Júpiter con nosotros, Júpiter con nosotros! —gritaron los romanos.

”El entusiasmo fue colectivo. Cuando Messala consiguió hacerse con el primer puesto, el corintio quedó como el único rival del ateniense. En aquel momento el ateniense tuvo la desgracia de chocar contra el muro con la parte izquierda de su carro. Un crujido, un grito airado y el desgraciado Cleantes cayó bajo las herraduras de sus propios caballos. Ester se tapó los ojos. El bizantino siguió avanzando, al igual que el corintio y el sidonio.

”Sambalat miró hacia Ben Hur, y volviéndose acto seguido a Druso y a su acompañante, gritó:

—¡Cien sestercios por el judío!

—¡Aceptado! —respondió Druso.

—¡Otros cien sestercios por el judío! —volvió a bramar la voz de Sambalat.

“Nadie pareció oírle, pero él no se dejó acallar y repitió la oferta. La concurrencia no apartaba la vista de la pista y gritaba envalentonada:

—¡Messala, Messala! ¡Júpiter con nosotros!

“Cuando Ester volvió a abrir los ojos vio a un grupo de esclavos que apartaban los caballos y el destrozado carro con el fin de librar la pista de obstáculos; otros transportaban al interior del circo al ateniense herido. Los griegos no dejaban de lanzar improperios y maldiciones. De pronto, Ester dejó caer sus manos. ¡Ben Hur corría junto al romano! Los seguía un nutrido grupo, formado por el sidonio, el corintio y el bizantino. La carrera estaba en todo su apogeo. Los apostantes no se perdían un solo detalle y las miradas de los millares de espectadores no se apartaban de la carrera. Al dar comienzo la lucha de posiciones, Ben Hur se encontraba en el extremo izquierdo de los seis competidores. Durante la fracción de un segundo, quedó deslumbrado, como los otros, por el reflejo de las luces en la arena; pero, pese a ello, pudo reconocer a su adversario y adivinar sus intenciones. Echó a Messala una mirada calculadora, encontrando en los ojos de su rival la llama inconfundible del orgullo, por lo que apartó la vista con presteza, volviéndola a concentrar en su tronco. ¡Debía vencer a su adversario costase lo que costase! Haría lo imposible para ello, aunque tuviera que prescindir del amor por su propia vida. Se encontraba libre de cualquier clase de apasionamiento, tranquilo y seguro de sí mismo. No sentía la necesidad de echarse a ciegas en los brazos de la suerte. Se había trazado un plan y ahora seguía su camino, dando muestras de una confianza estrechamente ligada con sus cálculos. Nunca, antes de ahora, se había sentido tan seguro y reposado. A mitad de camino de la primera meta, comprobó que Messala alcanzaría la pared antes que él si no sufría ningún contratiempo y la cuerda caía en el momento oportuno. Se salvó la etapa y los carros irrumpieron de nuevo en la pista, acompañados por el griterío del público y por el estallido de los látigos. Ben Hur condujo su carro

hacia la derecha y voló con gran celeridad sobre las huellas de su rival. Mientras los espectadores todavía hacían comentarios sobre la desgracia del ateniense, el sidonio y el bizantino hacían ímprobos esfuerzos para alcanzar el primer puesto; Ben Hur dio un rodeo y se encontró de pronto junto a Messala, pese a seguir en la pared exterior de la pista. Este cambio de posición que hizo hacia la derecha partiendo desde el extremo izquierdo, no fue pasado por alto por los espectadores. El circo parecía brindar insospechadas sorpresas. De pronto, Ester empezó a aplaudir entusiasmada; Sambalat sonrió complaci-



Conductor de carro con caballo guía; mosaico de la villa de

do. Los dos corredores se acercaban, codo a codo, separados sólo por unos cuantos milímetros, a la segunda meta. El pedestal sobre el que descansaban las tres columnas era de piedra, en forma circular, y quedaba circundado por la pista. Messala se dio cuenta de la maniobra de Ben Hur al llegar junto a éste, y su ira fue en aumento.

—¡Abajo Eros, arriba Marte! —gritó, blandiendo el látigo.

—¡Abajo Eros, arriba Marte! —repitió, azotando brutalmente a los caballos árabes de Ben Hur, con tal fuerza que los obligó a vacilar.



Septimio Severo, Baccano

"El asombro que causó el acto de Messala fue general. Se hizo un gran silencio y todo el público contuvo el aliento durante un instante, en espera del desenlace. Pero en seguida los espectadores dieron rienda suelta a su indignación. Los corceles de Ben Hur se asustaron, dieron un salto hacia adelante y parecieron enloquecidos, puesto que era la primera vez que los castigaban con el látigo. No sabían cómo reaccionar y saltaron a un lado asustados.

"Todos los adiestramientos pueden resultar beneficiosos. Ben Hur agradeció en aquel momento a los remos la fuerza de su mano, que le permitió parar el golpe. ¿Qué importancia podía tener la presión de las riendas, comparada con la fuerza de las tempestuosas olas del mar, que azotaron el barco en tantas ocasiones? Consiguió mantenerse en su sitio, dio a los caballos toda la rienda y les dirigió palabras animosas, con el fin de encauzarlos debidamente por el peligroso recodo. Al cabo de poco tiempo, volvía a dominarlos por completo. Pero eso no fue todo, sino que cuando se acercó de nuevo a la primera meta volvía a correr junto a Messala, despertando la admiración de todos aquellos que no eran romanos. La animosidad contra Messala se demostró con tanta claridad, que éste no se atrevió a golpearle de nuevo.

"Un hombre trepó al muro occidental y quitó una de las bolas de madera. Pero, al mismo tiempo, hubo un delfín menos en el marcador, cosa que se repitió en la segunda y en la tercera vuelta. Se habían cubierto ya tres vueltas, y Messala seguía corriendo en la parte interior de la pista. Ben Hur continuaba tras él, seguido por los restantes competidores. La carrera parecía convertirse en una de las carreras dobles que se hicieron tan famosas tiempos después, en la época imperial de Roma. Messala y Ben Hur ocupaban el primer lugar, mientras que el corintio, el bizantino y el sidonio les andaban a la zaga. El sidonio conquistó un lugar junto a Ben Hur en la parte exterior de la pista, cuando iniciaron la quinta vuelta, pero transcurrido un corto tiempo, tuvo que desistir de su intento. El comienzo de la sexta vuelta no presentó ninguna variación. Tanto los conductores como los caballos sabían que se acercaba la decisión final y que cada instante que pasaba acrecentaba la posibilidad de la victoria en favor de uno u otro.

"El interés, que al comienzo de la carrera se concentró especialmente sobre el romano y el judío, se trocó en una gran preocupación por Ben Hur. Los espectadores permanecían sentados, con el cuerpo inclinado hacia adelante, sin apartar la vista ni por un momento de las facciones de los dos rivales.

"—¡Cien sestercios por el judío! —gritó Sambalat a los romanos y a los amigos del cónsul.

"No obtuvo ninguna contestación.

"—¡Un talento, cinco talentos, o cien! ¡Escoged!

"Acto seguido hizo tintinear sus monedas.

"—Aceptaré tus sestercios —respondió un joven romano, preparándose a escribir.

"—¡No lo hagas! —le advirtió un amigo.

"—¿Por qué no?

"—Messala ya no puede aumentar su velocidad. Mira cómo se inclina sobre el borde del carro y da toda la rienda a los caballos. ¡Observa ahora al judío!

"El primero miró en la dirección indicada.

"—¡Por Hércules! Ese perro retiene las riendas con todas sus fuerzas. Nuestro amigo será vencido en el caso de que los dioses no le ayuden. ¡No, todavía no. Mira. Júpiter está con nosotros! ¡Júpiter está de nuestra parte!

"Todas las lenguas romanas corroboraron su grito, de forma que los bramidos recorrieron las gradas.

"Messala había logrado un aumento de velocidad, consiguiendo adelantarse de una forma lenta, pero segura. Sus caballos mantenían las cabezas gachas. Vistos desde las gradas, parecían tocar el suelo con ellas; sus dilatadas fosas nasales brillaban ensangrentadas; sus ojos parecían querer saltar de las órbitas. ¿Cuánto tiempo podían seguir resistiendo? Al acercarse a la segunda meta, Ben Hur hizo una maniobra que colocó a su tronco tras el carro de su rival. La alegría de los amigos de Messala alcanzó su punto culminante. Chillaron, bramaron y ondearon sus colores mientras Sambalat llenaba sus bolsas con las apuestas que hicieron. Maluch, que se sentaba en la galería sobre la puerta del triunfo, se iba poniendo de mal humor. Había basado todas sus esperanzas en la afirmación de Ben Hur, de que se originaría algo de suma importancia en la curva de las columnas occidentales. Ya había terminado la quin-

ta vuelta, pero no sucedió nada nuevo. Ben Hur mantenía sin gran esfuerzo su lugar tras el carro de Messala.

"Simónides y sus amigos permanecían tranquilos. El traficante de caballos tenía inclinada la cabeza. Ilderim se mesaba la barba, pero sus ojos brillaban por debajo de las espesas cejas. Ester apenas respiraba. Ira era la única que parecía alegrarse. Messala se encontraba muy avanzado a la vuelta de la sexta ronda. Por miedo a perder su puesto, el romano se acercó peligrosamente a la pared; un paso más hacia la izquierda y el carro se habría estampado contra ella. Cuando dejaron la curva a sus espaldas, ambos carros apenas estaban distanciados. Al pasar de nuevo ante las gradas, Ester volvió a ver el rostro de Ben Hur, encontrándolo mucho más pálido. Simónides, avezado observador, habló con Ilderim en el preciso momento en que los dos rivales volvían a encontrarse en plena pista:

"—¿Notaste lo frescos que están los caballos? ¡Que Dios nos ayude, amigo, todavía no están desfogados! Pero... ¡espera y verás!

"El marcador sólo guardaba una bola y un delfín. Todos los espectadores contenían el aliento porque se encontraban en el principio del final. El sidonio azuzó a su tronco y voló hacia adelante, en un esfuerzo supremo. Durante un corto espacio de tiempo pareció que conseguiría su propósito, pero todo quedó en una simple esperanza. Tanto el bizantino como el corintio hicieron el mismo intento, con idénticos resultados. Nadie les prestó la más mínima atención. Todas las esperanzas de los no romanos estaban concentradas en Ben Hur.

"—¡Ben Hur, Ben Hur! —gritaban miles de gargantas.

"Desde los bancos saltaban palabras de estímulo y consejos:

"—Apresúrate; toma ahora la muralla. ¡Dale, dale con fuerza! Suelta a tus árabes, dales rienda y azúzalos con el látigo. ¡Animo, ánimo!

"Los espectadores se inclinaban hacia delante, le hacían ademanes con las manos.

"O bien se negaba a escucharlos, o Ben Hur no podía hacer otra cosa, porque casi habían recorrido toda la pista y continuaba en segundo lugar. Llegaron a la segunda meta y no se produjeron novedades. Al tomar la curva, Messala condujo a sus caballos hacia el interior, maniobra que debía privarlos

de velocidad. Se encontraba de muy buen humor y seguro de que el espíritu romano aseguraba su supremacía. Sólo le separaban seiscientos pies de las tres columnas donde alcanzaría la fama, las riquezas, los altos cargos y el triunfo acrecentado por su odio feroz. Ese fue el instante preciso en que Maluch vio, desde la galería, cómo Ben Hur se inclinaba sobre sus árabes y les daba rienda suelta. El látigo describió un amplio círculo, pasando por encima del lomo de los caballos, aunque sin rozarlos. Los cuatro aumentaron de velocidad, como si se hubieran puesto de común acuerdo, y se ciñeron al carro del romano. Messala los oyó venir, pero no se atrevió a volverse a causa de la proximidad de la peligrosa curva. Los espectadores se negaron a ayudarle. El ruido ensordecedor que originaban los carros y los caballos, sólo era roto por una voz, la de Ben Hur, que decía a sus corceles en la antigua lengua aramea:

—¡Arriba, Atair; adelante, Rigel! ¿Cómo, Antares, quieres quedarte atrás? Caballito bueno; ei, Aldebarán... Los oigo tararear en sus tiendas, escucho el canto de las mujeres y de los niños, que alaban nuestra victoria. ¡Un esfuerzo más! Mañana regresaréis a casa, bajo la negra tienda. La estirpe nos espera, y el Señor espera con ella. ¡Lo conseguiremos, haha! Hemos forzado el orgullo. La mano que os pegó yace en el polvo. ¡La fama es nuestra! ¡Haha, lo conseguimos, alto!

”Ben Hur se había propuesto pasar a Messala cuando éste se dirigiera hacia la meta, pero para ello debía cruzar la pista describiendo un estrecho círculo. Los millares de espectadores que se sentaban en los bancos, comprendieron su maniobra. Le vieron dar la señal, lo observaron, comprobaron que su tronco volaba por delante de las ruedas exteriores del carro de Messala, mientras que la rueda interna del carro de Ben Hur se encontraba a la altura del carro de su rival. Acto seguido se oyó un crujido, el carro del romano se inclinó hacia la derecha, el eje tocó el suelo y el carro se hizo añicos. Messala fue lanzado hacia adelante enredado en las riendas. Lo espantoso del momento fue aumentado con el hecho de que el sidonio, que seguía inmutable a Messala junto a la pared, no pudo ni detener ni corregir el rumbo de su tronco, y voló entre los destrozos del carro, los caballos y el cuerpo del romano. Consiguió salir de ese espantoso amasijo formado de las patas de los caballos,

las piltrafas del cuerpo humano y las astillas, levantando una nube de polvo y arena que ocultó la visibilidad, aunque aún pudo ver que el corintio y el bizantino seguían a Ben Hur, que no había cedido ni una pulgada de terreno.

"Los espectadores reaccionaron, saltaron sobre los bancos y prorrumpieron en gritos ensordecedores. Todas las miradas seguían, atentamente, las maniobras de Ben Hur. Ningún espectador se había dado cuenta de que con la presión que hizo con las riendas, había conseguido que su carro se desviase hacia la derecha, rompiendo la rueda del carro de Messala con la punta de hierro que sobresalía. Sólo se apercibieron de la variación que se originó en su espíritu, a través de las arrogantes palabras que gritaba a sus caballos árabes y de la orgullosa mirada que lanzaba a los espectadores. Los corceles corrían como demonios; más aún, daban la sensación de volar; el bizantino y el corintio se encontraban a media pista cuando Ben-Hur alcanzó la meta. El cónsul se alzó de su asiento, el pueblo prorrumpió en estruendosos alaridos y el organizador de los juegos coronó al vencedor.

"Entre los vencedores de los luchadores había un sajón rubio, de frente baja y expresión salvaje. Ben Hur reconoció en él al maestro de lucha que le había dado clases en Roma. Desvió su mirada para dirigirla a las tribunas, donde vio a Simónides y a sus compañeros, que le aclamaban como posesos, saludándolo con los brazos en alto.

"Ester permaneció tranquilamente sentada en su sitio, pero Ira se levantó, le sonrió amablemente y le hizo señas con el abanico; demostraciones que no hicieron mella en su ánimo, porque habían estado antes reservadas a Messala, si vencía.

"Acto seguido se ordenó la comitiva festiva, dirigiéndose a las puertas del triunfo, acompañada de las aclamaciones de la multitud."

Ya dijimos antes que actualmente sólo existe una plaza en el lugar que ocupó antaño el circo máximo. La visión que ofrecía ese paraje hace cien años y la que ofrece ahora sólo ha sido comentada superficialmente. El hecho de que no guarde ninguna huella de aquel entonces, obliga a los observadores actuales a la reflexión que hizo Jacob Burckhardt cuando escribió en el "Cicerone" (1855):

“La desaparición del circo máximo también forma parte de los enigmas de la edad media romana, pues el edificio y sus filas de asientos albergaban casi el doble de las personas que podían llenar el coliseo, alcanzando el número de 150 000; por lo tanto, no sólo debía tener la longitud que nos presenta ahora, sino que también debió contar con una profundidad y una altura considerables, pues en caso contrario no hubieran cabido tantos espectadores. ¿Dónde fue a parar esa ingente masa de material?”

Jacob Burckhardt también se formula misma pregunta con respecto al templo de Venus y de Roma, esa obra maestra de Adriano:

“No puedo hacer más que preguntarme. ¿Dónde ha ido a parar el resto del edificio? ¿Qué ha sido del amplísimo vestíbulo, de 500 pies de anchura y 300 pies de largo, adornado con las columnas de granito que lo circundaban? ¿Qué se ha hecho de las 56 columnas de mármol griego que sostenían el techo del templo (cada una de ellas de seis pies de grosor), las diez delanteras, y veinte a cada lado (contando las columnas de las esquinas de los dos puntales), a las que habían de añadirse ocho más en el interior del vestíbulo interior y del posterior? ¿Cómo pudo haber desaparecido totalmente el tejado del trozo que parecía estar fusionado con el Coliseo? La fiebre demoníaca de destrucción que se apoderó del medioevo romano parece no haber tenido freno, pero la Roma actual que no puede hacerse una idea de su intensidad, inculpa a los bárbaros nórdicos, como si fueran los únicos responsables de semejante salvajismo.”

Burckhardt parece no haber escuchado el proverbio que se cita en Roma con bastante frecuencia. “Lo que dejaron los bárbaros, se lo llevaron los Barberini.” Con otras palabras: las familias nobles se agenciaron materiales de construcción a bajo precio para la edificación de sus palacios, aprovechando piedras, columnas y otros despojos de entre las ruinas de los edificios antiguos.

A medida que fue transcurriendo el tiempo, los corredores de carros fueron pasando al anonimato, y sólo eran reconocidos por el color de sus atavíos. El público de Roma llegó al extremo de prestar más atención a la victoria de los “verdes” o de

los "azules", que a un levantamiento de las legiones destinadas en provincias o a una incursión bárbara.

Los partidismos que se ocasionaron entre la población de Roma y de Constantinopla por los colores de las facciones del circo, pueden ser considerados como uno de los síntomas más significativos de la época imperial. Dividía la ingente masa del pueblo de los dominadores mundiales en cuatro sectores y posteriormente en dos sólo. No existe razón más indicada para comprender los acontecimientos políticos, como esa extraña desviación del interés general; y tampoco existe nada que muestre con más claridad la degeneración moral y de las costumbres en Roma. No cabe duda de que el gobierno fomentaba el partidismo de las masas, puesto que con él podía encauzar sus apasionamientos hacia la dirección que más le convenía, sin que vieran en ellos peligro para el trono. Sin embargo, los emperadores no se limitaban a favorecer un determinado partidismo con su favoritismo, sino que se obstinaban en rebajar y aterrorizar el partido contrario, dando muestras de gran severidad contra él. El pueblo tenía sus facciones perfectamente organizadas, porque contaban con una organización sistemática, disponían de sumas bastante importantes, colocaban y mantenían a muchísima gente, y no ahorraban ningún medio ni procedimiento para engrandecerlas y fortificarlas, y la importancia de la organización de los cuatro colores no quedaba limitada a ellos, sino que parecía haber sido creada para complacer las exigencias de la multitud, brindándole la oportunidad de tomar su apasionado partido en cada competición que se desarrollaba bajo sus ojos. Las masas de todos los tiempos prefieren una frase a las argumentaciones.

Los conductores de carros y de caballos contaban con la preferencia de un reducido público entendido, mientras los colores captaban el entusiasmo de todas las clases sociales. Durante el transcurso de medio milenio, la preferencia por unos u otros colores se fue traspasando de generación en generación, quedando acendrada en una población que se embrutecía cada vez más, con la consecuencia de que el circo se convirtió en el escenario de representaciones sangrientas y salvajes, superando con creces los tumultos y los excesos que se originaban en los restantes espectáculos. Tanto si el mundo era gober-

nado por Nerón o por Marco Aurelio, tanto si el reino disfrutaba de una era de paz o si debía enfrentarse con sangrientas revueltas y guerras civiles, tanto si los bárbaros amenazaban con irrumpir dentro de los límites fronterizos o el ejército romano los obligaba a retroceder, los aristócratas, los plebeyos, los libertos, los esclavos, todos los hombres y las mujeres de Roma se preocupaban sólo de si vencerían los azules o los verdes, su única obsesión y el objeto de todas sus esperanzas y todos sus temores. Pese a que el cristianismo destronase a los antiguos dioses, a los que estaban destinados los juegos del circo, los partidarios de uno u otro color continuaron luchando entre ellos con el mismo apasionamiento.

Ya dijimos que Ovidio dedica parte de su libro "Arte de amar" a las ilimitadas posibilidades que se ofrecían en el teatro y en el circo a los hombres jóvenes que asistían a sus representaciones. Antes de "Arte de amar", Ovidio publicó sus "Elegías", en las que el poeta nos narra cómo se sentaba en el circo junto a su amada, complaciéndose en presenciar las carreras de carros. Nos habla también de "los diversos colores de la horda que corre en la pista", pero tanto su interés como el de su muchacha —al igual que el de Ester en "Ben Hur"—, se centra exclusivamente en un solo corredor.

Durante el transcurso del siglo I, como consecuencia del partidismo de los emperadores Calígula, Nerón y Vitelio, las facciones ganaron en fuerza con intensidad sistemática. Calígula estaba completamente vendido al partido de los verdes, lo mismo que Nerón, que incluso llegó a aparecer en el circo ataviado con una toga verde y hacer teñir la arena de ese mismo color. Juvenal incluso escribe que cuando los verdes perdían en el circo, toda Roma guardaba un luto mayor que después de la derrota de Cannas.

Lewis Wallace, parece haberse documentado en la correspondencia que el senador Symmaco intercambió con su hijo en el siglo IV, con motivo de la preparación de uno de esos juegos, para describir la cría de los caballos árabes, a lo que destinó un amplio espacio en su novela "Ben Hur".

Quinto Aurelio Symmaco, que poseía tres palacios en Roma, llegó a ocupar los cargos más elevados, por lo que podía considerarse en todos los sentidos como uno de los hombres más

importantes de su tiempo. Se unió con gran número de personas que compartían sus puntos de vista, para luchar con todas sus fuerzas a favor de la causa perdida del paganismo.

Tanto sus esfuerzos como el de sus amigos, se encaminaron a la resurrección de la literatura clásica, identificándola con la restauración de las creencias paganas que estaban estrechamente ligadas con los espectáculos. También concentró sus desvelos en otros motivos de índole mundial: un alto concepto de todo aquello que atañía a la dignidad del pueblo romano, la grandeza de su casa y el deseo de no quedar relegado frente a los que, como él, también ocupaban cargos de importancia. Para ello, empleó todos los medios que estaban a su alcance: su gran influencia, su inmensa fortuna y sus innumerables relaciones, aumentadas por la prefectura de su hijo (en el año 401), para sobrepasar el brillo de los juegos que él mismo había organizado en otros tiempos.

Hizo llevar a Roma, desde España, casi todos los caballos que necesitaba para los juegos circenses. A un hombre en su situación no debía resultarle difícil hacer uso del correo imperial, para conseguir sus fines personales. Por lo que un gran número de agentes se trasladaron a España, bien surtidos con pingües bolsas de dinero, para llevar los contratos y las cartas, dirigidos a los mejores traficantes de caballos, que le prestaron una gran ayuda. Además se sirvió de ese mismo procedimiento para contar con el apoyo de las personas influyentes en España.

Symmaco estaba convencido de que debía complacer el gusto del público por las novedades, por lo que ruego al propietario de una cuadra, Eufarios, que le proporcione cuatro troncos, procedentes de las cuadras de Laudacio porque sus caballos parecían ganar en brío a todos los otros de sangre española. Sus agentes recibieron la orden de escoger los mejores corredores de todas las razas. En cuanto su agente siciliano le hubo anunciado el envío de los caballos, ordenó a su yerno (que habitaba en el golfo de Nápoles) que enviase a hombres de su confianza a lo largo de toda la costa hasta Salerno, en donde se esperaban los caballos; acto seguido, los pondrían en manos de un amigo común, que los cuidaría adecuadamente preparándolos para embarcar con destino a Roma. Pero el tiempo pasó sin que nadie le informase de su llegada, por lo que Sym-

maco consideró oportuno enviar a un representante, para que hiciera averiguaciones a lo largo del mismo recorrido. Nunca hemos podido saber si el barco llegó o no a su destino.

Resulta fácil suponer que la superstición jugaba un papel de gran importancia en todas las competiciones, particularmente cuando se ha observado que también los artistas actuales suelen ser muy supersticiosos. Los corredores de carros se cargaban de amuletos, llegando incluso a colgarlos del cuello de sus caballos. Los cascabeles que todavía se colocan actualmente en las bridas de los caballos, también tuvieron antaño el significado de remedio contra los embrujos.

Los juegos del circo se abrían con una procesión encabezada por las imágenes de los dioses, lo que ha tenido repercusión en las imágenes de los santos en las procesiones de la iglesia católica. Al igual que actualmente los fieles piden protección a los santos de todas las procesiones, los campesinos romanos dirigían sus demandas a Ceres, los soldados a Marte, los amantes a Venus, etc... También se paseaban en sucesión cronológica las imágenes de los emperadores. Y todas las bellas estatuas que ahora vemos en los museos, formaban entonces parte del cortejo circense a la vista de todo el populacho romano.

Todavía nos queda por decir, respecto a las carreras de carros, que los diversos partidos podían emplear de uno a tres troncos, por lo que podían verse correr un máximo de doce troncos recorriendo la pista. Pero en la mayoría de los casos, los cuatro partidos sólo hacían uso de un carro cada uno.

El número de las carreras varió según el emperador que gobernase en aquellos momentos. En los primeros tiempos de la era imperial fue costumbre que se dieran de diez a doce carreras en un solo día. En el año 37 Calígula organizó una fiesta que duró dos días, con motivo de la inauguración del templo de Augusto, y en esa ocasión hubo 20 carreras el primer día y 24 el segundo. Los carros tirados por cuatro caballos —tal como nos son presentados en "Ben Hur"— fueron los favoritos; sin embargo Nerón se dejó ver en Olimpia con un carro tirado por diez caballos, cosa nada brillante.

La distancia que debían recorrer los competidores en el circo máximo era de 8,3 km., y se exigía que fuese cubierta en un cuarto de hora como tiempo máximo.

Las luchas

No podemos negar que las formas inhumanas y crueles de esos espectáculos se exacerbaban durante los tiempos de los césares, exigiendo un inmenso derroche de vidas humanas, cosa incomprendible para nuestras mentes. Mientras que actualmente la opinión pública pide clemencia cuando debe ser ajusticiado un peligroso asesino (en aquellos países en que no ha sido abolida la pena de muerte) el pueblo de entonces disfrutaba plenamente del poder que tenía para condenar o perdonar una vida, con el simple acto de bajar o levantar un dedo. La gracia sólo era concedida a los más valientes; los cobardes no podían escapar a una muerte segura, cosa que refleja plenamente el espíritu de un pueblo de héroes, que conquistó media Europa con sus armas.

Al igual que hoy en día ciertos votantes suelen ser influenciados por el vino gratuito, los políticos de entonces se granjeaban la predilección del pueblo por las luchas que organizaban.

Ya César hizo luchar en la arena a 320 parejas de gladiadores con motivo de los espectáculos que organizó en el año 689 (=65 a. de J. C.).

Los gladiadores solían ser delincuentes condenados, prisioneros de guerra, esclavos y voluntarios. La condena al sable de los gladiadores o a las fieras salvajes, puede tomarse como las sentencias de muerte más severas, sólo impuestas a aquellos que no eran ciudadanos romanos, y posteriormente a personas de las clases sociales más bajas. Bajo el reinado de Marco Aurelio, el gobernador de la Lugdunense hizo decapitar a los cristianos que eran ciudadanos romanos y que habían sido condenados a las fieras, después de pedir permiso al emperador. Los condenados a las escuelas de gladiadores no eran sentenciados a una muerte segura, puesto que los que se mostraban valientes en la lucha, eran ofrecidos a las instituciones privadas e imperiales por lo que se les perdonaba la vida en el caso de que no muriesen en la arena. Ese castigo, era comparado con la condena a las canteras. Sin embargo, los condenados podían obtener su libertad a través de las luchas; una vez pasados tres años obtenían la vara (como signo de su liberación de la apa-

rición en la arena); tras cinco años, estaban en disposición de obtener el sombrero (el signo de una liberación total).

Sólo los delitos más graves, tales como robo, asesinato, incendio, profanación del templo o amotinamiento en el ejército, eran castigados con la muerte en el anfiteatro, pero el emperador disfrutaba del poder de pasar por encima de esos decretos, cuando consideraba que el hombre era apto para la arena.

Las enormes cantidades de gladiadores nos hacen sospechar que no eran siempre condenados o prisioneros de guerra. A veces bastaba caer en desgracia ante un César, para ser condenado a la arena. En más de un caso, los prisioneros de guerra iban a parar a las escuelas de gladiadores, formando una cifra astronómica. Y los luchadores que se mostraban particularmente valientes, llegaban a engrosar las filas de la guardia personal del dictador. Las mujeres ricas también se rodeaban frecuentemente de gladiadores. Calígula vendió en una subasta a los prisioneros de guerra que sobrevivieron en las luchas, y habiéndose dado cuenta, al dar comienzo el acto, de que el pretor Aponio Saturnino se había dormido como un tronco, dijo al subastador que las cabezadas del pretor eran muestra de su asentimiento, y le endosó 13 gladiadores, a cambio de 9 millones de sestercios (unos 120 millones de pesetas).

Los elementos asociales de la antigua Roma se mostraban predispuestos a convertirse en gladiadores. Hombres cuyas cualidades sólo se basaban en la fuerza física tenían grandes probabilidades de éxito en esa profesión.

De hecho, la profesión de gladiador debió ejercer una gran fuerza de atracción sobre los hombres rudos y faltos de conciencia, puesto que contaban sus ventajas, sus ganancias y su fama. Los vencedores eran bien recompensados; el organizador de las fiestas les enviaba vasijas llenas de piezas de oro, que recibían en la misma arena, y su cifra era cantada por los espectadores, o bien mostrada levantando los dedos de la mano izquierda. A veces las mismas vasijas eran una parte de la recompensa, pues solían ser muy valiosas. Los luchadores de renombre podían pedir un elevado precio, lo que motivó que Tiberio pagase 100 000 sestercios a los gladiadores que tomaron parte en un espectáculo que organizó. Nerón recompensó con un palacio como a un general con triunfo al mirmillón Espícu-

lo. El maravilloso atuendo de los gladiadores también debió de hacer su efecto. Tanto en Pompeya como en otros lugares se han encontrado varias piezas de sus corazas ricamente adornadas, tales como cascos (entre ellos un casco de visera con un bello trabajo labrado), hombreras, espadas, escudos, corazas, etc... Los cascos acostumbraban a estar adornados con bellas plumas de cisne o de avestruz. Tanto los frescos como los mosaicos, nos han conservado el colorido de esas luchas, y por ellos sabemos que se usaban atuendos bordados en oro, collares (que seguramente fueron el premio de los vencedores, al igual que las hojas de palmera) y cosas por el estilo que embellecían el vestido de los competidores.

Muchos jóvenes romanos aprendían el oficio de los gladiadores por simple diversión. Incluso algunos emperadores aprendieron a luchar, empleando a veces armas verdaderas y cortantes como hizo Calígula. Cómodo mostraba tanto entusiasmo por el arte de la lucha, que se hizo reservar una sala en la escuela de gladiadores. Se dice que llegó a combatir unas 1 000 veces en público aunque sólo con armas romas. En una fiesta luchó contra el prefecto Emilio Leto y el ayuda de cámara Eclecto, los dos hombres que ya habían decidido asesinarle. Se hacía pagar de la caja de los gladiadores un millón de sestericios por cada una de sus apariciones en público.

Incluso existieron mujeres lo suficientemente fuertes para resistir el peso del casco y de la coraza dando los golpes y los lances prescritos por la escuela en un poste plantado en el suelo. Los gladiadores disfrutaban del favor de las mujeres de todas las clases sociales. Entre las innumerables inscripciones dedicadas a los gladiadores, se encontraron algunas adornando las columnas del peristilo de una casa desenterrada en Pompeya en el año 1880, dedicadas al tracio Celado, describiéndole como "nostalgia y orgullo de mujeres y muchachas"; al retiario Crescente, como "el dueño y el médico de las muchachas." No cabe duda de que entre los gladiadores hubo muchos que fueron considerados como héroes. Antonio, que según Cicerón parecía un gladiador, fue comparado por otros con su antepasado Hércules. Nimfidio Sabino, prefecto del pretorio bajo el reinado de Nerón, fue considerado hijo del gladiador Maritano, del que se enamoró su madre, una



Retrato de un gladiador; época de decadencia; mosaico del museo Nacional, Roma

liberta. También se dijo que la esposa de Marco Aurelio, Faustina, tuvo relaciones amorosas con marineros y gladiadores, y que Cómodo fue el fruto de uno de esos amores.

Los gladiadores eran ensalzados por los poetas, veían sus imágenes en las vasijas y las fuentes, las lámparas, vasos y en anillos de sello de todos los países, y sus hazañas eran descritas en las paredes con carbones, o grabadas con las uñas. Tanto en Roma como en las provincias los artistas no daban abasto para adornar los palacios y templos con las esculturas, mosaicos y frescos que debían conservar su fama para la posteridad, cosa plenamente conseguida.

Roma contaba con cuatro escuelas de gladiadores, en donde los luchadores eran instruidos en todos los secretos de su oficio. Esas instituciones, que en su mayoría estaban agrupadas junto al Coliseo, también necesitaban de un gran personal que las atendiera. Entre las escuelas de gladiadores situadas fuera de Roma, las de Capua, Preneste, Pérgamo y Alejandría, fueron las que disfrutaron de más fama.

En la época de Nerón, había unos 2 000 gladiadores en Roma, y Otón fortificó su ejército con ellos después de la muerte del tirano. En los festejos del milenario de la fundación de Roma, aparecieron en la arena 2 000 gladiadores.

Las excavaciones efectuadas en Pompeya nos han permitido conocer las instalaciones de las escuelas de gladiadores. Vemos allí un gran patio (de 56 m de largo por 45 m de ancho) circundado de un pórtico cuyo techo estaba sostenido por 74 columnas dóricas. El edificio disponía de una gran cocina, 71 habitaciones y una cárcel. Tanto las paredes como las columnas estaban atiborradas de inscripciones que se referían a los gladiadores. En sus muros exteriores, se encontró el anuncio de un combate, lo que demuestra que las luchas disfrutaban de gran predicamento en todas las provincias romanas.

La disciplina en la escuela de gladiadores era particularmente severa. Los inculpados quedaban encerrados en la cárcel, en donde se les encadenaba, y en las excavaciones efectuadas en Pompeya se han encontrado restos de hombres encadenados.

Los gladiadores también tenían su ética profesional, por lo que se negaban a luchar con otro inferior. Tenían el sentido de la fidelidad más arraigado que los legionarios, y fueron los únicos que permanecieron fieles a Marco Antonio después de la desgraciada batalla de Accio.

¿Cómo se desarrollaban las luchas entre gladiadores? ¿Cómo fueron presentadas en el circo?

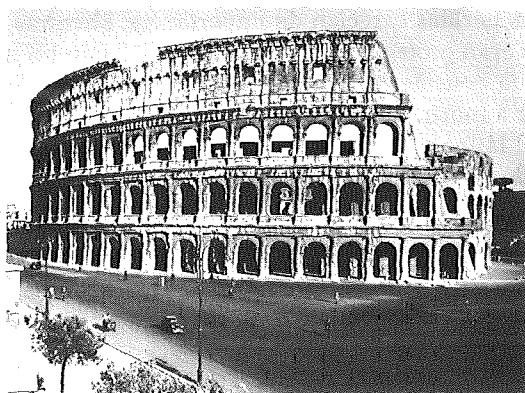
Las luchas que se iban a presentar, eran dadas a conocer por medio de anuncios en colores, que los organizadores colocaban en los muros de los edificios públicos, y sobre los túmulos funerarios que flanqueaban la carretera de acceso a la ciudad. Se han hallado unos anuncios pintados sobre dos túmulos funerarios, situados ante la puerta Nucérina de Pompeya, que daban noticia de los juegos que tendrían lugar en el anfiteatro de Nola y Nuceria. También se conservan varios anuncios de los juegos efectuados en Pompeya, diseminados por diversos lugares. Por ejemplo: "Treinta parejas de gladiadores del quinquenal Cn. Allejo Nigidio el Mayor, y sus hombres de reserva (que reemplazaban a los muertos), lucharán en Pompeya del 24 al 26 de noviembre. También habrá un combate de fie-

ras. ¡Viva el mayor quinquenal!” “La familia de gladiadores del edil A. Suetio Cerio luchará en Pompeya el 31 de mayo. También habrá un combate de fieras, y se extenderá un techo de lona.”

Otros anuncios prometen un riego de agua, para combatir el calor y el polvo. En una ocasión se dijo en lugar de la fecha: “si el tiempo lo permite”, en otra: “sin ninguna clase de aplazamiento”. Todos esos anuncios llevaban, a veces, los nombres de los gladiadores más importantes, ordenados por parejas y en el mismo orden en que iban a combatir. Los anuncios eran escritos, vendidos luego en las calles y enviados a otros lugares.

La víspera de los juegos, se agasajaba espléndidamente a los que participaban en ellos. Era como una especie de última voluntad, puesto que muchos contaban con la posibilidad de morir al día siguiente, probabilidad que quedaba expresada en el saludo que dirigían al emperador: “Ave Caesar, morituri te salutant.” (Ave César, los que van a morir te saludan.)

Comenzaban con una lucha simulada en la que se tiraban lanzas, y que, a veces al menos, se combatía siguiendo los compases de la música. El estridente chirrido de las cornetas daba la señal para la lucha de armas cortantes, y ésta comenzaba bajo el sonido de las trompetas de los cuernos y los tonos agudos de las flautas y flautines. Las inenarrables escenas se su-



El Coliseo de Roma, el anfiteatro colosal de la urbe

cedían sin cesar. Los retiarios aparecían solos o en grupos; figuras medio desnudas, que casi no iban protegidas, armadas sólo con la red, el tridente y la daga. Los perseguían los secutores, armados con casco de visera, el escudo y la espada, o acosaban a los mirmillones, a los que esperaban medio en cucullas, intentando cazar con la red a su adversario, para matarlo luego con el tridente o la daga. Los samnitas, cubiertos por un gran escudo cuadrado de la altura de un hombre, cruzaban sus cortas y rectas espadas con los tracios, armados de espadas curvas, muy acorazados, pero sólo resguardados por un pequeño escudo redondo. Los jinetes entrechocaban sus largas lanzas, los esedarios combatían desde carros de combate británicos, cuyo tronco era conducido por un guía situado junto a los luchadores.

Cuando un luchador era herido en una lucha aislada, las filas de espectadores aullaban: "¡Va listo!" Si alguno de los dos estaba vencido, pero todavía se encontraba con vida y en poder de su adversario, el organizador dejaba la cuestión de la gracia en manos de los espectadores. Los gladiadores heridos que rogaban por su vida, bajaban su escudo y levantaban un dedo de la mano izquierda (siguiendo una costumbre griega). Los espectadores ondeaban sus pañuelos cuando concedían gracia, pero bajaban el dedo pulgar izquierdo, si condenaban a muerte. Los luchadores más valientes rechazaban por medio de signos la intervención del público, como si dieran a entender que sus heridas carecían de importancia. Mientras que los valientes eran protegidos, los cobardes excitaban las iras del pueblo, que consideraba como una ofensa que un gladiador se negara a morir. Los cobardes eran obligados a luchar por medio del látigo y de hierros candentes. Las gargantas de los enfurecidos espectadores gritaban: "¡Mata, flagela, quema! ¿Por qué se niega ése a acercarse a la espada?, ¿por qué no da el golpe de gracia con más fuerza?, ¿por qué muere aquel con tan poca bravura?"

Augusto prohibió los espectáculos en los que los gladiadores estaban obligados a luchar, pese a sus heridas, hasta que uno de ellos quedase tendido en la arena. La crueldad del padre de Nerón, Domicio, que se complacía en las luchas extremas, fue acerbamente combatida por él, y al comprobar que todas

sus advertencias resultaban vanas, promulgó un edicto público. Existían ciertas circunstancias en que la lucha quedaba empatada, por lo que los rivales podían retirarse dignamente, sin miedo a caer en la humillación. En más de un caso el vencedor debía enfrentarse con otro adversario, previamente sorteado. Las pausas entre lucha y lucha, eran aprovechadas por unos niños para limpiar la ensangrentada pista, sobre la que echaban arena fresca los esclavos moros encargados de esta tarea. Los vencedores mostraban al público la palma de la victoria. Los caídos eran recogidos por hombres que se cubrían la cara con la máscara del dios de los muertos, Mercurio, que probaban con hierros candentes si estaban realmente muertos. Otros representando al demonio etrusco Queronte, esgrimían un martillo y se llevaban los cadáveres para colocarlos sobre las parihuelas previamente preparadas y que luego salían por la "puerta de la diosa de la muerte", para ser trasladados al depósito.

Lucha de animales, matanzas y combates en la arena

Ya en los tiempos de la república, pisaron la arena un gran número de animales, en parte sólo para ser mostrados al público y en parte, para ser sacrificados ante los ojos del pueblo. La lucha de fieras era tan poco honrosa como la de gladiadores, pero también contaba con gran fuerza de atracción sobre muchas personas. En más de un caso, algunos hombres luchaban contra esos animales, y esa profesión fue ejercida por avezados cazadores que incluso contaban con varias escuelas preparatorias.

Los espectáculos que se dieron durante los últimos siglos de la república mostraron al público unos animales tan exóticos y extraños, que ni siquiera se conocía su nombre. En las fiestas de Scauro, (año 58) se mostraron por vez primera algunos ejemplares de cocodrilos y de hipopótamos. Los triunfos de César (del año 47) fueron motivo para exhibir también por primera vez a un cierto número de jirafas. Las cifras de animales salvajes, asombrosamente elevadas, que mencionan los escri-

tores, nos hacen pensar que entonces resultaba mucho más fácil su caza que en la actualidad, puesto que los avances de la civilización y el transcurso de los tiempos, han mermado su número. Se dice que en los juegos organizados por Pompeyo fueron presentados en la arena 500 ó 600 leones, y en los de César 400 leones y 40 elefantes. También se afirma que durante el transcurso del reinado de Augusto la cifra de animales salvajes sacrificados en el circo asciende a 3 500. En las fiestas de cien días, que organizó Tito para celebrar la inauguración del coliseo, se sacrificaron 9 000 fieras, y en los festejos de Trajano del año 107 la cifra incluso ascendió a 11 000. Pese a que los escritores no lo mencionen, podemos suponer que los antiguos romanos también se divertían presenciando el apareamiento de animales, mostrando predilección particular por ver el coito de monos o caballos. Los romanos no se limitaron a sacrificar a los animales salvajes, puesto que también los domesticaban o los enjaulaban, al igual que hacemos nosotros en nuestros parques zoológicos. El zoo imperial, mencionado por Procopio, con motivo de la conquista de Roma en el año 537, estaba situado en la puerta prenestinica.

Los juegos romanos presentaban combates entre fieras y también entre hombres y fieras.

Los espectáculos que se desarrollaban en el anfiteatro incluían el castigo público de los delincuentes por medio de latigazos, torturas y condenas a la hoguera. Particularmente aquella sentencia horripilante, por la cual los hombres eran atados a un poste y quedaban completamente indefensos para ser pasto de las fieras. ¡Qué espectáculo debían presentar esas piltrafas humanas con el cuerpo destrozado cuando esa tortura se presentaba en un montaje escénico. A nosotros nos parece doblemente horroroso que se usase de la colaboración de decoradores y tramoyistas para alargar y embellecer en escena la agonía de los delincuentes que no clamaban por su vida, sino por una posposición de su ejecución hasta el día siguiente. ¡Que sus heridas eran tan profundas que llegaban a dejar al descubierto sus vísceras! (Según lo agradecen los médicos Celso y Galeno.)

Las construcciones subterráneas del anfiteatro flavio, sobre las que sólo podemos hacernos una idea superficial en nuestras

visitas actuales, eran muy espaciosas, hasta el punto de poder albergar a unas mil personas. El arquitecto Apolodoro incluso propuso al emperador Adriano que uniera los sótanos del templo de Venus y Roma situado frente al Coliseo con los del anfiteatro flavio, con el fin de disponer de más espacio para el aparato escénico.

Lo que hoy en día es tildado de *dernier cri*, o sea el escenario totalmente hundible, ya existió en el Coliseo. Los tramoyistas romanos consiguieron un extraordinario dominio de su arte, y estaban en disposición de presentar variaciones verdaderamente sorprendentes.

En la arena también se ofrecían representaciones teatrales y un gran número de pantomimas, pero los actores eran delincuentes condenados, previamente preparados, que no fingían la muerte ni el martirio, sino que los padecían realmente. Aparecían ante los ojos del público, ataviados con túnicas doradas y cubiertos con mantos púrpura adornando sus cabezas con coronas de oro; pero al igual que en las indumentarias mortales de Medea, esos trajes eran incendiados con llamas súbitas, con el resultado de que las pobres víctimas que los vestían padecían una muerte espantosa.

Los cristianos inculcados del incendio de Roma en el año 64, fueron condenados a morir en los jardines de Nerón como antorchas vivientes ataviados con semejantes trajes que ardían con suma facilidad; otros fueron recubiertos de alquitrán y luego incendiados; otros fueron pasto de las fieras o descuartizados por los perros. Tertuliano afirma que hubo quienes apostaban a caminar un determinado trecho vestidos con semejantes túnicas, conocidas con el nombre de "túnicas incómodas". No había forma de ejecución ni tortura que no se mostrase al ávido público del anfiteatro.

Tertuliano también nos dice que se presenciaba en el anfiteatro la castración de Atis, y uno que fue quemado vivo, comparció vestido de Hércules, representando la muerte de éste por las llamas.

Un epigrama griego también menciona la representación de la muerte de un ladrón en la hoguera. Marcial vio como un delincuente, simulando ser Mucio Escévola, sostenía su mano sobre carbones ardientes, hasta que fue completamente con-

sumida. También vio a otro haciendo el papel del capitán de bandidos Laureolo, cuya crucifixión ya tuvo lugar en el teatro bajo el reinado de Calígula, reproduciendo la escena en que fue despedazado por las fieras mientras colgaba de la cruz. Describe como los miembros fueron arrancados del tronco y el cuerpo despedazado hasta que perdió toda su estructura inicial; pero añade, como para tranquilizarse, que el inculpado sería un parricida, ladrón de templos, asesino e incendiario. En ese mismo espectáculo, otro condenado emergió del foso simulando ser Orfeo regresando del infierno. Entonces pareció que la naturaleza se derrumbaba ante él, porque las rocas y los árboles se acercaron a él, los pájaros volaron por encima de su cabeza, y se vio rodeado de un gran número de animales; cuando se consideró que el espectáculo ya había durado bastante, fue descuartizado por un oso. Las cristianas sufrían la muerte en el martirio, representando el papel de las danades o despedazadas entre los cuernos de un toro.

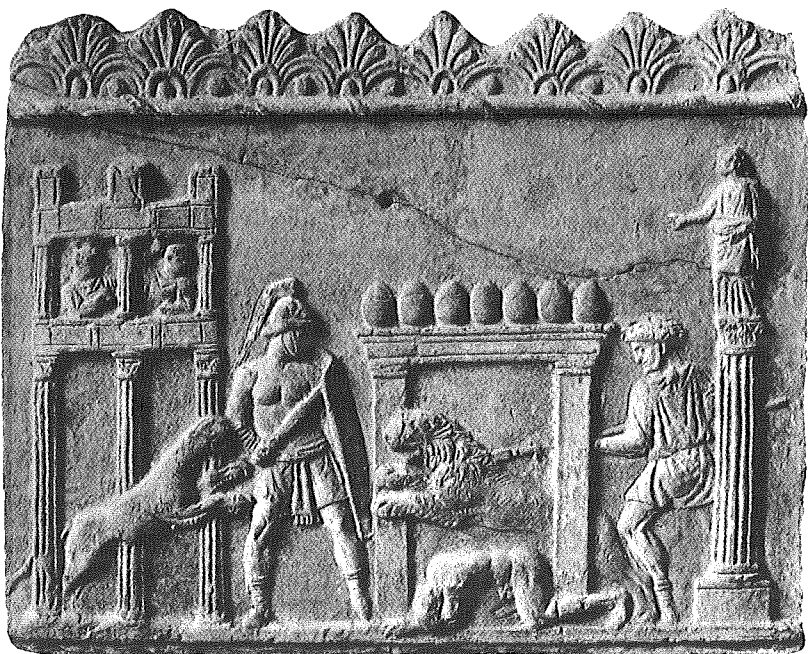
Sin embargo, las escenas de horror eran intercaladas con otras alegres, incluso divertidas. En una de ellas se simulaba la cópula entre Pasifae y el toro, encerrando a aquélla dentro de una vaca artificial, cosa que ocasionó un jolgorio general. Debemos decir que la intercalación de semejantes pantomimas pueden ser tomadas como una reminiscencia del teatro griego tradicional. Licht nos escribe lo siguiente: "Las conmemoraciones mitológicas también presentaban escenas amorosas con animales (en el teatro griego). El juego más conocido de todas ellas, es la pantomima de Pasifae. La leyenda nos explica que Poseidón montó en cólera porque no le ofrecieron el sacrificio prometido e hizo poseer a Pasifae, esposa de Minos rey de Creta, por un toro particularmente bello y fuerte. El constructor Dédalo salió en su ayuda, fabricando una vaca de madera y recubriéndola con una piel natural. Pasifae se escondió en el vientre vacío de esa vaca, y fue poseída de esa forma por el toro. De esta unión nació el Minotauro, el conocido monstruo medio hombre y medio toro."

Lo extraño de esa leyenda se basa en el hecho de que el hombre-toro no fuese llamado Pasitauro o Faetauro, sino Minotauro, pese a que el rey Minos, se encontrase en situación bastante humillante por la violación a que fue condenada su esposa.

(Es posible que esa leyenda fuera el motivo por el que se sigue llamando “cornudo” a un hombre engañado.)

El anfiteatro inundado era el escenario de combates navales. Tito ya organizó uno de esos combates con motivo de la inauguración del Coliseo, y más tarde Domiciano ofreció representaciones semejantes en el mismo lugar. Tracio nos habla de la más importante de esas representaciones, organizada por Claudio con motivo de la finalización de un canal del lago Fucino: “El canal estaba bordeado de balsas, en la flota sobre el lago navegaban unos 19 000 hombres armados. El mismo emperador dirigió la batalla ataviado con una túnica hilada en oro. Se entabló una auténtica batalla, en la que fueron heridos muchos soldados.”

No existe nada que nos demuestre tanto la gran diferencia entre la forma de pensar y de sentir de la Roma antigua y la Europa actual, como las críticas que tuvieron entonces y que tienen



Representación en relieve de una lucha con fieras en el circo

ahora entre las personas cultas los espectáculos presentados en el anfiteatro. Apenas existe una obra de la literatura romana que dé muestras de un sentimiento de repugnancia, el único que impera en el mundo actual, frente a esas representaciones. Es más, las luchas de fieras y los sacrificios humanos son mencionados con la mayor indiferencia. Los niños jugaban a gladiadores, lo mismo que actualmente juegan en Andalucía a los toros, o como jugaban en Roma a policías y ladrones. La juventud les brindaba un gran estímulo, la admiración de los héroes de la arena estaba a la orden del día, incluso entre una sociedad de alto nivel cultural, y un gran número de proverbios demostraban lo cerca que se encontraban todos los pensamientos de las escenas que se desarrollaban en la arena.

Horacio incluso llega a decir que resulta estúpido mostrar apasionamiento en una discusión, sobre la valentía de Cástor o de Docilas; en otra ocasión también dice que Mecenas le preguntaba ocasionalmente (por disfrutar de toda su confianza) si hacía demasiado frío para vestirse ligeramente de ropa a primeras horas de la mañana, y que también indagaba con la misma frivolidad si el tracio Galina estaba en condiciones de medirse con Siro. Epícteto cuenta las conversaciones sobre gladiadores entre aquellas que se deben evitar por superficiales. Y Ovidio no encontraba nada de particular en los espectáculos sangrientos, puesto que los recomendaba para la posible iniciación de aventuras amorosas. "Muchas veces, quien toca la mano de su vecina y apuesta con ella por el vencedor, o comenta las heridas de su adversario, lleva ya una herida de amor."

El único entre todos los escritores antiguos que ha demostrado poseer un sentido humanitario es sin duda el filósofo Séneca, aunque sus reflexiones al respecto sólo fuesen momentáneas, o se diesen únicamente en los últimos años de su vida; al menos dice en uno de sus escritos de la época de su madurez que las luchas de gladiadores resultan una diversión ineficaz para buscar distracción a las preocupaciones; pero en cambio en otros de ellos afirma que no comprende cómo un hombre se puede divertir viendo matar a otro hombre, e incluso elevando ese hecho a la categoría de acto sagrado; en otra ocasión también nos da muestras de su indignación sobre espectáculos tan inhumanos: nos narra que visitó ocasionalmente

el anfiteatro a la hora del almuerzo y, como era de suponer, lo encontró casi vacío, lo que no impedía que delincuentes no entrenados y sin armas, se matasen entre ellos, aunque sus luchas no despertaran el interés de la mayoría de los espectadores. A lo que añade Séneca que “los otros combates han de ser considerados una nimiedad comparados con éstos. En aquellos momentos no se trataba de una lucha, sino de un asesinato a mansalva. No disponen de nada, absolutamente nada que los proteja; sus cuerpos son presa fácil de las heridas, cada golpe hace presa. Esas luchas pueden ser consideradas como la quintaesencia de un combate, puesto que están faltas de la más mínima partícula de hierro que pueda proteger al cuerpo humano. ¿Para qué se necesitan los escudos y las armas? ¿Para qué es preciso adiestrarse en el arte del combate? Por la mañana, los hombres son pasto de las fieras, y al mediodía lo son del público. A latigazos los impulsan hacia la herida, que recogen a pecho descubierto. Este es el entreacto de los juegos. Para que el tiempo no parezca perdido, se descuartizan hombres.

Friedlaender estudió las diversas justificaciones y críticas de los juegos de circo, entre los antiguos y los modernos, y llegó a la conclusión de que todos ellos se cimentan en tres puntos de vista: la carencia de humanidad, la fuerza de la costumbre y la división de la humanidad en una parte, con todos los derechos y otra desheredada. La antigüedad romana desconocía totalmente el concepto de los derechos humanos y, por tanto, ignoraba el respeto, la inviolabilidad de la vida humana. El limitadísimo desarrollo del derecho civil y, sobre todo, la institución de la esclavitud, que separaba a la humanidad “ciudadana”, es decir, con derechos, de los desamparados por la ley, llegó a tener proporciones gigantescas y condujo a la idea de que la vida de los esclavos era algo sin importancia, con la consecuencia de que sus sufrimientos y su muerte podían ser presenciadas con una impasibilidad total. Los hombres que luchaban en la arena solían ser enemigos del país, bárbaros, delincuentes, esclavos o gentes perdidas, y la sociedad tenía el convencimiento de que sus existencias carecían de importancia, o que incluso le resultaban nocivas. Roma aceptó esos espectáculos extranjeros en unos tiempos muy rudos, cuajados de guerras y de revueltas; en un principio fueron muy es-

porádicos y sólo disfrutaron de un aumento de interés paulatino a medida que fueron transcurriendo los siglos. La fuerza de la costumbre se fue acumulando de generación en generación, hasta que llegó el momento de ocupar los juegos el centro de interés general. No existe ningún poder tan monstruoso como la costumbre; es el único que consigue transformar la repulsión inicial en uno de los mayores placeres, y nadie está en disposición de librarse de las influencias anímicas que imperan en su tiempo. Tampoco debemos olvidar que los martirios públicos forman parte de espectáculos que fueron presenciados en todos los tiempos. Me limitaré a decir, de pasada, que los espectadores distinguidos que asistieron en Palermo a la muerte en la hoguera de una bruja, fueron obsequiados con sorbetes y helados.

Friedlaender opina que la magnificencia de los juegos romanos henchía de orgullo a los espectadores, y les engañaba respecto al lento desmoronamiento de su poderío. Y además debemos tener en cuenta que el excesivo amor a los animales, tal como se produce actualmente en varios países, que llegan al extremo de mimar a los gatos y a los perros, como si no existiera un solo niño hambriento en el mundo, nunca fue compartido por el pueblo italiano.

Los intelectuales griegos se mostraron contrarios a las luchas entre gladiadores. Plutarco exigió que se prohibieran, o se limitaran al menos. Al igual que Plutarco, tanto Dión Casio como Luciano fueron contrarios a la lucha de gladiadores. Comprobamos la gran fuerza de expansión de los espectáculos circenses al visitar los anfiteatros de Nimes, Vienne, Lyon, Verona, Augst (Augusta Rauricorum) y Brugg en Suiza, y todos los otros diseminados por las diferentes ciudades del norte de Africa.

Los juegos puramente deportivos, comparables a los que tienen lugar hoy en día, merced a los desvelos del barón de Couber-tin, organizador de la primera olimpiada moderna, no tuvieron lugar en Roma hasta muy tarde, y quedaron mayormente limitados a las competiciones entre atletas. Nerón abogó mucho en favor de esas competiciones deportivas, y fue el primero en organizar una fiesta semejante en Roma, en el año 60, basándose exclusivamente en los ejemplos griegos y presentando

competiciones de carros de carreras, gimnásticas, musicales, poéticas, etc. Dictó que esas fiestas fueran repetidas quinquenalmente. Pero las "neroneas" no tuvieron mucho éxito, y se organizaron sólo esporádicamente bajo el título de "competiciones de Minerva".

Domiciano encargó a Apolodoro que construyera un teatro cubierto para las competiciones musicales. Este podía llegar a albergar un auditorio de 5 000 personas, y en el siglo IV todavía era considerado como uno de los edificios más bellos de Roma. Los vencedores de las competiciones deportivas fueron muy honrados en Roma, como lo habían sido en Grecia tiempo atrás. Sus nombres eran repetidos con admiración por sus sucesores, como por ejemplo el de Nicostratos y el de Aurelio Félix (219 d. de J. C.).

En líneas generales, la posición social de los atletas era mucho mejor en las provincias griegas (me refiero a los primeros tiempos imperiales) de lo que fue en Roma y en el resto de Italia. Pero, a medida que las influencias de la cultura griega y oriental fueron sustituyendo las ambiciones culturales romanas, que empezaban a resquebrajarse, para finalizar extinguiéndose por completo, Roma revivió la antigua pasión por los atletas. Cuando el suelo de uno de los recintos más bellos de las termas de Caracalla estuvo adornado con una larga hilera de imágenes representando a victoriosos atletas, cuando Dión Casio inscribió en sus anales la doble victoria de Aurelio Félix en el Agon capitolino, los héroes del estadio de la capital y los de todo el occidente disfrutaban de mucha más consideración que en los tiempos en que Séneca, los dos Plinios, Tácito y Juvenal hacían hincapié sobre lo poco convenientes que resultaban los ejercicios griegos y las competiciones deportivas.

El arte dramático en la antigua Roma

El teatro fue, sin lugar a dudas, la institución de la vida romana que más se adaptaba a las tradiciones griegas, porque, al igual que los griegos, los romanos dieron muestras de saber fusionar el arte con la naturaleza, lo que se comprueba en las ruinas del teatro de la Taormina actual (Sicilia), que nos mues-

tran claramente esas correspondencias, donde el teatro tiene el mar como telón de fondo. No cabe duda, por otra parte, de que el repertorio del teatro romano seguía las huellas del griego. Lo mismo que los clásicos alemanes se inspiraban primero en los franceses y más tarde en Shakespeare y los españoles, los trágicos romanos se ciñeron a la tradición de Sófocles, Esquilo y Eurípides en lo que respecta a la tragedia, y a la de Aristófanes en todos los ámbitos de la comedia. El uso de máscaras se empleó primordialmente en los tiempos arcaicos. Se estableció la costumbre de que los hombres representasen los personajes femeninos, lo que siguió prevaleciendo durante mucho tiempo en el teatro romano.

En los tiempos de Goethe no era frecuente que los hombres representasen papeles femeninos, tal como había sido costumbre entre los antiguos, por lo que el insigne poeta recibió una gran sorpresa al observar que en una representación de "La posadera", de Goldoni, que tenía lugar en Roma, el papel femenino de la obra corría a cargo de un hombre.

Goethe escribe en sus notas sobre Italia ("Fragmentos de un diario de viaje"):

"Se han dicho tantas cosas en contra de las costumbres de los romanos antiguos, que creo llegada la hora de abogar un poco en su favor, al menos (y para no aparecer demasiado paradójico) a fin de hacer recaer la atención pública sobre los restos que nos quedan de la antigüedad."

Acto seguido, Goethe hace algunas observaciones sobre la ópera, en la que, según su opinión, "las bellas y acariciantes voces atipladas de los castrados nos reconcilian con todo aquello que podría ser considerado como equívoco".

Después Goethe menciona la representación de esos espectáculos basados en papeles femeninos:

"Los hombres jóvenes que se dedican a encarnar personajes femeninos dan muestras de un apasionamiento especial para poder demostrar su arte en forma perfecta. Estudian concienzudamente los ademanes, movimientos y atuendos de las mujeres, haciendo lo indecible para que no se les escape ni el más nimio detalle; se esfuerzan en imitarlas con el mayor verismo, llegando a matizar sus voces con dejes acariciadores, pese a que en más de un caso no les sea dado disimular su tono gra-

*Actor de una tragedia;
pintura mural de Her-
culano*



ve; en definitiva, procuran negar su propio sexo. Se muestran tan interesados en los caprichos de la moda como las mujeres mismas; se hacen maquillar y embellecer por manos expertas, y el primer actor de un teatro sólo aspira a alcanzar una meta: la culminación total de su cometido con la absorción de una personalidad femenina.”

Después de estas observaciones, Goethe se entretiene en hacer elogiosos comentarios sobre el actor que encarna a la posadera en la pieza de Goldoni:

“El joven que representa a la posadera exprime al máximo las diversas caracterizaciones que exige el papel. Plasma a la perfección la tranquila flema de una muchacha que sólo piensa en sus asuntos personales y hace gala frente a todos de su cortesía y amabilidad, pero sin querer ser amada y sin amar a nadie, por lo que permanece impassible ante el apasionamiento que despierta en sus distinguidos huéspedes; también juega magistralmente con la insinuante y a la par discreta coquetería con la que vuelve a recuperar a sus huéspedes masculinos; hace gala de un orgullo ofendido, cuando uno de ellos la trata

con cierta libertad; juega con los diversos matices de una refinada insinuación, con la que sabe interesar al displicente, y, por último, se deja embargar por el triunfo al asegurarse de que puede incluirlo en la lista de sus admiradores.”

Goethe demostró un vivo interés en esa representación, precisamente porque vio en ella una reminiscencia de la antigüedad; cierra sus observaciones con los siguientes pensamientos:

“Roma nos ofrece, junto a sus múltiples ruinas, la herencia de sus antiguas tradiciones teatrales, y pese a que no todos tengan capacidad para admirarlas, la persona dispuesta a la reflexión encuentra en ellas oportunidad para remontarse ocasionalmente a aquellos tiempos, decidida por ello a creer en las afirmaciones de los antiguos escritores, que nos han asegurado en varios pasajes de sus obras que muchos actores masculinos llegaron a conseguir que el entusiasmo de una nación de gustos refinados se entregase a ellos sin reserva, cuando se presentaban en la escena vestidos de mujer.”

En la actualidad, y de acuerdo con los conocimientos modernos sobre las desviaciones sexuales, estamos firmemente convencidos de que los papeles femeninos representados en escena por hombres atraen preferentemente a aquel grupo de homosexuales que conocemos con el nombre de travestidos.

Hirschfeld aprovechó su viaje al Japón y a China para trabar conocimiento con los actores que encarnaban personajes femeninos, porque en dichos países seguían imperando esas costumbres en la época a la que hace referencia. Aprovechó su visita al teatro Meiji, de Tokio, para charlar con un travestido en su camerino.

“Nos sentamos sobre unos almohadones diseminados por el suelo, saboreamos una taza de té y comprobamos la transformación de un actor que se preparaba para representar un personaje femenino. Fuimos testigos de todo el proceso, desde los primeros toques de maquillaje hasta el acabado del complicadísimo peinado. Cuando estuvo dispuesto, el actor se volvió hacia nosotros y nos preguntó:

”—¿Les parezco realmente una mujer?

”Pero lo que más llamó mi atención fue el convincente orgullo del joven artista, Ishikawa Shoen, su gracia cuando se inclinó

ante mí con ademanes femeninos, al responderle yo afirmativamente.”

Hirschfeld opina, como consecuencia del conocimiento que trabajó con los travestidos chinos y japoneses, que se les puede clasificar en tres grupos:

a) Completamente normales, cuyo arte está estrechamente relacionado con la naturaleza bisexual de los hombres.

b) Travestidos, que disfrutaban cambiando de sexo, a través de su atuendo, pero que, sexualmente, se sienten atraídos por la mujer.

c) Homosexuales, que sólo se sienten felices, tanto en la escena como en la vida real, cuando representan papeles femeninos.

Pero Hirschfeld también subraya que las transiciones siempre tienden a fusionarse y que la exageración de un componente narcisista acostumbra a desnivelar las tendencias. Con otras palabras: el actor encuentra a veces complacencia en la representación, una complacencia total en su éxito artístico.

Si partimos de ese punto de vista, concederemos algunos puntos a favor del teatro romano en la época antigua, en el cual la influencia de las tradiciones griegas se fue perdiendo poco a poco durante el transcurso de los tiempos imperiales, con el resultado de que las pantomimas, el ballet y las representaciones plásticas fueran ocupando el lugar que dejaron vacantes las tragedias y las comedias. Esas representaciones, que se asemejaron bastante a nuestras revistas modernas, también presentaron a mujeres que aparecían desnudas o apenas cubiertas ante los ojos del público.

En el capítulo anterior ya hablamos de la influencia desfavorable que ejercían esos espectáculos sobre las mujeres, por lo que no vamos a extendernos sobre el tema. Sin embargo, debemos mencionar que tanto los extranjeros como los provincianos eran llevados a la escena, porque el acento deformado con que hablaban la lengua latina excitaba la hilaridad del público de las grandes ciudades, al igual que el acento del cockney del lenguaje inglés, con el que habla el personaje femenino “Pígalión” o el que encontramos en la comedia musical “My fair Lady”, basada en esa misma obra, divierte tanto al público actual. Los títulos de muchas de esas obras ya nos advierten

que los personajes femeninos correrán a cargo de hombres, como, por ejemplo “Marco de doncella”.

Los llamados mimos presentaban con más fuerza la tendencia obscena que otros personajes clásicos. En ellos, el papel femenino corría a cargo de mujeres que llegaban al descubrimiento total del cuerpo. Los lascivos cantos de esas piezas, que quedaban grabados en la mente del público por sus pegadizas melodías, eran cantados en las calles de todas las ciudades. De todas formas, no estamos en condiciones de mirar esas cosas por “encima del hombro”, puesto que en nuestra época también existen representaciones similares; y seguirán existiendo siempre. Los actores más famosos de Roma fueron en su mayoría griegos. Ya hablamos de Mnester y de las relaciones que sostuvo con Mesalina.

Pero el genio literario fue decreciendo más y más, siendo sustituido por pantomimas —o “revistas”, como diríamos actualmente.

La trama principal se basaba en temas eróticos; y, según la opinión de Juvenal, que más tarde fue compartida por otros muchos escritores, las pantomimas contribuyeron, en gran parte, al envilecimiento de las costumbres de Roma. Las mujeres sentían una admiración apasionada por todos esos espectáculos. El emperador Juliano aconsejó a los sacerdotes que no asistieran a ninguna clase de representaciones, y... ¡Juliano fue un emperador que todavía consideraba posible la revitalización del paganismo!

Apuleyo describe una *pirrique*, un ballet.

La pieza presenta la conocida y antigua competencia entre la belleza de las tres diosas, Minerva, Juno y Venus. Venus aparece en esa pieza (al igual que en muchas otras), casi desnuda y, además, se muestra rodeada de un ejército de encantadores amorcillos. Como es de suponer, resulta premiada.

Los actores de renombre ya percibían en la antigüedad sumas de dinero muy elevadas y sólo comparables a las que son ofrecidas a las estrellas cinematográficas actuales. Vespasiano obsequió con 40 000 sestercios (unas 500 000 pesetas) a todos los actores que tomaron parte en la inauguración del Coliseo, y el trágico Apeles incluso fue recompensado con una cantidad diez veces superior. Nerón regaló 2 200 000 sestercios a sus favori-

tos, a los que Galba exigió una novena parte después de la muerte del emperador, cosa que contribuyó a su caída. En aquellos tiempos también existían actores de la corte que disfrutaban del favor imperial, de una forma análoga a la de Lola Montes, que despertó el favoritismo del rey bávaro Luis I.

El bailarín de pantomimas Paris tuvo tan hechizado a Nerón que pudo permitirse acusar a Agripina, sin que por ello se viera en el riesgo de sufrir ninguna clase de castigo.

Igual que en la actualidad, antaño también existía una tremenda enemistad entre los actores, con el resultado de que sus intrigas culminaban a veces en escándalos públicos, e incluso en matanzas. En los siglos IV y V, los celos entre los bailarines de pantomimas dieron tantos motivos de intranquilidad en Antioquía, Alejandría y Constantinopla, como las luchas entre las diversas facciones de los colores del circo. El emperador Justiniano se vio obligado a dictar un edicto que prohibía esas representaciones en Antioquía, primero, y, posteriormente, en Constantinopla.

VITA SEXUALIS ROMANORUM

Pese a que ya hayamos hablado sobre las costumbres sexuales de los romanos —particularmente las que se refieren a las mujeres— en los diversos capítulos de este libro, creo que sería conveniente profundizar un poco más en todas esas cuestiones, enfocándolas con el punto de vista de los investigadores modernos sobre temas sexuales, con lo que obtendremos una comparación entre las formas de pensar de los antiguos y de los contemporáneos respecto a un punto de suma importancia para la vida social. Sólo de esa forma conoceremos concretamente lo que fuimos desechando o ganando a través de una evolución que ya dura casi tres milenios.

El primer contraste se nos revela en el pensamiento religioso, que ha servido a muchos filósofos, tales como Nietzsche, para combinar la veneración por los antiguos con una tendencia inamistosa hacia la Iglesia.

Los cristianos del mundo occidental consideran que Dios se encuentra en una lejanía inalcanzable, envuelto en el misterio de la Trinidad, y su esencia es inabarcable y, por lo tanto, incomprendible. Las tradiciones cristianas condenan, desde san Pablo, la complacencia de los sentidos y la alegría de vivir, condena que queda reflejada con mucha frecuencia en el catolicismo (Savonarola), y bastante más acusada en el protestantismo (particularmente en las doctrinas de Calvino).

Para los romanos antiguos, los dioses eran seres que estaban muy cerca de ellos y sus imágenes estaban expuestas en todos los templos. En la mayoría de los casos se les representaba desnudos y, a causa de ello, las personas antiguas no consideraban la desnudez como reprobable o inmoral. Los emperadores, a los que se elevaba a la categoría de dioses después de su muerte, también fueron representados desnudos. La estatua de Mar-

co Aurelio, que le ofrece en la época de su primera juventud, resulta particularmente conmovedora. La desnudez sólo producía repulsa en muy contadas ocasiones; sin embargo, existía un decreto, promulgado por el mismo Rómulo, que prohibía la desnudez en la calle, y castigaba con la pena de muerte el mostrarse desnudo ante una patricia.

Una anécdota de la vida de Livia nos describe muy bien ese aspecto: Se cruzó en la calle con varios hombres desnudos, que, según el decreto de Rómulo debían ser castigados con la muerte. Pero la emperatriz abogó en favor de ellos, afirmando que no la habían ofendido, porque ella se había limitado a mirarlos como si fueran simples estatuas.

Stendhal ya juzga: "Puesto que sólo leemos traducciones castradas y expurgadas de los autores antiguos, no nos damos cuenta de que la desnudez fue un culto."

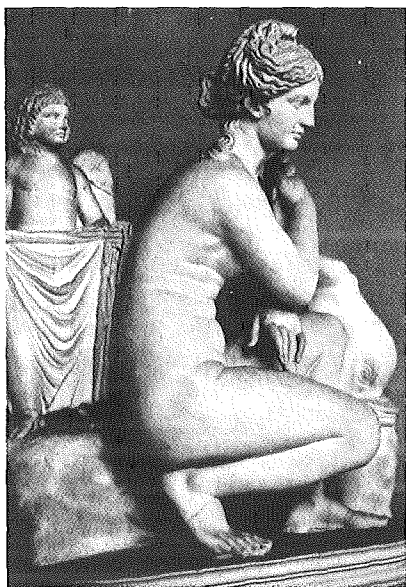
Los romanos consideraban a los dioses como personas que sólo estaban por encima de ellos a causa de su inmortalidad, y por poder contar con fuerzas sobrenaturales. Se les adoraba, honraba y se les ofrecían sacrificios, sólo por motivos puramente humanos. Del mismo modo que el cristianismo ve en Cristo a un intermediario entre los hombres y Dios, también los antiguos tenían como intercesores a los héroes, y por eso les rendían culto. Los héroes eran simples hombres que fueron acogidos en la comunidad de los dioses, por ser hijos del amor entre un dios y una mujer, o entre una diosa y un hombre terrenal. La comprobación de que a veces juzgaban a esos héroes con gran ironía, nos la ofrece la estatua de Hércules que lo representa borracho y orinando. Esa estatua, hallada en Herculano y que representa al dios protector de la ciudad, demuestra que los romanos se limitaban a considerar a los dioses y a sus héroes como buenos amigos, sobre los que se podía bromear un poco de vez en cuando, sin que por ello se les pudiera culpar de irreligiosidad.

La veneración de Venus y Roma

Aquella fina penetración psicológica de los antiguos les llevó a pensar que lo mejor en una comunidad masculina (puesto

que las mujeres no representaban un papel de importancia, en la antigua Roma) era que los dioses aparecieran en imágenes femeninas. Por eso la Venus anadiomena emergió para ellos de la espuma del mar, ofreciéndoseles completamente desnuda. Esta diosa, protectora del amor y los placeres, fue venerada junto con otra deidad femenina que protegía su ciudad: la diosa Roma.

Decidieron más tarde que, como esas dos importantísimas deidades eran de suma importancia, tanto para el estado como para la familia, se les había de construir un templo común, el más bello de Roma. Así nació el templo de Venus y Roma, cubierto con un techo de oro, cuyo brillo resplandecía sobre toda la ciudad. Puesto que el oro siempre ha despertado la codicia de los hombres, no ha quedado nada de ese techo y muy poco del mismo templo. Sin embargo, nunca se ha edificado sobre la plaza en la que estuvo emplazado, e incluso se han vuelto a levantar algunas columnas de su peristilo, mientras que las columnas interiores están señaladas por los cipreses que se plantaron en su correspondiente lugar.



Venus acucillada;
museo Nacional de
Roma

Podemos hacernos una idea de la grandiosidad de ese templo, si miramos al foro desde el pasillo más alto del Coliseo. La hilera de columnas exteriores nos muestra, como ya dijimos, su contextura exterior, y podemos imaginárnoslo adornado con gigantescas estatuas de Venus y Roma. Ambas diosas sostenían una manzana: Venus, porque la obtuvo de Paris como premio a su belleza; Roma, porque la manzana del amor se ha convertido en el pomo imperial (probablemente sin perder su dulzura).

No cabe duda de que los romanos sentían un sentimiento desconocido ante la visión de esa magnífica diosa del amor, y por ello nos resulta comprensible que su veneración estuviera estrechamente relacionada con el deseo. Sí, debemos considerar esa adoración de la diosa como un sentimiento estrechamente mezclado a la excitación de los sentidos. Al igual que la leyenda de Pigmalión nos explica cómo deseó infundir vida a la estatua que creó, muchos adoradores de Venus sentirían los mismos impulsos, y, al comprobar que el mármol permanecía impasible, satisfarían los deseos inspirados por la diosa en las muchachas terrenales.

Incluso actualmente las estatuas desnudas de las bellas romanas excitan los sentidos de más de un observador. ¿Por qué no hemos de admitirlo? Wilhelm Busch ha usado esa circunstancia con su típica causticidad en la biografía que hizo del pintor Kuno Klecksel:

Los eternamente jóvenes dioses de los antiguos
(aunque alguno, por lluvia y temporal
y por otras muchas penas
perdiera cabeza, brazo y pierna)
admiran y alegran a Kuno,
sobre todo si los dioses son diosas.

Se ha observado en más de una ocasión que ROMA es el anagrama de AMOR, con lo que parece destacarse el papel tan importante que juega la vida amorosa en esa ciudad, considerada como la intermediaria de la cultura griega y transmisora de la herencia esencial del mundo oriental, que nos llegan conservados por ella. Incluso hoy en día, en que Roma se ha con-

vertido en el centro de la religión católica y la cúpula de Miguel Angel domina toda la ciudad, como la dominó antaño el techo de oro del templo de Venus, encontramos en varios jardines y patios, en muchos tejados y fuentes, la imagen de Venus. La mayoría de ellas suelen ser simples variantes o imitaciones de la Venus capitolina. Pero también hay imágenes en cuclillas o agachadas, en postura a todas luces menos venerable pero, sin lugar a dudas, más humana.

Creo que no nos resulta nada difícil imaginarnos el culto a Venus desde un punto de vista puramente psicológico. Para ello, no tenemos más que tener en cuenta que los puntos de vista, en un principio contrapuestos, del cristianismo y del paganismo, fueron seguidos por un lento fusiónamiento, que culminó en una notable herencia del segundo.

Cuando el cristianismo venció sobre el paganismo, los cristianos no construyeron en seguida sus propias iglesias, y al principio se apropiaron de los templos paganos, sustituyendo sus dioses por la cruz.

Laureti ha conseguido plasmar plenamente ese proceso de transición en un precioso cuadro que adorna una de las estancias del Vaticano, en el que se ve un templo pagano, con las estatuas de los antiguos dioses derribadas por el suelo, mientras



*Estatua de la diosa Roma
en los jardines de la Villa
Medici de Roma*

que en su altar reina el crucifijo. (Las iglesias diseminadas en torno al foro, que también fueron construidas sobre los restos de templos antiguos, y particularmente la edificada sobre el templo de Antonino y de Faustina, nos muestran ese mismo camino de transición.) Y como consecuencia de ese lento fusionamiento siguió prevaleciendo el culto a las diosas antiguas, como el de la Gran Madre y el de la Diana de Efeso, incluso el de Venus, en la veneración de la madre de Dios. Encontramos en una de las estancias de Rafael, del Vaticano, y en uno de los frescos de Perugino, el maestro de Rafael, a la virgen María situada en el centro del firmamento, desde el que envía su gracia a la tierra, asistida por el Padre y el Hijo, que quedan emplazados a su derecha e izquierda, respectivamente.

Muchas costumbres paganas parecen haberse trasplantado al culto de María. Es costumbre llevar medallas con su imagen, se le encienden cirios para implorar su gracia, se le ruega que interceda por la curación de nuestras enfermedades, y se colocan ante su imagen una reproducción del miembro enfermo y gran número de exvotos, y también se le dedican las jaculatorias de los rosarios.

En este punto debo decir que las creencias de los antiguos eran muy similares, porque también mostraban esa extraña mezcla de fe y de superstición. Y ante ello pregunto: ¿Es posible que semejante mezcla de sentimientos sea aceptada por nuestro mundo científico-técnico, primordialmente ateo? Creo que, precisamente ahora, después de los resultados obtenidos por los estudios modernos sobre cuestiones sexuales, podemos afirmar que esa amalgama de fe y superstición sigue latente en cada uno de nosotros, igual que hace milenios. El lector de cualquier revista moderna, que acaba de ampliar sus conocimientos en un artículo sobre los avances más nuevos de la técnica y de la ciencia, busca dos minutos después la página del horóscopo, con el fin de enterarse de si tendrá más suerte en el trabajo o en el amor durante el transcurso de la próxima semana. Sí; incluso puede decirse que, en la mayoría de los casos, el horóscopo es lo primero que se lee en una revista, y muchas de ellas deben la mayor parte de su éxito a los horoscopistas complacientes.

Y, como es lógico, la reflexión más simple ha de llevar a la conclusión de que no existe ninguna predicción digna de crédito, si la profecía ha de aplicarse idéntica a miles de personas.

Al menos debemos reconocer que los antiguos se tomaban esas cosas mucho más en serio y, por lo tanto, las llevaban a efecto en forma más consciente, porque hacían estudiar los designios de los dioses por sacerdotes en el vuelo de las aves y a través de las vísceras de los animales sacrificados, para cada caso especial. Una predicción dirigida al menos a la décima parte de la población hubiera sido considerada irrisoria por los antiguos. Creo, en consecuencia, que debemos contar con la probabilidad de que la superstición haya aumentado en lugar de disminuir.

¿Acaso cada automovilista no se apresura a agenciarse una mascota, una vez efectuada la compra del coche? La mascota no es más que un amuleto, similar al usado por los antiguos, con la única diferencia de que ha variado de forma.

Diferencia entre los amuletos antiguos y los modernos

El tema me obliga a señalar desde ahora una diferencia muy grande entre los antiguos y los modernos. Los antiguos creían en la fuerza conjuradora del falo, por lo que anteponían su fuerza misteriosa, el falo como signo de vida, a las fuerzas que amenazaban a ésta. Veían en él el símbolo de la protección contra el mal de ojo, contra las enfermedades y las maldiciones, contra el cansancio y la muerte. Se ha encontrado en Pompeya una araña con tres imágenes fálicas. Amadeo Maiuri, que murió en abril de 1963, después de una actividad de 40 años como dirigente de una gran serie de excavaciones y como director del Museo Nacional de Nápoles, colocó esa araña en el punto central de la sala más frecuentada, por considerar que la pieza muestra, como ninguna otra obra de arte antigua, el significado exhortativo contra los espíritus, plasmado claramente en las rechazantes y extendidas diestras de las tres figuras fálicas.

Otra obra de arte de esta clase es la figura fálica que fue encontrada en Baden (Suiza) en el jardín de un médico romano. Nos muestra perfectamente una faceta más de los exorcismos antiguos, que jugaban con lo grotesco, lo obsceno, lo bizarro, lo caricaturesco, bases principales para desorientar al espíritu maligno, impidiéndole los efectos nocivos que pudiera ejercer sobre el hombre. Las figuras grotescas, dotadas de falos desproporcionados, tenían por lo tanto un efecto protector, y por eso se las colocaba a la cabecera de los lechos de los enfermos.

La gran cantidad de figuras fálicas conservadas nos muestran su gran difusión y general aceptación, porque fueron el objeto de las súplicas y de los deseos más dispares, con los que se entretenía la fantasía antigua.

Ludwig Gurlitt, Gaston Vorberg, Hans Licht y otros investigadores se han ocupado de estudiar el carácter antimaléfico de semejantes representaciones:

“Al juzgar lo obsceno de la antigüedad debemos pensar en su fuerza antimaléfica (“apotropaion”), que consiste fundamentalmente en deshacer el equilibrio anímico del enemigo amenazador, cosa que puede producirse de diferentes modos: a través de imágenes terroríficas, que despierten la repulsión o el susto; mediante el asco o a causa de una risa liberadora obtenida con representaciones caricaturescas de hombres y mujeres ancianos desnudos, de pigmeos, enanos, monos, personas contrahechas; también con exorcismos como el de escupir o con gestos vulgares o, finalmente, gracias al falo, el “dedo indecente” (*digitus infamis*) y la vulva femenina... De esa forma todo lo obsceno se convirtió en una fuente de vida y de salud bien recibida en todas las mansiones. Y éste es precisamente el motivo de que el falo quedase representado en los objetos de adorno, como lámparas y cuadros, y en los utensilios más variados, en herramientas y vasijas.”

“Nos encontramos con el falo en todos aquellos casos en que se desea evitar la desgracia y atraer la suerte. El falo desterraba la envidia. Podía ser encontrado en la puerta de entrada de una casa o en el dormitorio. En los jardines y en los campos debía proteger contra todo mal, en las encrucijadas, señalaba al caminante el camino adecuado, protegiéndole de las desgra-



Busto de Julia, hija de Tito



Busto de Sabina, esposa de Adriano (museo Vaticano, Roma)

cias que pudieran acecharle. Un falo adornaba el carro de triunfo del emperador. Los falos que se colgaban del cuello servían de amuleto como protección contra los malos espíritus. Eran llevados tanto por el niño como por la embarazada que deseaba tener un parto fácil. Las joyas fálicas se adornaban a veces con alas y campanillas. Y sólo cuando llegó la decadencia, el falo se convirtió en el símbolo del placer. Mientras que en los primeros tiempos las jóvenes desposadas ofrecían su virginidad al Hermes-Príapo, como muestra de sus devotas intenciones, más tarde el falo del dios sirvió de consolador a muchas mujeres viciosas... Los romanos mostraron predilección especial en adornar con escenas eróticas las lámparas, y la práctica hizo a los artistas muy duchos en combinar la parte superior de la lámpara y la abertura en la que debía verterse el aceite, en el conjunto del cuadro. Esas lámparas adornaron los lupanares de todo el mundo antiguo.”

“El falo aparece casi en todas partes: en las casas, en los portones, en las plazas públicas, e incluso, a veces, en proporciones colosales, en todos los utensilios de la vida cotidiana, como vasijas y lámparas, trajes y joyas, anillos, agujas... También se le llevaba solo y colgado de un asa; creían que podrían aumentar su poder si le daban, ocasionalmente, la forma de un animal dotado de garras o alas, o si se le colocaban cascabelles, puesto que el sonido del metal era muy efectivo contra los embrujos y los seres fantasmales de toda índole. De esa forma se comprende la costumbre de los amuletos fálicos, que los observadores modernos juzgan símbolo de toda indecencia cuando desconocen su significado.”

“Como el simple gesto sólo ofrecía una protección momentánea contra los peligros y las amenazas como el mal de ojo, los antiguos prefirieron ampararse bajo la protección perenne de los amuletos preparados para ahuyentar todas las amenazas y peligros, y para ello buscaron amuletos cuya forma, textura y poder mágico fuera definitivo, y eficaz contra toda clase de desgracias o maleficios. El gesto de *fica*, el reto al falo, se esculpía en marfil, piedra o metal, para ser llevado en torno al cuello o colgando del cinturón, al igual que se portaban las imágenes de los dioses, las representaciones de animales, las perlas coloreadas, etc. El falo no era sólo el protector de la per-

sona física, y por lo tanto mascota de todos aquellos que debían poner en juego su vida, como soldados y gladiadores, sino que también se usaba para que velase por la integridad de los bienes muebles o inmuebles. Las patas de las mesas del triclinio tenían la forma de un ser humano, generalmente hermafrodita, que ponía al descubierto uno de sus sexos, y muchas patas de mesa estaban formadas como genios fálicos, que debían velar para que las viandas que se colocaban sobre ellas estuvieran en buenas condiciones. Esa decoración "obscena" extendía su protección sobre toda la casa, y se repetía y se multiplicaba el "apotropaion" en el interior, donde aparecía pintado, esculpido en el mismo muro o en relieve. Muchas veces se colocaba, para hacer guardia, en la puerta de entrada de la casa. Se conocen una gran cantidad de ciudades italianas, cuyas murallas tenían esculpidos falos profilácticos; costumbre aceptada también en África y en otras provincias del imperio romano, por lo que no cabe duda de que el falo fue considerado como un amuleto benefactor que extendía su influjo sobre los individuos o sobre toda la sociedad."

Los más eruditos conocedores de las costumbres antiguas afirman que las representaciones eróticas tenían el significado de una magia protectora. Cuando Licht dice: "que los amuletos fálicos son considerados por los observadores modernos que no conocen su significado oculto como la encarnación de todo lo obsceno", debemos sacar la conclusión lógica de que el conocimiento de su significado implícito debería hacer que los observadores modernos prescindiesen de su obscenidad.

El Prof. Zschietschmann también dice al respecto:

"Nunca he sentido escrúpulos de proyectar durante mis conferencias imágenes de este tipo, y siempre me he negado a ver, por ejemplo en las pinturas murales de la tumba de los Tori en Tarquinia, un contenido obsceno o de designarlo así, porque ¿cómo podía caer en pensamientos obscenos un hombre de la antigüedad, con la muerte, los genios, los dioses de la muerte a la vista?"

Cuando observamos representaciones fálicas debemos tener en cuenta que el arte romano no sólo tenía reminiscencias griegas, sino que también se cimentaba en algunas tradiciones etruscas. Los etruscos no se limitaron a plasmar las representacio-

nes fálicas en las tumbas, sino que también las utilizaron en los utensilios más corrientes. Esas representaciones, a veces, también se mezclan con otras muchas como simples elementos naturales, como expresión de la vida amorosa en la naturaleza, plasmando en todo momento la gracia estética y el gusto elegante que define la mayoría de las obras de arte antiguas.

El hermafrodita escamoteado en las historias del arte

Si comparamos los ejemplos de la cultura antigua con los de nuestro mundo occidental, nos enfrentaremos con una figura cuya representación ha desaparecido totalmente de nuestro mundo; me refiero al hermafrodita.

Un poema de Cristodoro, dice: "También se podía ver un hermafrodita, hermoso / mitad hombre y mitad mujer, maravillosos ambos / ...poseía en sí los encantos de ambos sexos."

Según una leyenda de Ovidio, Hermafrodito fue un bello mancebo, del que se enamoró la ninfa Salmakis con tanto apasionamiento que quiso fusionarse con él en un solo ser, gracia que le fue concedida por los dioses. El agua de la fuente confiada a Salmakis tuvo a partir de entonces la fuerza mágica de convertir en bisexuales a otros seres.

El nombre de esa imagen fusiona los elementos de Hermes y Afrodita, lo que nos obliga a recordar que precisamente los Hermes protectores representados en todas partes, eran fálicos. Por eso podemos comprender la razón de que la mayoría de las veces el hermafrodita nos es representado con el miembro erecto. Gran cantidad de imágenes y de cuadros de esa clase han llegado hasta nosotros, pero en general se nos escamotean en la mayoría de las historias del arte.

La mayoría de las personas que oyen hablar por primera vez de un hermafrodita lo consideran un ser legendario comparable a los centauros, que combinan el torso de un hombre con el cuerpo inferior de un caballo, o con las sirenas, que fusionaban su estructura de mujer con la de un pez. Otros verán en el hermafrodita una imaginación puramente artística, en la que, como dice Jacob Burckhardt, "se fijaba en el hermafrodita la

unión de ambos sexos en una sola figura, como si pretendiesen que la belleza quedase reduplicada”.

Muchos comentaristas compartirán el escepticismo de Burckhardt, que opinaba que: “no podemos negar que se han hecho los imposibles para plasmar el mayor encanto de los sentidos en la bisexualidad de esos seres, lo que no impide que el hermafrodita continúe siendo un ente extraño, parte de un mundo abstracto”.

Esas especulaciones estéticas necesitan una rectificación, puesto que la medicina moderna no sólo ha reconocido la existencia de seres hermafroditas, sino que asegura que en el hombre existe una bisexualidad latente. Los estudios de Magnus Hirschfeld (igual que los de Ludwig Moszkowicz publicados en la misma época), condujeron a la teoría de la sexualidad intermedia, que en más de un caso permitió la corrección de una errónea determinación del sexo en varias personas.

Hirschfeld ha publicado durante varios años estudios sobre ese mismo tema, recogiénolos luego en sus “Anales de las fases sexuales intermedias”, e incluso nos ha dejado referencias de un caso de auténtico hermafroditismo.

Los estudios hormonales han ampliado nuestros conocimientos, dándonos a conocer, por ejemplo, que si un hombre ingiere una determinada dosis de hormonas femeninas, puede producirse artificialmente un carcinoma de las glándulas mamarias. “Un proceso semejante no es comprensible sin una latente bisexualidad”, nos informa B. Breitner.

No cabe duda de que tanto los griegos como los romanos antiguos observaron la vida con muchos menos prejuicios que nosotros, incluyendo lo que se refiere al ámbito sexual, por lo que llegaron a la conclusión de que la representación de un ser bisexuado no era monstruoso y también podía ofrecer un placer estético.

Las opiniones más difusas que los antiguos tenían sobre el amor nos hacen comprender que la pederastia tan ensalzada en sus consecuencias espirituales por Platón en su “Banquete” también fuese aceptada por la sociedad romana, y que incluso fuera objeto de predilección a medida que se iban imponiendo las costumbres helénicas, aunque nunca llegara a ocupar el lugar de preferencia que le dieron los griegos.

Tanto en los baños como en los burdeles, se presentaba a los clientes una bella selección de muchachos y muchachas, y por eso no es de extrañar que en una sociedad semejante un homosexual llegase a ostentar los cargos más elevados. Puede que el gran emperador Adriano fuese homosexual, y su amor por el



*Hermafrodita Giustini-
niani; museo Torlonia,
Roma*

bello Antinoo nos ha llegado a través de los siglos. Adriano mandó esculpir muchas estatuas de ese joven, después de su prematura muerte, que fueron colocadas en los templos, desde donde llegaron a nosotros.

Otto Kiefer nos informa en "Historia cultural de Roma", sobre el motivo idealista que llevó a Adriano a venerar a su predilecto. Kiefer está firmemente convencido de que precisamente los autores antiguos fabricaron las habladurías que despertaron esas relaciones, y menciona el ciclo de poesías "Maximin", de Stefan George, en las que cree poder ver la aclaración poética de esa amistad.

Kiefer dice acerca de estos poemas:

"No tengo ninguna duda de que ese pasaje fue escrito con la idea de que Adriano creó un lugar entre las estrellas para su amado." En ese caso, el emperador hubiera seguido una antigua tradición griega, porque los helenos acostumbraban situar en algún lugar del firmamento a muchos de sus héroes. "Esos héroes que hicieron grandes hazañas en la tierra —por ser humanos— y pasaron por mil vicisitudes, no eran deidades, pero fueron endiosados por los hombres, que se acuerdan de ellos cuando miran al cielo, evocándolos en recuerdo de sus hazañas y de sus sufrimientos (W. Schadewaldt)."

Al igual que los griegos situaron en el cielo a Orión, Perseo, Hércules y los Dióscuros, Adriano llevó al firmamento a su amado Antinoo, pero también exigió que se le rindiera pleitesía en la tierra.

Kiefer sigue escribiendo: "Sólo podremos comprender a Adriano y Antinoo remontándonos a lo extraterrenal y prescindiendo de cualquier clase de murmuración. Antinoo murió muy joven, en pleno florecimiento de su belleza, por lo que no cabe duda de que tenía ante él una vida llena de ilusiones. Su destino, cuyas particularidades desconocemos, y que no tenemos ninguna necesidad de conocer, es suficiente para hacernos comprender que la leyenda ha tejido sus hilos en torno a esa historia de amor. La profundidad de ese amor y la mística, fusionada con el helenismo, de un emperador tan inteligente, nos permiten comprender por qué fundó la ciudad de Antinópolis en el mismo lugar en donde murió Antinoo y que elevase a la categoría de dios protector de la ciudad a su amigo muerto.

Con esa veneración Antinoo se convierte en Osiris, el joven dios de los egipcios, y se fusiona con el Dionisio de los griegos en todos los lugares en donde se le rindió pleitesía. Eso explica que se alzarán muchas estatuas suyas en todas las ciudades que llegaron a dedicarle culto, lo que, a su vez, ha permitido que actualmente podamos verlas en muchos de nuestros museos. Podemos comprender el culto a Antinoo, imitación del de Ado-



“Apolo con lira” de rasgos muy femeninos; Pompeya

nis (según muchos investigadores también del de Cristo), desde que los franceses excavaron la ciudad que lleva su nombre, encontrando en ella algunas momias de sacerdotes que nos probaron la existencia de ese extraño culto que puede ser definido como un misterio en torno a la pasión de Antinoo, con fechas anuales de conmemoración y cuya muerte y resurrección fue representada mediante procesiones y marionetas.”

Los gobiernos de los diferentes emperadores hacían variar la medida de lo permitido, y lo que estaba permitido bajo el reinado de un César era prohibido por su inmediato sucesor.

Ese cambio lleva a Marcial a elogiar a Domiciano (con una gran dosis de malicia), por volver a implantar unas normas muy severas:

A ti, ante el que se ha doblegado toda Germania.
A ti, príncipe severísimo, te agradece la ciudad
Que vuelva a haber hombres, cunas ocupadas.
Ningún muchacho será mutilado por el comerciante
ni llorará su virilidad perdida
Ninguna madre de costumbres corrompidas
se atreverá a prostituir a sus hijas.
Gracias a ti, las ciudades del vicio son más castas
que los lechos nupciales de antaño...

Nunca podremos llegar a conocer con exactitud la dosis de veracidad que pueda haber en los escritos de los autores antiguos sobre temas sexuales, ni las insidias políticas que insinuaban.

El matrimonio en la Roma antigua

Si estudiamos más profundamente el matrimonio y la prostitución romanos, veremos que las costumbres en la Roma republicana fueron muy severas, puesto que exigían la virginidad de las muchachas y la fidelidad en las mujeres casadas; era tradicional el matrimonio monógamo y las costumbres sólo se relajaron influenciadas por el helenismo. Muchos romanos lucharon en contra de la influencia griega: Catón hacía lo in-

decible para que una embajada griega regresara a su punto de origen lo antes posible; Plutarco lo cita: "Hay que tomar una decisión cuanto antes y comunicar la resolución a los embajadores, para que vuelvan a sus escuelas y enseñen a los hijos de los griegos, pero los jóvenes romanos sólo obedezcan, como antes, a las leyes y a la superioridad."

Y Plutarco también nos informa de que Catón se jactaba de rechazar la cultura griega. Incluso hace mención a cierta profecía de Catón, de que los romanos perderían su poderío si se dejaran contagiar del amor por la ciencia de los griegos. Como es de suponer, Plutarco, al ser griego, protege todo lo helénico, por lo que afirma con sarcasmo: "Pero el tiempo acreditó de vana esta difamación, pues que luego creció la prosperidad de la república, y admitió benignamente las ciencias y toda especie de enseñanza griega."

Josef Müller cree que cuanto más nos remontamos en la historia, más severas hallamos las normas sobre el matrimonio: "El primer divorcio que conocemos fue el de Spurio Carvilio —en el año 233 a. de J. C.—. Es sensacional que se concediera un divorcio en tiempos tan tardíos, lo que debe significar que fueron rarísimos."

El concubinato no fue reconocido hasta la época imperial, a través de la *lex Julia* y la *lex Popea*. En un principio, la mujer romana estaba privada de toda independencia y el marido podía decidir sobre su vida y su muerte. El hecho de que esas reglas bárbaras fuesen recordadas con nostalgia por ciertos escritores, desacredita a esos moralistas ante nuestros ojos.

El respeto a la castidad femenina era ley incluso en la guerra y en las conquistas de las ciudades. Cuando la esposa del rey de los ilergetes cayó en manos de Escipión y suplicó a éste por su pureza y la de sus hijas, Escipión le respondió:

"Aunque sólo fuera por mi conciencia, y por la tradición bélica de los romanos, haría lo indecible para no mancillar lo que puede ser considerado como sagrado, por lo que aceptaré como un deber más que vuestra virtud y vuestra dignidad también sean respetadas en la desgracia."

Terminada la segunda guerra púnica, que abrió a Roma la puerta de la supremacía mundial, se derogó la *lex Oppia*, que prohibía a las mujeres el vestir ropas costosas y lucir joyas de

oro que pesasen más de una onza. La Venus ericínica tuvo su primer templo sobre el Capitolio en el año 215.

La segunda poesía del primer libro de las "Sátiras", de Horacio, nos prueba que los romanos consideraban el matrimonio como una institución sagrada. El poeta aconseja a los hombres no buscar sus placeres en el adulterio. Incluso da ejemplos sobre el peligroso tema:

Vilio, amante de Fausta, se considera yerno de Sila,
Necio, cegado por el nombre. Tuvo que pagarlo caro.
Puños lo paralizaron, y cuchillos amenazaron su vida.

Horacio nos ofrece a continuación los sufrimientos que esperan a los hombres ávidos de amor:

¡Ahórrate el arrepentimiento! ¡Deja en paz a las mujeres!
¡Cosecharás más torturas que dulces frutos saboreaste!

La importancia de la prostitución

El romano culto veía en la prostitución el medio más eficaz para proteger el sagrado matrimonio; idea plenamente compartida durante todo el siglo XIX y que siguió subsistiendo hasta que la emancipación femenina de nuestra época abolió la prostitución oficial en la mayor parte de los países europeos, facilitando la prostitución secreta.

En la segunda poesía del primer libro de las "Sátiras", Horacio describe las grandes ventajas que ofrece el amor en la prostitución, compensación de los peligros que trae consigo el adulterio. El enamorado no tiene que aguardar semanas enteras para ser recompensado con la entrega de las prostitutas, puesto que alcanza en seguida la meta. El poeta nos confiesa su predilección personal:

La Venus fácil, es la que amo.

Horacio nos dice que vemos a la esposa velada, cosa que no ocurre con las prostitutas:

Las otras no ponen ninguna traba:
Puedes verlas cubiertas de trajes transparentes
Que no ocultan ningún defecto.
Mide su talle con la mirada.
¿O acaso prefieres que te estafe y acepte tu dinero,
antes de exponer a la vista la mercancía?

Horacio también nos señala las posibilidades de los romanos no limitadas a los burdeles, puesto que encontraban un amor barato y carente de peligros, entre las sirvientas y las esclavas.

Quando los deseos no te dejan un minuto de reposo
y la esclava o la sirvienta se te ofrece complaciente...
¿Prefieres que te corroan las ansias del placer insatisfecho?

También nos describe Horacio las placenteras horas de amor pasadas entre los brazos de una complaciente sierva de Venus:

Desgrano a placer los nombres lisonjeros
y no temo, en medio del delirio,
que llegue el marido y haga saltar la cerradura...

Hans Licht nos ofrece algunos comentarios sobre los burdeles, en su libro "Historia de las costumbres de Grecia":

"Todavía hoy podemos visitar una casa de placer greco-romana. Todo aquel que conozca bien Pompeya sabrá a lo que me refiero: en el reg. IV, ins. 12, n.º 18, en la esquina del *Vicolo del balcone pensile*, se encuentra la casa *il lupanare*, en la que se desfogaba la juventud pompeyana, lo que nos recuerdan los murales y las inscripciones obscenas encontradas en sus paredes. Lo que más llama la atención es la entrada especial que conduce directamente desde la calle al segundo piso, circundado por una galería, *pegula*. Los burdeles de los romanos (*lupanaria* o *fornices*) son llamados pestilentes por Horacio y por el autor de las "Poesías priápicas", por las que comprendemos la observación de Séneca sobre el olor que impregna a los visitantes de estos lugares, que lo llevan consigo al abandonarlos, hecho aprovechado por Juvenal en sus acerbos sátiras, al mencionar en ellas las andanzas de la emperatriz

Mesalina por semejantes antros del placer. Como es de suponer, cada burdel contaba con un cierto número de estancias conocidas con el nombre de *cellae* (celdas); cada una de ellas tenía escrito el nombre de la muchacha que la ocupaba, y es posible que incluso figurase el precio que debía pagarse. Los escritores también mencionan las diversas colchas (*lodices, lodiculae*) que se extendían sobre la cama o en el suelo, y como es de suponer, la lámpara (*lucerna*) no faltaba en ninguna de ellas. El precio debía pagarse a las prostitutas por adelantado, cosa comprobada en algunos pasajes de los escritos de Juvenal. Persio nos informa de que las ramera también eran conocidas con el nombre de *nonariae*, porque las casas no podían abrirse antes de la hora nona (las cuatro de la tarde) con el fin de “no distraer a la juventud de sus deberes”. Las ramera solían sentarse ante las puertas de los lupanares para atraer a los pasantes, lo que motivó que también fueran conocidas con el nombre de *prostibulae* o *prosedae*; la primera palabra se deriva de *prostare*, de la que nace el vocablo prostitución. Los escritores también mencionan otro nombre: *diabolariae*, aplicable a las prostitutas más baratas, que se entregaban a los clientes sólo por “dos sestercios”. Puesto que estamos acostumbrados, desde un punto de vista etimológico, a conocer al demonio bajo el nombre de diablo, encontramos en ese vocablo una relación entre las damiselas que sólo valían “dos sestercios”, y el demonio que tampoco vale más, idea que nos permite perdernos en toda clase de elucubraciones filosóficas. Cuando una muchacha era visitada en su celda, cerraba la puerta después de haber colgado previamente un cartel: “ocupada”. Los burdeles se cerraban a una determinada hora de la mañana, según nos afirma Juvenal. Supondríamos que todas las paredes estuvieran decoradas con pinturas obscenas aun cuando los descubrimientos hechos en Pompeya no nos lo demostraran explícitamente.”

Licht tiene razón: gracias a las excavaciones efectuadas en Pompeya, podemos hacernos una idea exacta sobre la vida en los burdeles del mundo antiguo. Los de Pompeya, al menos, estaban decorados con tanto lujo, que nos permiten suponer —puesto que Pompeya no fue más que una ciudad provinciana y centro de vacaciones— que los romanos

debieron sobrepasarlos en cuanto a magnificencia. Las salas dedicadas a trabar conocimiento previo, estaban adornadas con profusión de estatuas obscenas y la demostración de las posturas más variadas en los frescos que engalanaban las paredes de todas las habitaciones. ¡Y muchas de ellas, verdaderamente con un gusto exquisito!

Aparte de la casa del reg. IV, descrita por Licht, también existió la elegante *Casa dei Vetti*, en el barrio VI, considerada por algunos burdel de lujo, y en la reg. VII la “Calleja de los lupanares”, en donde se encontraban los negocios más baratos de esta índole. La casa de los hermanos Vetti, libertos que consiguieron enriquecerse, estaba lujosamente decorada y tenía varios aposentos reservados a los huéspedes, en donde éstos podían retirarse en compañía de sus amigos y amigas.

En cuanto a las estatuas y a los frescos, el valor artístico de esas representaciones no desmerecen en absoluto los otros frescos de esa misma época —como el famoso de la villa de los Misterios de Pompeya—. Pese a sus características eróticas, tanto su estilo como la composición y el colorido, los hacen dignos de engrosar las obras artísticas expuestas en el museo nacional de Nápoles, tal vez la única ciudad del mundo actual que cuenta con tan vasta colección de pinturas romanas. El que no conozca esos cuadros no está en disposición de juzgar la pintura romana, porque desconocerá su carácter y sus particularidades, motivos que indujeron al profesor Maiuri a colocar algunas en las salas abiertas (la mayor parte de esas obras están expuestas en el *gabinetto segreto*).

También es posible que los hoteles, las tabernas y los baños ofreciesen infinidad de oportunidades para entablar relaciones sexuales, que no quedaban limitadas a los burdeles. Cuando el hostelero preguntaba a los viajeros: “con” o “sin”, (costumbre que seguía imperando en el Budapest de principios del siglo actual), no se refería a “con” o “sin” baño, sino a “con” o “sin” muchacha. Frederik Poulsen menciona una inscripción bajo la imagen de un viajero, situado entre las de una muchacha y un mulo. La inscripción, un fino diálogo, comienza con las siguientes palabras:

“Copo, computemus” (expresión que corresponde a: ¡camarero, la nota!). Y seguía la cuenta:

Vino, una sexta parte de un as (una miseria); otras indicaciones son: pan, un as; comida (carne y verdura), dos ases. El huésped añade: *convenit* (de acuerdo). Y a continuación sigue la cuenta más elevada: *puella* —una muchacha— ocho ases. Seis pesetas no son muchas para una noche alegre, y sigue siendo menos que el jornal de un trabajador; con lo que entendemos la contestación del huésped: *et hoc convenit* (también de acuerdo). Pero sigue un párrafo: *foenum mulo A. II*: heno para el mulo, dos ases. Deducimos que la comida del mulo era tan cara como la del huésped. Y este escribe en la pared, ya fuera de sí: *Iste mulus me ad factum dabit*. Factum quiere decir en ese párrafo la prensa del aceite, o la explotación de los trabajos campestres. Por lo que la frase podría significar: este mulo me arruinará, obligándome a trabajar como un simple jornalero.

Las tabernas también tenían un piso superior, cuyas habitaciones estaban destinadas a los huéspedes que deseaban pasar algunas horas en compañía de una muchacha.

Y finalmente los diversos baños (verdaderos palacios sobre los que podemos formarnos una idea por las ruinas de las termas de Diocleciano y de Caracala también ofrecían ilimitadas posibilidades para dar rienda suelta a las relaciones sexuales, porque bajo la regencia de los diversos emperadores, fue costumbre que los hombres y las mujeres se bañasen juntos, aunque si bien los hombres lo hacían desnudos, las mujeres llevaban un taparrabos.

Algunos emperadores más severos, como Adriano, Marco Aurelio y Alejandro Severo, prohibieron los baños mixtos, pero otros como Heliogábalo volvieron a permitirlos.

La mayoría de los burdeles se encontraban en las cercanías de los puertos y las guarniciones militares, igual que en la actualidad.

Vuelvo a mencionar la ciudad de Pompeya, para observar que según prueban las excavaciones efectuadas durante los últimos treinta años en la *Via dell'Abbondanza* los habitantes de la ciudad no se limitaban a divertirse en los lupanares, puesto que los barrios comerciales contaban también con infinidad de cafés y de casas de citas, en donde todo el mundo podía expansionarse a sus anchas.

Amadeo Maiuri escribe:

“Podemos imaginarnos la vida que animaba esas calles, al ver el termopolio de Aselina, porque encontramos en ellas una representación de las diversas ánforas y jarras en las que se servían bebidas frías o calientes. Una olla de bronce, herméticamente cerrada al despertar el volcán, todavía contenía un resto de líquido cuando fue descubierta. Los huéspedes que pasaban varias horas en el termopolio no sólo podían obtener bebidas calientes o frías, puesto que los múltiples rincones y sus aposentos superiores parecen indicar que tanto los termopolios como la Caupona fueron una parte de grandes establecimientos en donde uno podía divertirse y llegar a los escarceos más íntimos. Los nombres femeninos inscritos sobre las paredes exteriores del barrio, nos muestran la clase de mujeres que eran... Entre ellos encontramos nombres y apodos de origen griego, oriental o judío, con lo que queda demostrado que las interesadas, que practicaban la profesión más antigua del mundo, procedían de todas partes.”

Debemos repetir una y otra vez: lo que pudo encontrarse en una ciudad de provincias como Pompeya, debió estar cuadruplicado en Roma, capital del imperio.

La cifra de los lupanares en Roma debió ser astronómica. Los más corrientes se amontonaban junto al Esquilino, en los barrios V y XI, mientras que el barrio IV absorbía los establecimientos más lujosos de esa índole.

No debemos pasar por alto que la prostitución ya estaba reglamentada en Roma al igual que en Grecia desde la época de Solón. Se conocían dos clases de prostitutas: las que vivían en los lupanares, y las independientes. Pero lo que más llama nuestra atención es que las rameras (ni siquiera las que actuaban libremente) no podían vestirse del mismo modo que las mujeres decentes.

Para entender esa norma es indispensable que tengamos en cuenta el severo uniforme de un estado dividido en clases sociales, en el que cada ciudadano mostraba su categoría social según sus vestiduras.

La prohibición que impedía a las rameras vestirse como las mujeres decentes, quedaba fijada en tres particularidades: no se velaban, llevaban faldas cortas y no se calzaban.

El lupanar era regentado por un dueño o dueña, que en muchísimos casos trabajaba a las órdenes de un rico propietario. Incluso varios emperadores no tuvieron inconveniente en enriquecerse mediante burdeles elegantes.

Licht opina, en su estudio sobre los burdeles de Pompeya, que los visitantes pagaban directamente a las chicas, cosa comprensible en los establecimientos de poca monta. Pero en los establecimientos de mayor envergadura, el visitante estaba obligado a pagar en la caja, una vez escogida la muchacha que le complacía. En el caso de que su "Aselina" habitase en la celda IX, obtenía una moneda con el número IX, que le permitía ocupar la celda IX, inquilina incluida.

También se ha encontrado gran cantidad de esas monedas o chapas, que adornadas con imágenes obscenas, no desdicen en nada el arte demostrado en las monedas corrientes. La mayor parte de esas monedas fueron acuñadas porque los emperadores se obstinaron en que en los lupanares se pagara con monedas con su efigie. Pese a ello un emperador, Domiciano, hizo repartir esas monedas en el circo después de su victoria sobre los sámatas. Gran parte de las descripciones conservadas en la literatura nos prueban que los burdeles estaban vigilados por la policía, y los dueños o dueñas de los lupanares vivían en un constante temor ante los ediles y sus lictores. Los registros de la policía tenían por objeto comprobar si los burdeles eran visitados por alguna muchacha no inscrita en ellos, o por alguna patricia casada. Los castigos impuestos por semejante falta a los encargados de los burdeles solían ser muy severos, e incluían los latigazos; es comprensible, por tanto, que los regentes de dichos establecimientos viviesen en un temor constante. En los últimos años del imperio, el estado entabló negociaciones con las dueñas de los burdeles, con el resultado de que algunos huéspedes eran detenidos en ellos, para luego ser transportados a las canteras o a las fábricas. Muchos hombres desaparecieron de noche y sin dejar huella; cosa parecida a lo que sucedía en los tiempos hitlerianos.

Debemos volver a repetir lo que ya dijimos con respecto a las excavaciones efectuadas en Pompeya, que los lupanares sólo fueron una mínima parte del vastísimo campo apto para entablar relaciones sexuales.



Sátiro con puñal y culebra (colección de antigüedades, Munich)



Demonio fálico. Al bronce original griego se han añadido elementos romanos (museo de Baden, Suiza)

Hans Licht nos informa sobre ciertos giros lingüísticos, en sus estudios sobre la prostitución romana, que nos demuestran lo que significa realmente la palabra prostitución. Al igual que la palabra palacio, o *palatium*, (la colina palatina, lugar en donde se encontraban los edificios más bellos de Roma) se emplea para definir una construcción de grandes dimensiones, la palabra lupanar se remonta a la palabra lupa = loba. Creo que ese origen nos define ciertas particularidades del carácter de esas muchachas, pero tampoco debemos olvidar que la loba fue muy honrada en Roma, y una loba fue la nodriza de Rómulo y Remo, según una leyenda histórica.

Si echamos un vistazo a las innumerables instalaciones de la Roma antigua que ofrecían posibilidades para la iniciación de las relaciones sexuales, no deberemos pasar por alto las tan conocidas termas.

Los romanos consiguieron en ese ámbito algo que raya en los límites de la irrealidad. Todavía podemos admirar la magnificencia de semejantes construcciones en las termas de Diocleciano y de Caracala, donde se dan representaciones estivales. Y... ¡sólo he mencionado dos instalaciones de las muchas que existieron en la Roma antigua!

Un historiador antiguo incluso nos da su cifra: 950...

La nación más limpia del mundo

Comencemos por analizar el aspecto puramente higiénico de los baños públicos, y nos asombraremos de la infinidad de posibilidades que se ofrecían: vapores fríos o calientes, baños, también fríos o calientes, piscinas, etc... Finlandia se muestra particularmente orgullosa de sus saunas, e incluso existe un proverbio finlandés que dice que el que no pueda ser ayudado por el alcohol o la sauna, está irremisiblemente perdido. Pero lo que puede ofrecernos la Finlandia actual, pese a sus grandes adelantos al respecto, no es más que un palidísimo reflejo de lo que pudo encontrarse en la Roma antigua.

La terapéutica de baños fue muy recomendada por los médicos, y el galeno personal de Augusto incluso intentó curar el tifus del monarca mediante baños de agua fría.

Las instalaciones de baños desempeñaron un papel de gran importancia en el mundo antiguo, y todos aquellos lugares en que los romanos fundaron nuevas ciudades, se construían, inmediatamente, las correspondientes vías, templos, teatros, circos, con las inevitables termas.

¡Y con qué profusión de lujo decoraron éstas!

“Sus fachadas estaban consteladas de estatuas y columnas de mármol. Anchísimos patios y bellísimos atrios recibían a los visitantes. Bancos de porfirita encarnada se adosaban a las paredes cubiertas de frescos. Y todos los pavimentos reproducían bellísimos diseños. Las magníficas estancias se ofrecían en alineada sucesión, con puertas de las mejores maderas, adornadas de madreperlas y piedras semipreciosas, y franqueadas por imponentes pilares de bronce. No faltaban los vestuarios, los gabinetes dotados de pequeñas bañeras, las salas de masaje, los baños turcos, así como las piscinas de todos los tamaños, las duchas, fuentes, salas de espera, barberías, separados, y todo lo que pueda imaginar la más loca de las fantasías, para hacer lo más placentera posible la estancia en uno de esos palacios, combinando magistralmente el deleite físico con el de la estética más pura.”

En un principio, los hombres y las mujeres tenían baños separados, cosa comprobada en las excavaciones de Pompeya y Herculano. Pero a medida que fue transcurriendo el tiempo, se hizo más frecuente el baño en común. Creo que podemos imaginarnos semejante evolución, trazando un paralelismo entre los baños romanos y nuestras playas actuales, porque antaño también se separaban los componentes de sexos opuestos en todos los baños y playas.

Al igual que ha desaparecido en nuestras playas la cerca que separaba a los hombres de las mujeres, también desapareció en los baños públicos y termas de la antigua Roma, con el correr del tiempo, la separación de los sexos. En esas inmensas instalaciones, en que miles de hombres se bañaban desnudos, aparecían aquí y allá muchachas y mujeres sólo cubiertas por pequeños taparrabos. Consecuencia: se originó un culto a la “noble desnudez”, y los atletas disfrutaron entre las féminas de un atractivo parecido al de las estrellas cinematográficas en nuestros días. Los vencedores de las competiciones deportivas

fueron casi divinizados en gigantescas estatuas de oro, una de las cuales todavía puede ser admirada en el museo vaticano. Algunos emperadores como Adriano prohibieron los baños mixtos, porque las termas iban perdiendo sus cualidades puramente higiénicas para convertirse en lugares de excesos. Y Justiniano decidió que la mujer casada que se bañaba en compañía de un hombre que no fuera su marido, daba motivo para el divorcio. Pero otros césares levantaron la prohibición de los baños en común.

Además de los baños públicos existían los privados, aunque no tantos como en nuestros días. La mayor parte de los emperadores se hicieron construir magníficas instalaciones de baños, de las que nos han quedado las ruinas de la "casa dorada" de Nerón y del "Nínfeo" de Nerón, bastante bien conservado, con su gruta de hiedra, su saltarina fuente y sus múltiples juegos de agua.

En la villa de Livia, sobre el Capitolio, se encontraron tuberías de vapor con marcas de fabricación antigua.

La vida romana, en general, ofrecía infinidad de posibilidades para las relaciones sexuales. Había los banquetes, en los que se ofrecía gran cantidad de manjares y el vino corría a raudales. Entre las diversas pausas de esas comidas que acostumbraban a durar tardes y noches enteras, se presentaban artistas y acróbatas para entretener a los invitados, y sus actuaciones tenían una gran dosis de insinuaciones eróticas.

En la obra más conocida de Petronio, "El banquete de Trimalción", Fortunata, la amiga de Trimalción, sufre una crisis nerviosa porque éste besa apasionadamente a un bello mancebo. La riña, en que corren los más vulgares insultos, apenas puede ser sofocada por los asistentes al festejo.

También debemos añadir que la esclavitud ofrecía un sinnúmero de oportunidades para las relaciones sexuales. No podemos negar que muchos hombres actuales se aprovechan de sus secretarías, aunque la corrupción está castigada por la ley, con el resultado de que nuestras mujeres saben sacar buen provecho de ello, obligando a contraer matrimonio al hombre que las seduce, o exigiéndole un precio "decente". Pero tanto los esclavos como las esclavas de Roma pertenecían por completo a sus señores, y sólo podían alcanzar su libertad complaciéndoles en

todo. Trimalción, antiguo esclavo, convertido en millonario una vez obtenida su libertad, organizador del banquete descrito por Petronio, confiesa bajo los efectos del alcohol: "Fui durante catorce años el amante mancebo de mi señor. ¿Por qué no confesarlo? Uno no puede avergonzarse de lo que le obliga a hacer su amo. Pero también contenté a la señora. Comprendedme, no diré más; no deseo jactarme."

¿Existieron ya las enfermedades venéreas?

Para terminar vamos a plantearnos la pregunta de si en Roma ya existieron las enfermedades venéreas, o si aparecieron posteriormente. Goethe compartía la segunda opinión, por lo que alabó el amor antiguo, carente de temor ante las mismas:

Es espantoso temer en los senderos del amor

Las serpientes y el veneno ocultos bajo las rosas del placer.

Los escritores antiguos mencionan, a veces, enfermedades en las partes sexuales, y entre la colección de instrumentos médicos encontrados en las excavaciones, no falta aquella horrible sonda que debía aliviar a todos los que padecían anomalías en el aparato urinario. En varios casos se habla incluso de la aparición de gusanos. El apóstol san Lucas nos informa de ciertos detalles sobre Herodes, en los "Hechos de los Apóstoles":

"Pero inmediatamente le hirió el Angel del Señor porque no había dado la gloria a Dios; y convertido en pasto de gusanos, expiró."

La enfermedad de Herodes también nos la comenta Josefo en sus "Antiquitates":

"Mientras los enviados... se apresuraban a alcanzar Roma, el rey fue abatido por una enfermedad... Como a su avanzada edad de setenta años no podía esperar la curación, cayó en una inmensa amargura... Tanto los pies como el bajo vientre estaban hinchados por un extraño líquido, y en sus órganos sexuales surgió un tumor putrefacto, que criaba gusanos."

La mayoría de los autores modernos que estudian la enfermedad de Herodes, confunden a Herodes el Grande (73-74 an-

tes de J. C.) con Herodes Agrippa, que gobernó desde el año 41 hasta el 44 después de Jesucristo. No obstante Buhac opina que el cuadro clínico diagnostica un carcinoma de páncreas, por lo que queda descartada la posibilidad de que sufriera una enfermedad venérea. De ser así, los edemas de los testículos y de los pies fueron síntomas secundarios, y la aparición de gusanos se debió a falta de higiene y a una consecuencia del clima.

Por lo tanto, nada prueba que el paciente padeciese sífilis, y debe tenerse en cuenta la avanzada edad del enfermo. El cuadro clínico que Eusebio nos da del emperador Galerio Maximiano, tampoco parece referirse a la sífilis. Nos dice que “se originó un absceso del que salió gran cantidad de gusanos y se percibía un vaho pestilente”.

La mayoría de los investigadores que se han preguntado si se dieron casos de sífilis en la antigüedad, tienden hacia el punto de vista (como nos informa Hopfener) de que esa enfermedad no apareció en Europa hasta el año 1493 en que fue trasplantada a España desde América por los hombres de Colón. Nos ha sido probada la existencia de la sífilis terciaria en Perú por antiguas representaciones plásticas.

La contestación a esa pregunta queda entorpecida por el hecho de que ni los romanos ni los griegos antiguos relacionaban la sífilis terciaria con un efecto primario, remontando muchos años atrás. Es posible que apenas se dieran cuenta de las ligeras afecciones debidas a los estados primario y secundario, en el caso de que se produjeran.

Rosenbaum nos informa de que los escritores antiguos sólo hacían referencia a las enfermedades sexuales relacionadas con las relaciones homosexuales, y las basaban en la ira de los dioses que se sentían ofendidos. Lo cual no impide que los romanos se mostrasen muy tolerantes respecto a la pederastia.

Resumen

En la actualidad se procura que las diversas civilizaciones o estadios de la humanidad, sean resumidos o esquematizados en una fórmula de modelos culturales, que diferencian entre sí determinados puntos de vista, tales como: patriarcado o ma-

triarcado, pueblos de cazadores o de campesinos, etc. Si intentamos hacer una comparación entre la vida sexual de nuestro mundo occidental y la de la Roma antigua, nos enfrentaremos con gran variedad de diferencias patentes:

1. En contraposición a nuestra sociedad actual, en la que apenas existe distinción de clases, la Roma antigua fue un estado basado en la diferenciación de las clases sociales, en el que cada ciudadano demostraba su correspondiente lugar mediante el atuendo que llevaba, que determinaba su estado con toda exactitud. Las patricias no podían vestirse como las prostitutas, y viceversa. Los matrimonios sólo eran posibles entre los componentes de una misma clase. Y, finalmente, la esclavitud ofrecía un sinnúmero de posibilidades en el ámbito sexual, de las que carecemos totalmente en la actualidad, hasta estar severamente penadas.

2. En Roma existía una aceptación libre de la desnudez. La mayor parte de los dioses fueron representados completamente desnudos, y muchos emperadores —que fueron elevados a la categoría de dioses— lo fueron igualmente. Los baños fueron una verdadera institución, y los hombres se bañaban desnudos.

3. El apareamiento y la fecundación no fueron considerados como actos vergonzosos —al menos, en los tiempos antiguos— sino como simples hechos naturales que se llevaban a efecto bajo la protección de determinadas deidades como Pan, Hermes o Venus. Muchas ánforas griegas están adornadas con representaciones de faunos excitados, que saltan en torno a bellas ménades, e incluso algunas representan el acto sexual, efectuado entre personas. También encontramos muchísimas de ellas en los burdeles romanos y en varios locales públicos, aunque ya en su tiempo algunos escritores las tildaban de obscenas. Propertio, al menos, se queja de ellas:

Mano que guiaste el pincel de esas pinturas impuras,
La que plasmó imágenes vergonzosas en las casas decentes,
La que envenenó las inocentes miradas de las muchachas.
Conocedora de todos los vicios, no quisiste apartarte de ellos...
Antaño, no se decoraban las casas con semejantes frescos
Nunca pudo verse sobre la pared una escena viciosa...

Pero la voz de Propercio no encontró resonancia, su protesta no fue escuchada, y la abundancia de pinturas obscenas determinó acabaran por carecer de importancia, por la fuerza de la costumbre. Y no olvidemos que los romanos se basaban en el lema: *naturalia non sunt turpia* (lo natural no es indecente).

4. El comportamiento de los romanos antiguos frente a la sexualidad, tiene a veces un tinte humorístico, una alegre frivolidad comparable a la que encontramos posteriormente en el rococó francés.

Los conceptos amorosos de la antigüedad quedan bellamente simbolizados en una fuente, en la que siguiendo un ejemplo antiguo, una ninfa se resiste a un fauno que se le insinúa. Pero sobre los brazos extendidos de ambos se ha aposentado un pequeño Baco, que engulle sus uvas sonriente porque no tiene ninguna duda sobre el desenlace feliz de esa lucha.

5. Las creencias religiosas de la antigüedad, están estrechamente mezcladas con las supersticiones. Los tiempos de las creencias demoníacas se hallan mucho más cerca de los antiguos que de nosotros, porque ellos están dominados por el temor a los espíritus, a las maldiciones y al mal de ojo. Los amuletos fálicos, y todas las representaciones grotescas del falo tenían propiedades mágicas para espantar esos maleficios, lo que nos aclara su difundido empleo.

6. La prostitución fue una forma de proteger el matrimonio. Muchos pasajes de los escritos de Horacio y otros poetas, algunos de los cuales hemos citado, nos corroboran este punto de vista.

7. La evolución del sentido estético alcanzó su cumbre en la antigua Grecia. Los griegos veían la deidad en toda manifestación de belleza. ¡Y creo que no se equivocaban!

El hecho de que los romanos supieran formar su espíritu sobre ejemplos griegos, es un gran mérito. La forma en que construyeron sus templos y teatros, en que diseminaron las fuentes en sus casas y en sus atrios, en que adornaron sus viviendas, templos, plazas y jardines con estatuas, ha de ser considerada como verdaderamente ejemplar.

8. En el caso de que la decadencia del mundo antiguo no se originase única y exclusivamente en las leyes biológicas (florecer, madurar, marchitar, con las que trabajó Spengler), se

debió más a causas económicas que morales. Los motivos económicos también amenazan nuestras civilizaciones y son parecidos, en muchos puntos, a los de la época de los emperadores romanos.

9. Mientras el hombre moderno se nos presenta como un neurótico, desarrollado en forma desarmónica, el hombre antiguo se nos aparece auténtico y completo. Nos muestra, en infinidad de formas, la realización de ese ideal expresado en las reglas que regían su vida: *mens sana in corpore sano* (el espíritu sano sólo puede habitar un cuerpo sano).

¿QUE NOS ENSEÑA LA DECADENCIA DEL IMPERIO ROMANO?

Una de las partes más oscuras de la obra debida a la pluma de Ludwig Friedlaender —al que ya hemos nombrado varias veces, por considerar que su estudio es realmente importante— se debe a que nos presente un mundo relativamente estático. El período escogido por Friedlaender, que parte de Augusto y llega hasta los Antoninos, es esencialmente una época de paz, la así denominada *Pax Romana*, muy beneficiosa para la capital. Pero es indispensable estudiar a conciencia la ascensión y la caída del mundo antiguo, a causa de su extraordinario dinamismo, para poder emitir un juicio sobre esa época, porque el hecho de que esa pequeña ciudad-estado llegase a disfrutar de la supremacía mediterránea, tiene que ser considerado impresionante, tanto, al menos, como su caída, a pesar de que unos cuantos emperadores procurasen contener el desmoronamiento. Los “buenos” emperadores se empeñaron en retrasar la vejez del mundo antiguo, combatiendo la aparición de cualquier signo de decadencia para evitar el desmoronamiento.

Nuestro paseo por la historia quedó interrumpido en la caída de la casa imperial julio-claudia para estudiar algunas partes del inmenso cuadro que nos ofreció la antigüedad —la corte, las mujeres, los juegos, la vida sexual— y ahora vamos a seguir recorriendo ese camino histórico, para poder repetir la pregunta formulada en el primer capítulo: ¿Se desmoronó el mundo de la antigüedad a causa de la corrupción de sus costumbres? Y a ésta añadiremos otra: ¿Qué lección puede ofrecernos la decadencia de Roma?

Después del suicidio de Nerón, sucedió a la dinastía julio-claudia, después de un corto interregno en que cuatro generales lucharon por el poder —lucha entre generales que más tarde

casi se convertiría en tradición— una nueva casa imperial, la flavia, a la que pertenecieron tres emperadores: Vespasiano, Tito y Domiciano. Sus destinos vitales ya han sido comentados en este libro bajo el título “Un día en la corte de Domiciano”. Echamos un vistazo a la Roma “epicúrea” de los tiempos flavios, en la que los complicadísimos peinados femeninos ya mostraron a los investigadores el gran número de artificiosidades que se fueron introduciendo en la sociedad romana, tan sencilla y austera en un principio.

Nerva, Trajano, Adriano

Después del hundimiento de la dinastía flavia, que dio al mundo romano tres muy importantes gobernantes, el senado eligió a Nerva, que contaba 66 años y puede ser contado entre los emperadores “buenos”, porque permitió a los exiliados que regresaran a Roma, repartió tierras entre los indigentes, perdonó a los judíos el pago de tributos e implantó orden en todas las cuestiones financieras. Empleó el escasísimo tiempo que le quedaba libre para escoger a un digno sucesor y la elección recayó sobre el general español Trajano, con lo que prestó a Roma un gran servicio, porque Trajano fue un gobernante muy capaz.

Fue la primera vez que ocupaba el trono un César no nacido en Italia. El hecho se produjo en el año 98, a finales del siglo I, y sentó un precedente que más tarde se convirtió en cosa normal.

Los veinte años del gobierno de Trajano nos son particularmente bien conocidos, porque Trajano ordenó hacer una “película” sobre su vida. Como entonces no existía la industria cinematográfica, el trabajo hubo de llevarse a cabo en piedra, y los gigantescos relieves se esculpieron sobre una columna que todavía se alza en Roma.

Pero... resultaría imposible estudiarla, si no volamos en torno a ella en un helicóptero. El problema fue solucionado precisamente por Mussolini. En el *Museo della Civiltà Romana*, construido por él, encontramos un largo corredor flanqueado por fragmentos de la columna en cuestión, lo que nos permite estu-

Moneda de Adriano. La inscripción reza IMP CAESAR TRAIAN HADRIANVS AVG



diar con toda tranquilidad cada relieve, cuyo conjunto nos expone en una sucesión de imágenes, como en una película, la vida de Trajano.

Esa revolucionaria exposición de una novela “esculpida”, que tiene alguna relación con nuestros *comics*, constituye un gran acontecimiento en la historia del arte, porque carece de precedentes y tiene muy pocos sucesores. La cinta en relieve circunda en veintitrés vueltas el contorno de la columna de mármol de cien metros de altura, describiéndonos las dos guerras dacias de Trajano. El relieve fue comenzado alrededor del año 106 y la columna fue coronada con la estatua del emperador el 18 de mayo del año 113. El zócalo contiene una cámara en la que se depositaron en el año 117 las cenizas del emperador, recogidas en una urna de oro, y desde esta cámara parte una escalera de caracol que sube hasta la cúspide. La columna de Trajano no es la única construcción importante que nos ha legado este emperador. Todavía encontramos actualmente —más o menos en buen estado— el foro trajano de Roma, el anfiteatro de Verona y debajo restos de algunos acueductos.

Nerva y Trajano fueron, ciertamente, dos grandes emperadores”, escribe Montanelli. “Pero entre los muchos méritos efectivos que nos los recomiendan a nuestro recuerdo, tuvieron también una suerte: la de granjearse la gratitud de un historiador como Tácito y de un cronista como Plinio, cuyos testimonios habrían de ser decisivos para el tribunal de la posteridad.”

Montanelli también dice refiriéndose a Plinio el Joven:

“Sus cartas son lo mejor que nos queda de él y constituyen el testimonio tal vez más valioso de aquella sociedad y de sus costumbres.”

Después de la muerte de Trajano, Roma volvió a tener la suerte de ver en el poder a un hombre de grandes cualidades: Adriano.

Dión Casio, cuya obra es un conjunto de habladurías, cree que Adriano llegó a emperador por haber sido el amante de Plotina, la esposa de Trajano. Pero, actualmente, la plena aceptación por los historiadores del hecho de que Adriano era homosexual, nos permite dudar de esas habladurías, aunque no negar que Plotina tuviera algo que ver en la elección del nuevo César. Ya comentamos en el pasaje titulado “Un día en la corte de Adriano” la época y las construcciones del reinado de ese emperador; también hicimos referencia a sus desviaciones sexuales en un capítulo anterior, por lo que podemos ahora prescindir de mayor estudio de su glorioso gobierno, que duró más de veinte años. No obstante, debemos recordar los acontecimientos que se produjeron durante el último año de su reinado, pues el 1.º de enero murió el hombre que fue adoptado por él y designado como su inmediato sucesor, Aelio Vero, por lo que Adriano se vio obligado a escoger otro que ocupase el puesto que iba a dejar vacante. El 25 de febrero nombró a Antonino, que más tarde obtuvo el sobrenombre de Pío.

Adriano murió el 10 de julio del año 138.

Los antoninos: Antonino Pío y Marco Aurelio

Antonino Pío tuvo el privilegio de gobernar durante 23 años, mientras que sus dos predecesores sólo lo hicieron 20 años. El 900.º aniversario de la fundación de Roma, festejado en el año 147, puede considerarse el momento culminante de su gobierno (138-161).

Los romanos dedicaron un templo (actualmente convertido en iglesia) a ese gran emperador y a su esposa Faustina. Ahora se entra en esta iglesia desde una calle que corre ante su parte superior, mientras que la escalera que daba acceso a la antigua

*Moneda de Antonio Pío.
La inscripción reza AN-
TONINVS PIVS PP*



entrada del templo, descende a la parte excavada del foro. Si nos situamos a un lado del edificio podremos fotografiar la fachada y la escalera de la antigua construcción, en forma que nos permite prescindir de la iglesia, de tal modo que podemos recoger una imagen fidedigna del antiguo templo. En los jardines del Pincio todavía se encuentra un pequeño templete, dedicado igualmente a esa pareja de emperadores —Antonino y Faustina— elevados a la categoría de dioses; personalmente, no sé con seguridad si la construcción data de los tiempos antiguos o si es una simple copia moderna.

A Antonino Pío sucedió otro emperador de la casa antonina, Marco Aurelio, el César filósofo, sobre el que ya hablamos en el segundo capítulo de este libro. Al echar un ligero vistazo a sus "Pensamientos", tenemos conocimiento con sus peculiares puntos de vista frente al mundo.

Desgraciadamente, la versátil Fortuna, cuya dorada imagen le envió el moribundo Antonino Pío, no se mostró tan magnánima con Marco Aurelio. La peste y el hambre hicieron aparición bajo su reinado —como ya comentamos—, convirtiendo la despreocupada y epicúrea ciudad de Roma, que vivió una vida placentera durante 180 años, en una capital enlutada y sin esperanzas.

Como no queremos que nuestras disertaciones se limiten exclusivamente a la época de la *Pax Romana*, como hizo Fried-

laender, y como hemos escogido como meta el estudio sobre la posible relación entre la decadencia política y la corrupción de las costumbres, debemos ahondar en nuestros estudios prestando ahora una atención particular a los siglos III y IV de la era cristiana.

No olvidemos que tanto la peste como el hambre diezmaron la población de Roma entre los años 166 y 180 y que esas dos catástrofes naturales se desarrollaron bajo el reinado de uno de los mejores emperadores. Por eso, en un principio, las causas que hicieron ceder los cimientos de Roma pueden ser definidas como catástrofes naturales, ajenas a los errores de la política, la soberbia y ostentación de determinados ciudadanos o la exagerada libertad de costumbres. Las catástrofes naturales tuvieron, según la cita de Wells, una gran influencia sobre Roma, mayor que la ejercida sobre China, ya que la población de este país se recuperó más fácilmente de la misma epidemia que la población de la península italiana.

El itinerario de Roma hacia el siglo IV

El siglo III nos muestra una Roma en la que el emperador y el senado se enfrentaban abiertamente, mientras nacía un tercer poder: la guardia pretoriana, que se inclinaba por la dictadura militar. Como los soldados se habían habituado a exprimir la economía del país en su beneficio, llegaron a concebir la idea de subastar la dignidad imperial. Llegaron realmente a poner en práctica esa idea, puesto que después del asesinato de Cómodo, el hijo de Marco Aurelio, en el año 193, Dido Juliano proporcionó a cada pretoriano la cantidad de 1 200 000 pesetas a cambio del imperio.

Como es de suponer, el senado no se mostró de acuerdo con esta subasta, y ordenó a varios enviados secretos que se entrevistasen con los generales estacionados en provincias. Los enviados fueron escuchados por Pescenio Niger, Clodio Albino y Septimio Severo. Este último venció a sus competidores y consiguió implantar en Roma una auténtica dictadura militar. Su primer acto consistió en disolver la guardia pretoriana, pero formó una guardia personal, dócil a sus deseos, y el resultado

fue que esta nueva guardia llegó a ser cuatro veces más poderosa que la pretoriana recientemente disuelta.

Según Montanelli, Septimio Severo era un "africano de origen judío", aunque debía de ser de origen semita. Pese a que Septimio Severo fuese nombrado por el propio senado, no pudo perdonarle a éste que se mostrara neutral durante la lucha del emperador con Pescenio y Clodio, por lo que escribió al senado: "Yo soy el que proporciona aceite y trigo al pueblo romano, el mismo que entabla guerras en vuestro favor, y ahora... ¿quién me lo agradece? ¡Habéis empeorado desde los días de Trajano y de Marco Aurelio!

Como Septimio Severo fue un emperador militar, aumentó el sueldo de los legionarios, y en vez de dilapidar el único regalo acostumbrado de un par de millones que cada nuevo emperador solía regalar a las tropas en cuanto subía al trono, organizó una sangría constante del imperio a favor de los soldados. Septimio Severo protegió todos sus "flancos" contra la posible competencia de los que deseaban ocupar su puesto, pero no pudo prever la traición cometida por su propia familia. No existe nada que aclare más la situación del imperio romano a principios del siglo III, que las amargas palabras de Septimio Severo: "He sido todo lo que he querido. Y me doy cuenta de que no valía la pena."

De sus dos hijos, Geta y Caracala, el último conspiró tan abiertamente en contra de la vida de su padre, que Septimio llegó a decirle: "¡Al menos no me mates ante los demás!"

Y en esos tiempos de desgracias y calamidades, subió al trono un nuevo monstruo, un hombre que eclipsó los delitos de Calígula, Nerón y Domiciano.

Si miramos los bustos de Agripina la Mayor, la madre de Calígula; Agripina la Menor, madre de Nerón, y de Julia Domna, madre de Caracala, tal vez sintamos un extraño presentimiento, por creer que nos hallamos frente a las ineludibles fuerzas de la herencia ancestral, porque es difícil comprender que esas mujeres tan bellas, aparentemente simpáticas y de aspecto normal, pudieran concebir hijos de mente monstruosa.

Caracala comenzó su reinado con el asesinato de su hermano Geta y la condena a muerte de veinte mil ricos ciudadanos, bajo la acusación de haber conspirado en su contra. Como es

de suponer, permitió que los soldados se quedasen con una parte del botín. Luego se dedicó a vivir placenteramente en la capital y dejó el gobierno en manos de su madre Julia Domna, una mujer muy instruida y capaz.

Una vez inauguradas las termas de Caracala, en el año 217, se decidió a organizar una campaña bélica en contra de los persas, porque en su soberbia quería compararse con Alejandro Magno, ocasión que fue aprovechada por sus soldados para asesinarle.

Julia Domna y Julia Maesa

La bella Julia Domna, que había perdido al marido, el trono y los hijos, fue desterrada a Antioquía, en donde murió, a consecuencia de una huelga de hambre. El ejército nombró emperador a Opelio Macrino. Julia Domna había dejado en Roma a su hermana, Julia Maesa, que tenía dos nietos: Vario Avitio, que era sacerdote en Emesa, bajo el seudónimo de Heliogábalo, y Alejandro, que, nacido en el año 205, sólo contaba doce años en el 217. Julia Maesa consiguió que se nombrase emperador a Heliogábalo, muchacho de catorce años. Una bella mañana de primavera del año 219 Roma vio aparecer al extraño emperador: un muchacho vestido de seda roja, maquillado y cubierto de joyas, que se convirtió cada vez más en un homosexual afeminado.

Los historiadores no han podido vencer la tentación de reunir en sus libros una retahíla de chismes y habladurías, incluso recogidas por el imparcialísimo Schlichtegroll en su libro "La vida amorosa en la antigüedad clásica". En éste, dice:

"Se extrañaron al enterarse de que el emperador y sus seguidores se habían hecho circuncidar en honor del omnipotente dios del sol. Y todos los corazones temblaban de temor cuando veían que el supremo pontífice emperador ofrecía al dios como sacrificios humanos penes amputados de jóvenes. El asombro se convirtió en indignación cuando Heliogábalo deseó como esposa a la sacerdotisa mayor de las vestales, según él, para poder engendrar con ella "hijos divinos", o cuando organizaba una boda formal entre divinidades, y brincaba pintarrajeado

como una mujerzuela, ante la carroza nupcial de las deidades, que exhibía el falo sagrado de Heliogábalo y la estatua de Asarté traída desde Sidón. Heliogábalo no se limitó a estudiar la teoría (del arte de amar), sino que ponía en práctica lo aprendido. Decoró un gabinete del palacio imperial con láminas de oro e incrustaciones de piedras preciosas. El techo estaba decorado con profusión de escenas lascivas, y gran cantidad de estatuas obscenas adornaban los rincones y nichos adecuados. En el centro de la habitación había una cama, cubierta por una colcha púrpura; la puerta que daba acceso al corredor estaba vigilada continuamente por un portero. Hombres de todas las condiciones sociales fueron invitados al palacio y no se hizo ninguna clase de distinciones entre trabajadores, esclavos, nobles, delincuentes, infames o extranjeros. Sólo se les exigía que se asemejasen en lo posible al potente Príapo. Se les hacía desfilar por el corredor en una sucesión continua, mientras Heliogábalo los acechaba tras una cortina, sólo cubierto por un velo transparente, para llamar la atención de uno de ellos —el elegido— con extrañas flautas y toda clase de nombres cariñosos... Acto seguido lo hacía pasar al aposento. El resto es silencio.”

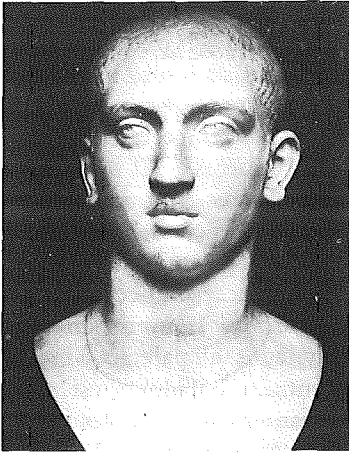
Hemos de dar la razón a Jacob Burckhardt cuando escribió:

“La perdición de Heliogábalo fue el incontenible sentimiento de vergüenza despertado en los soldados.”

Fuese lo que fuese lo que se desarrollara tras los muros de los palacios sobre el Palatino, la mayoría de los romanos del siglo III no estaban tan corrompidos como para no indignarse ante las costumbres depravadas y las lascivias orientales. La propia abuela de Heliogábalo lo mandó asesinar, después de haberle obligado a adoptar a su primo Alejandro. Esa fue la causa de que Alejandro Severo llegara al poder.

“Ningún emperador ha despertado tanto las simpatías de la posteridad como este César, cuyo carácter resulta insólito si se le compara con el de los hombres de su tiempo”, escribió Burckhardt, quien llamó a Alejandro Severo un “verdadero san Luis de la antigüedad”.

Alejandro Severo hizo cuanto estuvo en su mano para eliminar la dictadura militar, otorgando los antiguos privilegios al senado y a los caballeros, puntales de este último. Una comisión



del senado y un consejo del reino compuesto por dieciséis hombres, tomaron parte en la administración del país. El emperador no ahorró ningún desvelo para encontrar gentes capacitadas que se encargaran de la administración y ejercer un severo control sobre todos los asuntos de importancia. Incluso llegó a jactarse de haber sido el primero en haber reducido los impuestos.

Ya he mencionado infinidad de veces que en la historia mundial —que según Schiller es el tribunal del mundo— resulta corriente que los sinvergüenzas se salven, mientras que los hombres honrados son castigados severamente. Así también Alejandro Severo se vio perseguido por un destino adverso, pese a sus inmejorables intenciones.

Bajo el reinado de Alejandro Severo, el reino de los persas sasánidas en las fronteras orientales del imperio, disfrutó de un renacimiento de poder; una infinidad de pretendientes al trono le hicieron la vida imposible, y finalmente le llegaron noticias de nuevos levantamientos en Germania. ¿Quién puede asombrarse, al leer a los historiadores, que el carácter del joven príncipe se fuera ensombreciendo?

Hasta los soldados de su campamento se enfurecieron contra él por su gran magnanimidad, que consideraban debilidad, con el resultado de que lo asesinaron —junto con su madre— en las cercanías de Mainz.

En ese año, 235, fue nombrado emperador Julio Maximino, y es de suponer que tuviera alguna participación en el asesinato de Alejandro Severo.

Los tiempos horribles constelados de emperadores

Sigue medio siglo de espantosas amenazas, procedentes tanto de los enemigos exteriores como de las guerras civiles. Los usurpadores y amotinados se mataban entre ellos con tanta celeridad que un reinado de dos años de duración fue considerado como una excepción. Jacob Burckhardt dice con respecto a la dictadura de Maximino:

“Nunca volvió a darse otra dictadura militar tan drástica y simplista.”

Pero... Burckhardt no ha vivido los tiempos de Hitler que, en sus ansias de combatir la cultura, superó en todo a Maximino y aun a Atila, el terror del mundo antiguo.

Burckhardt dice sobre ese mismo emperador:

“El mundo antiguo, con sus bellísimos monumentos, su vida rebosante de cultura y su afición estética, excita la ira venenosa del bárbaro, que se avergüenza de su origen... Por eso el emperador romano se complace en destruir sistemáticamente el espíritu romano.”

Creo que ése es un factor de suma importancia, que no debemos pasar por alto en el caso de que deseemos volver a pasar revista a los motivos que originaron el desmoronamiento del mundo antiguo.

Cosa extraña, el senado se comportó con fuerza y decisión en el inenarrable caos de esos tiempos, llegando a aguijonear a las provincias para que se levantaran contra Maximino. Cuando éste llegó a las puertas de Aquileia, la ciudad fue enérgicamente defendida bajo la dirección de dos senadores. Y, al cabo de un tiempo, el tirano es asesinado por sus propios soldados, que pretendían entablar relaciones de paz con los dos nuevos emperadores nombrados por el senado, Pupieno y Balbino.

Para describir el caos de aquellos tiempos basta señalar que una lucha callejera entre la guardia, los gladiadores y los re-

clutas sólo se cita en una línea. De una situación semejante sólo podían derivarse perjuicios al arte y a las ciencias, e incluso estaba amenazada la vida familiar de cualquier ciudadano. Gran cantidad de emperadores, cuyos nombres son difíciles de retener por su parecido, se fueron matando entre ellos sucesivamente, hasta que finalmente un jordano muy decidido y flexible se apoderó del trono imperial, pasando a la historia bajo el nombre de Filipo el Arabe. La celebración del milenario de la fundación de la ciudad fue testigo de que un árabe se sentaba en el trono de los césares.

La espantosa crisis persistió desde el año 235 hasta el 285, período en el que varias epidemias apenas interrumpen las continuas guerras exteriores, que acostumbran a finalizar con la pérdida para los romanos de las provincias complicadas en ellas. A todo ello debe añadirse la horrible lucha por el rango de emperador, en la que a veces incluso llegan a matarse entre sí hasta cuatro candidatos, por lo que la subida al trono casi significaba una sentencia de muerte. Lo más inaudito es que el emperador Tácito, a los 75 años de edad, regaló toda su fortuna al pueblo, para unirse luego al ejército en espera de su próximo asesinato. (Montanelli supone que murió de muerte natural, pero de Probo se dice "que hizo comparecer a los asesinos de Tácito y de Aureliano y los mandó ejecutar dando muestras de su desprecio").

Un acontecimiento muy particular de ese tiempo merece ser sacado a la luz: la formación de una especie de imperio transalpino, cuyas decisiones eran tomadas conjuntamente por el senado y el emperador, que acostumbraba a residir en Treveris. En vez de servir a un nacionalismo como el que brota actualmente en los países liberados del "colonialismo", esos valientes germanos y galos desearon formar un imperio romano occidental, con el fin de proteger la cultura romana contra la amenazadora barbarie. Se formó por vez primera aquel sueño del "sacro imperio romano germánico", que pareció realizarse bajo el reinado de Carlomagno, y que siguió persistiendo como un sueño en Europa casi un milenio más. En un tiempo del que sólo podemos decir cosas negativas, ese hecho tiene que asombrarnos, por demostrar que entre los generales que dominaban la situación también hubo hombres de talento político. Debe-

mos nombrar, ante todo, a tres de ellos: Galieno, que gobernó durante un tiempo en Italia; Claudio, que con su victoria sobre los godos de Naissus volvió a dar respiro al mundo antiguo, y el servio Aureliano, que venció a Zenobia en una brillantísima campaña, volviendo a implantar en oriente la dominación romana.

Finalmente, en el año 284, alcanzó el poder un hombre que supo imponerse con valor, imponiendo al dañadísimo reino de Roma las reparaciones necesarias para poder seguir subsistiendo durante ochenta años más en condiciones relativamente normales. Esos ochenta años comprenden el tiempo que media entre el inicio del reinado de Diocleciano y la muerte de Juliano el Apóstata (363) o hasta la partición del imperio en la Roma oriental y la Roma occidental (364).

Incluir también en este período el tiempo que media entre el año 364 y el derrocamiento de Rómulo Augústulo, en el año 476, es una ficción, porque durante el siglo V la situación fue dominada por generales bárbaros; Roma fue ocupada dos veces por ejércitos extranjeros —la primera vez, en el año 410, por Alarico y los godos occidentales; en esta ocasión, Alarico prohibió el saqueo de la ciudad; y la segunda, en 455, por los vándalos, cuyo pillaje fue tan concienzudo, que actualmente se define como “vandalismo” todo lo más destructivo.

Lord Tweedsmuir ha exagerado un poco, cuando opina que el imperio de Augusto se mantuvo casi medio milenio, puesto que si matizamos observamos que los tiempos dorados terminaron con Marco Aurelio, año 180, y que se disfrutó de una vida relativamente pacífica bajo el reinado de Diocleciano, a la que, si acaso, podemos añadir el tiempo que medió hasta la muerte de Juliano el Apóstata.

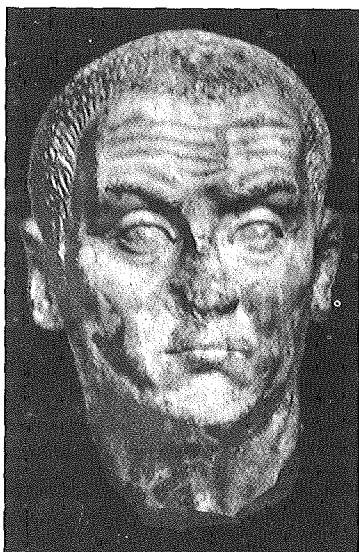
El gobierno de Diocleciano

Las medidas de Diocleciano empezaron por proporcionar a Roma una cierta tranquilidad, pero finalizaron acelerando la ruina, porque tendían a la partición del reino. Desde Octavio, todos los emperadores recibieron el título de “augusto” y de “césar”, pero Diocleciano fue el primero en hacer una separa-

ción entre esos dos apelativos, dando a "augusto" el significado de emperador y a "césar" el de príncipe heredero o sucesor del trono. Diocleciano escogió como su residencia la ciudad de Nicodemia, en el Asia Menor, de lo que se puede deducir que no tenía muy buena opinión de Roma y sus constantes revoluciones palaciegas. Justificó su decisión con las necesidades militares, puesto que era preciso habitar junto a las fronteras si se deseaba protegerlas. Elevó a la categoría de co-emperador al general Maximiano, que también obtuvo el título de Augusto y fijó su residencia en Milán. Los dos Augustos eligieron cada uno a un César. Diocleciano nombró a Galerio, que tenía su residencia en Mitrovitza, la actual Yugoslavia, y Maximiano escogió a Constancio Cloro, que residía en Tréveris. Diocleciano propuso a Roma esta tetrarquía como una nueva estructura política, porque exigía explícitamente "que el estado dispusiera de dos importantes como gobernantes y de otros dos como ayudantes". Como era indispensable que no se rompiera la armonía de este trébol de cuatro hojas, los Césares casaron con las hijas de los Augustos. Una de las extrañas reglas de Diocleciano fue su decisión de abdicar a los veinte años de gobierno, lo que también obligaba a Maximiano. ¿Deseaba imponer una tregua de paz a los posibles usurpadores del trono?

Jacob Burckhardt cree que la mayoría de esas medidas no se basaban en ningún criterio reflexivo, sino que obedecían a ciertos temores supersticiosos. Burckhardt ve a Diocleciano bajo la influencia de los sacerdotes y sus oráculos, y de ser así nos hallaríamos ante el extraño hecho de que el emperador se agarrase a las últimas tablas de salvación de la religión pagana, en una época en que estaba condenada a desaparecer. Ciertamente confirió un poder secreto a los sacerdotes, ante el que se echaba a temblar el mismo emperador. La vida de Diocleciano estaba constelada de extraños oráculos, de fantasmagóricas profecías, de significados astrales y de interpretaciones de sueños. También encontramos esas anómalas influencias en Juliano el Apóstata, que creía en las profecías de sacerdotes y magos, tan magistralmente representados por Ibsen en su obra "Emperador y Galileo".

No cabe duda de que la vida de Diocleciano se conducía por las directrices de la superstición. Y Burckhardt opina:



“Su trayectoria vital no puede ser comprendida si se estudia como basada en motivos políticos y psicológicos, puesto que sus estímulos se cimentan en la aceptación de una superstición religiosa que presidía y orientaba todos sus actos.” Este inteligente emperador siempre estuvo rodeado de sacerdotes que no cesaban de buscar entre las vísceras de los animales sacrificados las predicciones del destino, y se mostraban preocupadísimos ante cualquier anomalía de la naturaleza. También consideró de suma importancia el significado de los nombres, y por ello su colega Galerio hubo de adoptar el nombre de Maximiano, con el fin de poder, arrastrado por el nombre, mostrarse a la altura de la fidelidad probada por el viejo Maximiano. Hoy hemos olvidado que en todos los pueblos del mundo los nombres solían tener un significado mágico. Como su propio nombre iba precedido por el de Dio = Zeus, el emperador procuró relacionarse con Júpiter, cuya imagen se acuñaba en el reverso de todas las monedas que llevaban su efigie. Una inmensa estatua de Júpiter bendecía la entrada de su imponente palacio de Spalato, flanqueada a ambos lados por las imágenes de los cuatro gobernantes, los dos augustos y los dos césa-

res. Esa fachada norte del palacio de Diocleciano todavía se mantiene en bastante buenas condiciones, aunque, por desgracia, faltan las estatuas. En el cuadrilátero situado entre la puerta norte y la puerta sur (el palacio está cortado por dos calles, que se cruzan, en ángulo recto) se encuentra un templo en el que se rindió culto a Júpiter en vida de Diocleciano. El mausoleo de Diocleciano se halla en ese mismo cuadrilátero, al que se accede por las dos puertas norte y sur. Kähler menciona el imponente octógono de la tumba imperial, que fue convertido en iglesia durante la edad media, cuando los habitantes de la vecina Salona buscaron refugio en el palacio, huyendo de los ávaros. Y, en relación con Júpiter, Diocleciano también se hizo llamar "Jovio".

El gobierno de Diocleciano contó con capaces y valerosos guerreros (en el año 296 se consiguió la recuperación de Britania, y en los años 296-297 se sostuvo con éxito una guerra contra los persas) y se acreditó también por su gran cantidad de reformas de toda índole. Se esa forma finalizó el siglo III, y a los comienzos del IV Diocleciano estuvo en disposición de sentirse satisfecho por lo que había conseguido durante los dieciséis años que duraba su reinado. Si hubiera muerto en aquellos momentos, habría pasado a la historia como uno de los emperadores romanos más importantes.

Burckhardt nos dice al respecto:

"No debemos olvidar que mencionamos a uno de los mejores emperadores romanos, a un hombre que puede ser considerado como salvador del imperio y de la civilización, y cuyo prestigio político y el juicio de la historia sobre él habrían sido diferentes si hubiera muerto en el año 302."

Y Burckhardt nos cita un pasaje que considera como la caracterización más importante de Diocleciano:

"Fue un hombre insigne, inteligente, diligentísimo para el estado, buen trabajador en favor de los suyos, preparado para cualquier deber que pudiese recaer sobre sus hombros, pese a que sus pensamientos no fuesen estables; algunas veces impulsivo, otras precavido. Sofocó, con energía, todos los movimientos subversivos internos, con obstinada perseverancia." Pero al final de su reinado Diocleciano llevó a cabo una gran persecución contra los cristianos, con la que perdió su buena

fama entre los escritores de la posteridad. Esa persecución cristiana ha encontrado paralelo, en nuestro tiempo, en la persecución contra los judíos, por lo que estamos en disposición de compararlas. La comparación estriba en que tanto la una como la otra fueron efectuadas por etapas, puesto que con cada nueva orden se iba aumentando en severidad. (Montanelli no menciona en su "Historia de Roma" la persecución de Diocleciano, con lo que elimina un hecho de suma importancia, sobre el que tendremos que volver al mencionar a Constantino y a Juliano el Apóstata.)

La primera medida de las persecuciones consistió en expulsar del ejército a los soldados cristianos que se negaban a adorar a los dioses paganos. En el segundo edicto se prohibieron los cultos religiosos; se demolieron las iglesias y se quemaron los libros sagrados. El edicto promulgado el 24 de febrero del año 303 contenía esas medidas tan drásticas, que en un principio fueron llevadas a cabo sólo en Nicomedia, la residencia del emperador, y más tarde en todo el imperio. Siguió un tercer edicto, en el que se disponía que todos los presos que se mostrasen dispuestos a rendir culto a los dioses paganos fueran puestos en libertad; y éste fue, finalmente, seguido de un cuarto, que castigaba con pena de muerte a todos los cristianos que se resistiesen a renegar de sus creencias.

Si consideramos esa agravación paulatina, no tendremos más remedio que creer que los nazis se inspiraron en los métodos de Diocleciano. Tampoco faltó el incendio del Reichstag, puesto que en una ocasión se incendió el palacio de Diocleciano en Nicomedia, y los cristianos fueron inculcados de él.

El inteligente Jacob Burckhardt vio los motivos de la persecución contra los cristianos en las ideas personales de Diocleciano, porque escribe: "Creo que todo fue motivado por una experiencia personal de suma importancia que nos es desconocida, porque sus huellas fueron borradas con gran celo."

La persecución cristiana no se llevó a cabo con la misma intensidad en las cuatro partes del imperio. Constancio Cloro, por ejemplo, se contentó con el cierre de las iglesias de Britania y Galia, países que estaban bajo su mandato.

Diocleciano visitó Roma dos años antes de su abdicación, e inauguró las imponentes termas de su nombre, cuyas ruinas

conoce inmediatamente todo visitante, porque se encuentran en las cercanías de la estación término. Esas termas tenían un perímetro de casi un kilómetro y poseían tres mil estancias; una parte de ellas forma la cartuja, y las ruinas se han aprovechado para la instalación del museo nacional y su colección de esculturas.

La prevista abdicación de Diocleciano tuvo lugar en Rávena en el año 305, con la consecuencia de que Galerio y Constancio Cloro fueron nombrados augustos, mientras que los hijos de Maximiano (Majencio) y de Constancio (Constantino) no obtuvieron cargo alguno. Galerio nombró César a Severo, destinándole al occidente, y para el este a su sobrino Maximino Daza. Diocleciano, que se había retirado a su palacio imperial de Spalato, para esperar en él el final de su vida, fue obligado a presenciar cómo los hijos de los augustos, Constantino y Majencio, luchaban para apoderarse del poder, con lo que desbarataban la obra de toda su vida.

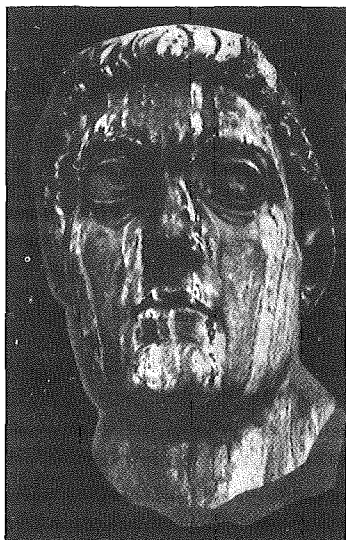
Constantino, entre el paganismo y el cristianismo

La figura de Constantino el Grande ha pasado a formar parte de las leyendas, puesto que se afirma que vio aparecer una cruz en el cielo antes de que comenzase la batalla más decisiva de su reinado y oyó una voz que decía: *In hoc signo vincis* (Con este signo vencerás). Debemos la noticia al escritor cristiano Lactancio. Jacob Burckhardt ha demostrado que, ya al principio de sus escritos, Lactancio faltó por dos veces a la verdad, con toda conciencia, por lo que no podemos fiarnos de sus relatos.

El problema fundamental que se nos plantea gira en torno a la siguiente pregunta: ¿aceptó Constantino el cristianismo por convencimiento? Los historiadores han demostrado que el cristianismo no significaba nada para él, pero que consideró de gran utilidad política elevar el cristianismo a religión del estado.

Al igual que en el caso de Juliano el Apóstata Henrik Ibsen nos expuso todo su significado en el grandioso drama titulado

Cabeza de una estatua colosal de Constantino



“Emperador y galileo”, el autor dramático suizo Arnold Schwengeler nos presenta el tiempo de Constantino. Su obra, con el significativo título “Con este signo”, versa sobre la víspera y la mañana de la decisiva batalla en el puente Milvio junto a Roma.

En su corto prólogo, ya nos explica que personifica el paganismo, el judaísmo y el cristianismo, respectivamente, en los personajes de Rufo, Simón y Osio.

Sus palabras de introducción y presentación temática son las siguientes: “Sucedió en el año 312... el año 1065 de la fundación de Roma... Dos emperadores luchaban por la dominación del mundo.”

Y el obispo Osio dice las significativas palabras: “Esta es la hora de la oportunidad, porque debemos intentarlo, aunque sólo sea por una vez, si deseamos que las doctrinas cristianas se conviertan en la verdad de este mundo.”

El drama de Arnold Schwengeler, nos describe cómo el obispo Osio se gana al emperador la víspera de la batalla. Pero cuando ésta comienza, el mismo clérigo es el primero en dudar de la oportunidad o veracidad de sus asertos, ofrecimientos y promesas para esa ocasión:

“Le di el nombre del Señor para ganarme su alma; pero él sólo pensaba en su imperio. Sin embargo, ¿adónde habría ido a parar el reino de Constantino si no se hubiera efectuado un milagro? ¿Qué habría sido de su ejército, falto de valor y de fe? ¡Perdidos, todos perdidos! Entonces vio el signo de Dios y... lo aceptó, porque le prometía la victoria. No, no lo hizo porque creía en él... ¡sólo porque lo protegía! La cruz sobre el estandarte del emperador no es más que una mentira. Pero aquéllos a los que engañaba confiaron en la fuerza de la cruz, y la portaron ante ellos como un escudo. ¡Y creyeron en el milagro! ¡Y creyeron en la victoria! Pero no fue la victoria de Dios, sino la victoria del emperador...”

Schwengeler analiza el pensamiento de un hombre que considera de suma importancia el desarrollo en el mundo de las ideas cristianas. ¿Acaso no ha llegado la hora para que el amor y la paz puedan desarrollarse entre los humanos? Y el escritor, que ha vivido las dos guerras mundiales de nuestro siglo, copia al final del prólogo las amargas palabras de Simón: “Pero los que creyeron no sobrevivieron, y los que sobrevivieron, ya no creyeron.”

Regresemos al Constantino histórico y señalemos tres importantes hechos estrechamente relacionados con él:

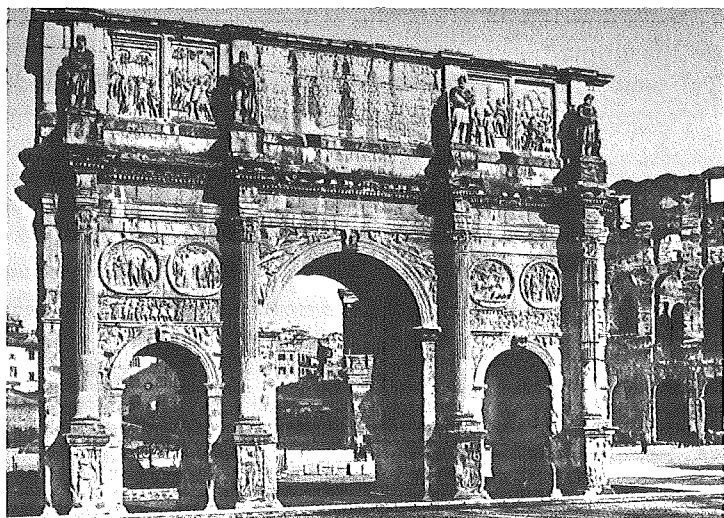
1. Constantino venció a todos los pretendientes al trono —nada menos que cinco— y dio por última vez la unidad al imperio romano.
2. Constantino presidió el concilio de Nicea, donde se decidió entre las doctrinas de Arrio (semejanza divina) y las de Atanasio (igualdad divina). Como Atanasio hizo de acusador, consiguió que vencieran sus doctrinas, y Constantino, que en un principio se mostró neutral, veló por la aceptación de las doctrinas atanasíacas.
3. Constantino fundó una nueva capital, que llamó Nueva Roma, pero que más tarde fue rebautizada con su nombre: Constantinopla. La inauguración de esta ciudad tuvo lugar el 11 de mayo del año 330.

Majencio había hecho construir una enorme basílica en las cercanías del foro, pero como no quedó terminada, fue acabada por Constantino. Nos quedan de ella tres soportales (que a veces se usan como aparcamiento). Los amigos del arte podrán

hacerse una idea sobre la imponente grandiosidad de ese palacio —ante el que el senado mandó colocar una estatua de Constantino— si apartan los ojos de los cacharros de hojalata y los fijan en los gigantescos arcos. Eusebio nos informa de que bajo la estatua del emperador se inscribieron las siguientes palabras: “He librado vuestra ciudad del yugo tiránico, gracias a ese signo sagrado, demostración verdadera de la virtud, y en esta urbe, a la que acabo de libertar, volveré a dar la antigua fuerza al senado y al pueblo de los romanos, asegurándoles su antiguo esplendor.”

La cabeza de la estatua, que medía 2,60 m. de altura, los dos pies, la rodilla izquierda y la mano derecha, fueron encontradas en el año 1487, pero nadie ha podido resolver la incógnita de si, como se dice, la mano derecha portaba una cruz.

Una vez comentada la basílica de Constantino, debemos mencionar su arco de triunfo, construido en el año 313, porque ofrece una gran novedad en la historia del arte, ya que fue la primera vez que se emplearon trozos de antiguos monumentos en la construcción de uno nuevo, cosa que



Arco de triunfo de Constantino. Por primera vez se usaron en la construcción elementos de otros monumentos anteriores

nos demuestra la carencia de sentimiento en favor de las tradiciones. Sus dos frontales contienen un relieve de un arco de triunfo elevado en honor de Marco Aurelio (que data del año 173) y los laterales exponen otro con descripciones de la batalla de Trajano contra los dacios. La parte central también utilizó otros trozos de esa conmemoración, en los que se cambió la cabeza de Trajano por la de Constantino. Y además debemos contar ocho trozos de un monumento de caza conmemorativo de Adriano. Incluso los soportes, las columnas y los capiteles fueron aprovechados de las construcciones antiguas mientras que todavía en tiempos de Diocleciano todos los edificios y monumentos se hacían con sillares tallados al efecto. Visto desde un punto de vista artístico, el hecho marca un final, por lo que Heinz Kähler cierra la historia del arte de su libro "Roma y su imperio" con una mención a la inmensa estatua de Constantino:

"El hombre que fue honrado con esta estatua, le robó para siempre la supremacía a la ciudad del Tíber —diez años después de su consagración— a causa de la fundación de la nueva capital junto al Bósforo. Con ello debemos dar por terminada la época imperial de Roma, puesto que Bizancio ocupa el lugar de esta última."

Tal como dijimos, debemos prestar atención a la historia de las costumbres de Roma, al menos hasta la partición del imperio en el año 364.

El camino de Roma después de la muerte de Constantino

Ni siquiera se puede asegurar que Constantino fuese bautizado en su lecho de muerte. De todas formas, prestó un gran servicio al cristianismo al reconocerlo, por lo que los escritores de la iglesia le dieron el sobrenombre de "grande" y su arco de triunfo es una de las construcciones de la Roma antigua que mejor se conserva. Podemos añadir que fue uno de los pocos emperadores que murieron de muerte natural, puesto que el regicidio se había convertido en una tradición. Y de nuevo él, que había unido el reino, cayó en la grave falta de desunirlo,

repartiéndolo entre sus hijos (fallo que también debemos achacar a Carlomagno). Esos hijos —que ya nombramos en otros personajes— se llamaron Constancio, Constantino y Constante, cosa que hace difícil su distinción a los historiadores. Como los tres hermanos no hicieron más que pelear, el mundo romano volvió a verse agotado por las guerras civiles durante toda una generación, porque las rencillas fraticidas asolaron el imperio desde el año 337 hasta el 361, implantando de nuevo los partidismos. Y, además de entre sus hijos, Constantino también repartió parte de su imperio entre sus sobrinos Dalmacio y Hannibaliano. Los regimientos de la capital empezaron por asesinar a esos dos sobrinos, a los que siguieron el hermanastro de Constantino y sus hijos, con la sola excepción de Galo y Juliano, que fueron desterrados. La nueva capital de Constantinopla fue después el escenario de una espantosa matanza, de la que se ignora si Constancio fue su instigador. Más tarde, Constancio se reunió en Esmirna con Constantino II y Constante, y allí estudiaron una nueva partición del imperio. Constancio obtuvo el oriente, incluida Constantinopla; Constantino, las Galias, y Constante Italia, Iliria, Africa, Macedonia y Arcadia. Al cabo de poco tiempo, Constantino II y Constante entablaron una lucha, en la que Constante venció y ganó las Galias. La suerte parecía estar de parte de Constante, pero Magencio, un comandante de sus milicias, le asesinó y se nombró a sí mismo emperador. La ocasión fue aprovechada por los generales Vetranio y Nepociano, para nombrarse también emperadores.

Constancio, que era un avezado diplomático, se buscó una buena cobertura sellando la paz con Sapor, rey de los persas. Conseguida ésta, marchó contra sus tres rivales con el resultado de que, habiendo capitulado Vetranio, logró vencer a los otros dos y volvió a unir los restos del imperio romano bajo su rege-
gencia.

Montanelli lo define como un “solitario y receloso, melancólico y taciturno, sin impulsos, carente de calor humano, sin vicios ni abandonos. En muchas cosas se asemeja a Felipe II de España y a Francisco José de Austria.”

Henrik Ibsen lo ha descrito magistralmente, en el principio de su doble drama “Emperador y galileo”.

¿Qué se haría de ese inmenso imperio a su muerte? Esa era la gran preocupación que torturaba a Constancio. Fue entonces cuando recordó que todavía vivían en Capadocia dos sucesores del gran Constantino: Galo y Juliano. Al principio, nombró César al mayor de ellos, Galo, que impuso un régimen de terror en los dominios que le fueron confiados. Constancio reaccionó, obligándole a presentarse en Milán, donde lo hizo ajusticiar. Juliano quedó como único sucesor de la estirpe de Constantino el Grande; el emperador desconfió de él durante algún tiempo, pero terminó confiándole las provincias occidentales del reino, donde los alzamientos se alternaban con los asesinatos. Juliano no tardó en convertirse en un capacitado general, que volvió a imponer el poder imperial en Britania y en las Galias. Cuando Constancio le pidió una parte de su ejército para hacer frente a la guerra que mientras tanto había vuelto a entablar con Sapor, las tropas nombraron augusto a Juliano. A partir de aquel momento, la guerra entre Juliano y Constancio estaba latente —lo que ya comentamos brevemente en el capítulo II— pero no llegó a estallar porque Constancio, ya moribundo, acabó aceptando el nombramiento de Juliano.

Ya hemos hablado del carácter de Juliano y su intento en volver a implantar el paganismo, por lo que sólo añadiré que su reinado únicamente duró veinte meses, a causa de que el emperador fue alcanzado por una flecha en una incursión bélica contra los persas. ¿Fue persa la mano que tiró esa flecha, o perteneció a un soldado cristiano de su propio campamento? Ibsen se decidió por esa última hipótesis, pero nadie ha podido probarla.

Valentiniano subió al poder tras un corto reinado de Joviano (363-364), que fue elegido por los soldados en cuanto Juliano dejó el trono vacante (363). Valentiniano decidió partirse el reino con su hermano Valente. Y esa definitiva partición que dividía el gran imperio romano en occidental y oriental, puso punto final a toda la política que había prevalecido hasta entonces.

De todas formas, y como ya anunciamos, vamos a echar un vistazo a los 110 años en los que Italia estuvo bajo la dominación romana —aunque sólo fuera de forma nominal—, por lo que la cultura romana aún disfrutaba de cierta preponderancia. Mien-

tras Valente gobernaba la Roma Oriental, Roma Occidental estaba regida por el joven Graciano —que sucedió en el trono a Valentiniano I— y a éste le sucedió Valentiniano II, cuando aún no había salido de la infancia. Las fronteras de ambos reinos se vieron amenazadas por diversos pueblos provenientes del Este.

En la imposibilidad de exponer brevemente los complicadísimos acontecimientos de esa época, me referiré sólo a los godos, vándalos y hunos.

Los godos se habían aposentado en Dacia (corresponde a la Rumania actual), que también habían dividido en un reino oriental y en otro occidental. Los hunos comenzaron por vencer a los godos orientales, y cuando empezaron a amenazar a los occidentales, los paganos huyeron a Transilvania, mientras que los cristianos pidieron asilo en el reino oriental de Roma, del emperador Valente, ofreciendo como compensación que se impondrían el deber de vigilar las fronteras. (Este punto es de suma importancia, por lo que ruego al lector que no lo olvide.)

Valente aceptó la propuesta, pero los nuevos acogidos no le proporcionaron ninguna satisfacción, e incluso se vio obligado a declararles la guerra, en la que acabó perdiendo su propia vida.

En esa época, Graciano contaba veinte años de edad. Se encontró ante una situación en la que hubiera podido volver a unir la Roma oriental con la occidental, pero la sola obligación de defender la Roma occidental en aquellos tiempos tan difíciles le daba un sínfin de quebraderos de cabeza, puesto que la mayoría de su población empezaba a mostrarse intranquila. Su co-regente, Valentiniano II, no era más que un niño, por lo que decidió nombrar un nuevo regente para la Roma oriental. Eligió al general Teodosio, que cumplió con su deber, manteniéndose fiel a la amistad que le unía con Graciano. Todo hubiera salido bien, si el imperio occidental de Roma no hubiera obligado a Graciano a enfrentarse con un nuevo rival, encarnado en la persona del gobernador británico, Magno Máximo (cuyo nombre, que significa “el mayor de los grandes” ya indicaba su manía de grandeza).

Graciano fue apuñalado, en una de sus estancias en París, por un asesino a sueldo de su rival. Entonces Magno Máximo ansió

la soberanía de la Roma occidental, con lo que obligó a Justina, madre del co-regente Valentiniano II, a huir con éste y con su hija Gala a la Roma oriental, donde pidió refugio a Teodosio. Este, que se enamoró de Gala, decidió enfrentarse con Magno Máximo, que fue hecho prisionero y decapitado en Panonia.

A raíz de estos sucesos, Roma oriental podía dominar la Roma occidental, pero Teodosio reconoció los derechos de su joven cuñado, Valentiniano II, y lo condujo a Milán, donde el emperador quedó dominado por el obispo Ambrosio. No debemos olvidar que a todas las luchas políticas —internas y externas— se unía la lucha religiosa, que incluía las luchas entre cristianos y las que éstos sostenían contra el paganismo. Pese a que el cristianismo fuese considerado como la religión del estado, el paganismo seguía subsistiendo. Roma era primordialmente pagana, pero incluso en la Nueva Roma, fundación de Constantino, todavía se levantaban, en medio de la infinidad de iglesias cristianas, dos templos paganos construidos por el mismo Constantino, dedicado el uno a los Dióscuros y el otro a la diosa Fortuna.

Cuando Constantino fundó la ciudad que debía llevar su propio nombre, sintió el orgulloso deseo de convertirla en la más bella de todo su imperio, por lo que recogió todas las obras artísticas del imperio romano para enviarlas a Constantinopla. Jacob Burckhardt llama a ese saqueo de su propio imperio “el robo cultural más nocivo de toda la historia”. Y sigue escribiendo: “Para aquellos que conocen el arte antiguo, no existe ninguna lectura más dolorosa que la descripción de las obras artísticas que fueron llevadas a Bizancio, por orden de Constantino, y que habían de ser totalmente destruidas durante la cuarta cruzada.”

Es preciso mencionar la contraposición entre Bizancio y Roma, para que no exista duda de que la fisonomía de Roma era esencialmente pagana incluso a finales del siglo IV. Y no olvidemos que las construcciones del siglo III no dejaron de idealizar en su mayoría las ideas y directrices paganas. Encontramos entre ellas las innumerables termas (las de Caracala, de Alejandro Severo, de Decio, de Filippo, de Diocleciano y de Constantino), el templo al sol de Aureliano, los foros imperiales, los circos y las basílicas de Majencio, veintiocho bibliotecas, los teatros

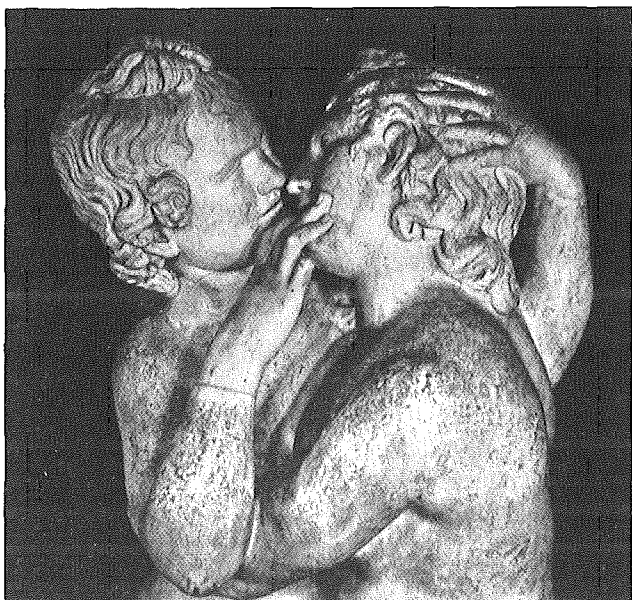
y los anfiteatros, más de treinta arcos de triunfo en mármol (de los que sólo podemos admirar tres en la actualidad) y los diecinueve acueductos (de los que sólo podemos ver algún que otro arco aislado, en las cercanías de Roma).

Jacob Burckhardt dice sobre la Roma del siglo IV, que todavía se levantaba en toda su magnificencia:

“No cabe duda de que la imagen de la Roma de entonces permanecerá en la historia como algo único, porque no ha vuelto a producirse una tan grande ansia por la belleza —despertada por los griegos—, que emplease tantos medios externos para su interpretación ni que sintiera con tanta fuerza la necesidad de la magnificencia que inspiraba la vida de esa época.”

Y ese mundo, ese reino milenario, reposaba en el año 390 en manos de un niño dominado por Ambrosio, obispo de Milán.

Entonces sucedió algo muy extraño: el moribundo paganismo encuentra aliado en un cabecilla germano, el franco Arbogast, a quien le repugna que el emperador deba besar el anillo del



Amor y Psique; museo Capitolino, Roma

obispo, y ordena asesinar al muchacho y nombra emperador al canciller Flavio Eugenio, que se mostró tolerante con ambas religiones.

Teodosio hubo de actuar de nuevo, pero la batalla estuvo esta vez primordialmente en manos de ejércitos germanos; mientras que los francos luchaban por la Roma occidental, bajo la protección de *Júpiter*, los godos, mandados por Alarico, combatieron por la Roma oriental, bajo la protección de Jesús. Y de nuevo —como en el puente mílvido— venció la cruz. Teodosio logró entrar triunfalmente en Milán, donde murió de hidropesía.

Desdichado destino de un imperio, amenazado desde fuera por todas partes y que encima tuvo que soportar la subida al trono de dos niños: Arcadio, un muchacho de dieciocho años, obtuvo la regencia de la Roma oriental (395) y Honorio, que sólo tenía once años, de la Roma occidental.

A partir de ese momento, los nombres de los emperadores de la Roma occidental carecen en absoluto de importancia, porque mandaron con menor autoridad que los reyes europeos de la actualidad, que incluso están obligados a pedir permiso al parlamento para contraer matrimonio. El verdadero dominio del imperio, en el siglo V, estaba en manos de los cabecillas germanos, que no exteriorizaban su fuerza, limitándose a mandar los ejércitos durante todo el siglo V, porque todavía sentían un respeto ancestral, ante el solo nombre de emperador de Roma.

Como nadie recompensó a Alarico y a sus godos por la victoria sobre los francos, decidió marchar contra Constantinopla, pero fue desviado hasta Grecia. El cabecilla de los vándalos, Estilicón, se enfureció por esa misma causa, pero la Roma oriental selló un pacto con Alarico y lo instigó contra Italia. Estilicón pensó entonces que también le convenía aliarse con Alarico, con el solo fin de salvar el imperio romano, pero los italianos se olvidaron de los muchos servicios que les había prestado ese general y dieron orden de asesinarle. Montanelli escribe al respecto:

“Fue tal vez el más estúpido, innoble y catastrófico de los delitos que se hayan cometido en el nombre de Roma. Que no sólo privó de su mejor servidor al imperio, sino que hizo compren-

der a todos los bárbaros que aún le eran fieles, en qué se había convertido.”

Alarico marchó sobre Roma, que ni siquiera se defendió y que salió relativamente bien parada de la situación, al declararse “ciudad abierta”. Lo narrado ocurrió en el año 410. Pero Roma tuvo su merecido 45 años después cuando los vándalos, el pueblo de Estilicón, la atacaron desde el mar. Arrasaron y desvalijaron la ciudad en tal forma, que actualmente todavía se emplea la expresión “acto de vandalismo”, para definir cualquier clase de acción salvaje contra la cultura.

Las luchas entre los cabecillas germanos siguieron ensangrentando Italia hasta el año 476. Todavía nos quedan por mencionar dos acontecimientos de importancia: la batalla de los campos cataláunicos, junto a Troyes, en la que los godos vencieron a los hunos en el año 451, como aliados del reino romano, y la marcha del rey huno sobre Roma, en el año 452. El Papa León I le salió al encuentro con una delegación de senadores, y le hizo desistir de la idea de ocupar la ciudad.

Rómulo Augusto fue el último emperador romano, que subió al trono en el año 475; más tarde fue llamado Augústulo, para diferenciarlo del fundador de Roma. Fue derrocado en el año 476 por el cabecilla germano Odoacro. Con él se hizo una excepción, porque no murió asesinado, sino que le enviaron a Nápoles, e incluso le otorgaron una pensión, lo que ha de ser considerado como una prueba de humanización de las costumbres. En un principio, reinó Odoacro como gobernador del emperador de la Roma oriental, pero en el año 492 tuvo lugar la toma del poder por los germanos, y Teodorico, el godo oriental, se hizo coronar rey de Italia, después de vencer a Odoacro. La Roma oriental volvió a levantarse en un nuevo esplendor, aunque sus directrices espirituales, que hoy llamamos bizantinismo, no disfruten actualmente de muy buena fama.

Los verdaderos motivos del desmoronamiento

Al volver sobre el tema de la decadencia de Roma, precisamente en este momento en que nos acercamos al final del libro,

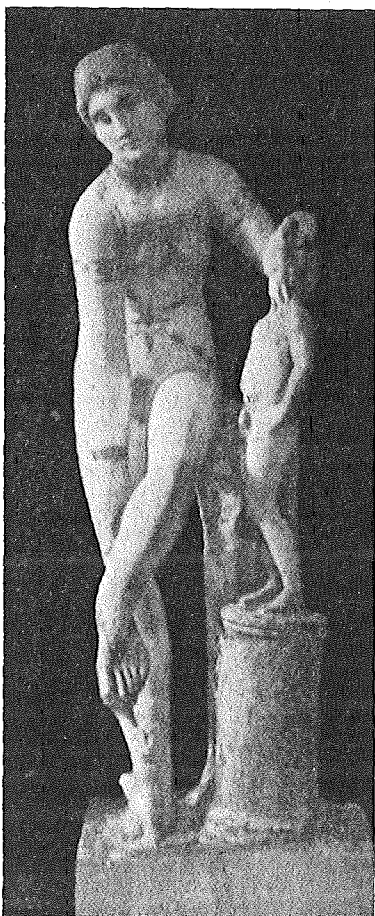
tema que es en realidad la meta y el motivo de nuestra historia de las costumbres de los tiempos imperiales, no puedo dejar de formularme la pregunta: ¿Fue intuido el hundimiento por los contemporáneos romanos? Considero conveniente hacer notar que los hombres de la antigüedad tenían plena conciencia de la versatilidad de la historia humana (posiblemente, mucho más acusada que la nuestra). Y ése fue el sentimiento que obligó a pronunciar a Escipión el Joven, sobre las ruinas de Cartago, las palabras de la "Ilíada": "Un día se hundirá la orgullosa Ilión, el mismo Príamo y el pueblo del rey hábil con la lanza."

El escritor Polibio nos afirma que el vencedor pensó en el futuro de su propio imperio al pronunciar esas palabras, y dictamina: "El hombre que en la cima del triunfo y ante la desgracia del enemigo es capaz de pensar en la mutabilidad de la suerte y la versatilidad del futuro, da muestras de privilegiado intelecto."

Más tarde, varios escritores hablan de ciertos síntomas de decadencia. Veleyo Patérculo, contemporáneo de Tiberio, observó un retroceso en la retórica, en la escultura y en la pintura, que le hizo temer una posible caída. Tácito se lamenta de la abulia demostrada por la juventud con respecto al arte retórico y la incomprensión de los padres y de los maestros ("*De oratoribus*, cap. 28).

El escritor Floro, que vivió al final del siglo II de la era cristiana, ya desarrolló ciertas ideas usadas en nuestro tiempo por Spengler, como base de una obra en dos tomos "La decadencia de Occidente". Todos los pueblos viven la infancia, la adolescencia, la madurez y la vejez de sus hombres, y digo esto porque Floro considera la época de los reyes etruscos, como la infancia de los romanos; la época de la conquista de Italia, como su adolescencia; el último período de la república, hasta Augusto, como la madurez, y la época de los restantes césares, como la vejez. Pese a que esa obra, y su ingeniosa biología, nos parezca muy bella, Floro se equivoca, puesto que esos paralelismos no obedecen a leyes naturales, sino a una simple comparación. Y aunque pueda decirse mucho en favor de esa biológica idea, en cuyo desarrollo Spengler empleó dos volúmenes, también puede decirse mucho en su contra.

Zósimo se ocupa de la decadencia de la antigüedad, y al bucear en sus orígenes nos expone su opinión de que la culpa de todo estriba en el abandono del paganismo y la aceptación del cristianismo. Zósimo lo fundamenta en los diálogos entre el emperador Teodosio y el senado: “Teodosio reunió al senado, que hasta ese momento se había mostrado adicto a las tradiciones de sus antepasados y se negaba a unirse a los que se inclinaban a rechazar a los dioses antiguos. Teodosio les exhortó, en un discurso, a que se desdijesen de los errores aceptados hasta



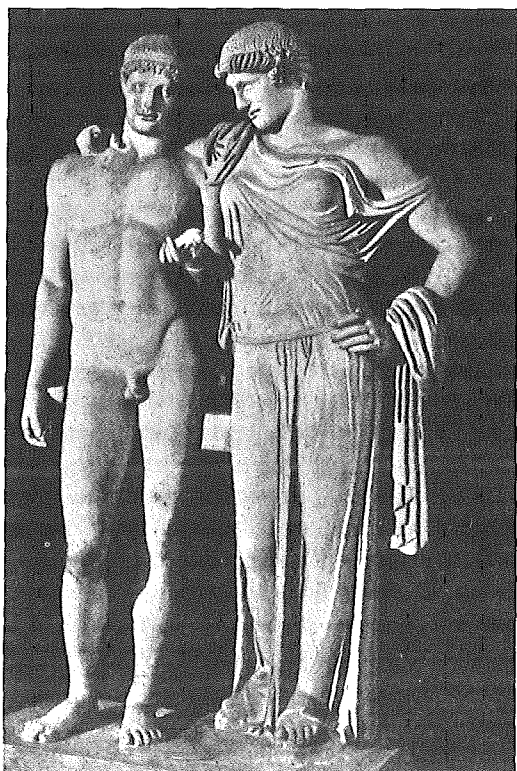
Venus llamada “del bikini” ; Pompeya

entonces —tal como los llamaba—, para abrazar las creencias cristianas, que les ofrecían el perdón de todos los pecados. Pero nadie se dejó convencer por sus palabras y nadie consintió que le obligasen a renegar de las costumbres y creencias que habían sido transmitidas de generación en generación desde la fundación de la ciudad, y en las que creían ciegamente. Llegaron incluso más lejos y dijeron que precisamente por haber permanecido fieles a esas costumbres consiguieron mantener incólume la ciudad durante 1 200 años, pero que si aceptaban el cambio de su religión, no se consideraban capaces de prever los resultados. Y Teodosio les contestó que los gastos exigidos por los servicios religiosos y los sacrificios eran una carga demasiado pesada para la economía del estado, porque el ejército exigía un aumento de presupuesto. Y el senado respondió a sus palabras que los sacrificios no se celebrarían en la forma debida en el caso de que la caja estatal no se hiciera cargo de su coste, por lo que se abolió el decreto de los sacrificios, y todo lo que les había sido legado como una herencia por sus antepasados cayó en el más negro de los menosprecios. El imperio romano, que ya estaba debilitado a causa de sus divisiones internas, se convirtió en una presa fácil de los bárbaros, e incluso llegó al extremo de perder casi totalmente a sus habitantes en una desolación tan completa que apenas se reconocían las ciudades en los lugares en donde se habían levantado.”

En los tiempos del desmoronamiento del imperio romano, notaron los síntomas innumerables contemporáneos. Buscaron sus causas, pero desgraciadamente las indagaciones no se buscaron en fuentes fidedignas, y debemos comenzar de nuevo. Todo el mundo parece aceptar que Roma se hundió por su libertad de costumbres y su despreocupación total frente a las aberraciones sexuales, añadiendo que sólo el cristianismo pudo poner un cierto orden en ese caos a través de sus severísimas prohibiciones. Sin embargo, los escándalos que tenían lugar en el seno de las familias de algunos césares, pueden ser considerados como una expansión de las diferencias sociales, cada vez más acentuadas y que terminaron por conducir a la idea de que la riqueza no admitía ninguna clase de trabas ni limitaciones, ni siquiera las sexuales. Debemos añadir a ello

la soberbia y la locura cesarianas, que barrió todos los conceptos hasta entonces considerados como privativos de unas cuantas estirpes.

En la Francia del siglo XIX hombres como Emile Lavaley, Maurice Lewandowski y Paul Voilet ya manifestaron que la república romana del siglo II antes de Jesucristo (o sea, en el 6.º siglo de su existencia), fue sacudida por una crisis social, originada por el hecho de que la tierra había ido a parar a manos de un puñado de ricos, mientras que la masa se iba depauperando poco a poco. Los Gracos procuraron mejorar ese mal a través de unas drásticas reformas sin precedentes, pero no consiguieron sus propósitos.



Orestes y Electra; S. I a. J.C.

Durante los tiempos de la época imperial, aún se agrandó el abismo que separaba a los ricos de los pobres, con el resultado de que muchos ricos se sirvieron de la corrupción política y de su superioridad de medios para enriquecerse aún más, por lo que, en primer lugar, el hundimiento de Roma se debió a las cuestiones económicas.

El punto de vista de los primeros escritores cristianos, encariñados con la idea de que la corrupción de costumbres fue el único motivo del desmoronamiento del mundo antiguo, todavía tiene sus resonancias en nuestros días, como observamos en los escritos de Carl Schlichtegroll, que nos dice:

“No puede considerarse un milagro que un pueblo cargado con el lastre de sus pecados y con el recuerdo de las crueldades de las que dejó testimonio en sus conquistas de Grecia, Cartago, España, Galia, Egipto, Asia y Germania, se inclinase ante la aparición de elementos nuevos. Los hombres y las mujeres que componían ese pueblo no conocían las delicadezas del amor, limitándose a aceptar la simple lujuria y el dios de la satisfacción de su inconmensurable egoísmo; no poseían ninguna clase de ideal puro y elevado; carecían de la disposición más elemental hacia el sacrificio personal, y convirtieron el estado y cualquier otra clase de actividad en el vehículo de sus más cerradas ambiciones personales; ese pueblo, lógicamente, fue barrido por la Némesis, y las culpas de los padres hubieron de ser purgadas por las generaciones que les sucedieron.”

El autor de esta obra es un gran simplificador, por creer que puede fundar los hechos que dieron lugar a un acontecimiento tan complicado como el desmoronamiento de Roma en un solo motivo simplista. Porque la corrupción de costumbres no fue una causa, sino una consecuencia de la decadencia.

Poulsen fue el que mejor comprendió ese acontecimiento (ya hablamos sobre dicho escritor en este libro), a través de los estudios que hizo sobre los motivos que llevaron a la primera guerra mundial:

“La culpa no puede ser achacada a las mujeres austríacas, sino a los diplomáticos austríacos.”

¡Y lo mismo puede decirse, sin dudar, respecto a la Roma antigua!

Quien desee conocer un estudio profundo acerca de la influencia que tuvieron los factores económicos en el hundimiento de Roma, debe utilizar el concienzudo trabajo de Max Weber "Los motivos sociales de la decadencia de la cultura antigua" (Berlín, 1924), obra en la que el autor nos expone muy claramente el desarrollo económico de Roma y, al final de su escrito rechaza expresamente la teoría de que el lujo y la corrupción de costumbres de las clases sociales más elevadas, la emancipación de la mujer romana y la disolución matrimonial, fueran los motivos primordiales que carcomieron los puntales de la civilización de la antigüedad. Weber dice en su obra:

"Procesos de mucha más importancia que el comportamiento individual fueron los verdaderos causantes del hundimiento de la civilización antigua."

Antes de presentar la sistematización de los diferentes motivos, es preciso hacer mención de otra clase de grandes simplificadores, que se obstina en culpar a los bárbaros de la desaparición del imperio romano. Por ejemplo, Pierre Grimal escribe en su "Historia de la cultura romana": "El imperio romano quebró a causa de la invasión germana. Como carecía de fuerzas para renovarse, convirtió sus provincias en infinidad de pequeños reinos."

No, no podemos hacer cargar con toda la culpa a los bárbaros, y menos todavía a los germanos. Las verdaderas causas de la decadencia, sólo pueden ser consideradas como una coincidencia de circunstancias altamente complicada, de la que deseamos exponer al menos unos cuantos factores, con el fin de demostrar una vez más, que la corrupción de costumbres no fue más que una consecuencia, y no llegó nunca a constituir la causa.

Causa 1.º: las migraciones

Ya hablamos de los complicadísimos acontecimientos, motivados por las migraciones de los pueblos provenientes de oriente, y mencionamos a godos, vándalos y hunos, que consideramos como los representantes más importantes de ese gran movi-

miento étnico. Estimo que ese primer factor es tan importante, como para justificar la cita de algunos trozos de los estudios de H. G. Wells, que al estar dotado de las cualidades indispensables para investigador de temas científicos e históricos, y ser al mismo tiempo un gran escritor, capta magistralmente ese importantísimo suceso y sabe, a su vez, cómo clasificarlo y ordenarlo:

“No cabe duda de que la marcha hacia occidente de un pueblo de nómadas como los hunos se basó en dos motivos primordiales. El primero de ellos fue la estabilización del gran imperio de China, su expansión hacia el norte y el aumento de su población en la época dorada de la dinastía Han. El otro, debe ser indagado en las variaciones climatológicas... Y encontramos los motivos restantes, en la situación de inestabilidad por que pasaba el imperio romano, su miseria económica, su corrupción interna y la disminución de su población. Los ricos de la república tardía y los impuestos creados por los emperadores-soldados, exprimieron su fuerza vital. Los hunos se encontraron frente a una situación muy propicia, que acrecentaron sus medios y sus oportunidades... No cabe duda de que el siglo V fue el siglo de los hunos. Los primeros hunos que pisaron suelo italiano, constituían una simple banda a sueldo del vándalo Estilicón, el dominador del príncipe Honorio. No tardaron mucho en tomar posesión de Panonia, el nido que los vándalos habían dejado vacío. La segunda cuarta parte del siglo V, ofreció a los hunos un gran cabecilla: Atila... Los hunos se dedicaron a toda clase de incursiones bélicas y saqueaban las ciudades conquistadas, pero nunca se estacionaron en un lugar determinado. Unos años más tarde, Atila se convirtió en el terror del emperador Teodosio, porque sus ejércitos irrumpieron en sus dominios y los saquearon a conciencia, llegando incluso ante las murallas de Constantinopla. Gibbon nos informa de que saquearon y arrasaron unas setenta ciudades de la península balcánica.

Teodosio compró su libertad por medio del pago de tributos, procurando también librarse de su enemigo, enviándole emisarios para que lo asesinaran. En el año 451, Atila prestó su atención al imperio romano de habla latina, arrastrando a las Galias en su guerra, con el resultado de que casi todas las ciuda-

Medallón de oro con el retrato del rey ostrogoto Teodorico el Grande



des del norte de las Galias quedaron totalmente destruidas. Ello originó una unión entre los francos, los godos occidentales y las fuerzas imperiales, que consiguieron vencer al invasor en los campos cataláunicos, en un gran combate que tuvo lugar en un inmenso campo de batalla y costó la vida a un gran número de hombres —se dice que su cifra oscila entre ciento cincuenta y trescientos mil—. El rudo golpe obligó a Atila a marcharse de las Galias, aunque siguiera disfrutando de sus gigantescas fuerzas militares. Al año siguiente llegó a Italia a través de Venecia, incendió Aquileia y Padua y saqueó la ciudad de Milán... Atila murió inesperadamente en el año 453, después de una gran fiesta organizada para celebrar su matrimonio con una mujer muy joven. Su fallecimiento motivó la dispersión de las hordas que había reunido en torno a su persona. A partir de entonces los hunos desaparecieron de la historia como tales, porque se mezclaron con los pueblos arios que los rodeaban. Pero sus incursiones acabaron de disolver el imperio romano de habla latina.”

La exposición de Wells nos muestra claramente que la incursión en Europa de los hunos, que arrastró consigo a pueblos enteros, no tuvo nada que ver en un principio con el imperio romano, lo que no impide que contasen con una gran ventaja en una gran desgracia para los romanos, puesto que Roma había alcanzado el mayor grado de su debilidad. La versátil Fortuna parecía haber decidido que Roma sólo tuviera enemigos débiles en los tiempos de su mayor fuerza (Egipto incluso buscó la protección de Roma; las repartidas Galias se dejaron

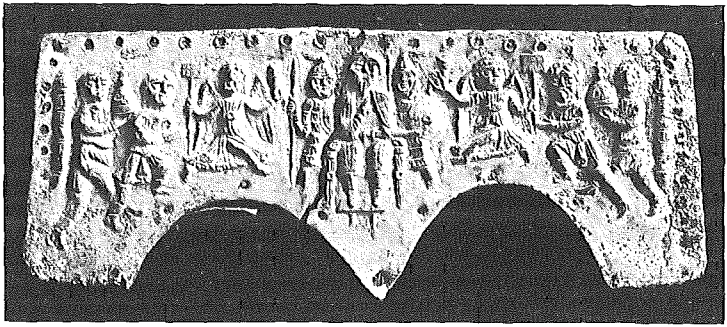
vencer; Cartago, en calidad de potencia naval, no tenía intenciones de atacar a Roma, sino que fue Roma quien se negó a aceptar la competencia).

Pero en ese siglo V —que Wells llama “el siglo de los hunos”— Roma se vio obligada a enfrentarse con enemigos poderosos y “recién nacidos”, a los que no pudo resistir el imperio, por encontrarse desangrado a causa de las luchas internas y de su inmenso déficit económico.

¡Pese a ello, no creo conveniente que simplifiquemos las cosas! Porque ese proceso, también puede definirse como complicado y múltiple. Existían pueblos, como los godos, que atacados por los hunos se ampararon bajo la protección de Roma. Los romanos fueron ayudados por los godos (y por los francos) en la batalla de los campos cataláunicos para rechazar a los hunos, con lo que obtuvieron una tregua para el mundo antiguo, permitiéndole el disfrute de la paz y la vida, tal como nos dice Jacob Burckhardt.

Pero junto a esos movimientos masivos también se originaron los individuales, que no debemos olvidar. Muchos emigrantes se fueron aposentando en Italia para trabajar como *coloni* o *foederati*. Engrosaron los ejércitos y ofrecieron un gran número de capacitadísimos cabecillas. (Los vándalos lucharon a las órdenes de Estilicón y los godos fueron mandados por Odoacro, y más tarde por Teodorico.) Incluso un emperador como Probo, concibió la esperanza de renovar y reforzar su ejército con los bárbaros”. Con lo que probamos que los bárbaros no fueron siempre enemigos del imperio romano sino que en ocasiones llegaron a defender la ciudad de Roma, lo que determinó que cuando Alarico se posesionó de la ciudad en el año 410, prohibió a sus gentes que la saquearan. Sin embargo, también es cierto que muchas zonas del reino occidental debieron enfrentarse con una “extranjerización”.

Resumiendo: el motivo más importante del desmoronamiento del mundo antiguo fue un suceso con el que nada tenía que ver el imperio de Roma; me refiero a la infiltración de pueblos extranjeros, que en parte buscaban una patria nueva y en parte llegaron a Roma como ejército extranjero, entregado al saqueo. Pero en ambas circunstancias, y en la mayoría de los casos, se originaba una asimilación, y pese a que gran número de escri-



Placa frontal de un yelmo longobardo de hacia el año 600

tores afirmen que “los germanos destruyeron la civilización romana”, también existen otros que escriben que “los germanos salvaron la civilización romana”. Todo depende del siglo a que se refieran, y será verdad lo primero si hicieron mención al III o al IV o lo segundo si hablan del V o del VI. Si observamos el desarrollo de los principios de la edad media, constataremos que la situación es muy diferente. Refiriéndose a ese período Henri Pirenne nos dice: “las migraciones de los pueblos germánicos no pudieron destruir la civilización mediterránea”.

“La civilización desarrollada hasta aquella época —tanto desde un punto de vista económico, como social o lingüístico— quedó ligada para siempre a la herencia romana.”

Pirenne, el gran historiador, llega por lo tanto a diferente conclusión que la de aquellos investigadores que se limitaron a estudiar los tiempos imperiales. Y como su estudio se extiende a toda Europa afirma: “El Islam fue el único causante de la desunión europea.”

Causa 2.ª: el desarrollo económico.

Acabamos de mencionar los estudios de Maurice Lewandowski y de Max Weber y hemos dicho que ambos intentaron aclarar los motivos económicos de la decadencia. En su mencionada obra “Los motivos sociales de la decadencia de la civilización

antigua”, Max Weber se basa primordialmente en el hecho de que la civilización antigua no fue más que una “civilización de esclavos”, y cree que sólo puede ser comprendida, desde un punto de vista económico, si se la estudia en conexión con esa idea. Sus guerras no se basaron ni en las ideologías ni en la política, sino en la caza de esclavos. Al agotarse la mercancía se originó una situación que puede ser comparada con las consecuencias que tiene el agotamiento de una mina de carbón sobre los altos hornos. Los campos de cultivo se echaron a perder por falta de hombres que los cuidaran, con el resultado de que se formó una clase social obligada a trabajar la tierra, que partió de la economía natural y terminó en una economía esclava, acabando su ciclo en una nueva economía natural. Entonces, el país que ya se veía empobrecido, fue más exprimido todavía por la recaudación de las sumas que precisaba el ejército, igual que se exprimen actualmente los pueblos de muchos estados para las instalaciones de armas atómicas y de cohetes espaciales. Roma puede mostrarnos adónde conducen semejantes situaciones.

Causa 3.^a: catástrofes naturales.

Al hablar de Marco Aurelio, ya hicimos mención de la epidemia de peste que estalló bajo su gobierno, y que duró un decenio y medio (167-180). A ésta le sucedió otra epidemia, desde 252 hasta 267, que no perdonó ni un solo rincón del imperio, hasta despoblar muchas ciudades.

Burckhardt escribe al respecto: si añadimos a ello las continuas luchas internas por el trono, y las guerras externas contra los bárbaros, no es de extrañar que las consecuencias fueran una desolación total, la pérdida de todas las cosechas, y por lo tanto el hambre, cuya desdicha fue agravada en forma paulatina por la enfermedad”.

Burckhardt cree observar un afeamiento de la raza en las pinturas, monedas y túmulos funerarios de la época. Nos informa al respecto: “En todas las imágenes de ese tiempo, constatamos, en parte una fealdad natural, y en parte, una extraña constitución enfermiza, escrofulosa y degenerada.”

La historia de las costumbres es, sobre todo, una ciencia comparativa. El hecho ya fue reconocido por Ludwig Friedlaender, que en muchos pasajes de su "Historia de las costumbres de Roma", hace comparaciones entre las apariencias antiguas y las modernas, introduciéndolas entre sus estudios. Por lo que pido permiso para mencionar la fealdad de las personas de nuestra época, que todo observador imparcial halla cuando visita alguna sala de antigüedades y compara las estatuas antiguas, de indiscutible belleza, con los visitantes modernos que ocupan las salas.

Las catástrofes naturales de la antigüedad, fueron complicadas por la aversión que sentían las romanas a la idea de concebir hijos, que ocasionó que la época imperial viese la extinción de las familias de los tiempos de la república. Y aun debe añadirse que tanto los infanticidios como los abortos estaban a la orden del día... Esos hechos constituyen el único factor que nos muestra una cierta influencia de las costumbres sexuales sobre la evolución y decadencia del imperio romano.

Causa 4.^a: cambios de carácter acompañan a la decadencia física.

El peor acontecimiento de la vida de un pueblo es la súbita pérdida del sentimiento de la tradición. Los hombres se esfuerzan durante generaciones enteras en mantener o conseguir la apariencia de la belleza en las formas, en seguir las costumbres que exigía la convivencia, en ser fieles a sus fiestas y representaciones teatrales, y a su vida religiosa. Y de pronto, todo queda abandonado como si acabara de irrumpir entre ese pueblo el bacilo de la estupidez; todo entonces se desintegra, se corrompe y desaparece. Creo que el mejor ejemplo de la desintegración de las tradiciones en el alma romana, es la amalgama de obras recogidas en el arco de Constantino que nos muestra una despreocupación total por el respeto a las antiguas directrices. Y lo mismo puede decirse respecto a los restantes ámbitos de la vida espiritual que reinó en la antigua Roma. ¡Cabe la posibilidad de que esos factores no hubieran llamado tanto nuestra atención, si la actualidad no mostrase unas tendencias parecidas!

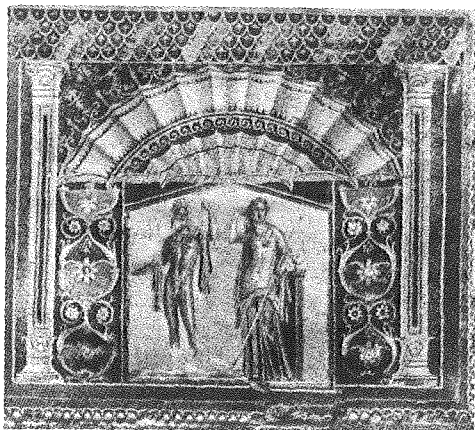
Burckhardt ha dicho sobre la arquitectura, escultura, pintura y literatura de esos tiempos “que fusionan una pobreza interior con una exageración en las formas”. En todas esas artes se comprueba “que el sentido de la simplificación, ha quedado completamente relegado”, porque se muestra demasiada preferencia por la decoración y por la exageración en los dorados. El predominio de formalismos sobre las ideas y la victoria de la forma sobre el contenido, puede ser muy bien observado en los sarcófagos de porfirita de Helena y Constancia (madre e hija de Constantino), cuya sola reparación, dirigida por Pío VI, empleó a veinticinco hombres que trabajaron en ella durante nueve años seguidos, lo que nos ayuda a imaginar el gran trabajo que debió costar su fabricación inicial.

“Ni la representación del desfile de caballeros, ni la reproducción de los genios elaborando el vino, ofrecen valor artístico.” La representación de las deidades estropea sus “bellas personalidades antropomorfas”. También se demuestra una inclinación por lo monstruoso y por las estatuas gigantescas. Burckhardt basa esa decadencia del arte en la variación de los gustos y cierra sus comentarios con la frase “durante muchos siglos el arte estuvo completamente dominado por sus temas y apenas pudo vivir sus leyes internas, y por ello quedó quebrada una de las afirmaciones más fuertes de la ideología de los antiguos”. Y algo parecido sucedió con la literatura. Desempeñaron un papel muy importante los “Centones de Virgilio”, el empleo de algunos de sus versos para la composición de nuevas poesías. Incluso proliferaron las poesías cuyos versos representaban una figura, como por ejemplo un altar, un órgano o una flauta pastoril. Y también se producían versos anaclicicos, que podían ser leídos de delante atrás y de detrás adelante. Con el resultado de que los virtuosismos reemplazan al verdadero arte.

Causa 5.^a: la decadencia.

Rogamos al lector que recuerde las reflexiones de Zósimo, sobre las que procuraremos exponer la situación religiosa. Las creencias religiosas de los romanos no fueron, en un principio, iguales a las de los griegos. Pero a medida que fue pasando el

Neptuno y Anfítrite; mosaico mural de la casa de Neptuno y Anfítrite, Pompeya



tiempo, se originaron ciertas similitudes, hasta que finalmente Júpiter fue igual a Zeus, Juno a Hera, Venus a Afrodita. Las influencias supersticiosas de un principio, en las que el elemento fálico jugó un papel de gran importancia— como demostramos anteriormente— fueron perdiendo su poder, hasta convertirse en objeto de sátiras y críticas.

La vida en general también perdió su orientación religiosa. Vamos a intentar aclarar las cosas, basándonos en un pequeño ejemplo: el creyente reza una oración antes de sentarse a la mesa, en la que agradece al Señor su frugal colación. En cambio el que no cree sacia su estómago sin molestarse en agradecer los manjares a una fuerza superior (en todo caso piensa en su cuenta corriente, o si está en condiciones de pagar los impuestos...) Ese desasimiento de la religión nos conduce, igual que entonces, a un abandono de las tradiciones. Como es de suponer, el cristianismo procuró poner remedio a esa situación, que no podía pasar ignorada, pero en un principio sólo consiguió aumentar las querellas y agrandar las resquebrajaduras. Tampoco debemos pasar por alto que el cristianismo sólo estuvo en disposición de desarrollar sus beneficiosos efectos después del hundimiento del mundo antiguo, legándonos una herencia de indiscutible valor, al conservar la lengua latina, la literatura y el derecho romano, junto con su inapreciable filosofía, y la doctrina de los Evangelios.

Causa 6.^a: el desarrollo político.

La desastrosa política de emperadores incapacitados debilitó el poder central, con la consecuencia de destruir el equilibrio entre el emperador y el senado. La situación varió porque los generales consiguieron dominar al emperador invirtiendo el orden natural del poder, incluso decidiendo su elección. Al producirse ese cambio de situación, el método con que Roma dominó a los pueblos que conquistaba, terminó por volverse contra su propio reino. Finalmente ya no se podía seguir el principio *divide et impera*, porque la misma Roma fue dividida y dominada.

Causa 7.^a: el exceso de creencias supersticiosas.

No sucedió, como muchos creen, que el mundo de los dioses antiguos desapareciese sin más ni más, y que el cristianismo emergiera a continuación de las catacumbas. Tampoco se produjo un entreacto entre ambas religiones, como supuso Flaubert. Creo que fue Heinrich Heine el que mejor conoció el problema, de una importancia tan decisiva, porque su propia emigración elaboró en su mente la comprensión de la emigración de los dioses. O por lo menos así lo dejó dicho dando constancia de su sentido del humor, en su obra "Dioses en el exilio". Al igual que se cerró un ciclo económico (idea que ya apuntamos al hablar del motivo segundo) sucedió con el ciclo religioso, puesto que los dioses habían surgido de entre las creencias demoníacas, para convertirse a su vez en demonios después de la victoria del cristianismo.

Heine escribe: "Hablo... aquí... de la transformación en demonios que sufrieron los dioses grecorromanos, cuando el cristianismo llegó a la hegemonía religiosa mundial. El pueblo siguió creyendo en la existencia de dioses, y la aceptación común de su presencia favoreció los puntos de vista que exponía la doctrina de la Iglesia, que no aceptaba a los dioses paganos como simples quimeras —como hicieron los filósofos— ni como hijos de la mentira y del error, sino como espíritus malignos y oscuros que fueron arrancados a las cumbres luminosas de su

poderío a causa de la victoria de Cristo, por lo que eran obligados a deambular errantes por la tierra merodeando por los rincones oscuros de las ruinas de sus templos y las espesuras de los bosques que encantaron, con el fin de atraer a los pobres cristianos que se introducían en ellos, gracias a sus artes demomíacas fundadas en el placer de los sentidos, en la belleza y en bailes y cantos lujuriosos.”

Aun extendiéndome más en esos pensamientos, vale la pena de mencionar las frases finales de Heine en su obra “Dioses en el exilio”, en las que el poeta se mofa sangrientamente del que fue padre de todos los dioses: “Los oscuros roedores tampoco respetan las grandezas de la tierra, y los mismos dioses están obligados a terminar sucumbiendo. Esa es la ley del férreo destino, ante el que incluso debe inclinarse el más fausto y el más alto de los inmortales. El, que fue ensalzado por Homero y representado por Fidias en oro y marfil; él, amante de Leda, Alcmena, Selene, Dánae, Calisto, Jo, Leto, Europa, etc..., se ve obligado a ocultarse en las montañas heladas del polo norte, para seguir arrastrando su mísera existencia traficando con pieles de conejo, como un andrajoso saboyardo.”

Precisamente en los comienzos del cristianismo brota la erupción de toda clase de supersticiones; y las decisiones de los últimos emperadores como Diocleciano, Constantino y Juliano, se deben a influencia de la superstición más desatada, que nos resulta incomprensible. El milagro de la cruz que apareció en pleno cielo encaja magistralmente en un mundo en el que cada rayo despertaba un incontrolable temor, estrechamente relacionado con la superstición, en el que cada meteoro parece traer un mensaje de los dioses y en el que incluso el nombre de las personas y de los paisajes tiene un profundo significado místico.

Podríamos aún presentar otras causas como: el abandono de los héroes, que obligó a los hombres a sustituirlos por los santos; la desconsiderada lucha por el poder, enlazada con la corrupción social; la aparición de enemigos del espíritu romano, como Maximino; el ansia de satisfacer el deseo de placer cotidiano, aumentado por los tiempos inestables que traen consigo las guerras y las revoluciones.

Pero vamos a cerrar, después de haber demostrado, según creo, que la decadencia de Roma obedeció a un proceso muy complejo, que los motivos de ese hundimiento se han de buscar en la fusión de muchas causas y que ni siquiera puede precisarse el período de producción, que cada autor basa en puras convenciones.

Ya es bastante enseñanza saber que el mundo antiguo sucumbió; su caída puede advertirnos muchas cosas, pero yo creo que cada cual debe buscar las conclusiones por sí mismo y que no me considero ni obligado, ni capacitado para dictar unos preceptos válidos para prevenir o combatir la decadencia de los pueblos.

INDICE

Las cifras en cursiva remiten a una ilustración

- Adriano 10, 89, 96, 104 s., 105, 114 ss., 115, 136, 144, 147, 150, 155, 159, 161, 208, 223, 293 s., 302, 314 ss., 315, 334
- Alejandro Severo 134, 158, 228, 302, 321, 322
- Antinoo 117, 160, 294
- Antonino Pío 104, 119, 122, 143, 150, 158, 229, 316 ss., 317
- Augusto 9, 51 ss., 53, 126, 133, 149 ss., 165, 169, 172 s., 178, 182, 190, 192, 195, 200, 215, 220, 238, 241 s., 257, 305, 313, 342
- Aureliano 324 s., 338
- Ben Hur 243 ss.
- Británico 71, 150, 177, 179
- Bruto 30, 43 s., 52, 91
- Burckhardt 252 s., 321, 326, 338 s., 350, 352, 354
- Calígula 62 ss., 63, 79, 81, 91 s., 135, 146, 156, 158, 160, 182, 193, 231, 238, 243, 255, 257, 259, 268, 319
- Caracalla 240, 243, 273, 302, 305, 319, 338
- Catón 20, 22, 30, 296
- César 24, 125, 153 s., 166, 171, 182, 206, 240, 258, 265 s.
- Cesarión 42 s., 52 ss., 153, 167
- Cicerón 26, 44, 45, 118, 149, 198, 206, 242
- Claudio 55. 65 ss., 135, 140 ss., 146, 148, 162 ss., 176 ss., 212 ss., 269
- Cleopatra 14, 31, 34 ss., 39, 81, 118, 139, 149, 153 s.
- Cómodo 105, 122, 124, 128, 144, 147, 228, 243, 260, 318
- Constantino 128 ss., 330 ss., 331, 333, 338, 353
- Diocleciano 302, 305, 325 ss., 327, 338
- Dión Casio 70, 75, 136, 203, 272, 316
- Domiciano 94, 107 ss., 124, 137 s., 156 s., 160, 222, 240, 269, 273, 296, 304, 314, 319
- Estacio 94, 96, 113, 157, 160, 221
- Estilicón 340, 348, 350
- Faustina 122, 261, 286, 316 s.
- Ferrero 59, 165, 168, 183 s., 194
- Filipo el Arabe 239, 324, 338
- Friedlaender, Ludwig 7, 9, 78, 79, 81, 87, 95 ss., 102, 138, 141, 209, 218, 224, 227, 239, 272, 313, 317, 353
- Galba 76, 80, 108, 146, 155, 238, 279
- Galo 58, 128, 175, 336
- Germánico 55, 62, 65, 175, 182
- Heliogábalo 86, 107, 117, 157 s., 243, 302, 320
- Herculano 109, 208, 209, 209, 282, 306
- Herodes 48, 139, 154, 162, 308 s.
- Hirschfeld, Magnus 56, 107, 277, 292
- Horacio 152 s., 202, 222, 242, 270, 298 s.
- Julia 52, 55, 58 s., 152, 203, 221
- Julia Domna 112, 222, 319 ss.
- Julia Maesa 320 ss.
- Julia la Mayor 168 ss.
- Julia la Menor 172 ss., 288
- Juliano el Apóstata 120, 127 ss., 146, 151, 325 s., 330, 336
- Julio César, Cayo 14, 23, 26 ss., 27, 81, 91

- Juvenal 155, 201, 203, 205, 207 s., 210 s., 217, 219, 231, 242, 273, 278, 300
- Livia 52, 55, 57, 59, 105, 148, 162, 165 ss., 185, 282
- Majencio 131, 330 ss.
- Marañón, Gregorio 9, 55 s., 139, 166 ss, 170
- Marcial 103, 156, 160, 191, 198 s, 203, 206, 208, 214, 217, 222, 267, 296
- Marco Antonio 34, 43 ss., 139, 149, 158, 166, 206, 238, 262
- Marco Aurelio 109, 119 ss., 121, 134, 144, 147, 150, 155, 203, 228 s., 255, 258, 261, 282, 302, 316 ss., 325, 334, 352
- Mesalina 67, 141, 148, 162 ss., 168, 174, 176, 179 ss., 212 ss., 278, 300
- Montanelli, Indro 16, 29, 34, 43, 54, 60, 66, 69, 71, 76, 109, 117, 315 ss., 329, 335, 340
- Nerón 10, 69 ss., 79, 81, 92 s., 102, 107 ss., 124, 134, 137, 140, 142, 147, 149 s., 152, 155, 158, 160, 162, 177 s., 206, 210, 212, 267, 272, 278 s., 307, 255, 259, 262, 264, 221 s., 231, 238 ss., 313, 319
- Nerva 89, 154, 314 ss., Niña con Paloma 161
- Octavia 54 s., 71, 150, 182, 221
- Octavio 43 ss., 53, 165 ss., 185, 325
- Otón 94, 108, 146, 152, 158, 162, 262
- Ovidio 129, 172 s., 196, 102, 206, 208, 213, 215 s., 222, 236, 255, 270, 291
- Plinio el Joven 89 s., 94, 146, 150, 157, 191, 196, 206, 240, 273, 315 s.
- Plinio el Viejo 87, 109, 193, 215, 221, 218, 273
- Plutarco 22, 27, 32, 45, 94, 140, 156, 215, 223, 225, 272, 297
- Polibio 69, 140, 342
- Pompeya 93, 94, 96, 99, 102, 104, 109, 183, 209, 260, 262, 299, 300, 302, 306, 355
- Pompeyo 14, 25, 29, 31, 37 s., 81, 125 s., 132, 206, 266
- Poulsen, Frederik 109, 112, 122 s., 137, 168, 176, 192, 201, 216, 301, 346
- Propercio 190, 202, 209, 222, 310 ss.
- Ranke Graves, Robert von 10, 65, 67 ss., 141, 162, 179, 182, 186 ss.
- Roma 75, 282, 285
- Rómulo 13, 203, 282, 305
- Rómulo Augústulo 325, 341
- Schlichtegroll 73, 203, 231, 320, 346
- Séneca 69 s., 72, 87, 95, 147, 150, 153, 192, 199, 202, 205, 212, 218, 271, 273, 299
- Septimio Severo 96, 137, 158, 203, 222, 238, 318 s.
- Suetonio 61, 70, 75, 140, 202, 216
- Tácito 58, 61, 70, 75, 82, 139, 155, 177, 203, 214, 221, 273, 315, 324, 342
- Tertuliano 200, 205, 228, 267
- Tiberio 9 s., 5 ss., 61, 79 s., 110, 134, 139 s., 146 ss., 150, 152, 154 s., 161, 165 s., 170 s., 173, 182, 213, 259, 342
- Tito 89, 94, 107 ss., 112, 120, 132, 134, 150, 238 s., 269, 314
- Trajano 89, 94, 118, 136, 147, 155, 158, 238 ss., 267, 314 ss., 334
- Tweedsmuir 9, 17, 46, 50, 54, 149, 152 s., 325
- Valente 148, 336 s.
- Valentiniano 336
- Venus 145, 173, 176, 227, 253, 267, 282, 283, 298, 310, 343
- Vero, Lucio 80, 120, 121, 143 s., 229, 243
- Vespasiano 80, 83, 94, 107 ss., 134, 142, 148, 202, 238, 278, 314
- Virgilio 220
- Vitelio 80, 108, 135, 255
- Wells 79, 121, 318, 348 ss.
- Wiedemeister 60, 69